



# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

Posgrado en Pedagogía

Facultad de Filosofía y Letras

**Cartografías de la migración en una isla caribeña. La calle como espacio formativo para niños haitianos no acompañados en República Dominicana**

Tesis

Que para optar por el grado de:

**Maestra en Pedagogía**

Presenta:

**Fernanda Nikteha Cabrera Franco**

Directora de tesis:

**Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano (CRIM-UNAM)**

Comité tutorial:

**Mtra. Martha Corenstein Zaslav (FFyL-UNAM)**

**Dra. Susan Linda Street Naused (CIESAS Occidente)**

**Dra. Elisa Saad Dayán (Facultad de Psicología-UNAM)**

**Dra. Blanca Estela Zardel Jacobo (UIICSE-FESI-UNAM)**

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, diciembre de 2022



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# Cartografías de la migración en una isla caribeña. La calle como espacio formativo para niños haitianos no acompañados en República Dominicana

Fernanda Nikteha Cabrera Franco



UN/M  
POSGRADO



FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS





*La huella la vivimos algunos de nosotros, allá, tan lejos, tan cerca, aquí-allá, en la cara oculta de la tierra, como uno de los lugares de la supervivencia. Por ejemplo, los descendientes de los africanos a quienes deportaron, esclavos, a ese sitio que no tardaron en llamar Nuevo Mundo, no tuvieron, las más veces, sino a esto a qué recurrir.*

*Édouard Glissant, Tratado del Todo-Mundo*

*Aseguran que esta estatua al Soldado desconocido Negro es la única del país. En todos los demás lugares prefirieron instalar un ángel blanco enarbolando una antorcha, como para iluminar los nombres de los jóvenes caídos en el frente... Me di cuenta de que todos esos nombres que se hallaban alineados en las placas de mármol de los monumentos funerarios, a los ojos de los oriundos de la ciudad... no tenían más importancia que las manadas de perros callejeros que invadían las calles desiertas...*

*Raphaël Confiant, El Batallón Creol*

*Mientras Glissant nos habla de la huella para referirse a la experiencia de uno de los primeros migrantes de América, del que poco se habla, el migrante oculto y marginal, el esclavo que si sobrevivió padeció el trauma y la "experiencia del abismo" del "migrante desnudo", trasladado forzosamente y transplantado a una tierra extraña, Confiant, también escritor antillano, se refiere a otra experiencia caribeña más reciente, no vivida tan de cerca en el Caribe hispano pero que de alguna manera hace eco del no-ser antillano, del hombre negro que Despestre llama "hombre-carbón", "hombre-combustible", "hombre-nada", cuando los antillanos negros, los de más abajo, son llevados a la guerra para pelear por las potencias coloniales cuyas capitales europeas ni siquiera conocían, y puestos en las primeras filas del frente como carne de cañón, es decir, el primer soldado sacrificable en ese ejército de reserva siempre disponible para el capital y que la mayoría de las veces murió como vivió, sin rostro. Mientras las estatuas al soldado desconocido en los países que fueron y son potencias bélicas son venerados altares a los héroes anónimos de las grandes guerras, la estatua del soldado desconocido negro es más bien un monumento que no dice nada, que no dialoga con los antillanos ni les devuelve el rostro a sus caídos.*

*Valga este trabajo como un recordatorio para ese migrante desnudo, ese hombre-nada, ese soldado negro desconocido a cuyas huellas debemos asirnos para conocernos mejor y no olvidar las historias de Nuestra Afroamérica. A los migrantes que deben moverse para buscar mejores condiciones de vida, o simplemente para no morir. A la diáspora haitiana. A las niñas y niños haitianos migrantes no acompañados. A los Black Fotógrafos y a ti, pequeño cuyo nombre nunca supimos, que ya no estás.*

## Agradecimientos

A Paulo, Chiquito, Elson, Gordito, Jamesley y Sosoki, los rostros más visibles de los Black Fotógrafos, y también a aquellos niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados de la Benito, el Pequeño Haití y de las calles de Santo Domingo, como el Flaco y Jeffrey, que aunque no tan presentes en este proyecto y en el taller ambulante de fotografía, forman parte de ese grupo de chicos que no solo sobreviven a la adversidad sino que construyen una comunidad otra que tantas enseñanzas nos deja, colaboradores todos de este trabajo.

A todos los dominicanos de a pie que apoyaron este esfuerzo y que nos hacen ver un horizonte posible más allá del antihaitianismo de Estado, la xenofobia y el racismo en República Dominicana. A Pantaleón, colaborador imprescindible de esta investigación y de tantos otros caminos insulares y continentales que inevitablemente nos acercan, *el profesor* sin el que el taller de fotografía no habría sido posible, ni tampoco nuestra permanencia en las calles de la capital dominicana.

Agradezco al Programa de Posgrado en Pedagogía de la UNAM que me abrió un espacio para pensar, reflexionar, formarme y colaborar a partir de una temática para otros distante. Hoy más que nunca la migración es un tema ineludible y la movilidad haitiana y la situación de las infancias migrantes también. Este trabajo fue posible además gracias al apoyo del CONACyT y del Instituto Global de Altos Estudios en Ciencias Sociales (IGLOBAL), que me abrió sus puertas en República Dominicana.

A la Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano, mi directora de tesis, con quien me acerqué a la investigación narrativa y colaborativa, animándome a reencontrarme con la literatura y la escritura libre. Agradezco a la Mtra. Martha Corenstein, la etnografía educativa fue sin duda fundamental en este proyecto. A las lectoras y también maestras en este andar por el Posgrado en Pedagogía, las Dras. Elisa Saad y Blanca Estela Zardel, sus seminarios sobre diversidad e inclusión educativa, vulnerabilidad, violencia y discriminación fueron determinantes no solo para pensar la alteridad sino para salir al encuentro con el otro. A la Dra. Susan Street, quien en otros nortes y en este sur me alentó y alienta en la labor con imágenes, y cuya

lectura y comentarios fueron invaluable para seguir trabajando en la continuación de esta investigación. Mi gratitud también con el Dr. Pedro José Ortega, mi co-tutor en la estancia académica en República Dominicana, quien hizo posible mi llegada al IGLOBAL.

A la imaginaria Fundación Martha Franco, la más real de todas, que no solo ha sustentado a una familia, sino todo un proyecto familiar emotivo, de lucha, pensamiento y crítica, gracias mamá. A Francisco Cabrera, post mortem, quien también nos enseñó a luchar y caminar siempre abajo y a la izquierda con cámara en mano y libreta reportera. A mis hermanos, Tonatiuh, Ehécatl y Dzununkan, siempre presentes y prestos para apoyar en todo. A mis abuelas y a todos los ancestros.

## Índice

<b>Introducción</b>	<b>9</b>
<b>Capítulo 1. Por el mar de las Antillas anda un barco de papel...</b>	
<b>La isla que se mueve: Quisqueya, Haití, el nuevo mundo y la migración en La Hispaniola.</b>	<b>14</b>
1.1 “Hay un país en el mundo”... breve aproximación a una isla antillana desde la capital primada del nuevo mundo	<b>15</b>
1.2 <i>Buscando visa para un sueño: principales trayectorias migratorias en la Hispaniola. De Norteamérica al Viejo Continente pasando por las Antillas.</i>	
<i>Generalidades de la migración. Sistemas migratorios y migración en América Latina</i>	<b>28</b>
<i>Los escapes de Ramona a Haití, los primos del “Corn Flakes”, la bisabuela española, el padrastro haitiano y la desventura de Corpito en Francia: Principales trayectorias migratorias en la Hispaniola</i>	<b>31</b>
1.3 Capítulo Dominicano	<b>34</b>
Los que se van...	<b>35</b>
Los que llegan...	<b>38</b>
1.4 La migración haitiana: <i>ti ak gwo dyaspora</i>	<b>42</b>
La migración temprana	<b>45</b>
<i>Gwo dyaspora: Canadá</i>	<b>46</b>
<i>Gwo dyaspora: Estados Unidos</i>	<b>48</b>
<i>Ti dyaspora: República Dominicana</i>	<b>50</b>
<b>Capítulo 2. Desafíos metodológicos frente a la migración y a la investigación con infancias</b>	<b>53</b>
Generalidades metodológicas. Los momentos de la investigación y las herramientas	<b>54</b>



2.1 La perspectiva etnográfica en entornos migrantes: del estar ahí (etnografía clásica) al acompañamiento en la movilidad (etnografía multilocal)	55
2.2 De turista a vagabunda: una reflexión autoetnográfica sobre la construcción de un proyecto de investigación de ultramar o el “yo del investigador”	60
2.3 <i>¿Y todas esas preguntas?</i> De la entrevista a la charla informal: la oralidad en contextos límite	67
2.4 La búsqueda y el encuentro: El arribo, el deambular por Santo Domingo y la observación en calle (los diferentes niveles de participación en la observación)	76
2.5 La Sociología Visual: documentando lo que no se dice. Del registro y seguimiento del migrante a la transferencia de medios. El sujeto documenta su propia historia.	77
<b>Capítulo 3. “<i>Sonmon limpiabota, sonmon de la Benito RD, sonmon fotocrafo / nou se fotograf</i>”. Black fotógrafos: una experiencia colaborativa con niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados.</b>	83
PARTE I (PRIMER TIEMPO)	84
<i>“Hola, yo soy Paulo Robinson, Fotógrafo. Me gustaría contar mi historia...”</i>	155
PARTE II (SEGUNDO TIEMPO)	170
<b>Capítulo 4. Entramado conceptual. Infancias, Migración y Educación.</b>	285
4.1 Infancias	286
Niños deambulantes y niños migrantes	290
4.2 Migración	295
Movilidad y diáspora haitiana	300
4.3 Educación	308

La apuesta indisciplinada, lo comunitario y la formación	<b>309</b>
" <i>Bonswa, ¿koman nou ye?</i> ": Del "Ti Ayiti" como comunidad de práctica a la comunidad de los Black Fotógrafos	<b>313</b>
" <i>En la escuela no aprendí nada, solo estudiaba</i> ". La calle como espacio formativo para niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana	<b>320</b>
<b>Conclusiones</b>	<b>324</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>329</b>

## **Introducción**

La presente investigación, pensada como un proyecto colaborativo con niños haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana a partir de un taller de fotografía, para reflexionar sobre las experiencias formativas en la movilidad, fue llevada a cabo gracias al espacio que me abrió el Programa de Posgrado en Pedagogía, mientras integraba también una agencia-colectivo de fotoperiodismo.

Si bien tenía ya una idea de una investigación colaborativa, fue necesaria nuestra estancia en Santo Domingo y específicamente el trabajo en campo, codo a codo con los chicos, para darnos cuenta realmente de que es necesario algo más que las intervenciones educativas, artísticas o culturales, que no pretendemos imponer nada a nadie, y que entre otras cosas, es posible replantear la idea de un taller y de estrategias formativas y metodológicas fijadas. Y fueron justamente los Black Fotógrafos quienes nos lo hicieron ver: un grupo de niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados que se encuentran en las calles de Santo Domingo, la capital de la República Dominicana, con quienes hubo un intercambio de saberes, y que gracias a la fotografía como dispositivo mediador, logramos conocer cómo viven, comprender otras formas posibles de infancias con agencias, espacios y tiempos propios, ver una migración que se complejiza, y reflexionar más allá de las aulas o centros culturales para encontrar en la calle un espacio formativo fundamental.

En el verano de 2019 llegué a Santo Domingo como parte de la estancia de investigación de la maestría que me encontraba concluyendo. Estaba convencida de la importancia de la educación no formal y quería comprender cómo son los procesos formativos en contextos y situaciones límite como en las que se encuentran los migrantes en general, pero sobre todo en una población que desde la primera vez que llegué a República Dominicana en 2010, me llamaba la atención, la de los niños haitianos migrantes que deambulan solos por las calles de Santo

Domingo. Y es que buena parte de los cerca de 1 millón de migrantes haitianos<sup>1</sup> en este país se encuentran sin documentos, su estancia es considerada irregular y son quienes suelen ocupar los trabajos más pesados, con sueldos bajos, largas jornadas laborales y sin protección social.

Los haitianos en este país son además discriminados, hay sectores que opinan que quitan oportunidades de trabajo a los dominicanos, en los medios de comunicación frecuentemente se difunde y exagera la idea de los haitianos como criminales o responsables de la descomposición social. Aunque intente invisibilizarse, el haitiano es fácilmente reconocido y señalado como el sujeto de piel más oscura, sin embargo, la mayor parte de la población de ambos países es afrodescendiente. Si bien la convivencia entre unos y otros no siempre es conflictiva o violenta, persiste el estigma hacia lo extraño.

En este contexto de pobreza y exclusión, los niños haitianos son de los más vulnerados. A pesar de que derechos como la alimentación, vivienda, salud y educación estén garantizados por la Convención sobre los Derechos de los Niños, sin importar la condición en la que se encuentren, resulta difícil que efectivamente puedan acceder a ellos. Hay menores haitianos en República Dominicana sin un techo y que deben trabajar diariamente para poder comer. Es cierto que los servicios médicos de emergencia son gratuitos y cualquiera puede recibir atención, pero se trata sólo de cuidados básicos ante una urgencia, y hay quienes prefieren no ir por su condición migratoria irregular y por el trato que los haitianos han recibido de las autoridades dominicanas. Debido precisamente a la falta de documentación, los niños no pueden asistir a la escuela, y de lograrlo, sin papeles no pueden presentar las pruebas nacionales (para pasar de nivel), ni llegar a la universidad.

---

<sup>1</sup> La Encuesta Nacional de Inmigrantes 2017 de República Dominicana, registra 497,825 migrantes haitianos, sin embargo, organizaciones no gubernamentales han estimado que la cifra podría alcanzar el millón de personas, pues los registros son limitados ante una migración sobre todo terrestre, masiva y muchas veces indocumentada.

Con estos antecedentes, no solo como investigadora social, sino como integrante de un colectivo de fotoperiodismo, situada desde la tradición cualitativa con influencias de la etnografía educativa, la investigación narrativa y la sociología visual, me planteaba realizar un taller de fotografía con niños haitianos que se encuentran en las calles de Santo Domingo. Como OllinPix buscábamos compartir algo de fotografía con los niños, y que desde la imagen nos contaran cómo viven y aprenden. Hago aquí un paréntesis para explicar brevemente quiénes somos. En términos generales OllinPix es una agencia independiente de fotoperiodismo e imagen documental que nació luego del terremoto de 2017 en México, cuando en una sacudida de conciencia, ante un gobierno rebasado, una ciudadanía pujante y medios que espectacularizaban la tragedia, Pantaleón, fotógrafo dominicano, y yo, en aquel entonces editora de fotografía de una agencia internacional de noticias, decidimos replantearnos el sitio desde el que miramos, investigamos, documentamos y contamos historias.

Como OllinPix buscamos hacer un trabajo diferente y lo menos invasivo posible, pues sabemos que de por sí la cámara es un instrumento no invisible y mucho menos neutral. No queríamos pues acercarnos a los niños migrantes solo unos días para obtener un fotoreportaje digno de National Geographic mientras ilustrábamos una investigación sobre experiencias formativas en la movilidad, sino que intentábamos compartir algo de lo que sabemos de fotografía y que les podría ser útil, al tiempo que más que seguirlos con una cámara invadiendo sus espacios, ellos nos contaban si así querían, sus historias a través de imágenes. Pero aún así fuimos conscientes que quedaba algo del afán de intervención del foráneo investigador-fotógrafo con cierta superioridad en la jerarquía social que llega a proponer (¿imponer?) determinada actividad. Y fue cuando encontramos en el exterior de un supermercado, durante su jornada laboral, a quienes nos pondrían en sitio, un grupo de niños y adolescentes haitianos no acompañados que limpian zapatos en las calles. Uno de ellos, quien mejor hablaba español, ya nos contaba desde el inicio que le decían “El flaco”, que tenía 14 años y había llegado al país a los 8 con su

madre, quien siguió su camino a Brasil manteniendo solo algún contacto esporádico en Facebook.

Mientras charlábamos y nos conocíamos más prácticamente todas las tardes en el estacionamiento del mismo supermercado, fuimos planteando la posibilidad de realizar con ellos un taller de fotografía. A este grupo flotante de entre 6 y 11 niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados, les gustaba la idea de aprender fotografía, pero cuando fijábamos un día y una hora específica para comenzar las clases nunca llegaban. Debimos adaptarnos a su dinámica cotidiana, pues antes que nada su prioridad era conseguir el sustento diario, por lo que nuestro taller debió ser de forma ambulante ya que se encuentran continuamente en movimiento y en las calles, así que esta investigación, específicamente la parte del trabajo de campo, fue realizada en este contexto.

Esta investigación está dividida en cuatro capítulos distribuidos de la siguiente manera. El primero, titulado: ***Por el mar de las Antillas anda un barco de papel...*** **La isla que se mueve: Quisqueya, Haití, el nuevo mundo y la migración en La Hispaniola**, corresponde al apartado histórico contextual en el que busco ubicar a la isla que comparten Haití y República Dominicana, y específicamente el tema migratorio a partir del trazado general de nuestra cartografía de la migración, es decir el bosquejo de las principales trayectorias migratorias de la isla y cómo ella es influenciada social, política, cultural y económicamente por estos desplazamientos, lo que finalmente nos llevará a los movimientos internos y singulares de los niños y adolescentes haitianos en un capítulo posterior. El segundo capítulo: **Desafíos metodológicos frente a la migración y a la investigación con infancias**, refiere a la estrategia metodológica seguida, con los ejes de la perspectiva etnográfica, el posicionamiento del yo investigador, la entrevista y la oralidad, la observación participante y finalmente la sociología visual. En el tercer capítulo, ***Sonmon limpiabota, sonmon de la Benito RD, sonmon fotocrafo / nou se fotograf***. **Black fotógrafos: una experiencia colaborativa con niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados**, volvemos a la singularidad de nuestra

cartografía, es decir, a la carnita, con los paisajes, los olores, los sabores, los tiempos, las historias, las aventuras y desventuras, los peligros, los conflictos, la calle, los aprendizajes, las apariciones, desapariciones y los encuentros de los Black Fotógrafos, como decidieron nombrarse nuestros copartícipes de esta investigación en el seno de nuestro taller de fotografía. Se trata pues de una especie de narrativa a partir del trabajo realizado con perspectiva etnográfica, mediado por el taller y nutrida por las imágenes y la mirada de los chicos. Finalmente, en el cuarto capítulo, **Entramado conceptual. Infancias, migración y educación**, recuperamos esta experiencia en Santo Domingo a la luz de conceptos en torno a la educación, la migración y las infancias, lo que nos permite dotar de sentido tanto a la frase lapidaria de uno de los chicos, como a la tesis de esta investigación que busca horizontes más allá del aula: ***“En la escuela no aprendí nada, solo estudiaba”*: la calle como espacio formativo para niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana.**

**Capítulo 1. *Por el mar de las Antillas anda un barco de papel...* La isla que se mueve: Quisqueya, Haití, el nuevo mundo y la migración en La Hispaniola.**



Pescador en el Malecón de Santo Domingo. Foto: Nikteha Cabrera



## 1.1 “Hay un país en el mundo” ... breve aproximación a una isla antillana desde la capital primada del nuevo mundo

*Por el Mar de las Antillas  
anda un barco de papel:  
anda y anda el barco barco,  
sin timonel...*

(Fragmento del poema “Un son para niños antillanos”, de Nicolás Guillén)

No, no llego en barco, sino en un ave metálica que de todos modos me arroja allí, a una isla caribeña que me recibe con una bocanada de aire sofocante que ni siquiera es aire porque el calor insoportable lo ha engullido.

Unas horas antes, en México, me encuentro ansiosa por volver a esa tierra lejana pero familiar a la que no he vuelto desde hace seis años, que nunca se ha ido y ha marcado mi juventud, y claro, lo que llevo de vida adulta. Ahora regreso en otras condiciones, muy diferentes a aquél otoño de 2012 cuando salí casi huyendo de una situación sofocante, como aquel calor que choca de golpe con la piel e irrumpe en todos los sentidos con solo salir del avión y pasar el umbral de la puerta cristalina que aún logra deslizarse automáticamente al aproximarme a la salida del aeropuerto. Aquella vez, una enfermedad -que ahora sé mal diagnosticada- llenaba aún más de incertidumbre el comienzo de una vida en pareja complicada, precaria, sin trabajo y en la que a veces no había qué comer. Ya no voy en una retirada de sobrevivencia en solitario dejando una parte de mi, sino a un encuentro decembrino con la familia dominicana acompañada de mi pareja y a una visita exploratoria para mi investigación sobre los niños haitianos migrantes en Santo Domingo.

Ahora, a parte de la mejora sustantiva de la situación económica familiar, nos vemos beneficiados por un vuelo directo recientemente inaugurado entre la Ciudad de México y Santo Domingo, que acorta considerablemente el tiempo de llegada, otrora prolongado por innumerables e indescifrables escalas entre dos puntos que aunque

extraños, sólo se encuentran a cuatro horas de distancia por aire, pero claro, con un inmenso mar de separación.

Abordamos de madrugada, cerca de la 1 de la mañana, para finalmente zarpar a la 1:20 confiados en que podremos dormir un rato antes de llegar en los albores de un caluroso lunes dominicano, que no debería de ser tan caluroso según la tradición oral que reza, a manera de oráculo infalible, que cada diciembre llega la “brisita navideña” capaz de cuartear los labios a cualquiera, sin embargo, más tarde sentiremos que no hay tal, o no para los llegados de una tierra más templada.

Como es de costumbre para mi, no logro conciliar el sueño, y entre el entusiasmo de haber visto entre los pasajeros a una reconocida investigadora sobre migración, el arrepentimiento de no haberme acercado para contarle sobre mi proyecto en la sala de espera, la especulación de cómo encontraré ahora a la media isla y a la gente que dejamos atrás hace algunos años, el intento de leer ya sea un compilado de cuentos haitianos o bien un perfil migratorio de República Dominicana, y posteriormente las sobrecargos empujando los carritos que anuncian la esperada cena y luego de ello la degustación de un cuernito con jamón y queso con una cerveza que pienso que finalmente me relajará para ayudarme a dormir un poco, veo que han pasado algunas horas y el reloj marca ya las 4:30 am aún en el horario mexicano.

Comienza a aclarar el día, supongo que vamos sobre el mar puesto que no veo luces, caminos, vegetación o construcciones. Antes no veía el ala del avión más que una luz sobre ella, y ahora en cambio comienzo a distinguir ya su silueta oscura recortada sobre el cielo. Empiezo a notar el amanecer. Mientras viramos ligeramente hacia la izquierda y se acerca el descenso, logro observar el primer haz de luz rojiza que sin embargo al enfilarnos en otra dirección desaparece. Volvemos al azul de la hora mágica de cuando comenzaba a aclarar el día y la noche terminaba. Son casi las 5 en el horario mexicano y suena el aviso del llenado del formato migratorio. Ahora veo pequeñas nubes, y a mi derecha, en la ventana de enfrente otras más de color grisáceo y sobre ellas una franja entre naranja y rojiza que anuncia ahora sí el amanecer en todo su apogeo. Cierran la ventana, sin

embargo, esforzando la vista para alcanzar con la mirada la ventanilla de adelante del lado izquierdo, observo una vez más las tonalidades naranjas.

Recibo los formatos migratorios y de aduanas. El cielo se torna rosado y comienzo a llenar los formularios, aún la luz de día no entra de lleno y sólo hay tenues luces interiores por lo que dentro del avión se dificulta la escritura. Pasan unos cinco minutos, el reloj ya rebasa la franja de las 5 de la mañana y manteniendo mi concentración en las tonalidades del paisaje, ahora percibo un color salmón y la entrada de un fuerte resplandor desde fuera que coincide con un descenso marcado y el aviso del comienzo de éste desde la cabina. Son las 5:20 y ahora nos preparamos para el aterrizaje. Los pasajeros somos instruidos a abrocharnos el cinturón, cerrar las mesas plegables y apagar los dispositivos electrónicos. Sólo se observa el mar, descendemos aún más y una voz desde cabina anuncia brevemente: “procedemos al aterrizaje”, volteo ansiosamente y veo que los compañeros de asiento a ambos lados aún duermen. Ya logro ver el verde y con ello el suelo cada vez más cerca. Seguimos sobre el mar, casi rozándolo, y pienso como cada vez que llego a República Dominicana, que la isla comienza no con la masa de tierra que ya se vislumbra, sino ahí en ese Caribe que parece devorarla, el azul interminable con sus variadas tonalidades sobre el que los neumáticos del avión casi se posan estrepitosamente en el aterrizaje, pero que para nuestra tranquilidad da paso a una porción de tierra firme a través de una pequeña pista. Hemos aterrizado, observo la vieja terminal aeroportuaria y acto seguido se escucha el anuncio del piloto: “Bienvenidos a Santo Domingo”, mientras dice esto sonrío pensando que no tardarán los pasajeros en hacer una bulla y aplaudir como suele suceder al llegar a este destino, pero nadie aplaude a pesar de que hay muchos dominicanos a bordo. Al detenernos, desabrocho mi cinturón, tomo mi equipaje de mano y me apresuro a incorporarme a la fila que ya se ha formado en el pasillo del avión. Las sobrecargos nos despiden amablemente y al abandonar el avión el calor hace ya insoportable seguir con la ligera chamarra que porto desde México.

Cercanos a las 6 de la mañana nos apresuramos a salir mientras el camino al interior del aeropuerto nos conduce a la fila de migración y aduana. Ya en el módulo nos

recibe una oficial que sigue con seriedad el protocolo y revisa los pasaportes para poco después relajar la rigidez del rostro y decir: “Bueno, bonito y bendecido día, Cristo le ama” y finalmente rematar “Bienvenidos a República Dominicana” permitiéndonos seguir. Salimos al fin a la banda de equipaje que comienza a moverse chirriante y oxidada, anunciando la pronta salida de las maletas de los pasajeros. Observo que no todos los focos de este espacio funcionan y que nos encontramos más bien a media luz. Cuando comienzan a deslizarse las primeras piezas de equipaje sobre la banda, me acerco aún más a ella y noto que está mojada, así que al retirar mi maleta no me sorprende de que se encuentre un poco húmeda, la tomo y al fin salimos del aeropuerto, no sin antes pasar por la sala de espera donde algunas personas sostienen letreros con el nombre de algún pasajero. Y henos ahí, cruzando la puerta automática de cristal que nos engulle en una atmósfera brillante y calurosa donde ya aguardan taxistas y promotores de vehículos de renta para ofrecer sus servicios a los recién llegados.

En busca de un automóvil compacto en renta para lograr llegar hasta la frontera durante este viaje, dejamos atrás el pequeño y descuidado aeropuerto que cualquiera, desde el sentido común, podría decir pertenece al de una pequeña ciudad, o bien, a un país bananero. Y aunque pareciera una expresión despectiva y realmente la etiqueta de “república bananera”, extraída de la literatura, ha ido mutando para señalar desde el norte a parte de nuestros países proveedores de materia prima, monoprodutores, con instituciones endebles y política y económicamente inestables (en oposición a las naciones desarrolladas), República Dominicana en realidad, es el mayor exportador de banano orgánico en el mundo, y es también un país cañero, otrora principal actividad económica cuyos destinos eran comandados por Central Romana Corporation, que nos recuerda en muchos aspectos a la mítica United Fruit Company que a base de la explotación agrícola de muchos países de Centroamérica y el Caribe, construyó un gran emporio y alimentó aquel mito bananero de nuestra región. Hoy, la principal fuente de ingresos del país es el turismo, y Central Romana Corporation a parte de mantenerse como una empresa agroindustrial por más de un siglo, ha expandido sus negocios a este sector. Y sí, a pesar de que en las últimas décadas República Dominicana se erigió

como el milagro caribeño y uno de los países de América Latina y el Caribe con mayor crecimiento<sup>2</sup>, ésto no se nota en las calles ni en el día a día de los dominicanos, pues en realidad, quienes hemos vivido allí nos sentimos en ese barco de papel en las Antillas, una isla a la deriva en la que mañana puede no haber trabajo, comida, combustible o luz...

*Hay un país en el mundo  
colocado  
en el mismo trayecto del sol.  
Oriundo de la noche.  
Colocado  
en un inverosímil archipiélago  
de azúcar y de alcohol.*

(Fragmento del poema dominicano “Hay un país en el mundo”, de Pedro Mir)



Mapa de República Dominicana y Haití. Fuente: OIM

Y decíamos, salimos de uno de los pocos enclaves donde la electricidad 24 horas

---

<sup>2</sup> Según datos del Banco Mundial, el crecimiento económico de República Dominicana ha sido uno de los más fuertes de América Latina y el Caribe en los últimos 25 años.

es una realidad y el aire acondicionado alivia la sensación térmica de un país tropical de las Antillas mayores, ubicado en la Hispaniola<sup>3</sup>, la isla que comparte con Haití, localizada al oeste de Cuba y al este de Puerto Rico. El trayecto del Aeropuerto Internacional las Américas hacia la ciudad de Santo Domingo, la capital de República Dominicana, transcurre por unos 30 kilómetros sobre la autopista, igualmente llamada las Américas, quizá por el orgullo dominicano de habitar “la capital primada”, es decir el primer lugar en el que se establecieron los españoles a su llegada al continente. El trayecto de poco más de media hora se vive entonces entre el bochorno que incluso se cuela en los taxis y vehículos con aire acondicionado (cuando se tiene suerte de poder pagar uno), el carro del conocido que se ofreció a dar una “bola<sup>4</sup>” o las guaguas que llevan y recogen a empleados y uno que otro pasajero con recursos limitados o ahorradores, y claro, avanzamos a lo largo de un paisaje singular ofrecido por una carretera que corre en paralelo al Mar Caribe con sus diversas tonalidades azules y turquesas, y la infinidad de palmas encorvadas por cada época de huracanes. Llegar a la zona centro de Santo Domingo es justamente entrar a ese escenario turístico que vende la proeza de una historia anclada en ser los primeros del nuevo mundo y en donde aún hay vestigios de su anterior actividad principal vinculada al sector primario: nos acercamos a la Zona Colonial con la postal del Malecón, el Puerto, un gran crucero en él y detrás las chimeneas de los Molinos del Ozama que producen harina para el Caribe. Pasamos por el complejo del Fuerte de Santo Domingo donde se encuentra el Alcázar de Colón y la Plaza España; más allá la Fortaleza Ozama, el primer fuerte del continente, y detrás resguardándola de piratas e invasores, la Catedral Primada de América, todo ello construido en los 1500's entre la sobriedad y elegancia del material de la zona, la piedra caliza o roca coralina extraída del borde del mar, y el

---

<sup>3</sup> Éste es uno de los nombre que se utilizan para designar a la isla que comparten Haití y República Dominicana, situada entre las islas de Cuba y Puerto Rico. “La Hispaniola” o “La Española” fue llamada así por Cristobal Colón en 1492, se trata del primer asentamiento europeo en el continente. En República Dominicana se cree que antes de la llegada de los españoles la isla era llamada “Quisqueya” por los indígenas nativos, palabra de origen taíno que significaría “Madre de las Tierras”, sin embargo entre los estudiosos del tema no hay consenso sobre esto, pues según el historiador dominicano Juan Daniel Balcácer, además de “Quisqueya” se habría conocido la isla por sus antiguos pobladores también como “Babeque”, “Bohío” y “Haití”.

<sup>4</sup> En el lenguaje cotidiano de los dominicanos “dar una bola” equivale a la expresión “dar un aventón”.

predominio del estilo gótico mudéjar.

Nos adentramos a la Zona Colonial por la calle El Conde, una vía peatonal turística y comercial que nos lleva del Panteón de la Patria al Parque Colón y la Catedral Primada, donde según el rumor de los distintos cronistas y relatos novohispanos, reposaron los restos del navegante genovés. Por este corredor apreciamos parte de la arquitectura colonial entre restaurantes, cafés, hoteles, puestos y tiendas de artesanía que ofrecen, en voz de sus serviciales y alegres empleados, las güiras y tamboras del tradicional merengue, “mamajuanas” (una especie de brebaje alcohólico con ron, vino tinto, miel, hierbas y corteza de árbol), las muñequitas sin rostro típicas del país con tonos de piel que van del moreno claro al negro y vestimenta muchas veces del color de la bandera: rojo, azul y blanco, y por supuesto, la joyería elaborada con larimar, una piedra preciosa azul claro que sólo se encuentra en República Dominicana. En Santo Domingo encontramos también, a parte de las ya mencionadas, las primeras obras de infraestructura del nuevo mundo como la Universidad Primada de América (hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo), el primer monasterio (hoy ruinas de San Francisco), y cerca de él incluso se conservan los vestigios de la primera calle empedrada que nos va alejando poco a poco del escenario turístico colonial, llevándonos por los barrios populares con casitas de madera y techos de lámina, mesas en medio de la calle con jugadores de dominó o cerca de colmados<sup>5</sup> con rocolas y música a todo volumen que ya tocan la típica bachata: “Medicina de Amor” en voz de Raulín Rodríguez, o “El negrito del Batey” con Joseíto Mateo, uno de los merengues más emblemáticos del país y que ya desde los lejanos años 50 retrataba los bateyes, donde se trabajaba la caña de azúcar en condiciones de explotación y para lo cual fueron llevados muchos haitianos al país:

*A mí me llaman el negrito del batey  
Porque el trabajo para mí es un enemigo*

---

<sup>5</sup> Parecidos a las tiendas de abarrotes mexicanas, pero donde la gente puede sentarse y quedarse a conversar e incluso bailar mientras bebe la cerveza o cualquier bebida o alimento que haya comprado.

*El trabajar yo se lo dejo todo al buey  
Porque el trabajo lo hizo Dios como castigo.*

*A mí me gusta el merengue apambichao  
Con una negra retrechera y buena moza  
A mí me gusta bailar de medio lao  
Bailar medio apretao  
Con una negra bien sabrosa.*

*A mí me llaman el negrito...*

*Y di tú si no es verdad  
Merengue mucho mejor  
Y di tú si no es verdad  
Merengue mucho mejor*

*Porque eso de trabajar  
A mí me causa dolor  
Porque eso de trabajar  
A mí me causa dolor.*

*Mucho le gusta el buey manso  
Pero nunca le da el dengue  
Mucho le gusta el buey manso  
Pero nunca le da el dengue*

*Yo con una negra buena  
Bailaré hasta un buen merengue  
Yo con una negra buena  
Bailaré hasta un buen merengue.*



Y en los márgenes de la zona colonial nos acercamos al bullicio del Barrio Chino con su característico arco, lámparas rojas y locales comerciales, que nos conduce a la Duarte con París, una de las intersecciones más populosas, populares y comerciales de la zona centro de Santo Domingo, donde hay todo tipo de vendimia, desde alimentos, vegetales, el plátano verde vendido a granel o al menudeo y llevado por diversos comerciantes que lo acarrean ya en guagua, carreta, carretilla, camión, motor<sup>6</sup>, bicicleta o simplemente a pie; o bien debajo del elevado, la muy concurrida venta de ropa usada traída de Estados Unidos en las famosas pacas y en torno a las cuales se congregan una gran cantidad de personas entre dominicanos y haitianos de estratos populares. La Duarte con París es también una zona de hoteles muy modestos y una especie de central de transportistas donde salen y llegan las guaguas, carros de concho<sup>7</sup>, motoconchos<sup>8</sup>, y taxis hacia todos los puntos de la ciudad y del país. Muy cerca encontramos el barrio “El Pequeño Haití” donde comenzamos ya entrar a la cotidianidad de una ciudad en la que a diario conviven de diversas maneras dominicanos y haitianos y que describimos brevemente en “Ayiti<sup>9</sup> et Dominique, un ventilador es también una bandeja de fruta”, un pequeño relato fotográfico que forma parte de la *Serie del Caribe*, compendio de historias escrito entorno a La Hispaniola a partir del año 2010:

Ayiti et Dominique... dos personajes con muchos nombres, situados sí, pero con fronteras móviles. Estos son algunos fragmentos-situaciones de “le petit Haití” (el pequeño Haití), un barrio, sobre todo comercial, localizado en el corazón de Santo Domingo, República Dominicana. En este país hay una gran cantidad de inmigrantes haitianos, muchos de ellos sin documentos, por ello algunos intentan mimetizarse con los dominicanos u ocultar el rostro. La gente proveniente de Haití suele ser discriminada o estigmatizada, y este barrio carga con los fantasmas a manera de marcas (peligro, amenaza...). No es que el peligro o la amenaza no existan, existen

---

<sup>6</sup> Motoneta muy austera y económica, generalmente asiática, en la que los “delivery” (repartidores) suelen hacer sus entregas.

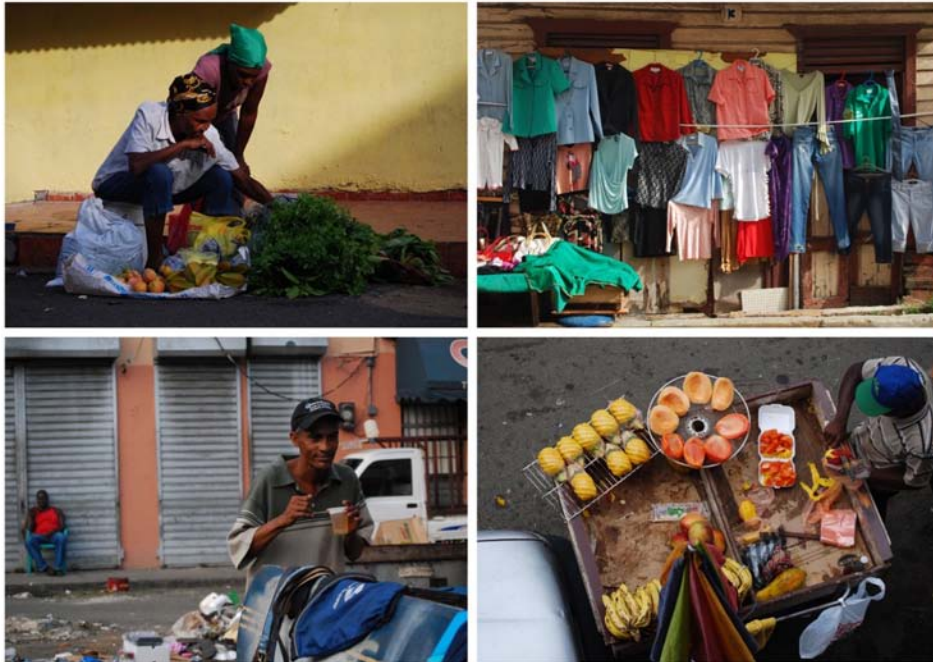
<sup>7</sup> Automóviles compactos, muchos de ellos viejos, que funcionan como transporte colectivo siguiendo determinada ruta y en el que suelen entrar siete personas.

<sup>8</sup> Motocicletas que funcionan como transporte público y que pueden llevar hasta una familia de más de tres integrantes con carga diversa e incluso tanques de gas para el uso doméstico.

<sup>9</sup> Ayiti es el nombre de Haití en Creole haitiano, una de las lenguas oficiales del país.

en todas partes, en todo el país. En el Pequeño Haití, como en Dominicana, la gente trabaja, hay acá dominicanos y haitianos, pero en este caso estos últimos parecen ser más. Con fantasmas y reservas, Ayiti y Dominique se encuentran en las aceras del barrio, venden en pequeñas cantidades flores, fruta, verdura y muchas cosas usadas: libros, ropa y electrónicos. Apparently en las cosas viejas hay sólo basura, desechos de una sociedad consumista; sin embargo, al aferrarse al valor de uso logran reciclar. Además de rescatar objetos se rescatan a sí mismos, de inesperadas formas y no sin conflictos resisten desde el margen. Se recrean y recrean... Haití está en Dominicana, un ventilador es también una bandeja de fruta (o una parrilla para el anafre).





De la serie “Ayiti et Dominique, un ventilador es también una bandeja de fruta”. Fotos: Nikteha Cabrera

Y es que de aproximadamente 10 millones de habitantes en República Dominicana<sup>10</sup>, se calcula que hay alrededor de 1 millón de migrantes haitianos (Coria Márquez, 2004, p. 565). El número de migrantes haitianos en República Dominicana ha aumentado desde el terremoto que azotó en 2010 la parte occidental de la isla, situación que ha agudizado la crisis migratoria actual que enfrenta el Estado dominicano. La mayoría de haitianos en República Dominicana llegan sin documentos, su estancia por tanto es considerada irregular y son quienes suelen ocupar los trabajos más pesados, con los sueldos más bajos, jornadas laborales muy largas y sin protección social.

Los haitianos en este país son además discriminados, hay sectores de la población dominicana que opinan que les quitan oportunidades de trabajo, en los medios de comunicación frecuentemente se difunde y exagera la idea de los haitianos como criminales y/o responsables de la descomposición social. Aunque intente invisibilizarse entre la población, el haitiano es fácilmente reconocido y señalado por el dominicano como el sujeto de piel más oscura, sin embargo, la mayor parte de la población de ambos países es afrodescendiente. Hemos presenciado redadas en Santo Domingo, en las que agentes migratorios detienen violentamente a individuos que parecen “más negros”, pero muchos de ellos son dominicanos y lo demuestran con sus cédulas de identidad. Si bien la convivencia entre unos y otros no siempre es conflictiva o violenta, persiste el estigma hacia lo extraño, por ejemplo, el vudú, parte de la religiosidad y cultura haitiana, suele ser descalificado, prohibido, etiquetado como una práctica satánica e incluso considerado propio de una sociedad atrasada e incivilizada.

Es aquí, entonces, donde comienza nuestra travesía, en una isla del Caribe que comparten Haití y República Dominicana, una de las zonas más pobres de América Latina, pues según indicadores del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)<sup>11</sup>, Haití es el país más pobre del continente, y República

---

<sup>10</sup> La Oficina Nacional de Estadística (ONE) de República Dominicana, en su último censo realizado en 2010 registró 9,445,281 habitantes. Sin embargo, el Banco Mundial calcula para 2015 una población de 10,528,039.

<sup>11</sup> Información tomada del Informe Sobre Desarrollo Humano 2015, patrocinado por el PNUD.

Dominicana, de acuerdo al propio PNUD, cuenta con un 35.8% de su población en una situación de pobreza general. Datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO)<sup>12</sup>, sitúan a Haití en 2015 como el país con la mayor prevalencia de hambre en Latinoamérica y a República Dominicana en la sexta posición. Ante la situación socioeconómica desfavorable de los habitantes de la Hispaniola, se registran procesos migratorios importantes. Los tradicionales y que más destacan por la cantidad de gente que se moviliza, son, el caso del desplazamiento de haitianos hacia República Dominicana, y el de la migración de dominicanos y haitianos hacia Estados Unidos. De hecho, República Dominicana al ser emisor y receptor de migrantes, es considerada un polo de movilidad del Caribe. Es esta situación y este contexto de desplazamientos poblacionales los que nos interesan, específicamente la migración de haitianos en República Dominicana, una migración sur-sur, de un país muy pobre a otro un poco menos:

*¡Oídllo bien! No alcanza para quedar dormido.*

*Es un país pequeño y agredido.*

*Sencillamente triste,*

*triste y torvo, triste y acre. Ya lo dije:*

*sencillamente triste y oprimido.*

(Fragmento del poema dominicano “Hay un país en el mundo”, de Pedro Mir)

---

<sup>12</sup> Según datos de la publicación “Panorama de la Inseguridad Alimentaria en América Latina y el Caribe 2015” de la FAO.



momento migratorio el motor era el comercio y para esta economía extractiva se requería gran cantidad de fuerza de trabajo, con lo que buena parte de la demanda de mano de obra en América fue abastecida mediante la trata de africanos, quienes llegaron a ser más de 12 millones.

Una segunda mundialización migratoria se puede considerar con la Revolución Industrial en el siglo XIX, caracterizada por la importancia de compañías de transporte, navieras que conducían esclavos, cargamento y mercancía, y en una segunda etapa colonos europeos. Finalmente, se puede hablar de un tercer periodo de mundialización de la migración cuando se aceleran los flujos mundiales y se revierten los procesos que anteriormente eran de norte a sur y pasan a ser de sur a norte.

Así, conviene recordar que los movimientos de población han puesto en relación espacios económicos, sociales y culturales diferentes a través del tiempo, por lo que luego del breve recorrido anterior en los grandes procesos migratorios, precisamos acercarnos aún más a nuestra región, donde se localiza la isla que comparten Haití y República Dominicana. En América Latina encontramos entonces, de manera general, tres etapas migratorias modernas, a saber la que corresponde a las migraciones de ultramar Norte-Sur, una segunda en las que las migraciones son internas e interregionales Sur-Sur, y una tercera una vez más de larga distancia pero ahora Sur-Norte como ya advertíamos en el último periodo de mundialización migratoria.

La primera gran etapa de migración en Latinoamérica transcurre de la segunda mitad del siglo XIX a la primera mitad del siglo XX y como adelantábamos los movimientos se dan de norte a sur desde Europa, destacando Argentina como destino. Aquí en un proceso de colonización y sedentarización predomina la llegada de hombres adultos rurales y las mujeres aparecen como acompañantes. La segunda etapa de migración Sur-Sur con desplazamientos internos e interregionales, ocurre en el contexto de crisis económica, caída de exportaciones, la implementación del modelo de sustitución de importaciones, gobiernos populistas, crecimiento poblacional, desigualdades económicas y sociales y éxodos

del medio rural al urbano. En este momento los desplazamientos son sobre todo de carácter fronterizo y laborales, y las personas migran para trabajar en la construcción, la industria y los servicios urbanos. Los flujos migratorios se feminizan, la población rural calificada y no calificada se mueve y hay una selectividad de género y étnica en los mercados de trabajo.

Como ya decíamos, en una tercera etapa de migraciones de sur a norte que comienza en los años 90, nos encontramos ante un escenario de globalización, internacionalización de capitales financieros, comerciales y productivos, concentración del poder económico por grandes transnacionales y la expansión del “american way of life”. Este momento en nuestra región, ya entrado el neoliberalismo, es también un momento de crisis económicas, del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, en el que el papel de los organismos mundiales en nuestros países aumenta, y también la pobreza y el desempleo, por lo que las personas se valen de la migración como estrategia. Los latinoamericanos entonces se mueven hacia el norte y disminuyen los flujos internos e interregionales, se dirigen a destinos como Estados Unidos, España y otros nuevos como Canadá, Japón y Emiratos Árabes Unidos.

Vemos así cómo los desplazamientos se complejizan con nuevas corrientes migratorias, y nuevos tipos de migración y movilidad que no se agotan solo en la instalación. Encontramos perfiles muy variados de migrantes, con diferencias en género, etnia, perfil profesional, edad y estatus migratorio, e igualmente una diversificación en los mercados de trabajo con temporalidades de desplazamiento complejas. La variedad de movimientos con diversos itinerarios, destinos, sitios de instalación, tránsito y procesos de reversibilidad o retorno, nos habla de una diversificación de las formas de desplazamiento, que aunado a los diferentes perfiles, nos llevan a considerar las nuevas características de los flujos migratorios y con ello la necesidad de nuevos enfoques.

Si bien vemos que en esta tercera etapa se diversifican los flujos migratorios y ya no se puede hablar de un perfil unívoco del migrante o simplemente de la migración en el tradicional binomio origen-destino, con la crisis hipotecaria de 2007-2008



podría incluso considerarse una cuarta etapa con los retornos y las salidas que se complejizan. Pero volvamos a la isla e intentemos ubicarla con mayor precisión en los movimientos migratorios mundiales y regionales que ya hemos esbozado para tratar de entender el momento actual de la migración en la Hispaniola y específicamente en República Dominicana.

***Los escapes de Ramona a Haití, los primos del “Corn Flakes”, la bisabuela española, el padrastro haitiano y la desventura de Corpito en Francia: Principales trayectorias migratorias en la Hispaniola.***

Al haber habitado en la isla, específicamente en la parte este, uno se da cuenta en el día a día que la migración es siempre un tema presente: en la conversación cotidiana de familiares, vecinos, amigos, conocidos, o incluso en la charla habitual en el transporte público, sea la guagua, el carro ‘e concho o incluso el motoconcho con pasajeros o conductores. Aunque se trate de quien se queda o de quien aún no ha podido salir, siempre hay historias de movilidad, aún en la propia narrativa de los medios, sus notas, contenidos, y ella impacta hasta en la forma de hacer radio, televisión u otras modalidades de comunicación. Así, la abuela Minerva de 91 años llevó por más de cuarenta años una vida trasnacional entre Santo Domingo y diversos enclaves estadounidenses como Boston, Nueva York, Miami y Carolina (dependiendo de a dónde se haya tenido que mover la familia o la ubicación de la clientela) primero como modista que confeccionaba trajes de novia para las dominicanas o mujeres de origen dominicano en Estados Unidos, y luego, retirada, pasando algunas temporadas con su hija, la tía Kenya y los primos del “Corn Flakes”: Billy, Henry, Kilya y Michelle, hijos también del tío Jacobo, un migrante procedente de St. Martin que llegó primero a República Dominicana.

La prima Carolina ha sido de los miembros más recientes de la familia que ha logrado salir hacia Nueva York pedida por su esposo que se había adelantado unos años antes a la gran manzana; y sin saber que la hija adolescente estaba embarazada, allí ha nacido también uno de los integrantes más jóvenes de los Lizardo. El tío Luis apenas consiguió sus papeles y se fue a vivir al país del norte en plena pandemia, pues sus hijos Ludwing y Wendollyn, como ciudadanos

estadounidenses, lograron que la petición familiar a favor de su padre fuera aprobada por el Servicio de Ciudadanía e Inmigración, a pesar de que años atrás por razones de “seguridad” le negaron la visa para poder visitarlos. La abuela Celeste durante años recibía diariamente a las 8:05 de la noche una llamada de Estados Unidos para que le proporcionara los números de la lotería a una misteriosa persona al otro lado del teléfono (quizá un vecino que migró hace ya tantos años que la abuela había perdido el recuerdo de quién se trataba). La prima Marleny, llegada a España hace varios años, ya tiene su nacionalidad española aunque en la crisis inmobiliaria del 2008 tuvo que regresar a República Dominicana porque no había trabajo ni manera de mantenerse en dicho país. El conductor que llevó a mi madre a mi apartaestudio desde el aeropuerto para visitarme en Santo Domingo en 2019, le contó que es un aficionado de las salsas picantes y él mismo las prepara porque no le gusta las que venden en el súper y aprendió la receta con mexicanos mientras vivió en Nueva York.

Angélica, una de mis hijastras, tiene dos hermanos menores gemelos con raíces haitianas, producto de la unión de su madre con su padrastro procedente de Haití, e incluso a veces otro de sus hermanos le dice “haitiana” intentando molestarla. Ramona, la madre de mi esposo, de ascendencia haitiana, huía a ratos de la “civilización” (República Dominicana) para refugiarse en Haití, e incluso en uno de sus tantos “escapes” perdió la oportunidad de irse para Estados Unidos pues le habían dado respuesta a uno de sus trámites en el consulado pero ella no estaba. La mamá de Sebastián, otro de mis hijastros, vivió en Italia, y Porfirio, quien es como un padre para mi esposo, residió varios años en Villa de Cura Venezuela. Y en una de las historias familiares más excéntricas, el tío Corpito emprendió una verdadera travesía a Francia, donde residía la hermana de Celeste, su madre. Corpo, quien siempre había soñado con la música e incluso había producido y grabado su propio álbum con lo que ganaba como conductor de guagua, decidió probar suerte en la capital europea del arte, donde estaba seguro que lograría tener más oportunidades. Con un ahorro, más la venta de su guagua, logró llegar a casa de su tía en Francia pero la tía no fue tan paciente con el soñador Corpito y el panorama en la urbe europea tampoco le sonrió a un inmigrante latino poco calificado, por lo

que la familia en República Dominicana tuvo que hacer grandes esfuerzos y endeudarse para lograr pagarle un vuelo de regreso.

Bienvo, mi suegro, tiene una hija en Puerto Rico a la que no conoce, pues su madre migró a dicha isla aún embarazada. Y Celeste, nacida en 1929 en Santo Domingo, contaba que esperaba una herencia desde España aunque no sabía si le llegaría en vida. Y en efecto la herencia nunca llegó y los nietos recordaban la esperanza de la abuela en una mezcla de fantasía octagenaria e ilusión improbable, hasta que hace poco recibieron una comunicación desde España que convocaba a todos los Lizardo a una misteriosa reunión en un club de esparcimiento en La Romana. Los Lizardo, llegados en la guagua de Corpito a la convocatoria, se enteraron que la familia española de la madre de Celeste, intentaba cobrar una herencia que correspondía a los descendientes de Paula y Paulina, ambas nacidas en España pero con destinos diferentes, pues mientras Paulina permaneció toda su vida en la Península, Paula, la madre de Celeste, decidió probar suerte en la capital primada del nuevo mundo, formó una familia y allí vivió hasta su muerte.

Estos fragmentos de historias de mi círculo más cercano en República Dominicana, nos dan una idea de la intensa movilidad en el Caribe, de las migraciones tradicionales como ocurre con los casos de dominicanos que van a Estados Unidos, España o Puerto Rico, o de haitianos que llegan a República Dominicana, y de los distintos momentos como cuando los europeos llegaron a buscar suerte a América, las migraciones interregionales como el desplazamiento dentro de las propias Antillas del tío Jacobo o de los haitianos al país vecino, de la migración de sur a norte sea a Estados Unidos, España u otros destinos europeos, de las épocas de restricciones y crisis que obligan a los retornos, de la diversificación y complejidad de los desplazamientos y el transnacionalismo de la abuela, e incluso de los nuevos destinos pues ahora esta familia tiene una conexión con México.

La isla que comparten Haití y República Dominicana es una de las zonas más pobres de América Latina, sobre todo la parte haitiana, y en ella se registran importantes fenómenos migratorios, por lo que se puede considerar un polo de movilidad del Caribe. Las migraciones que más destacan por la cantidad de gente

que se moviliza, son, el caso del desplazamiento de haitianos hacia República Dominicana, y el de dominicanos y haitianos hacia Estados Unidos, y aunque hay nuevos y variados destinos, también son importantes para el caso dominicano las migraciones hacia España y Puerto Rico, y para el caso haitiano hacia Francia, Canadá y otros puntos del Caribe.

### **1.3 Capítulo dominicano**

Y así, comenzando con la parte este de la isla por nuestra cercanía, podemos decir que si bien en la opinión pública y los medios muchas veces corre la idea de lo apabullante de la migración haitiana y una supuesta “invasión” silenciosa de los vecinos a República Dominicana, lo cierto es que actualmente el país es sobre todo emisor de migrantes por cuestiones socioeconómicas aunque sí hay una importante presencia de inmigración laboral, es decir, pese a que sí hay muchos migrantes procedentes de Haití, es mayor el número de dominicanos que salen del país que la cantidad de haitianos que entran. Sin embargo, esta tendencia no siempre ha sido así, pues antes de la segunda mitad del siglo XX la movilidad de los dominicanos no era tanta y sí en cambio era un destino de migrantes laborales que en su mayoría llegaban de Haití, de ahí quizá la idea de la invasión aunque las tensas relaciones entre ambos países se remontan a mucho tiempo atrás.

Grosso modo podemos decir que se trata de tensiones históricas posibles de rastrear desde la división de la isla en dos partes, siendo que anteriormente a la llegada de los conquistadores, estaba ocupada por los taínos distribuidos en cinco cacicazgos, por lo que si bien ahora vemos a la Hispaniola como una isla compartida por dos países, la podemos considerar también en tanto los vínculos de ambos más allá de la vecindad en términos del espacio físico, con una historia común antes de 1492, y una división política, económica, social y cultural posterior pero aún así con una relación permanente y no sin conflictos. Ya en el “nuevo mundo” ubicamos primero una parte oriental desatendida por los españoles y luego colonia francesa que llegó a ser más próspera que la española, pasando después a independizarse y a ocupar el territorio español para evitar futuras ocupaciones por parte de los imperios coloniales, por lo que los dominicanos debieron independizarse de Haití.

Posteriormente hay un cambio de papeles con la prosperidad de la parte occidental más europeizada, la dominicana, que comenzó a producir más e industrializarse apartándose de sus vecinos más “africanos” y que tuvo su punto culminante en la masacre de una gran cantidad de haitianos por la dictadura de Trujillo, sugiriendo algunos que la frontera “natural” entre República Dominicana y Haití, el Río Masacre, debe su nombre a dicho evento.

Entonces podemos decir que es una isla que en su parte oriental, lo que ahora es Haití, fue colonizada por los franceses después de que España se apartó de ella, y sus recursos explotados hasta el agotamiento, incluso en textos como “Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen” (Diamond, J. , 2007) encontramos una descripción del paisaje actual de Haití comparado con Dominicana, visto desde el aire: la parte oriental árida y la occidental más verde y boscosa. Haití, y más ampliamente lo que hoy es La Hispaniola, incluyendo a República Dominicana, es pues producto de un sistema extractivo que dividió arbitrariamente territorios de acuerdo a los fines de los colonizadores, y que ha derivado en el sistema económico actual, en palabras de Carlos Walter Porto Gonçalves<sup>13</sup>: un sistema-mundo capitalista, moderno, colonial y patriarcal que se estructura precisamente en 1492 y que empieza en América, en el Caribe, y específicamente en la Hispaniola

### **Los que se van...**

La tendencia de República Dominicana como destino de migrantes se revirtió desde los años 60 con el predominio de la emigración hasta nuestros días. Lo anterior ocurre con el fin de la dictadura trujillista cuando se eliminan los controles para emitir pasaportes, aunado a la inestabilidad política durante casi una década que sobrevino a la muerte de Rafael Leónidas Trujillo, con lo que muchos dominicanos salieron del país. En este momento también se dan las condiciones externamente para la salida de los habitantes de República Dominicana como la Ley de Inmigración y Naturalización de 1965 de Estados Unidos con la que se eliminaron

---

<sup>13</sup> Retomado de la ponencia de Carlos Walter Porto Gonçalves en el 1er Coloquio en Sociedades Sudentables en la UAM-Xochimilco el 4 de octubre de 2016.

las cuotas migratorias por país que resultaban racialmente restrictivas y favorecían a unos países sobre otros, además de que la nación estadounidense flexibilizó sus requisitos para admitir a los dominicanos en una suerte de estrategia para evitar nutrir las filas del descontento social y emitirles visas ante la presión de la cercana Revolución Cubana, la Revolución de Abril dominicana de 1965 y la posterior invasión estadounidense al país. En cuanto a lo económico, por su parte, hay cambios relacionados con la industrialización vinculada a la exportación agrícola, lo que provoca una intensa migración interna del campo a la ciudad y un excedente de trabajadores urbanos, además de que los sueldos en Estados Unidos resultan ser más competitivos. Si bien este último país es el principal destino de los dominicanos, en los 70's también lo fue Venezuela que se veía beneficiada por la subida de los precios del petróleo.

Más adelante en los años 80 y 90 la importancia del sector agroexportador cede ante una economía que se terciariza y que tiene ahora como actividades fundamentales el turismo, los servicios y las zonas francas de exportación, de esta manera se reducen los empleos en el primer ámbito a favor del segundo, provocando así un desequilibrio que afecta también las condiciones de vida de los dominicanos, con lo que aumenta su presencia en Estados Unidos para esta última década, y se registra también el crecimiento de la migración laboral a España y Puerto Rico a raíz de la crisis de los años 80. Sin embargo, la llegada masiva de dominicanos a estos tres países, lleva a la adopción de medidas restrictivas de control migratorio, con lo que aumenta la migración irregular y además se buscan destinos alternativos a los tradicionales como Canadá, Chile y Argentina, diversificando así los flujos migratorios. Si bien desde la segunda mitad de los años 90 la economía dominicana crece, dicho crecimiento no se ve reflejado en las condiciones de vida de la población, pues se trata de un modelo que no genera igualdad y la gente continúa saliendo del país hasta nuestros días, aunado a que han crecido y se han consolidado las redes sociales entre República Dominicana y los destinos, al tiempo en que se fortalecen los intermediarios que posibilitan la salida de las personas y el tráfico ilícito de migrantes.

Decíamos entonces que la emigración sigue en aumento aún actualmente a pesar del crecimiento económico del país, pues ello no ha resultado en mejoras sociales para las mayorías ni en la riqueza mejor distribuida, por lo que se calcula que 1,304,493 dominicanos se encontraban en el exterior para 2015 (OIM, INM-RD, 2017: 70). Los dominicanos siguen buscando salir de la isla ante las limitaciones y falta de oportunidades que siguen experimentando, y es que el sector laboral informal es el que más ha crecido por lo que las condiciones del empleo y de la vida son muy precarias para muchos. Por otra parte, ante la alta desigualdad de género que se vive en República Dominicana y el riesgo de violencia y discriminación que enfrentan las mujeres, se puede hablar de una importante feminización de la emigración, con una mayor participación de ellas en los movimientos migratorios, pues representan el 59% de los emigrantes dominicanos (OIM, INM-RD, 2017: 74). A partir del año 2000, externamente también han jugado factores en los flujos migratorios como la crisis financiera global del 2007-2008, incidiendo directamente en el mercado laboral y en la implementación de medidas migratorias más restrictivas en los destinos tradicionales de los dominicanos debido a esto y a las crecientes alertas internacionales de seguridad tras los atentados terroristas, lo que ha llevado también a diversificar los destinos migratorios más allá de Estados Unidos, España y Puerto Rico y a forzar en algunos casos a los retornos.

La emigración de personas procedentes de República Dominicana aumentó casi 50 por ciento entre 2000 y 2015, pasando de 880,284 a 1,304,493 dominicanos en el exterior como ya habíamos mencionado, y llama la atención que solo Estados Unidos concentra el 72 por ciento de los dominicanos emigrantes con casi un millón radicando en territorio estadounidense (OIM, INM-RD, 2017: 72). Al país de América del Norte que se erige como el principal destino de la emigración dominicana, le siguen España y Puerto Rico con 151,369 y 57,891 dominicanos respectivamente (OIM, INM-RD, 2017: 74), aumentando además la migración hacia Italia, Alemania y Canadá. Como ya decíamos, las mujeres se movilizan más pero su participación en la migración es aún más acentuada en los destinos europeos. Por su parte, salvo el caso de Puerto Rico, la emigración interregional es baja, pues según datos de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y el Instituto Nacional de

Migración de República Dominicana, solo el 9 por ciento se encuentran en la región latinoamericana y caribeña: en las Antillas en Haití, Islas Vírgenes estadounidenses y territorios holandeses como Curazao, y en el resto de la región en Venezuela como destino histórico, Panamá, y en lugares como Argentina y Chile donde recientemente ha aumentado significativamente la presencia de migrantes dominicanos, seguidos muy por debajo de México y Costa Rica.

En la actualidad, los dominicanos se siguen arriesgando a llegar a Puerto Rico en yola (pequeñas embarcaciones frágiles) en viajes clandestinos en los que se exponen a perder la vida, a ser interceptados por la Guardia Costera estadounidense y naufragios. Incluso se ha visto que en estos viajes también participa una importante cantidad de migrantes haitianos intentando llegar a la vecina isla desde República Dominicana. Además ante la creciente dificultad que enfrentan algunos para obtener visas, hay dominicanos que intentan salir del país con papeles falsos con destino sobre todo a España. Además, según datos de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), buena parte de las víctimas de trata en el mundo provienen de República Dominicana, posicionándose como uno de los principales países de origen de personas afectadas por este delito, quienes en su mayoría son mujeres y niñas en situación de vulnerabilidad, pobreza y falta de oportunidades educativas que son utilizadas y explotadas sobre todo para el comercio sexual. Por otra parte, la mayor cantidad de deportaciones se registran desde Estados Unidos, seguido de España, Puerto Rico, Panamá, Curazao y México. Mientras que para el caso de los retornos, estos han ocurrido en su mayoría desde Estados Unidos, España, Puerto Rico, Haití, Italia y Venezuela.

### **Los que llegan...**

Ahora bien, en cuanto a la inmigración, como lo habíamos anticipado, la mayor cantidad de personas que llegan e históricamente han llegado a República Dominicana proceden de Haití y el arribo de migrantes en general al país ha estado marcado por el crecimiento económico experimentado desde el siglo XX, primero en el sector azucarero y después en la agricultura, la construcción y el turismo



cuando dejan de atraer trabajadores nacionales. Sobre los haitianos además se puede agregar, a grandes rasgos, que la inestabilidad política y la pobreza los ha motivado a moverse, aunque más recientemente también identificamos otros factores como los desastres naturales o la violencia, e incluso una suerte de lógica circulatoria permanente tejida por las redes de migrantes que otorgan un importante valor simbólico y jerárquico a la diáspora. Por otro lado, el crecimiento de la inmigración procedente de otros países ha sido aún más reciente, en los años 90, y no se ha dado en una proporción tan elevada como en el caso haitiano. Como decíamos, la inmigración estuvo en un inicio ligada a la economía azucarera dominicana, pero fueron los “cocolos”<sup>14</sup> los primeros en llegar al territorio para trabajar la caña de azúcar procedentes del Caribe anglosajón a fines del siglo XIX, y es posteriormente en las primeras décadas del siglo XX cuando llegan los trabajadores haitianos, cuestión que abordaremos a profundidad en el siguiente apartado.

Según la Encuesta Nacional de Inmigrantes 2017, 570,933 personas nacidas en el extranjero se encuentran en República Dominicana, lo que representa el 5.6 por ciento de la población nacional, de ellos el 61.6 por ciento son hombres, mientras que el 38.4 por ciento son mujeres, por lo que predomina la migración masculina y urbana en el país. Del total de inmigrantes, el 87.2 por ciento corresponde a los nacidos en Haití, es decir, unos 497,825, mientras que el resto, 73,107, nacieron en otros países de entre los que destacan los venezolanos que representan un 4.5 por ciento, los estadounidenses que son el 1.8 por ciento, los españoles el 1.3 por ciento y los italianos el 0.7 por ciento.

Si bien con estas cifras ya vemos una importante presencia de inmigrantes haitianos, ella podría ser aún mucho mayor pues los registros son limitados ante una migración sobre todo terrestre y masiva donde no todas las entradas pueden

---

<sup>14</sup> Así se les conoce a los integrantes del grupo étnico inmigrante procedente de las Antillas no hispanas, sobre todo inglesas, que llegó a República Dominicana a finales del siglo XIX y principios del XX a trabajar el azúcar con prácticas culturales diferenciadas que incluían una mezcla de elementos ingleses y africanos. Se les distinguía por ser de piel más oscura y al principio eran vistos por el resto de la población de forma despectiva, sin embargo actualmente han sido revalorizados y la tradición del teatro bailado cocolo está inscrita en la lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO desde el año 2008.

ser contabilizadas. Entonces, estos movimientos ocurren en una frontera sumamente porosa, donde además muchas veces se cruza de forma irregular y sin documentos, a parte de que en los días en los que hay mercado binacional no se llenan formatos de ingreso. Sumado a ello, por ejemplo, en un momento crítico como lo fue el terremoto de 2010 se permitió el paso libre. Y es que desde principios del siglo XXI organizaciones no gubernamentales han estimado que la cifra de migrantes haitianos en República Dominicana podría alcanzar el millón de personas, sobre todo con el incremento del flujo migratorio tras el terremoto de Haití en 2010, y de hecho la última encuesta nacional sobre inmigración arroja que de las 847,979 personas de origen extranjero, es decir los inmigrantes más los descendientes, que se encuentran en el país, 750, 174 son de origen haitiano. Y a pesar la limitación de los registros, con la información existente podríamos tener una mejor idea de la magnitud real de la inmigración haitiana con datos como el número de ingresos autorizados en los cuatro puestos fronterizos terrestres del país que de 2009 y 2011 a 2015 fueron 910,733 (OIM, INM-RD, 2017: 114), o cuestiones aún no consideradas en este tipo de conteos como la circularidad de los habitantes fronterizos.

Hasta hace poco, luego de la inmigración haitiana, destacaba la presencia de estadounidenses, seguidos de españoles y puertorriqueños, tendencia que se mantiene con algunos cambios y que se relaciona también con los destinos más importantes de los dominicanos, lo que nos hablaría de la fortaleza de los vínculos y las redes sociales entre la diáspora dominicana y sus comunidades de origen, la existencia de familias transnacionales, de dominicanos que han adquirido las nacionalidades de los países a los que han migrado, de los lazos económicos entre República Dominicana y estas naciones, e incluso de la atracción de turistas desde ellas con visitantes que en algunos casos deciden quedarse en la isla.

Como decíamos entonces, ha habido algunos cambios en los principales orígenes de los inmigrantes que se encuentran en República Dominicana y aunque la haitiana sigue siendo la principal población nacida en el extranjero, y Estados Unidos y España se mantienen también entre los países de origen más importantes, vemos

el gran crecimiento de la inmigración venezolana que de no figurar entre los tres principales lugares de origen, es ahora el segundo lugar después de Haití, creciendo esta migración aún más que la haitiana, pues mientras esta última aumentó 9.4 por ciento de 2012 a 2017, la venezolana lo hizo en un 653 por ciento en este mismo periodo, pues no hay que olvidar la crisis migratoria que vive la nación bolivariana así como su turbulenta situación política y económica. Y es que además de los haitianos que uno puede observar en el día a día en República Dominicana, vendiendo dulces en las calles o los semáforos, trabajando en las construcciones, vigilando edificios, limpiando zapatos, etc., en mi última estadía en Santo Domingo era notoria además la presencia de los venezolanos codo a codo con los demás habitantes, podía ser ya mi conductor de Uber, mi vecino, la mujer que vendía en un carrito café y pastelitos en la noche a lo largo de la calle El Conde, la chica que sube a vender queso a la guagua popular que nos lleva a Boca Chica (la playa más cercana), los dueños, empleados o cocineros de la creciente cantidad de restaurantes de arepas y cachapas, o bien incluso el aliado que encontré en mis últimos días en el país interesado en nuestro trabajo y en ayudar a los niños haitianos; sin embargo y aunque como vemos es muy evidente esta migración, no suele ser percibida de manera negativa como como en el caso de la haitiana.

En general la población de inmigrantes en República Dominicana es joven, con un 62 por ciento entre los 10 y los 34 años de edad, como ya mencionábamos la mayoría son hombres pues representan el 62 por ciento del total, mientras las mujeres el 38 por ciento, viven sobre todo en zonas urbanas, aunque hay una importante proporción de inmigrantes haitianos que habitan en zonas rurales. La escolaridad de los inmigrantes de otros países es mayor que la de los haitianos, pues mientras la mayoría de haitianos ha llegado solo hasta el nivel primario, la mayoría del resto de inmigrantes tiene estudios universitarios. Los inmigrantes de otras naciones suelen vivir más en casas y apartamentos, mientras que en el caso de los haitianos ha aumentado considerablemente el número de los que ocupan

piezas de cuartería<sup>15</sup>. La población haitiana ocupada es mucho mayor a la del resto de extranjeros (70 vs 48 por ciento) pero son estos últimos los que tienen mejores ingresos, mayor protección y beneficios laborales, de hecho, según datos de la Encuesta Nacional de Inmigrantes 2012, mientras la mayoría de extranjeros procedentes de otros países eran considerados en un sector socioeconómico medio-alto, los haitianos se encontraban en un nivel inferior al bajo o medio-bajo, es decir, en el sector muy bajo. Y mientras los haitianos suelen trabajar sobre todo en la agricultura, la construcción y el comercio, los demás inmigrantes en servicios vinculados al turismo y el comercio.

Finalmente, llama también la atención que si bien la mayor cantidad de inmigrantes que viven en República Dominicana son haitianos, se han entregado más residencias a inmigrantes de otros países, sobre todo estadounidenses, pues entre 2006 y 2015, el 84.7 por ciento de las residencias se emitieron para los inmigrantes de otras naciones y solo el 15.7 por ciento de las residencias fueron para los migrantes procedentes de Haití. Y en el caso de los naturalizados, vemos incluso que los haitianos no figuran entre los primeros lugares, pues de las 6,566 personas naturalizadas entre 2005 y 2015, fueron cubanos, estadounidenses, chinos, venezolanos y colombianos los que principalmente obtuvieron la nacionalidad dominicana. (OIM, INM-RD, 2017: 115-117).

#### **1.4 La migración haitiana: *ti ak gwo dyaspora*<sup>16</sup>**

Farah es una mujer haitiana de 37 años de edad que actualmente vive en México. Estudió artes visuales en República Dominicana, allí aprendió el español, posteriormente y gracias a un convenio de movilidad entre la universidad dominicana de Altos de Chavón y la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP) de la UNAM, llegó a México, en donde ya lleva más de once años residiendo. Además de pintar (su principal ocupación), también cocina y a veces se dedica a ello, como cuando la encontré ofreciendo comida típica de su país en el stand de Haití en la

---

<sup>15</sup> Habitaciones muy pequeñas que suelen rentar familias o personas con recursos muy limitados en casas de vecindad o edificios que no siempre ofrecen todos los servicios y en los que a menudo hay solo un baño y patio común. En muchos casos se suele pagar por día.

<sup>16</sup> En criollo haitiano: diáspora pequeña y grande

Feria de las Culturas Amigas en la Ciudad de México en abril de 2018. Actualmente vive en Cozumel con una amiga dominicana, también artista plástica, que tiene una galería e imparte talleres de pintura en la isla del Caribe mexicano. Después de vivir varios años en la capital mexicana, comenta que ahora le encanta vivir en Cozumel. Ella es de Puerto Príncipe y cuenta que su familia aún vive en Haití.

“El flaco”, quien nunca quiso decirme su nombre, fue el primer chico haitiano que encontré a mi llegada a Santo Domingo en junio de 2019 y con quien pude conversar un poco. Y aunque después desapareció por un largo periodo y lo encontrábamos esporádicamente en distintos puntos de la ciudad, gracias a la charla que tuvimos con él al principio, me fue posible ubicar a los niños y adolescentes con los que trabajaría durante los meses siguientes, muchos amigos de él o al menos del mismo grupo de chicos limpiabotas y que frecuentemente eran también compañeros de pensión. Me enteré después que le decían “El flaco”, pero en ese primer acercamiento supimos algo de su historia. El chico de 14 años de edad, llevaba 6 años en República Dominicana en el momento de nuestro encuentro, quizá por eso habla tan bien el español, y cuenta que llegó con su madre pero pronto lo dejó, cuando tenía 8 años, y ella se fue a Brasil, momento en que perdió prácticamente la comunicación con ella salvo algún contacto ocasional por Facebook.

Los anteriores son fragmentos de historias de dos migrantes haitianos muy diferentes, de sectores socioeconómicos distintos y quienes han tenido más o menos oportunidades, pero que pese a todo han debido salir de su país, lo que me lleva también a recordar a Alexander, mi maestro de Creole en México, quien en una entrevista contundentemente en 2018 me señaló que todo haitiano buscaba salir a como diera lugar de Haití, por eso suelen ser muy estudiosos, y saben que deben aprender más de dos lenguas. Y es que de 10,579,230<sup>17</sup> habitantes en Haití, se estima que hay un aproximado de entre 4 a 5 millones de haitianos migrantes en todo el mundo, sobre todo en Estados Unidos, Francia, Canadá y el Caribe, lo que representaría casi la mitad de la población.

---

<sup>17</sup> Según cifras del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Haití.

Si bien existen diferencias conceptuales entre migración y diáspora, pues una en términos generales se refiere al desplazamiento de personas por causas socioeconómicas y la otra a la dispersión de grupos étnicos que se han visto forzados a dejar el lugar de origen por catástrofes como desastres o hambrunas, para el caso de La Hispaniola encontramos que en el día a día estos términos se utilizan casi indistintamente. En República Dominicana es muy común escuchar sobre la “diáspora dominicana”, la mayoría de las veces en referencia a los migrantes dominicanos, sobre todo los que se encuentran en “Lo paíse” (Estados Unidos); y en Haití, por su parte, la importancia del éxodo de haitianos hacia otras partes del mundo ha llevado a nombrar a cosas, acciones y personas con la palabra “diáspora”, de esta manera, hay casa diáspora, dinero diáspora o música diáspora, en referencia a remesas, propiedades adquiridas gracias a lo ganado en el exterior e incluso expresiones culturales influenciadas desde fuera. En este último país, además, se diferencia a las personas de acuerdo al sitio al que han migrado, pues no es lo mismo llegar de Estados Unidos, Francia o Canadá, que de República Dominicana, pues los primeros destinos pertenecen a la “gros diaspora” (diáspora grande), y otros como el vecino país a la “petite diaspora” (pequeña diáspora), lo que también incide en el estatus y jerarquía que se le atribuye al migrante.

De esta manera y luego de precisar brevemente los términos migración y diáspora<sup>18</sup>, e indicar cómo confluyen en el uso cotidiano en la isla que comparten Haití y República Dominicana, podemos avanzar en el panorama general de la migración haitiana. En primer lugar, es necesario señalar que en Haití se han registrado históricamente, y se siguen registrando, olas migratorias internacionales e internas, voluntarias y súbitas, e incluso circulatorias, pero que como República Dominicana, es sobre todo un país de emigración, pues como ya lo hemos mencionado, la cantidad de haitianos en el exterior equivale a casi la mitad de la población de la isla. Ahora bien, actualmente hablar de diáspora en Haití es hablar de una migración que se considera exitosa, pero no siempre fue así, pues en el régimen Duvalierista (1957-1986) se relacionaba más con el abandono del terruño por parte de los

---

<sup>18</sup> En el capítulo 4, correspondiente al entramado teórico y conceptual volveremos a estos conceptos con detenimiento y ampliaremos la discusión en torno a términos como migración, diáspora y movilidad.

migrantes, por lo que ha habido una reapropiación del término para antes que señalar a quienes “abandonaron el barco”, se reconozca ahora a los migrantes que pueden contribuir al desarrollo de su país. En este sentido, el estudio de la diáspora ha pasado del análisis de las contribuciones de los migrantes en los países de destino y su dispersión por el mundo, a enfocarse en lo que la diáspora ha abonado en el propio origen (Haití).

### **La migración temprana**

Los movimientos migratorios más tempranos en Haití se relacionan con la etapa de la revolución y tras la independencia desde fines del siglo XVIII y principios del XIX con sectores de la élite que se desplazaron a Francia, Canadá y poco menos a Estados Unidos. Continuando el siglo XX, la emigración se mantuvo e incluso entre los estratos menos favorecidos se registraron movimientos de personas hacia Cuba para trabajar en la agricultura, pero posteriormente este flujo se reorientó hacia República Dominicana al trabajo en la caña de azúcar cuando tanto Haití como el país vecino fueron ocupados por tropas estadounidenses. Para los años 30 del siglo pasado, en un intento por “blanquear” a la población, tanto República Dominicana como Cuba buscaron expulsar a los migrantes haitianos, e incluso en República Dominicana se registró una masacre de entre 17 mil y 30 mil haitianos conocida como “El Corte”, ordenada por el dictador Trujillo, pero esto no impidió que siguieran llegando.

Con el duvalierismo en la segunda mitad del siglo XX y la presión del régimen, se registró una importante emigración hacia Francia, Canadá, Estados Unidos, República Dominicana e incluso países subsaharianos recién independientes, flujos que en su mayoría se mantienen actualmente. En el presente, la emigración sigue creciendo acentuada por la inestabilidad económica y política, así como por los desastres naturales, con lo que de 520,000 haitianos en el exterior en 1990, se registraban para 2015 unos 1.2 millones según cifras de la ONU/OCDE y que pasarían a representar más recientemente cerca de 4 a 5 millones en los cálculos del gobierno haitiano. Además, si bien el porcentaje de migrantes haitianos que viven en los llamados “países en desarrollo” ha crecido, la mayoría sigue estando

en países “desarrollados” con Estados Unidos a la cabeza, según estimaciones de la ONU para 2015 que ubican a unos 600 mil haitianos en el país norteamericano, aunque bien podrían ser de 1 a 2 millones si se considerara a la migración ilegal de acuerdo con un estudio de la OCDE de 2017 que coloca a República Dominicana como segundo país de destino, seguido por Canadá y Francia, tomando en cuenta, como ya lo vimos en el apartado anterior, que al menos para República Dominicana también hay un subregistro y que es difícil contar a los migrantes en situación irregular.

Países antillanos como Guadalupe, Bahamas y Guyana Francesa son otros destinos importantes, aunque tras el terremoto de 2010 se diversificaron los flujos y surgieron nuevas rutas sobre todo a Sudamérica, con Brasil como principal destino, de hecho el sexto más importante, pues entre 2010 y 2016 unos 80 mil migrantes haitianos lograron establecerse en este país luego de obtener una visa humanitaria. Pero no solo se quedan allí, y es que tras una crisis en 2014 también se tomó a Brasil como un punto intermedio para llegar a otros destinos de la región como Chile o la Guyana Francesa, e incluso para alcanzar los Estados Unidos, así como se hizo más tarde también en otro punto del continente, México, donde en 2017 se encontraban en espera más de 4,500 personas procedentes de Haití que buscaban entrar a Estados Unidos y que sin embargo quedaron en pausa por las políticas migratorias tanto de las administraciones de Obama y Trump que restringieron la inmigración haitiana.

### ***Gwo dyaspora*<sup>19</sup>: Canadá**

Recapitulando, si bien como decíamos la migración haitiana en el siglo XX ha sido impulsada principalmente por situaciones políticas y económicas, es posible distinguir también los desplazamientos por sectores poblacionales, en un primer momento la élite económica desde mediados de los años 50 a los años 60, luego los trabajadores entre la década del 60 y 70, y desde los años 70 los estratos pobres tanto rurales como urbanos. En la segunda mitad del siglo XX, haitianos de la élite

---

<sup>19</sup> En criollo haitiano: diáspora grande



económica y política entre trabajadores de clase media, políticos y de sectores acaudalados educados, migraron hacia Francia, Quebec en Canadá y algunos países subsaharianos de África recién independientes huyendo de la dictadura de François Duvalier, quien se refería a la diáspora para señalar a quienes consideraba traidores por abandonar el terruño. Esta época coincide con el hecho de que Canadá flexibiliza su política inmigratoria que previo a 1962 favorecía a los llegados de Reino Unido. Después entonces esta política se orienta por criterios relacionados con lo educativo como la formación, la profesión y hablar la lengua, más allá del país de origen, y con el fin de satisfacer la demanda de mano de obra calificada en un contexto de expansión económica de posguerra.

Con el recrudecimiento de la persecución política en Haití, cada vez más haitianos se dirigieron a Canadá donde encontraron trabajos, por ejemplo, como profesores de secundaria, aunado a que su llegada se facilitaba con un proyecto de ley de 1974 que hizo oficial el francés en la administración pública. Sin embargo, a medida que Canadá invirtió en educación y capacitación, se redujo la demanda de trabajadores migrantes con alta calificación. Con la ley de inmigración de 1976 de Canadá, enfocada en admitir a migrantes por cuestiones humanitarias y en los derechos humanos, al tiempo en que se respondía a la necesidad de trabajadores, se fue perfilando un tipo de migrante haitiano que llegaba a este país, esto es, un trabajador cada vez más calificado.

Tras el terremoto de 2010 en Haití, Canadá adoptó las Medidas Especiales para Haití (MSH, por sus siglas en francés) para facilitar la llegada de familiares de haitianos viviendo en Canadá, a quienes además se les proporcionó una extensión de su permiso de residencia. En estas medidas se priorizó la petición de familiares a los migrantes con ciudadanía canadiense o residencia permanente, y si bien cifras oficiales arrojan que desde 2010 más de 3 mil haitianos accedieron a los beneficios del MSH, habían también otras tantas miles de solicitudes sin procesar y además el criterio de ingresos estándar permaneció, por lo que muchas familias trabajadoras no podían acceder a estas medidas. Tanto este plan, como uno similar de Estados Unidos, tenían como fin, al menos en el papel, contribuir al desarrollo y la

reconstrucción de Haití a través del envío de remesas al país insular y el alivio de la carga humanitaria, pero a la fecha no es muy claro que esto se haya logrado efectivamente.

Con este panorama podemos ver que la migración de haitianos a Canadá ocurrió desde las tres últimas décadas del siglo XX. Para 2012, según la OCDE ya habían unos 74 mil migrantes haitianos y en 2017 luego de que Estados Unidos anunciara la eliminación del Estatus de Protección Temporal a los caribeños, tan solo la provincia de Quebec ya contaba con unos 120 mil personas de la comunidad haitiana, según una nota del diario El País que realizó el seguimiento de esta nueva crisis migratoria.

### ***Gwo dyaspora: Estados Unidos***

Una importante salida de haitianos desde su país natal se dio con la dictadura de Duvalier, lo que llevó a una gran cantidad de ellos a Estados Unidos, dando inicio a un fuerte desplazamiento hacia el país del norte en buena medida de forma regular, pues se trataba de clases medias y altas que huían de la persecución económica y política, además de que coincidió en la década de 1960 con la flexibilización de las medidas migratorias y la apertura hacia la lucha por los derechos civiles. Pero si bien en un inicio se trataba como vemos de una migración tolerada pues además Estados Unidos comulgaba con el anticomunismo del régimen haitiano, al grado que en los años 70 ya había aproximadamente 25 mil migrantes procedentes del país caribeño, para los años 80 se intenta ya parar la inmigración ilegal y se controlan barcos haitianos, pues en el éxodo de Mariel (Cuba), de entre los 150 mil solicitantes de asilo, se encontraban unos 25 mil haitianos. Sin embargo es en esta época cuando se establecen en Estados Unidos la mayoría de los migrantes procedentes de Haití.

Otra oleada de migrantes haitianos procedentes de Haití se registró tras la caída de la dictadura en 1986 y luego del golpe de Estado en 1991 contra Jean-Bertrand Aristide, quien había sido electo democráticamente como presidente. En este tiempo, según datos de la OCDE, unos 38 mil haitianos salieron de su país e incluso

unos 10 mil llegaron a Guantánamo como braseros solicitando asilo a Estados Unidos. El país norteamericano, sin embargo, ya había vuelto más rigurosas sus políticas migratorias para esta década, con lo que se tornaba más difícil incluso la reunificación familiar. Pero en 1998, con la Ley de Equidad de Inmigración de Refugiados de Haití (HRIFA, por sus siglas en inglés), algunos haitianos pudieron pedir el estatus de residentes permanentes y a quienes se les había rechazado la solicitud de asilo les permitía buscar algún otro tipo de asistencia migratoria.

Para evitar una nueva ola migratoria como en las décadas de los 80 y 90, tras el terremoto en Haití de 2010 Estados Unidos decidió otorgar el Estatus de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés) a los haitianos que habían llegado a territorio estadounidense antes del 12 de enero de 2010, así estuvieran en situación legal o ilegal. De esta manera, además, brindando un estatus legal temporal y permiso de trabajo por 18 meses, se pretendía apoyar a Haití, pues como ya se mencionó en el caso canadiense, se creía que con las remesas se ayudaba en los esfuerzos de reconstrucción del país caribeño, aunque no hay suficientes indicios que sustenten que esto realmente sucedió. De esta política de protección se habían beneficiado unos 48 mil migrantes haitianos para 2011, y esta se extendió hasta el 22 de enero de 2013, con lo que quienes llegaron hasta un año después a suelo estadounidense pudieron solicitar la protección. Aunque el TPS estaba planeado para finalizar en 2017, se extendió a enero de 2018 y ante el inminente cumplimiento del plazo, muchos haitianos intentaron llegar a Canadá en busca de refugio, sin embargo el gobierno estadounidense debió extenderlo debido a un fallo judicial que impidió que se pusiera fin al TPS para los haitianos, aunque la administración de Trump insistió que las condiciones de Haití habían mejorado para que regresen a su país los refugiados.

Según estimaciones de la OCDE, en la actualidad Estados Unidos es el país con el mayor número de migrantes haitianos, creciendo esta población más del 60 por ciento entre 2000 y 2010, pues en este último año se calculaba que había en territorio estadounidense 881,488 personas de origen haitiano, pero incluso podrían ser más por las personas que han llegado de manera ilegal, de hecho

organizaciones como el International Crisis Group calculan entre 1 a 2 millones. La mayoría de migrantes haitianos en Estados Unidos se encuentran en los estados de Florida, Nueva York y Massachusetts, con casi el 50 por ciento en el primer estado, y para 2012 enviaron unos mil millones de dólares a Haití, lo que representa el cuádruple de los envíos desde República Dominicana.

### ***Ti dyaspora:*<sup>20</sup> República Dominicana**

Si bien como en el caso de Canadá y Estados Unidos, la migración de haitianos en el Caribe tuvo uno de sus puntos más altos en el periodo duvalierista, la diferencia con los primeros destinos a las islas caribeñas es que llegaba un tipo distinto de migrantes, con una escolaridad muy baja y poco calificados, por lo que han llegado a ocupar trabajos muy castigados como obreros, lo que los coloca en una situación muy vulnerable pues sus derechos son a menudo violentados y se enfrentan a abusos laborales y amenazas de expulsión. Así ha ocurrido en el caso de los haitianos que con poca calificación llegaron a República Dominicana huyendo de la dictadura y la inestabilidad política y económica de su país, y quienes continúan migrando al país vecino en busca de trabajo a pesar de ser víctimas de racismo y xenofobia.

Con el fin de la dictadura no mejoró demasiado el panorama político, social y económico de Haití, pues persistía la inestabilidad y al mismo tiempo República Dominicana ofrecía nuevas oportunidades con las reformas económicas neoliberales que dejaban atrás la agricultura y la industria del azúcar para centrarse en el sector terciario, particularmente el turismo, la construcción y las zonas francas, con lo que se abre un abanico de posibilidades laborales formales e informales para los migrantes haitianos, y aunque haya beneficios para las dos naciones, esta reorientación de la economía ha hecho a los haitianos más visibles y el rechazo ha escalado, haciéndolos ver muchas veces como invasores, culpables de la descomposición social, de quitar empleos a los dominicanos y de aprovecharse de servicios públicos como la salud y la educación, aunque en realidad si bien Haití

---

<sup>20</sup> En criollo haitiano: pequeña diáspora.

recibe millones de dólares en remesas, a parte de proveer de mano de obra barata a República Dominicana, se ha documentado que los haitianos aportan considerablemente a la economía del país, pues por ejemplo, uno de los sectores que más aporta al PIB es el de la construcción que en gran medida está compuesto por trabajadores haitianos, además de que también sostienen actividades económicas como la agricultura. En este tenor, en los años 80 continuó el rechazo, y tanto en respuesta a la comunidad internacional que acusaba de las deplorables condiciones de los trabajadores haitianos en suelo dominicano, como en una suerte de estrategia electoral que los estigmatizaba, se calcula que se expulsó a unos 85 mil migrantes de esta nacionalidad durante este periodo (OCDE, 2017: 44).

Tras el terremoto de Haití en 2010 se estableció una especie de tregua, con lo que llegaron más migrantes en la de por sí porosa frontera, mientras República Dominicana además permitía la apertura de su espacio aéreo y el acceso a su sistema de salud, entre otras acciones de ayuda humanitaria. Ha sido difícil establecer la cantidad de migrantes haitianos que llegaron durante este periodo, pues muchos entraron sin controles migratorios de por medio por vía terrestre, sin embargo un año después el gobierno dominicano ya consideraba esta situación como una carga y una vez más corría entre la sociedad la imagen del haitiano asociado a la invasión, la delincuencia, la ocupación de trabajos que podían ser para los locales, el aprovechamiento de los servicios de un país ajeno, e incluso la propagación de enfermedades como el cólera, por lo que se reanudaron las deportaciones masivas ante las que incluso la Organización Internacional de las Migraciones tuvo que implementar un programa de apoyos para el retorno voluntario.

Entonces la situación de los haitianos en República Dominicana volvió a considerarse como antes en tanto una carga para el gobierno dominicano que ha vuelto una vez más a expulsar a los migrantes que no desea, tomando incluso medidas extremas, como el fallo del Tribunal Constitucional que en 2013 ordenó revisar las actas de nacimiento de quienes habían nacido en territorio dominicano de padres haitianos desde 1929, alegando que no tenían derecho a la nacionalidad

aquellos cuyos progenitores se encontraran de forma irregular, lo que según esta interpretación equivalía a estar “en tránsito”. De esta manera, se volvieron apátridas unas 200 mil personas que pertenecen a tres generaciones de dominicanos de ascendencia haitiana (OCDE, 2017: 45), muchos de quienes tenían poca o nula relación con Haití, lo que los ha hecho más vulnerables pues el acceso a la salud o educación se les complica aún más, además de que ello también los ha colocado en situaciones de riesgo ante diversas modalidades de explotación, a parte de que la mayoría se encuentra más a la sombra entre la labor informal e incluso clandestina.

La importancia de la migración haitiana en República Dominicana es innegable aunque difícil de considerar en su dimensión real dado a la gran cantidad de migrantes sin documentos, a la alta porosidad de la frontera, y por ende a la limitación de los registros oficiales, por lo que es imposible saber exactamente la cifra de haitianos en territorio dominicano, y los números existentes no reflejan por completo lo que sucede en este panorama de movilidad.

## Capítulo 2. Desafíos metodológicos frente a la migración y a la investigación con infancias



Taller ambulante de fotografía con niños y adolescentes migrantes en Santo Domingo.  
Foto: Nikteha Cabrera

## **Generalidades metodológicas. Los momentos de la investigación y las herramientas**

Esta investigación es de corte cualitativo, en este sentido, mi interés sobre todo es la comprensión de las experiencias formativas de los niños migrantes y lo que les significa en relación con sus desplazamientos, para ello trabajo en dos momentos. El primero corresponde a la labor documental que me permite la construcción de la cartografía de la migración de los haitianos en República Dominicana y de manera especial de las niñas y niños.

Para este primer momento revisé estadísticas e informes de organismos internacionales como el PNUD, el Banco Mundial, la OCDE, y la Conferencia Regional sobre Migración (CRM). También recuperé datos de entidades locales como la Oficina Nacional de Estadística (ONE) de la República Dominicana y de Organizaciones de la Sociedad Civil que trabajan en la Hispaniola, como del Servicio Jesuita al Refugiado (SJR). Esta información me permitió establecer, aspectos centrales de la situación socioeconómica de la isla y los asentamientos de la población inmigrante. Adicionalmente, y a manera de monitoreo, me valgo de notas periodísticas que abonan a la comprensión del fenómeno, tanto por la falta de datos oficiales o la insuficiencia de los informes, como por el propio tratamiento que los medios le dan a la cuestión.

En el segundo momento realicé el trabajo de campo con una perspectiva etnográfica e influenciada por la investigación narrativa y colaborativa para recuperar la singularidad de las trayectorias migratorias de los niños haitianos y sus experiencias formativas, para lo que me situé en la ciudad capital, Santo Domingo, durante el verano de 2019. Reconstruyo una narrativa, la esencia de esta investigación, desde nuestra experiencia con un grupo de niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados y el taller ambulante de fotografía que llevamos a cabo con ellos en las calles de Santo Domingo, por lo que nos es posible mostrar un relato a partir de nuestros encuentros cotidianos, lo que nos cuentan y lo que observamos a través de las fotografías tomadas por ellos, sobre la experiencia particular de los Black



Fotógrafos (como se autonombraron) y el aprendizaje en el desplazamiento en condiciones de pobreza y exclusión.

Las técnicas de investigación al inicio contempladas, principalmente, fueron la observación participante y la entrevista a profundidad para recuperar los testimonios de los niños. Lo anterior utilizando también la sociología visual como herramienta de investigación, de la que no sólo eché mano en tanto producción de imágenes (narrativas) o de material audiovisual para documentar los relatos infantiles, sino también como un dispositivo mediador de una investigación colaborativa, en la que fue central la realización de un taller de fotografía con el objetivo de que los niños fueran parte activa de la construcción de su relato sobre su propia experiencia migratoria. Como veremos, finalmente, tanto la observación participante como este último aspecto de la sociología y antropología visual a través del taller de fotografía, fueron centrales, pues por el tipo de población con la que trabajamos, nos dimos cuenta ya en el terreno que la entrevista, aunque utilizada, no es el instrumento más apropiado.

### **2.1 La perspectiva etnográfica en entornos migrantes: del estar ahí (etnografía clásica) al acompañamiento en la movilidad (etnografía multilocal)**

Si bien esta investigación no se corresponde con el sentido clásico de una etnografía, en parte por el lapso acotado para llevar a cabo el trabajo de campo, las características de la población con la que trabajé y del espacio, es decir, niños y adolescentes migrantes no acompañados que se encuentran en las calles y en movimiento permanente, sí recupero muchos de los elementos de la perspectiva etnográfica para la realización del trabajo de campo, por lo que resulta pertinente una breve caracterización.

En primer lugar, es necesario ir más allá de la creencia común sobre la etnografía, pues desde ámbitos lejanos a la antropología, se suele confundir o reducir, sólo a un método, como lo señala Elsie Rockwell (2009) en su libro *La experiencia etnográfica: Historia y cultura en los procesos educativos*. Entonces si bien sí está relacionada con la investigación cualitativa y con una serie de técnicas de observación y recolección a lo largo del trabajo de campo y una descripción que es

su producto, es más bien un enfoque ligado al método y la teoría donde es central la interpretación y la utilización de categorías en la descripción y análisis etnográficos.

Así que para saber qué es lo que hace ser etnográfica a una investigación, resulta indispensable la puntualización de sus características. Rockwell plantea que la etnografía se ha preocupado por el estudio de lo otro y lo cotidiano, pero sobre todo por “documentar lo no-documentado de la realidad social” (Rockwell, 2009:21); además la investigación etnográfica se caracteriza por la descripción como un producto de investigación que además de la observación empírica supone una labor teórica; el trabajo del etnógrafo in situ por un tiempo largo, lo que implica algún grado de relación con los lugareños; la interpretación de los significados locales; y el reconocimiento de que si bien la etnografía se asemeja por momentos al periodismo o a lo literario, finalmente construye conocimiento y es parte de las ciencias sociales. En este proceso, además, se hace necesaria la reflexión sobre el lugar desde el que se mira y se describe, sobre todo porque la presencia del investigador no es invisible, mucho menos, como en mi caso, si se lleva una cámara.

Finalmente, y en relación con nuestro campo, es esclarecedor seguir a la autora en el vínculo que puede existir entre investigación educativa y etnografía, aportando esta última al conocimiento de los saberes y prácticas locales en educación para dar luz sobre lo que no se dice o no se escribe en un ámbito que puede parecer inmutable o enteramente prescriptivo desde el Estado o el poder hegemónico, pero en el que también hay resquicios o mediaciones y se manifiestan otros gestos e intentos de integración de conocimientos desde lo local, en y más allá de las escuelas, que apuntan a las alternativas educativas. Pero también es necesario acotar el papel del trabajo etnográfico y reconocer que per sé no es el que dice lo que se debe hacer, ni el que hace la labor de evaluación, menos aún el agente de transformación social o de cambio en educación, sino el que aporta a la comprensión de lo que ocurre en y fuera de la escuela en su especificidad y en cómo operan y han operado las transformaciones.

Como ya decíamos, esta investigación se nutre de manera importante de la perspectiva etnográfica, pues buscamos documentar una realidad poco visible al menos desde la perspectiva de los sujetos, es decir desde los propios niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados y sus significados, también realizamos trabajo de campo al situarnos junto a los chicos de manera regular en uno de sus espacios cotidianos y en el que pasan más tiempo, la calle, y derivado de ello y de la observación empírica, la charla cotidiana y nuestro taller de fotografía, logramos construir una narrativa de esta experiencia a partir de la descripción etnográfica realizada y recogida en un primer momento en nuestros cuadernos de campo. Además, y debido al tiempo que pasamos con ellos, pudimos establecer una relación cercana con los chicos, aunque por cuestiones administrativas de la universidad vinculadas al cambio de gobierno en México, solo logramos permanecer en la isla en una estancia continua de tres meses, pero nuestra relación con República Dominicana y el tema específico de la migración se remonta al año 2010, con otras estancias posteriores en 2011, 2012 y 2018, particularmente en este último año cuando realizamos un breve viaje exploratorio para la presente investigación, que nos hizo posible ubicar los lugares, las instancias académicas de posible acogida, observar el estado actual de la migración y si los haitianos se seguían moviendo de la misma manera tanto en la capital dominicana como en el resto del país, si aún había niños migrantes no acompañados como en nuestras últimas estancias, cuáles eran sus espacios, y finalmente logramos en aquella ocasión trasladarnos a una de las fronteras con Haití, en la provincia de Pedernales, donde realizamos una pequeña etnografía del mercado binacional.

A parte de la limitación del tiempo para el trabajo de campo con los niños y adolescentes migrantes, pues solo contamos con tres meses: junio, julio y agosto de 2019, decíamos que esta investigación no se corresponde completamente con una etnografía tradicional, pues además de lo ya señalado, el “estar ahí” clásico de este enfoque se dificulta no solo por trabajar con niños y adolescentes no acompañados que deben sobrevivir al día a día y a la calle y con quienes la distancia adulta que de por sí existe respecto a las infancias, se exacerba cuando en este caso deben agruparse para protegerse unos a otros, por lo que al menos de entrada

hay una barrera de defensa hacia el mundo de los adultos que encarna muchas veces a lo hostil, a las instituciones, la policía, migración, algunos dominicanos intolerantes con los haitianos y sus actitudes racistas, e incluso al vecino que les roba o al delincuente del barrio que a veces los hostiga. En este sentido, y aunque desde el inicio no deseábamos imponer nada y queríamos que más bien se tratara de un proyecto colaborativo, de ida y vuelta, quedaba sí algún rastro de nuestra posición, quizá más privilegiada, pero en el terreno también los niños y adolescentes fueron poniéndonos a raya respecto a sus espacios y sus tiempos, fuimos cada vez más conscientes de esto, y por tanto de estar hasta donde ellos nos permitieran, respetando momentos y lugares que no siempre se está dispuesto a compartir, y que poco a poco nos mostraron en sus propios términos, desde su mirada a través de la fotografía y cómo y hasta donde quisieron. El sitio en el que principalmente nos permitieron convivir con ellos, es como ya anticipábamos la calle, donde pasan la mayor parte de su tiempo buscando el sustento a través de su trabajo como limpiabotas, y lo hicimos intentando interferir lo menos posible en sus labores, y aunque había un punto de encuentro, durante la tarde-noche en el estacionamiento de un supermercado, es preciso indicar que es difícil que se encuentren en un sitio específico pues permanentemente se están moviendo, por lo que el nuestro fue un trabajo un tanto ambulante, como decíamos, más allá del estar ahí en un sitio fijo, como un salón de clases, sino acompañando a los chicos en la movilidad hasta donde ellos quisieran y nos fuera posible, pues sumado a esto, en la recta final cuando ya me encontraba sola, era necesario también ponderar los riesgos. En este sentido, y debido al desafío que implica abordar la movilidad desde la etnografía, y específicamente la haitiana con sus complejidades, pues ante este fenómeno es difícil que el investigador permanezca en un solo sitio, nos hacemos eco de autores como Handerson que echa mano de una metodología de la investigación “que permite explorar situaciones múltiples en espacios sociales diferentes, así como seguir a las personas, acompañando las experiencias vividas en movilidad” (Handerson, 2015:58) superando el binomio origen-destino, es decir, que es posible abordar metodológicamente la cuestión de la movilidad con la denominada etnografía multilocal, que posibilita seguir a los sujetos en el tránsito, en la

circulación continua, retomando la concepción que recupera este autor de Alain Tarrus: “la metodología multilocal exige del etnógrafo un saber circular o estar en movilidad tal como los interlocutores” (Handerson, 2015: 58), a lo que añadiríamos en nuestro caso, como ya comentemos, un acompañamiento lo menos invasivo posible y respetando los límites del otro. Adicionalmente, como ya hemos dicho y se verá a detalle más adelante, allí donde no era posible acompañarlos, la fotografía jugó un papel crucial pues nos permitió conocer, desde su propia mirada, otros momentos, espacios de su vida cotidiana, aspiraciones e intereses, que complementaron la experiencia compartida durante nuestro taller en la calle y los relatos que de ella surgían.

Finalmente y antes de avanzar me parece pertinente realizar dos precisiones, vinculadas quizá a la reflexividad que la propia etnografía posibilita en referencia al reconocimiento de la subjetividad del investigador. Primero y aunque pareciera una cuestión meramente de estilo o incluso de olvido, escribo en general desde la primera persona, el yo de quien investiga, se hace responsable de lo que dice y también el yo de quien cuenta una historia y reconstruye lo vivido a través de un relato, es decir la primera persona del singular, pero igualmente, y a veces en un mismo párrafo, puedo llegar a dar saltos al plural, pues en esta investigación, pensada como un proyecto colaborativo<sup>21</sup>, no solo participo yo, sino los niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados, y mi compañero, también fotógrafo, que al ser dominicano con raíces haitianas, hizo las veces de portero y profesor de fotografía en la primera parte de esta estancia, por lo que incluso si fuera una traición del inconsciente que descuida aspectos de concordancia, estos saltos entre el yo y nosotros es una forma de retribuirles y aclarar que no estaba sola en esto. Por último me parece necesario realizar una breve reflexión sobre el lugar desde el que parto y me posiciono como investigadora en el siguiente apartado.

---

<sup>21</sup> Otra de mis influencias, la investigación narrativa, tiene un carácter colaborativo, pues en ella hay una continua interacción y participan activamente tanto el sujeto que cuenta su propia historia y el investigador que propicia el espacio para la narración o bien propone el ejercicio narrativo.

## 2.2 De turista a vagabunda: una reflexión autoetnográfica sobre la construcción de un proyecto de investigación de ultramar o el “yo del investigador”

*"Los turistas se desplazan porque el mundo a su alcance (global) es irresistiblemente atractivo; los vagabundos lo hacen porque el mundo a su alcance (local) es insoportablemente inhóspito. Los turistas viajan porque quieren; los vagabundos, porque no tienen otra elección soportable." (Bauman, 2001:122)*

Si bien en los orígenes de la etnografía, los investigadores viajaban a lugares lejanos para elaborar pormenorizadas descripciones de los “otros” y sus culturas, poco a poco los sitios de estudio se fueron acercando al contexto cotidiano del etnógrafo, transitando muchas veces del trabajo en comunidades recónditas con grupos desconocidos o tribus consideradas “primitivas” hasta entonces, a la labor etnográfica en el propio entorno, sean las grandes ciudades y sus barrios, la fábrica, la escuela, o incluso los espacios de las élites. En este apartado y sin afán de retorno al interés por lo “exótico”, retomo la propia experiencia en la construcción de un proyecto de investigación que a primera vista pareciera lejano al horizonte de vida y los paisajes habitados por una mexicana de clase media. Tras una reflexión profunda, en mi acercamiento a la etnografía desde el Posgrado en Pedagogía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)<sup>22</sup> y ante la pregunta alrededor del “yo del etnógrafo”<sup>23</sup>, logro narrar cómo se gesta mi proyecto de tesis más allá de una justificación académica convencional en la que se suele poner de relieve cuestiones como la importancia de dar cuenta de los procesos formativos en contextos migratorios sur-sur de alta marginación, y remontarme incluso más de diez años atrás cuando terminando la Licenciatura en Sociología mientras me formaba como fotógrafa, llego a República Dominicana. En este ejercicio autoetnográfico descubro a partir del viaje, del paso de turista a vagabunda<sup>24</sup> a la deriva en el Caribe, que el proyecto comienza antes de esta experiencia y que no

---

<sup>22</sup> En el seminario: La etnografía en la investigación educativa, impartido por la Mtra. Martha Corenstein Zaslav.

<sup>23</sup> En referencia a la introducción del libro de Peter Woods (1998): *Investigar el arte de la enseñanza. El uso de la etnografía en la educación*, titulada precisamente “El yo del etnógrafo”.

<sup>24</sup> Nociones trabajadas por Bauman (2001) llamando la atención sobre la diferencia de los desplazamientos en el mundo actual.

puede desligarse de mi biografía.

Peter Woods (1998) señala que el investigador elige cierto enfoque o método en parte por su historia personal (aunque no siempre lo reconozca), cuestión que nos invita a seguirlo, reflexionando en el propio sitio y redescubriendo, repasando y detallando quizá aún más las razones o sin razones, afectos y experiencias que nos llevan a interesarnos por determinado tema y elegir una forma de abordarlo. Si bien es probable que todos tenemos más o menos claro el por qué de las investigaciones que emprendemos y ello nos lleva en la mayoría de los casos a experiencias recientes, inmediatas, o en las que estamos insertos, como la propia práctica en el aula, el trabajo cotidiano con jóvenes reclusos, o la preocupación por el capital social y cultural de los alumnos y la influencia de éste en su aprendizaje, me parece que el contarnos desde los inicios, como lo hace el autor, nos lleva a reflexionar también en nuestros propios comienzos. La cuestión entonces no es sólo por qué elijo investigar un problema y no otro, es qué es lo que me ha llevado hasta allí, cómo me hice profesor, pedagogo, matemático, filósofo, psicólogo o sociólogo, cómo, siguiendo la experiencia de Woods, de provenir de una familia humilde, de pescadores, numerosa, en un contexto de guerra, de separación del núcleo familiar y de experiencias conflictivas en la escuela, una persona se decanta por las humanidades e incluso renegando al principio de la enseñanza como práctica profesional propia, llega a ella, se vuelve él mismo parte de un sistema alienante y de etiquetas que antes criticaba y aún así encuentra lo emotivo, gratificante y después estudiándolo halla luz sobre los problemas de la escuela desde la sociología (interaccionismo simbólico), e incluso con la etnografía desde la perspectiva interaccionista, es consciente que puede dar un paso más hacia la incidencia gracias al producto de la investigación etnográfica y la colaboración entre investigadores y docentes.

Pues bien, si me fuera a los antecedentes inmediatos como suelo hacerlo, ya sea para fines de justificación o para convencer de la viabilidad o importancia de mi investigación a un jurado, comenzaría por el título de mi trabajo: *Cartografías de la migración en una isla caribeña. La calle como espacio formativo para niños haitianos*

*no acompañados en República Dominicana*, y acto seguido explicaría que mi investigación “se centra en el estudio de los procesos formativos de los niños haitianos migrantes en República Dominicana, específicamente en la ciudad de Santo Domingo, que busco realizar un registro de los espacios por los que transitan, y cómo en el tránsito aprenden y adquieren conocimientos en o al margen de la educación formal, además de comprender cómo estos procesos reconfiguran su identidad. Que intento trazar un mapa (simbólico) de desplazamientos y paisajes que me lleven desde las principales rutas migratorias de la isla, hasta los movimientos internos y singulares de los niños haitianos inmersos en una situación de exclusión, particularmente los que se encuentran en la urbe de Santo Domingo, quienes suelen distinguirse en un paisaje cultural caribeño delineado por un largo malecón, como niños en la calle.”<sup>25</sup>

Y entonces procedería a decir por qué estudio esto y no algo más cercano y así continuaría mi explicación: “El interés por abordar este caso, se deriva de la observación directa que he realizado del fenómeno de la migración en la Ciudad de Santo Domingo, capital de la República Dominicana. Desde 2010 he visitado periódicamente el país, realizando trabajos documentales y narrativos sobre la situación social de la isla. Desarrollé una serie fotográfica documental (acompañado de un texto) sobre haitianos y dominicanos que interactúan a partir del reciclaje en “El pequeño Haití”, un barrio comercial marginal ubicado en el centro de la ciudad de Santo Domingo. En 2011 comencé a escribir, en el marco de una beca y diplomado para jóvenes narradores que tuvo lugar en la isla, “La Serie del Caribe”, compendio de relatos sobre interacciones y cotidianidad en el área caribeña, particularmente en República Dominicana. En 2012 residí por seis meses en este país y desarrollé el video documental “Forsale” (en-venta), sobre las contradicciones del fenómeno turístico en La Hispaniola. A lo largo de estas visitas, de los procesos de documentación e investigación, de la construcción narrativa, de habitar y ser parte del día a día de República Dominicana, he sido testigo de las condiciones de pobreza, inestabilidad, exclusión, y de los conflictos raciales y migratorios en la isla.

---

<sup>25</sup> Planteado así en mi proyecto para ingresar a la Maestría en Pedagogía de la UNAM.



Todo ésto da cuenta de la complejidad social y toca fondo en la migación-residencia de niñas y niños haitianos en Santo Domingo. Su presencia en las playas, la ciudad y el malecón, me remitían a la necesidad de visibilizar a un sujeto emergente que se desplaza ya sea sólo o acompañado, motivado por la pobreza.”<sup>26</sup>

Pero aún así quedaría en éso, una justificación de la elección de un tema, una explicación aséptica. Nada de lo anterior deja tan claro cómo es que llegué hasta allí, y entonces se hace necesario ir más allá y preguntarme quizá ¿Por qué soy socióloga? ¿Qué hago aquí (en un posgrado de pedagogía)? Y aquí comienza, creo, el primer gran trabajo del investigador, sobre todo el etnógrafo, reconocer y contar el sitio desde el que se mueve, pues como apunta Woods, es “por medio de uno mismo como se llega a conocer el mundo” (Woods, 1998:15), o bien, desde el planteamiento de la autoetnografía, como apunta Franco Ferraroti retomado por Blanco: “La tesis central es que es posible leer una sociedad a través de una biografía” (Blanco, 2012:55). Y ésta sería parte de mi historia: Nací en Puebla, en el centro de México, en una familia de clase media en 1987, la antesala de la introducción de las políticas neoliberales en el país. Mi madre es maestra, como lo fue toda la familia materna: los abuelos y mi tía. La familia de mi padre era un poco más variada, pero él y mi abuelo fueron periodistas y complementaron la labor con la fotografía. Desde joven a mi madre también le interesó la antropología y en la práctica docente buscó siempre desenvolverse en los márgenes: en las escuelas de la periferia, con grupos indígenas y junto a los maestros disidentes. Mi padre desde el periodismo también trabajó temas relacionados con los pueblos indígenas y ambos complementaron sus respectivas labores con el activismo, sobre todo reivindicando los derechos de los pueblos originarios desde *Tequio, despacho de comunicación indígena*, una Organización No Gubernamental (ONG) que fundaron en los años 90. Somos cuatro hermanos, y desde que tengo uso de razón, nuestra infancia transcurrió entre marchas, mítines, protestas, la casa convertida en un estudio de radio, papá y mamá escribiendo, los domingos esperando afuera del periódico a que papá entregara su artículo antes del cierre de edición, visitando

---

<sup>26</sup> Fragmento de la justificación del proyecto inicial.

diversos municipios y comunidades indígenas, y en algunos talleres artísticos a los que nos llevaron. Desde Tequío, mi padre (y con él toda la familia) se incorporó al proceso de paz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y en uno de tantos viajes a Chiapas, en 1997 (un día después del aniversario de la matanza de Tlatelolco), falleció en circunstancias poco claras. En parte por seguridad, y por quedar acéfalos en esta lucha, el activismo familiar paró. Mi madre volvió a las aulas como maestra y nosotros también quedamos circunscritos a ellas mientras acabábamos la educación básica y media, todo el tiempo en la escuela pública en la que ambos siempre creyeron. Así transcurrió mi preadolescencia y adolescencia en Puebla, imaginando siempre, como Woods, que me dedicaría a escribir, pues siempre lo había hecho desde muy niña cuando inventaba cuentos y acudía a un taller literario, pero además quedaba una espinita clavada (una bandera negra con una estrella roja al centro y un pasamontañas guardado en algún cajón).

En preparatoria escribía en un periódico local, y esa práctica de la escritura en la que uno mismo se pone en jaque y reflexiona sobre la propia existencia, más la herida que nunca cierra y la experiencia en una escuela provincial sumamente rígida, que se preocupa más por la disciplina que por la creatividad, cuasi militarizada, me hizo desistir de la literatura y buscar suerte en la capital con la sociología. Y ya dentro, en una ciudad ajena, en las entrañas de lo otro posible, en una universidad con un proceso de lucha reciente (la UNAM), con un sistema distinto, más masivo, y un poco más abierto, me di cuenta que era invisible y que la estrella roja sobre el fondo negro era una ilusión y se desvanecía, porque allí en la sociología, nos decían, el cambio no era posible, mucho menos la revolución. Logré volver a ella y completarla (la licenciatura en sociología), gracias a la fotografía que reencontré por casualidad en la facultad y de la que no me he despegado, descubriendo que había una manera de incorporarla a la práctica sociológica: la sociología visual, tributaria de la antropología visual y cercana a la tradición cualitativa. Al terminar la carrera y con todo un bagaje teórico, en el que había un lugar especial para la sociología interpretativa y comprensiva pero dominado aún por el marxismo y sus necesarias enseñanzas, me dediqué a la documentación visual, sobre todo la fotografía documental y el fotoperiodismo, y ella me llevó a un

taller internacional en República Dominicana. Era una gran oportunidad tomar uno de esos “workshops”<sup>27</sup> con un importante fotoreportero varias veces ganador del World Press Photo<sup>28</sup>, y a fuerza de convencer a la familia emprendí el viaje, por primera vez en solitario.

A República Dominicana llegué entonces las primeras dos ocasiones a talleres. El primero de fotoperiodismo ocurrió tan sólo unos meses después del terremoto en el vecino Haití que había provocado la muerte de unas 300 mil personas, y un masivo desplazamiento de sobrevivientes cuya presencia ya era visible en la parte este de la isla, si bien la historia de desplazamientos entre Haití y Dominicana es de larga data. Ante la problemática migratoria y la reciente escalada de tensiones que nos relataban, decidí realizar un trabajo visual sobre el barrio comercial de Santo Domingo conocido como “El Pequeño Haití”, quería observar cómo era la interacción entre dominicanos y haitianos en dicho lugar, y durante unos tres días permanecí por varias horas allí, pero por las tardes volvía a la comodidad de mi hostel y luego a la sede del taller en una fundación que por sus instalaciones y ubicación parecía de primer mundo con camaradas fotógrafos latinoamericanos. El segundo taller, impartido en el mismo lugar, fue un diplomado para jóvenes narradores, allí interactuaba con pares dominicanos de clase media como yo que habían tenido oportunidad de asistir a la universidad, en su mayoría, y con profesores provenientes de un instituto madrileño especializado en literatura, por lo que en ambas ocasiones, si bien la segunda estancia fue más duradera, estuve en Santo Domingo más bien en calidad de turista, sin darme demasiada cuenta de lo que realmente ocurría en el día a día. En República Dominicana conocí a quien ahora es mi esposo, y al volver ya no como turista, sino como uno más, una residente, la realidad de pronto me cayó encima, el indígena, la gente en situación

---

<sup>27</sup> El oficio fotográfico, y particularmente el fotoperiodismo al que me he dedicado, es aún, como digo, un oficio que se aprende en la práctica y que poco a poco se va formalizando en instituciones de educación superior alrededor del mundo, sin embargo, al momento de acercarme a ella aproximadamente en el año 2006, en México solo existía una universidad que ofrecía la carrera de Fotografía y era de reciente creación (aunque bien es cierto que han existido optativas relacionadas en licenciaturas tradicionales como Ciencias de la Comunicación o Diseño Gráfico). En cambio, en este ámbito, la profesionalización ha pasado desde hace mucho tiempo por talleres y “workshops” nacionales e internacionales que permiten no solo formarse como fotógrafo sino especializarse en el ámbito de elección.

<sup>28</sup> Uno de los premios más importantes del mundo sobre fotoperiodismo.

de pobreza o el otro al que había que ayudar o que estudiar para lograr una transformación, según fuera la posición de activista o investigador, ya no era lejano o estaba allí afuera, uno estaba inmerso en esa realidad opresiva, discriminatoria, sin trabajo, sin algunos servicios básicos, sin tener qué comer algunas veces, uno estaba allí en una isla perdida para muchos y apagada<sup>29</sup>, a la deriva, y percibía sin embargo, que el punto más dramático tocaba en la situación de los inmigrantes haitianos, sobre todo en los niños que veía deambular, muchas veces solos, durante todo el día por las calles de Santo Domingo. Por eso mi interés por este tema, y aunque como el autor, muchas veces renegué de la tradición familiar cercana a la educación, la pedagogía y la práctica docente, cada vez se hace más urgente voltear a este lado si se quiere un cambio o si se quiere entender parte del problema y de los procesos sociales de desigualdad, dando la voz al otro y con la posibilidad de construir un horizonte de trabajo colaborativo, en movimiento, a partir de la palabra y la imagen.

A mi regreso a México conseguí lo que pensaba que era el trabajo soñado, y tras un intento fallido, logré que mi pareja pudiera llegar a pesar de las trabas migratorias del gobierno mexicano que desde aquel entonces hacía el trabajo sucio al vecino del norte sirviendo de filtro para centroamericanos y caribeños. Después de catapultarme a lo que consideraba las ligas mayores del fotoperiodismo, es decir, el trabajo en el departamento de fotografía en una de las agencias de noticias más grandes del mundo<sup>30</sup>, y tras el terremoto de 2017 que no sólo dejó devastación en el centro y sur de México sino una sacudida de conciencias, me replanteé una vez más mi camino, quise tomar un poco más de distancia respecto a una parte del gremio absorbido por los medios hegemónicos y deshumanizado ante la caza furtiva de la nota y la imagen. Junto con mi esposo, también fotógrafo, fundamos OllinPix, una plataforma independiente y colaborativa de fotoperiodismo e imagen

---

<sup>29</sup> República Dominicana enfrenta problemas con el suministro de energía eléctrica, por lo que los apagones prolongados son parte de la vida cotidiana, y en algunos sectores de la capital como en el que residimos, sólo llegaba a haber unas cinco o seis horas de luz al día.

<sup>30</sup> La Agencia de Noticias Xinhua, agencia oficial de noticias del gobierno chino con oficinas en 180 países en todo el mundo y noticias difundidas en 8 idiomas, de la que fui primero editora, y más tarde coordinadora de editores de la mesa gráfica mundial en español, participando en varias de las coberturas más importantes, incluyendo el citado terremoto del 19 de septiembre de 2017.

documental, y retomé el proyecto con los niños haitianos migrantes en República Dominicana, esta vez desde la trinchera de la pedagogía y con la fotografía como dispositivo mediador.

### **2.3 ¿Y todas esas preguntas? De la entrevista a la charla informal: la oralidad en contextos límite**

Si bien la entrevista suele ser considerada como una de las principales técnicas utilizadas en la tradición cualitativa, me fue interesante pensarla más allá de su consideración como instrumento<sup>31</sup> y ahondar en sus posibilidades para la construcción de conocimiento en colaboración con los sujetos participantes de la investigación, lo que supone un encuentro e intercambio intersubjetivo. En este sentido, habría que preguntarse: ¿Por qué la entrevista es un campo epistemológico? Hay tres pistas para responder a esta pregunta que se desglosan de la propia interrogante en un ejercicio constante de duda, descentramiento, extrañamiento sobre lo dado, desgajamiento, y deconstrucción, desmenuzando las partes para volver a ello de otra manera. Así a partir de la disección de la pregunta inicial: “entrevista”, “campo”, y “epistemológico”, ¿cómo entender estas nociones, explicarlas, relacionarlas y luego volver a ellas ya no sólo como simples partes de una interrogante sino como afirmación de una complejidad? ¿Qué es la entrevista? ¿Qué es un campo? ¿A qué le podemos atribuir la cualidad de epistemológico? ¿Qué es la epistemología? Y si nos distanciamos en ese doble y riesgoso movimiento anticipado por Ardoino (1988) que a la vez nos implica<sup>32</sup> para desdoblar lo dado de nuestro elemento central, en este caso la entrevista, habría entonces que ir más allá de lo comúnmente entendido por entrevista en nuestro campo (y aquí ya comienza asomar la segunda noción), sea la pedagogía o de forma más general las ciencias sociales y humanas, y superar la idea corriente de ella como un

---

<sup>31</sup> Esto fue posible en el marco del seminario: Entrevistas. Reconstruyendo la Oralidad I, impartido por el Dr. Eugenio Camarena Ocampo.

<sup>32</sup> Si bien Ardoino alude a la implicación en el sentido de que no es posible separar la afectividad y lo subjetivo del conocimiento, también acentúa su importancia al enunciar la tarea de las ciencias comprensivas frente a las explicativas, en lo que él llama más bien “ciencias de la implicación recordando la etimología (del latín PLICAKE= plegar, doblar). Lo que se desdobla, se despliega, se expone a todo lo largo, se pone a la vista, (en vistas a la transparencia y un trabajo de descomposición, reducción en elementos cada vez más simples efectuando mediante el análisis y lo que necesariamente queda plegado, doblado. (Ardoino, 1988:3)

simple instrumento o técnica de recolección de datos<sup>33</sup>.

Y en este ir y venir volvemos al campo sin soltar la cuestión de la entrevista. Si el campo<sup>34</sup> es un ámbito específico de saber y cada saber tiene una forma específica de llegar a él, o sea un método<sup>35</sup>, y si la entrevista puede ser emparentada con el método, entonces ¿no sería efectivamente algo más que un instrumento? Es decir, y yendo un poco más allá de la mano de Bourdieu (2004), si el método es algo más que un recetario desligado de sus aplicaciones empíricas, si necesariamente está unido a una investigación específica, a una forma de producir conocimiento<sup>36</sup>, entonces se haría cada vez mas difícil desligar el método de la teoría, la teoría de la práctica y el conocimiento de la acción. En esta línea de argumentación la entrevista entonces es también una forma de indagación, una manera de llegar a saber algo de alguien y su realidad pero no sólo como algo exterior o simplemente dado sino como una posibilidad de construir conocimiento, es decir, como un constructo epistemológico.

Y si estamos hablando de un campo diferente al de las ciencias naturales y exactas donde el objeto de conocimiento se distingue claramente del investigador puesto que es exterior a él en cuanto a que no pertenece al propio género humano y lo social, se tendría que trabajar con algo más que números o datos, por lo que la noción de entrevista como la técnica de recogida de datos de la que ya hablábamos en referencia a la idea común que corre sobre ella aún en nuestro campo, se sigue

---

<sup>33</sup> Aquí también estaríamos distanciándonos a semejanza de lo que propone Foucault al abordar la noción de sexualidad, al “tomar distancia respecto de ella, contornear su evidencia familiar, analizar el contexto teórico y práctico al que está asociada.” (Foucault, 2003:7)

<sup>34</sup> Ardoino (1988) se refiere específicamente al “campo educativo” y la posibilidad de cientificidad de sus enunciados desde la producción de conocimiento, es decir, la investigación. Por su parte podemos entender en Bourdieu la noción de campo en su alusión al campo sociológico como un ámbito diferenciado y específico en el que se produce el saber sobre lo social y en el que los sujetos ejercen un oficio, el del sociólogo, que implica un *habitus* que “no es sino la interiorización de los principios de la teoría del conocimiento sociológico.” (Bourdieu, P. et. Al., 2004:16). Foucault (2003) también alude a los campos del saber en correlación con los tipos de normatividad y formas de subjetividad que constituyen la experiencia dentro de una cultura.

<sup>35</sup> Apuntado por Bourdieu (2004) como un “sistema de costumbres intelectuales”.

<sup>36</sup> La investigación es entendida así por Ardoino, a diferencia del cuestionamiento o el estudio, que se relacionan más el primero sólo al nivel de búsqueda y el segundo a un encargo para un fin de incidencia sobre determinada cuestión o política pública. Bourdieu (2004) agregaría que la investigación además de una forma de producir conocimiento es una experiencia y una práctica que debe referir constantemente y de forma directa a “la experiencia en primera persona de la práctica”.

diluyendo, posibilitándonos reflexionarla más bien como una forma de comprender procesos en los que están inmersos los sujetos que más que datos producen significados<sup>37</sup> en el marco de una historicidad específica y en donde el propio investigador también es sujeto que no accede a los otros con la mente en blanco, sin preconiciones, supuestos o valoraciones, sino que desde su implicación debe reconocer su condición de sujeto<sup>38</sup>.

Recapitulando y avanzando, la entrevista entonces puede considerarse más que simplemente una técnica, pues posibilita la construcción de conocimiento (ya aquí estamos hablando de campo epistemológico) junto a los sujetos que son parte de la investigación. Así que permite un intercambio intersubjetivo, es decir un encuentro con el otro, que se produce tanto en la reflexión de parte del entrevistado como del entrevistador que busca como ya decíamos, más que leyes como sucede en la ciencias exactas, la interpretación para desentrañar significados y sentidos de la realidad<sup>39</sup> (sentido común) que se investiga a partir de la oralidad y escucha del sujeto sobre el decir de su hacer, en palabras de Geertz (1987) al referirse al abordaje de las formas simbólicas, el “decir algo sobre algo y a alguien”, dicho de otra forma, la entrevista hace posible profundizar en el decir del sujeto en referencia a él mismo, su entorno, pero también en referencia a los otros<sup>40</sup>. Y es que como

---

<sup>37</sup> Geertz apunta en este sentido que desde una ciencia interpretativa se buscan más bien significados antes que leyes: “Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones.” (Geertz, 1987:20)

<sup>38</sup> El propio Foucault reconoce esta condición al emprender su *Historia de la sexualidad*: el “motivo que me impulsó fue bien simple [...] Se trata de la curiosidad, esa única especie de curiosidad, por lo demás que vale la pena practicar con cierta obstinación: no la que busca asimilar lo que conviene conocer, sino la que permite alejarse de uno mismo. [...] Quizá se me diga que estos juegos con uno mismo deben quedar entre bastidores. (Foucault, 2003:8)

<sup>39</sup> Entendiendo por realidad como apuntan Berger y Luckmann lo que ellos llaman “suprema realidad”, pues: “Entre las múltiples realidades existe una que se presenta como la realidad por excelencia. Es la realidad de la vida cotidiana. Su ubicación privilegiada le da derecho a que se llame suprema realidad. La tensión de la conciencia llega a su apogeo en la vida cotidiana, es decir, ésta se impone sobre la conciencia de manera masiva, urgente e intensa en el más alto grado.” (Berger y Luckmann, 2003:37)

<sup>40</sup> En este sentido Berger y Luckmann también acentúan el carácter intersubjetivo de la realidad, ese decir esta referencialidad a otros que puede ser explorada en la entrevista al indagar sobre el decir del hacer que no sólo se queda en el propio sujeto sino que apunta a un otro puesto que estamos hablando de una realidad compartida: “La realidad de la vida cotidiana se me presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que comparto con otros. [...] En realidad, no puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que mi actitud natural para con este mundo corresponde a la actitud natural de otros, que también ellos aceptan las objetivaciones por los cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo

dicen Berger y Luckman, más que ocuparnos del pensamiento teórico, lo que interesa para entender lo social es:

lo que la gente “conoce” como “realidad” en su vida cotidiana, no-teórica o pre-teórica. Dicho de otra manera, el “conocimiento” del sentido común más que las “ideas” debe constituir el tema central de la sociología del conocimiento. Precisamente este “conocimiento” constituye el edificio de significados sin el cual ninguna sociedad podría existir. [...] La sociología del conocimiento debe, por lo tanto, ocuparse de la construcción social de la realidad. (Berger y Luckmann, 2003: 29)

En este sentido la entrevista propiciaría encuentros con otros mundos, el mundo del entrevistador y el mundo de la vida cotidiana<sup>41</sup> del entrevistado con sus vivencias, experiencias, intenciones, percepciones de sí, las objetivaciones de esta realidad cotidiana pero también cómo el sujeto realiza sus propias elaboraciones y apropiaciones sobre la cotidianidad, es decir la dimensión subjetiva. De manera que sea posible encontrar cómo se originan los significados del sujeto a partir de su aquí y ahora, sus relaciones, su historia y su contexto:

El mundo de la vida cotidiana se estructura tanto en el espacio como en el tiempo. [...] la misma estructura temporal proporciona la historicidad que determina mi situación en el mundo de la vida cotidiana. Nací en una determinada fecha, ingresé en la escuela en otra, empecé a trabajar en mi profesión en otra, etc. Estas fechas, sin embargo, están todas “ubicadas” dentro de una historia mucho más vasta, y esa “ubicación” conforma decididamente mi situación. [...] La estructura temporal de la vida cotidiana no solo impone secuencias preestablecidas en la agenda de un día cualquiera, sino que también se impone sobre mi biografía en conjunto. Dentro de las coordenadas establecidas por esta estructura temporal, yo aprehendo tanto la agenda diaria como la biografía total. El reloj y el calendario en verdad, me aseguran que soy

---

en torno de “aquí y ahora” de *su* estar en él y se proponen actuar en él.” (Berger y Luckmann, 2003:38, 39)

<sup>41</sup> Berger y Luckman señalan que el objeto de la ciencia social es el mundo de la vida cotidiana, aquel que “no solo se da por establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones, y que está sustentado como real por éstos.” (Berger y Luckmann, 2003:35)



“un hombre de mi época”. Solo dentro de esta estructura temporal conserva para mí la vida cotidiana su acento de realidad. (Berger y Luckmann, 2003: 42-44)

Como ya insinuábamos desde el inicio, la construcción de conocimiento implica una ruptura epistemológica que nos permite volver a la noción de campo pero trastocado, es decir, un campo no acabado sino en constante cuestionamiento, y esta ruptura se da en tres momentos: construcción, deconstrucción y reconstrucción. El primero ocurre desde un saber que pareciera ya dado pero al cual se entra de manera crítica y reflexiva, es decir, para acceder a la realidad es necesario descentrar el yo<sup>42</sup> para conocerla y construirla. En el segundo momento, la deconstrucción, se desmenuza y finalmente se vuelve a ella pero de otra manera tras la interpretación y análisis en el momento de reconstrucción. Continuando entonces con nuestro argumento de la entrevista como campo epistemológico podemos afirmar que pasa algo similar, hay una realidad dada que se pretende conocer, al elaborar la entrevista se desmenuza esta realidad a partir de las preguntas con las que se pretende acceder a la subjetividad del actor, el cual nos devuelve una realidad diferente desde su discurso que a su vez se complejiza y reconstruye en la etapa analítica e interpretativa. Este trabajo de construcción de conocimiento que a su vez implica un desgajamiento de las capas y una reelaboración la advierte el propio Geertz (1987) en la etapa de la entrevista que podría parecer rutinaria para la labor etnográfica:

Lo que en realidad encara el etnógrafo [...] es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas, y a las cuales el etnógrafo debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después. Y esto ocurre hasta en los

---

<sup>42</sup> Como ya veíamos, el propio Foucault reconoce su implicación en el trabajo que emprende al enunciar la curiosidad que lo impulsa, y al mismo tiempo señala la importancia de un saber que más que ser acumulativo permita justamente el descentramiento del yo del que hablamos como parte de esa ruptura epistemológica: “¿Qué valdría el encarnizamiento del saber si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y hasta donde se puede, el extravío del que conoce? Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar distinto de como se piensa y percibir distinto de como se ve es indispensable para seguir contemplando o reflexionando.” (Foucault, 2003:8)

niveles de trabajo más vulgares y rutinarios de su actividad: entrevistar a informantes, observar ritos, elicitar términos de parentesco, establecer límites de propiedad, hacer censo de casas... escribir su diario. (Geertz, 1987:24)

La entrevista como campo epistemológico que posibilita la construcción de conocimiento, al darse cara a cara<sup>43</sup> como una forma de interacción social, permite no sólo recuperar el discurso sino los ordenamientos simbólicos alrededor de él: gestos, pausas, silencios, es decir en esta dimensión incluso gestual continúa operando como una fuente de datos para acceder al conocimiento del otro de forma profunda, pues como dice Geertz (1987) al adentrarnos al otro a través de la cultura podemos ver en el guiño no sólo un movimiento mecánico del ojo sino las implicaciones de éste leído a la luz del contexto, es decir concibiendo la cultura no como

una entidad, algo a lo que puedan atribuirse de manera casual acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones o procesos sociales; la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos esos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa. (Geertz, 1987:27).

La entrevista entonces hace posible construir conocimiento, pero este conocimiento debe ser fundamentado y para ello es necesaria una permanente vigilancia epistemológica<sup>44</sup>, es decir un continuo cuestionamiento de las teorías pues no flotan solas en el aire divorciadas de lo empírico, o como refiere Geertz (1987), no pueden estar totalmente separadas del terreno, y una vigilancia que aluda también a la sistematización de la práctica, al reconocimiento de la implicación y al ordenamiento

---

<sup>43</sup> Berger y Luckmann subrayan la importancia de la interacción cara a cara, en la que se despliega de manera más rica la expresión de uno y otro y su subjetividad, por lo que la entrevista al darse cara a cara contaría con esta profundidad y de esta manera sería más difícil captar erróneamente algo: “La experiencia más importante que tengo de los otros se produce en la situación “cara a cara”, que es el prototipo de la interacción social [...] En la situación “cara a cara” el otro se me aparece en un presente vívido que ambos compartimos. Sé que en el mismo presente vívido yo me le presento a él. Mi “aquí y ahora” y el suyo gravitan continuamente uno sobre otro, en tanto dure la situación “cara a cara”. El resultado es un intercambio continuo entre mi expresividad y la suya [...] tanto la interpretación errónea como la “hipocresía” son mucho más difíciles de mantener en la interacción “cara a cara” que en las formas menos “cercanas” de las relaciones sociales.” (Berger y Luckmann, 2003:44, 46)

<sup>44</sup> Término propuesto en *El Oficio de Sociólogo* para que el método antes que convertirse en una receta de cocina, logre aludir a casos concretos y permita construir un conocimiento con fundamento. (Bourdieu, P. et. Al., 2004)

teórico-práctico superando las ideas de separación tajantes entre teoría y práctica, conocimiento y acción, para de esta manera lograr algo más que intentar producir conocimiento de la nada o sólo de abstracciones, como si el investigador por sí sólo contuviera de antemano la respuesta a todas las preguntas o un arsenal de conceptos inamovibles que no se modifican ni siquiera en el campo. En este sentido, y si bien la noción de vigilancia epistemológica es enunciada en esos términos por Bourdieu (2004), podemos señalar que asoma en el propio Geertz de la siguiente manera al mostrar su posición frente a la disciplina antropológica y al ejercicio de la investigación:

tratar de mantener el análisis de las formas simbólicas lo más estrechamente ligado a los hechos sociales concretos, al mundo público de la vida común y tratar de organizar el análisis de manera tal que las conexiones entre formulaciones teóricas e interpretaciones no quedaran oscurecidas con apelaciones a ciencias oscuras. (Geertz, 1987:39)

Y si bien en esta enunciación no asoma propiamente el reconocimiento de la implicación, lo notamos en la descripción densa que el autor elabora sobre la riña de gallos en Bali, donde sin dejar de entretener lo que observa, los encuentros y desencuentros y las conversaciones que entabla con los habitantes y las categorías empíricas que de ello descubre, además con categorías interpretativas y elaboraciones teóricas, no presenta esta descripción como un texto aséptico e impersonal al estilo de los tratados de las ciencias naturales sobre vertebrados y células “guía”<sup>45</sup>, por ejemplo, en las que si asoma el investigador lo hace como un nombre, pero no en su implicación y subjetividad, pues él no nos cuenta los avatares de su llegada al lugar de estudio, la enfermedad, la sensación de desconfianza, la incertidumbre de la propia posición, la impotencia de no poder penetrar en la cultura, lo invisible que llega a sentirse, el escape, la huida y finalmente la conquista del objeto al ganar la confianza del pueblo. Y en este sentido sería útil notar la diferencia en la introducción entre uno y otro texto:

---

<sup>45</sup> En referencia al artículo “Cellular ushers” de la revista Nature, año 2018, volumen 564, número 7734

A principios de abril de 1958, mi mujer y yo, con algo de fiebre palúdica y desconfiados, llegamos a una aldea de Bali que nos proponíamos estudiar como antropólogos. Era una población pequeña de alrededor de quinientos habitantes y relativamente alejada de todo centro, era un mundo en sí misma. Nosotros éramos intrusos, intrusos profesionales, y los aldeanos nos trataron como, según parece, los balineses siempre tratan a la gente que no pertenece a su vida, pero que, así y todo, se les impone: como si no estuviéramos allí. Para ellos, y hasta cierto punto para nosotros mismos, éramos seres humanos invisibles, no personas, espectros. (Geertz, 1987:339)

En los vertebrados, las células madre y progenitoras hematopoyéticas (HSPC) actúan como la fuente de todas las células sanguíneas necesarias durante la vida útil de un organismo. Las HSPC emergen de las células endoteliales en la aorta dorsal de los embriones en desarrollo y luego migran a nichos dedicados donde se almacenan listas para generar células sanguíneas. [...] Weijun Pan y sus colegas arrojaron luz sobre el mecanismo por el cual las HSPC son transportadas a su destino. Trabajando con embriones de pez cebra, los investigadores encontraron que las células similares a macrófagos actúan como escoltas, guiando a las HSPC a su destino y ayudando a retenerlas en sus microentornos de nicho. (Nature, 2018)

Entonces desde esta posición, la de las ciencias sociales interpretativas, más que originar conocimiento desde ceros o desde una única fuente, es decir del científico como la fuente o el origen único, estaríamos hablando, como ya se dijo de una interacción entre actor-sujeto e investigador-sujeto que más que originar algo de la nada, construye conocimiento en el intercambio, en ese logro no menor de penetrar un texto, siguiendo a Geertz (1987), la cultura como texto. Para comenzar a desentrañarlo en el camino de construir conocimiento habría entonces que acceder a él sin dejar de lado la gran lección de comprender la pelea de gallos como juego profundo, como la lectura del cuento que los propios balineses se cuentan sobre sí mismos, y el principio guía sugerido: “las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones. Lo único que se necesita es aprender la manera de tener acceso a ellas.” (Geertz, 1987:372), una cuestión que podría parecer fácil pero no lo es, y que la entrevista como campo epistemológico justamente posibilitaría, en

nuestro caso desde la perspectiva etnográfica.

Si bien hasta aquí ya tenemos las bases para reflexionar en la importancia de la oralidad y lo que ella posibilita, brevemente habría que puntualizar tras nuestra experiencia en campo con los niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana, que es verdad que es necesario superar la consideración de la entrevista solo como instrumento, pero una vez logrado esto, igualmente ponerla a ella misma en jaque para determinados contextos. En las condiciones límite en las que se encuentran los chicos, en la calle, en constante movimiento, yendo y viniendo entre un sitio y otro, entre el trabajo, la búsqueda de sustento y algunos ratos de esparcimiento, y ante la sospecha, la huida y la desconfianza en torno a las instituciones y el mundo adulto, más allá de una entrevista en sus diversas modalidades, sea estructurada, semiestructurada no estructurada o a profundidad, nos dimos cuenta en esta experiencia y para este caso específico, que se podía propiciar justamente el intercambio, la construcción de conocimiento y el diálogo de ida y vuelta de la forma más horizontal y colaborativa posible a través más bien de la charla informal en el seno de nuestros encuentros cotidianos y el taller de fotografía. Si bien sí hicimos algunos intentos de entrevista (lo más libre y abierta que pudimos) y llevábamos una guía para dar pie a temas de conversación que nos parecía importante abordar, percibíamos que no se sentían tan cómodos al platicar bajo esta modalidad que para ellos podía estar más cercana a un interrogatorio, además de que les parecía cansado y aburrido: “¿Y todas estas preguntas?”, me cuestionaba Paulo a mitad de una breve entrevista que le hice, por lo que intenté no demorar mucho más, relajar aún más el tono e introducir temas como el fútbol y contarle anécdotas personales, hasta que concluí la entrevista, se destensó y me platicó cosas muy interesantes en la tónica más bien de nuestras charlas cotidianas, de tú a tú, y la conversación amena y empática se alargó mientras seguíamos charlando en la calle, luego en el camino hacia nuestros distintos lugares de descanso y finalmente en una banca de la Zona Colonial a media noche muy cerca de nuestros respectivos alojamientos. En esa oportunidad, por ejemplo, llegó a platicarme sobre sus perspectivas a futuro, e incluso una cuestión delicada que nunca se había atrevido a contarme en relación a que fue

detenido por drogas en alguna ocasión. Y si bien encontramos elementos interesantes que rescatamos en las pocas entrevistas que logramos realizar, lo mismo sucedió con los demás chicos, por lo que, como ya veremos, esta investigación fue posible sobre todo a partir del trabajo de campo con perspectiva etnográfica, y desde éste, la observación participante, y más que la entrevista, la charla informal, y por supuesto, la interacción lograda a partir de nuestro taller ambulante de fotografía. Finalmente habría que enfatizar que pese a la limitación de la entrevista en nuestro caso, la oralidad es central, porque además de lo ya planteado al inicio de este apartado, nos encontramos ante una comunidad cuya lengua, el creole, es precisamente oral sobre todo, además de que aunque algunos escriben, no suelen hacerlo y han estado poco tiempo escolarizados.

#### **2.4 La búsqueda y el encuentro: El arribo, el deambular por Santo Domingo y la observación en calle (los diferentes niveles de participación en la observación)**

De acuerdo con Ferrándiz (2011), existen diferentes niveles de participación en la observación y distingue entre no participación, participación pasiva, participación moderada, participación activa y participación completa. Para el caso de esta investigación, el tipo de observación participante al que me acerco más entre las tres primeras tipologías es la participación moderada, aunque me parece que de alguna manera uno de hecho transita por todas ellas en menor o mayor grado en distintos momentos del trabajo. Para el caso de la no participación que se relaciona con el conocimiento que se adquiere sin presencia y a través de la literatura o los medios, correspondería sobre todo con el primer momento de reconstrucción documental en mi investigación, que bien es cierto no es el punto central de este trabajo. Por su parte, la participación pasiva podría corresponder con la fase exploratoria o las primeras observaciones realizadas en campo cuando aún no se interactúa con la gente, como en la visita que realizamos en 2018 para ubicar espacios y conocer el momento actual de la migración haitiana en República Dominicana, o los primeros días cuando ya en el comienzo del trabajo de campo recorrimos, como ya se verá, lugares en los que podríamos encontrar a los sujetos

que quisieran ser parte de nuestro proyecto en Santo Domingo: el Malecón, el Pequeño Haití o la Zona Colonial.

A la observación a la que me acerqué más entonces es la que implica una participación moderada, pues si bien no pretendía integrarme por completo en todas las actividades de los sujetos, sí llevamos una cámara fotográfica para realizar documentación visual, por lo cual no pasamos desapercibidos y los actores eran conscientes de nuestra presencia, además de que durante el trabajo de campo también se llevó a cabo un taller de fotografía con los niños migrantes, cuestión que sí implicó una interacción incluso desde una fase previa a esta actividad, cuando íbamos charlando y conociéndonos, tras lo cual les propusimos participar en el taller. Ferrándiz además recupera otros dos tipos de participación, la activa y la completa, que como bien indican los nombres, sugieren un mayor involucramiento. En mi caso podría haber llegado a la participación activa al integrarme en muchas de las actividades cotidianas de los niños haitianos para entender su entorno y la lógica de sus ordenamientos sociales y culturales, aunque la limitación de mi estancia en el lugar fue un impedimento. Por otra parte, la participación completa, cuestión comúnmente conocida como “volverse nativo”, como ya mencioné fue lejana a mis intenciones de investigación, además de ser imposible para el tipo de estancia realizada y el periodo de tiempo de ésta (3 meses). Si bien en un apartado previo (*“Hay un país en el mundo”... breve aproximación a una isla antillana desde la capital primada del nuevo mundo*) es patente este echar mano de la herramienta de observación en todo momento, desde que parto de México hacia República Dominicana, ella es fundamental durante todo el trabajo, aún más que la entrevista, por el tipo de población a la que nos acercamos, y lo vemos, como narramos en el capítulo siguiente, desde el arribo, el deambular por la calles de Santo Domingo, la búsqueda de los niños y el encuentro.

## **2.5 La Sociología Visual: documentando lo que no se dice. Del registro y seguimiento del migrante a la transferencia de medios. El sujeto documenta su propia historia.**

A pesar de la existencia y la continua producción de una gran cantidad de imágenes

visuales en nuestros días<sup>46</sup>, y de la centralidad de la visión en el ser humano<sup>47</sup>, la sociología no suele utilizar las imágenes como fuente importante de investigación, debido a que se les considera poco objetivas y engañosas. Desde Platón, la cultura occidental las dejó a un lado porque contravienen a la razón argumentativa y al método científico basados en la palabra, el concepto y el número. Sin embargo, con los inventos en óptica y sobre todo con la fotografía, su status ha cambiado. La fotografía ha sido incluso considerada como un reflejo fiel de la realidad y comúnmente entendemos por “fotográfico” a aquello que es muy exacto, más aún, la fotografía se ha convertido en el medio por excelencia en el que la sociedad moderna se reconoce. En las ciencias exactas se utiliza como evidencia denotativa del objeto de estudio (reproducción fiel), y en las históricas y sociales, por las características de su objeto, la polémica en torno a la objetividad ha dejado a la fotografía un poco más al margen y sobre todo es usada de forma ilustrativa y accesoria. Y es que el carácter connotativo de la imagen fotográfica es más patente cuando se trata de motivos<sup>48</sup> humanos, atravesados por una cultura, desde la que las imágenes pueden interpretarse de muchas formas.

Si bien actualmente se ha revalorado la imagen y puede decirse que está de moda, pues nos encontramos ante un mundo plagado de publicidad que la implica, e incluso en las redes sociales son centrales, las imágenes son ante todo consumidas y es necesario una reflexión sobre ellas. Es cierto que existen estudios y disciplinas que las contemplan, como la propia publicidad, la semiótica visual, la comunicación visual, las ciencias de la cultura o la ciencia de la imagen, impulsados por investigaciones que asientan información como la siguiente:

---

<sup>46</sup> Gisèle Freund, en su libro *La fotografía como documento social*, destaca, desde los años 70, la importancia de la imagen en el mundo contemporáneo, específicamente de la imagen fotográfica, en los siguientes términos: “En la vida contemporánea, la fotografía desempeña un papel capital. Apenas existe actividad humana que no la utilice de uno u otro modo. Se ha vuelto indispensable tanto para la ciencia como para la industria. Es punto de arranque de mass media tales como el cine, la televisión y las video-cassettes. Se desarrolla diariamente en los miles de periódicos y revistas”.

<sup>47</sup> En este sentido, Elke Köppen, en el artículo *El ojo sociológico*, señala que “... la visión es el sentido primordial del ser humano, como nos enseña Simmel en sus reflexiones sobre *la sociología de los sentidos*, dada la capacidad de reciprocidad de la mirada”.

<sup>48</sup> En fotografía al objeto o persona a fotografiar se le conoce como motivo.



Desde los años setenta se sabe que los humanos no convierten mentalmente mensajes visuales en códigos verbales. Al contrario, se comprobó la existencia de dos sistemas autónomos de procesamiento de información. Las investigaciones en el área llamada *imagery* han confirmado que a las imágenes se accede de manera *holística*, es decir de un vistazo, y no se leen de manera secuencial como es el caso de la escritura. A su vez se memorizan mejor y son más eficaces cuando se trata de causar emociones (Köpen, 2005:224).

Dada la importancia de la imagen en nuestros días, y de la propia labor como fotoperiodista, considero muy importante la sociología visual (tributaria de la antropología visual) como “un enfoque metodológico para realizar investigación de campo en la que las imágenes juegan un papel primordial” (Köpen, 2005:225). En mi caso el trabajo de campo sustancial fue realizado en la ciudad de Santo Domingo con una perspectiva etnográfica y llevando siempre una cámara fotográfica no solo para realizar la documentación visual sino para el despliegue del taller de fotografía con los niños migrantes. En este caso, las fotografías entonces no fueron producidas por encargo, para difundir en los medios, promover la imagen y el trabajo de alguna organización, o para que queden únicamente en los archivos o los anexos. Como socióloga, siempre me he preocupado por una producción fotográfica consistente y reflexiva que es imposible desvincular de un contexto social determinado, y mi trabajo es siempre pensado ampliamente, de tal forma que intento que esté apoyado por una investigación profunda. No es lo mismo sólo salir y hacer click en una cámara, a conocer el entorno al que uno accede y sobre ello tomar decisiones técnicas y compositivas para capturar una imagen y no otra, e incluso abstenerme de hacerlo.

Puede hablarse de la existencia de la antropología visual desde la década de 1940 y de la práctica de la sociología visual hasta los años 60, como formas de documentación que superan la simple ilustración de libros o la presentación de pruebas de la existencia de los objetos de estudio. En 1981 se crea la International Visual Sociology Association (IVSA) para impulsar la producción, utilización y estudio de las imágenes y lo visual en sociología. Más recientemente, en la investigación a partir de la sociología visual se consideran como campos de acción

los siguientes:

1. El estudio de los aspectos visuales de la cultura que se aboca a los artefactos visuales de la sociedad así como sus prácticas de visualización.
2. El uso de imágenes en la investigación y el análisis social, lo que comprende tanto la producción *ex profeso* de imágenes como la interpretación de imágenes pre-existentes.
3. El uso de material visual en la presentación de resultados, la elaboración de relatos visuales y últimamente también la aplicación de programas computacionales que permiten la visualización de información para fines de análisis de datos. (Köpen, 2005:227)

Los sociólogos visuales recurren más al segundo campo de investigación, es decir, a la producción de imágenes y/o la interpretación de las ya existentes, esto no quiere decir que la práctica de uno excluya el interés por los demás. En mi caso también estuve próxima al segundo campo, tanto con la producción de fotografías y material audiovisual, como con la posterior sistematización e interpretación de todo ello. Además también fue aún más importante en esta investigación la realización de un taller de fotografía y video con el objetivo de que los niños fueran parte activa de la construcción de su relato sobre su propia experiencia migratoria, lo que en antropología visual se conoce como transferencia de medios. Finalmente, podría agregar que es posible presentar un relato visual con el material obtenido, acercándome así al tercer campo, cuestión ya realizada en otros foros con algunos cortes de la presente investigación, y una propuesta que me parecería interesante en nuestro posgrado en particular, y en general en las ciencias sociales y las humanidades donde en muchos casos la tradición del examen de titulación en un aula magna, sala o auditorio con un jurado ante el que alguien se examina, podría constreñir este tipo de exposiciones.

Es necesario apuntar que la investigación apoyada en la sociología visual se relaciona estrechamente con la investigación cualitativa y el método etnográfico, con lo que la producción fotográfica o de video estarían acompañados de

observación participante, diarios de campo y entrevistas. En este caso, a parte de la documentación visual, también hice observación desde y más allá de los 35mm de la fotografía, llevé notas de campo (unos 4 cuadernos), elaboramos entrevistas (2 entrevistas a profundidad convencionales), pero sobre todo y por las razones ya mencionadas, me basé en la charla informal, y realizamos un taller de fotografía ambulante durante los tres meses que duró mi estancia en Santo Domingo (de junio a septiembre de 2019). Por tanto, las imágenes nos permiten acceder a datos e información que de otra manera no lograríamos. Nuestro taller itinerante, que debió adaptarse a los chicos, sus horarios, espacios y prácticas, se llevó a cabo en la calle, con un grupo flotante de entre 6 y 11 niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados (de entre 12 y 17 años de edad), sobre todo, que iban y venían entre las clases y sus labores de las que depende su sustento diario. En este contexto y con nuestro taller como dispositivo mediador, no solo logramos convivir con los chicos en una parte fundamental de su día a día que en buena medida se desarrolla en la calle, sino que a partir de él como espacio colaborativo, y gracias a la fotografía, pudo acontecer un diálogo de ida y vuelta, que propició el narrarse no solo a través de la oralidad y la charla informal de ambas partes, sino también con la fotografía que nos permitió acceder en los propios términos de nuestros co-partícipes a otros momentos y espacios que no siempre se está dispuesto a compartir de otras maneras. En este sentido, y coincidiendo con autores como Jason De León, aunque estemos de acuerdo en muchos puntos con la propuesta de la etnografía multilocal y la necesidad del acompañamiento en la movilidad ante un tema que de otra forma desbordaría al etnógrafo tradicional, no es posible estar siempre en todo, pues además de los riesgos, como decíamos, consideramos importante respetar los límites de los sujetos, y siguiendo a De León (2015), por ejemplo, no nos parecería ético lograr sortear una situación de peligro cruzando una frontera gracias a nuestra posición de privilegio, mientras el migrante es detenido y deportado por la “migra”, es por ello que herramientas como la fotografía, no solo posibilitan en nuestro caso compartir y enseñar algo que podría ser útil a los chicos, sino que si así quieren, gracias a ella nos pueden mostrar libremente desde su propia mirada otros aspectos de su vida. Este ejercicio, además, muchas veces se

acompañó de los propios comentarios de los chicos, ya sea al mirar todos el trabajo y reflexionar sobre las imágenes, o bien incluso al proponer que ellos escribieran su propio pie de foto en plataformas cercanas a ellos como Instagram, o sobre las propias fotografías impresas a manera de postales dirigidas a niños de otras latitudes de nuestro continente para que los conocieran<sup>49</sup>.

Reiteramos que en el trabajo con imágenes tenemos consciencia que ellas no son un reflejo fiel de lo real, que tomamos en cuenta el contexto en el que se insertan y las producimos, y que por ello no son sólo fotos sueltas, que nos parece trascendente su utilización, que también sabemos lo que implica estar al otro lado de la mirilla y que no se trata sólo de objetos sino de sujetos que deben ser respetados por el lente y la persona detrás del lente. La cámara en ocasiones es agresiva e incómoda para el fotografiado, nosotros intentamos acercarnos sin violentar a los actores, con su conocimiento y disposición, y acatando las normas sobre el consentimiento, permiso y protección de la identidad de los menores en caso de que las imágenes sean difundidas públicamente.

---

<sup>49</sup> Este ejercicio fue realizado como parte de la propuesta de participar en el proyecto “Cartas sin Fronteras”, dirigido por la Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano (CRIM-UNAM) para propiciar el intercambio de cartas con niños de escuelas rurales de Brasil y Colombia, promover el aprendizaje significativo y la creación de vínculos narrativos entre ellos.

**Capítulo 3. “Sonmon limpiabota, sonmon de la Benito RD, sonmon fotografo/nou se fotograf”<sup>50</sup>. Black fotógrafos: una experiencia colaborativa con niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados.**



Paulo durante el taller de fotografía. Foto: Miguel Pantaleón

---

<sup>50</sup> Tal como uno de los chicos escribió en una postal a manera de presentación en una especie de creoleño (creole y español), expresando: “somos limpiabotas, somos de la Benito, RD, somos fotógrafos”.

## **PARTE I (PRIMER TIEMPO)**

Salimos de Ciudad de México la madrugada del viernes 7 de junio de 2019 rumbo a Santo Domingo y llegamos a la capital dominicana la mañana de ese mismo día. En el aeropuerto nos espera una persona que sostiene un letrero con mi nombre, es el chofer de la Fundación Global Democracia y Desarrollo (FUNGLODE), a la que pertenece el centro de investigación en el que estaré trabajando, el Instituto Global de Altos Estudios en Ciencias Sociales (IGLOBAL). El conductor nos lleva a la Puerta del Conde, donde veremos al trabajador de un hotel, conocido nuestro, que nos ha conseguido un espacio para nuestra estadía. De ahí nos dirigimos a Gazcue, un céntrico barrio de Santo Domingo, otrora sector de clase alta, y actualmente de clase media, media alta, donde se encuentran algunas instituciones públicas y privadas. En esta zona se ubica el pequeño departamento que forma parte de una propiedad un poco más grande que está desocupada, y aunque nos parece atractivo está un poco descuidado y aún hay que amueblarlo y pagar servicios, por lo que excede nuestro presupuesto tomando en cuenta que solo estaremos tres meses. El conductor de FUNGLODE debe irse para cumplir con sus otros servicios del día, así que bajamos maletas del minibús institucional mientras seguimos pensando y discutiendo qué hacer. Decidimos entonces tomar un taxi y pasar unos días en el hotel de la Zona Colonial que ya conocemos, mientras buscamos el espacio que se ajuste a lo que podemos pagar, y con una ubicación aún más cercana a la Ciudad Colonial y al Malecón, por donde hemos planeado comenzar la búsqueda de los niños haitianos migrantes.

Hemos viajado toda la noche y dormido poco, así que dejamos nuestro equipaje en el hotel y vamos a desayunar para después volver a descansar algunas horas. En la cafetería, mientras comemos el mangú con queso frito y salami que hemos pedido, preguntamos por espacios en renta en la zona, y nos señalan a una mujer que se dedica a los bienes raíces y puede ayudarnos. Miguelina, como se llama, nos comenta que buscará espacios como el que queremos para darnos algunas opciones más tarde, así que al terminar el desayuno volvemos a nuestro alojamiento temporal. En el camino de vuelta al hotel observamos algunos letreros de lugares

en renta, y entramos a uno que nos pueden mostrar en ese momento, y que resulta acogedor, más económico, y casi amueblado en su totalidad. De regreso a nuestra habitación de hotel y a punto de decidirnos por el espacio que hemos visto, nos llama Miguelina para fijar nuestra cita a las 5 de la tarde y mostrarnos los departamentos que ha encontrado. Aunque nos hemos convencido por el lugar que ya vimos, no queremos que su trabajo de búsqueda haya sido en vano así que accedemos a verla en el horario pactado en la cafetería donde la conocimos, y aún así hablamos a la casera del pequeño apartamento que nos ha gustado para que nos tome en cuenta. Nos enteramos que la casera ya ha hablado con Miguelina, y nos pide que si optamos por ese espacio lo hagamos a través de la agente que es una madre soltera y necesita la pequeña comisión que se ganará, petición a la que accedemos. Dormimos un par de horas, nos refrescamos y salimos al atardecer a nuestro encuentro con Miguelina, sabiendo de antemano que hemos encontrado el lugar que buscamos. Le decimos a la agente que nos ha gustado el lugar que ya vimos previamente y que estamos dispuestos a hacer el acuerdo a través de ella, pero nos pide que veamos un sitio más que podrá gustarnos en la zona. El lugar es una casona de la Zona Colonial dividida en pequeños “aparta-estudios” que se encuentra a una cuadra de la turística y peatonal calle El Conde, y a unas tres cuadras del malecón, frente al centenario e histórico Hospital Padre Billini. Nos recibe también Dany, la dueña de la propiedad, quien nos muestra los diferentes aparta-estudios disponibles, que no son más que amplias habitaciones bien distribuidas, decoradas y con divisiones que delimitan los espacios de la alcoba con cama y ropero, el baño, una salita-comedor y una pequeña cocina. Estos espacios en comparación con los anteriores están totalmente amueblados, incluso con todos los utensilios de cocina necesarios y con todos los servicios incluidos como luz e internet, y hasta televisión con cable que para ese momento no se nos hace tan necesario. Así como nos ha insistido Miguelina, entendemos que aunque es un poco más caro que el segundo departamento que hemos visto, vale la pena por la ubicación, lo que incluye el espacio, y porque no tendremos que gastar más para poder habitarlo lo antes posible, así que solo hay que decidirnos entre un aparta-estudio solo con ventilador, o bien con aire acondicionado, que incrementa unos

miles de pesos más el precio. El departamento que más nos ha convencido es el de ventilador, que en realidad tiene varios: uno de techo en la recámara, uno de pared en la cocina y otro más de pared en la habitación, lo que para nuestras economías, la costumbre de un dominicano que ha vivido toda su vida en el Caribe y mi valentía unida al afán ahorrador, parece suficiente, además de que Dany nos ofrece prestarnos uno más por si nos hace falta. Pasados unos días recordaré que nunca hay demasiados abanicos ni demasiado aire para una foránea llegada a tierras caribeñas. Quedamos entonces de vernos un par de horas más tarde en nuestro hotel donde nos llevará el contrato y haremos el primer pago del mes, unos 15 mil pesos dominicanos, más un depósito equivalente a otra mensualidad. Unas horas después llega Dany con su abogada a nuestro hotel, firmo el acuerdo por tres meses, pagamos y quedamos que podremos habitar nuestra vivienda temporal a partir del día siguiente en tanto limpian y revisan todo el espacio para que nos lo entreguen en óptimas condiciones.

Me comunico a través de WhatsApp con Richard, asistente del Dr. Pedro José Ortega, mi co-tutor en la estancia de investigación que realizo en República Dominicana y director del Departamento de Investigación en el IGLOBAL. Se aseguran que haya llegado bien, Richard insiste en estar a mi disposición para lo que necesite y me plantea una primera visita al centro para el lunes siguiente, donde me recibirá también el rector, me mostrarán las instalaciones y podremos precisar aún más un plan de trabajo conjunto. Estamos en verano y la temperatura supera los 30 grados centígrados, pero aún así sé que no puedo asistir a esta institución como podría hacerlo en cualquier institución de educación superior de México con algunas licencias de vestuario y no tan formal para sentirme un poco más cómoda ante el clima. La etiqueta en República Dominicana es mucho más estricta, sobre todo en un centro como éste que es parte de la fundación creada y presidida por el expresidente Leonel Fernández, quien desde ahí despacha y a menudo recibe a ex funcionarios, funcionarios de la administración actual de su propio partido, e incluso políticos, intelectuales y figuras de todo el mundo pues su labor es y ha sido reconocida internacionalmente y pertenece a varias organizaciones y mecanismos de entidades mundiales. Por tanto, prácticamente toda persona en FUNGLODE o



el IGLOBAL va vestida de traje completo, sobre todo de colores oscuros, en el caso de los hombres con saco y corbata pese a las altas temperaturas, y las mujeres de traje sastre o vestidos muy formales. En esta media isla, además, las mujeres suelen arreglarse demasiado, los tacones son casi un obligado como parte de un atuendo formal y aunque hay un pequeño movimiento que se va abriendo paso para resignificar y revalorar los orígenes afro, aún es generalizada la idea del alisado del cabello para dar una “buena apariencia” por lo que evitan llevar el cabello de forma natural o muy frondoso, los característicos “pajones” que delatan a los ancestros africanos, o como ellos lo llaman en la jerga cotidiana, el “pelo malo”, y acuden al menos una vez por semana a la peluquería. Toda esta etiqueta choca demasiado con mi forma de ser y lo que suelo vestir, pues siempre ante todo privilegio la comodidad, el vestuario informal, nada de maquillaje ni tacones y un corte de cabello tan corto que acaso debe peinarse y aún así se desordena demasiado hacia uno y otro lado. Intento hacer un esfuerzo dentro de mis posibilidades en atención a la institución que me ha recibido y donde anteriormente ya he asistido a conferencias, talleres y un diplomado, por lo que me pongo un pantalón de vestir negro, una blusa formal roja (de las pocas que tengo) y tacones, cosa de la que me arrepentiré poco después.

La cita es a las 10 de la mañana, pero precavidos, aunque las distancias no son muy largas en la ciudad y estamos relativamente cerca, salimos una hora antes. Nos encontramos solo a unas calles del lugar donde tomaremos el carro de concho, el Parque Independencia, y ya la combinación de calor y tacones me van dejando exhausta. En el carro de concho, uno de los transportes públicos más comunes de la ciudad, que consiste en un un automóvil tipo sedán que da servicio colectivo por diferentes rutas y donde además del chofer, deben caber forzosamente dos pasajeros adelante y cuatro atrás, me voy acalorando aún más y voy entendiendo que llegaré demasiado desaliñada. Llegamos por la única entrada que conocemos de FUNGLODE, pero la mujer de recepción nos comenta que ya hay una entrada específica para el IGLOBAL dando la vuelta a la manzana, y aún así nos comunica con Richard quien minutos después nos encuentra ahí para trasladarnos dentro de las instalaciones del edificio y evitarnos una caminata más larga por fuera con el

calor del día. Mientras llega Richard descanso un poco en los sillones de recepción y me refresco con el aire acondicionado a toda potencia del edificio, así que llego prácticamente sin huellas de sudor o fatiga al IGLOBAL, donde nos trasladan a una sala de juntas y nos ofrecen una botella de agua mientras esperamos a Pedro José, mi tutor para esta estancia. Tomo un sorbo de agua, y transcurridos solo algunos minutos, llega Pedro quien nos da una breve y cordial bienvenida antes de empezar el recorrido por el instituto. Se asoma por un momento el rector, el Doctor Marcos Villamán, nos presentamos, nos da también la bienvenida y nos comenta que estudió su doctorado en el Colegio de México y que sus hijos nacieron en nuestro país por lo que lo visita frecuentemente. Comienza el recorrido por el IGLOBAL donde además nos van presentando con los diversos colaboradores que vamos encontrando en el camino. Hay algunas áreas que comunican a otras a través de escaleras, pasillos y espacios abiertos que no tienen aire acondicionado, así que pronto asoma una vez más la pesadez de mi avance bajo las inclemencias de este clima caribeño. Me sorprende que tanto Richard, como Pedro y Pantaleón, mi acompañante, todos dominicanos, estén enfundados en trajes oscuros con corbatas y no asome por ellos ni una sola gota de sudor, pero sé que ellos están acostumbrados a estas temperaturas. Pronto Pedro se da cuenta que cada vez avanzo con más lentitud y que estoy muy acalorada así que paramos brevemente para tomar un respiro, disminuye el paso y a manera de disculpa comenta que él no es muy afecto al tipo de vestimenta formal de traje completo y que prefiere vestir algo más cómodo y holgado sobre todo con estos climas, pero que esa es la etiqueta (no escrita) de las instituciones dominicanas. Sonrío y lo sigo como si no me fuera tan difícil andar, a pesar de que además uno de los zapatos me está molestando por la fricción de mi pie húmedo y una de las correas. Me muestran la Biblioteca Juan Bosch que comentan es una de las más completas en materia de Ciencias Sociales en el Caribe, y que fue alimentada poco a poco por el ex presidente Leonel Fernández con cargamentos bibliográficos llegados de todo el mundo, muchos de ellos de México. Dentro de la biblioteca que se ve muy amplia y ordenada, pero casi sin lectores, hay varias mesas para consulta y caminamos dentro de ella, un poco más al fondo, donde Pedro nos quiere mostrar algo con impaciencia y emoción. Me

comenta que sabe que me interesa lo audiovisual y que le gustaría que alguna vez presente alguno de mis materiales en la institución, acto seguido abre una puerta de un lugar que parece oculto más allá de los estantes y aparece una pequeña sala de cine con una gran pantalla y algunos sillones grandes de piel que parecen muy lujosos, apenas para algunas quince personas. Finalmente volvemos a la zona de despachos y cubículos del instituto, donde me conducen a una oficina con tres escritorios amplios y sus respectivas divisiones destinada a recibir a investigadores de intercambio. Esta es el área que han destinado para mi trabajo durante la estancia, Richard me entrega las llaves y me comentan que aunque no hay alguna otra persona que esté también en esta oficina de forma fija, ocasionalmente llega a uno de los escritorios el Doctor Pedro Sotolongo, reconocido filósofo cubano que imparte clases en el IGLOBAL y que a menudo se mueve entre República Dominicana y Cuba.

Nos despedimos por esta jornada no sin antes programar para la siguiente semana la presentación de mi proyecto de investigación para que puedan conocerlo con más detalle y Pedro tenga más elementos a fin de orientar la asesoría, y me ofrecen además alguna sala del instituto si requiero desarrollar entrevistas o trabajar con grupos focales. Agradezco las atenciones y les comento que además me gustaría hacia el final de la estancia organizar una exposición fotográfica con el material realizado por los niños migrantes durante el taller de fotografía que nos hemos planteado, y para lo cual sería de gran ayuda contar con algún espacio del instituto. Pedro y Richard se muestran abiertos a esta propuesta y concluye nuestro primer encuentro, en el que además les planteo que mi labor durante la estancia consistirá sobre todo en la realización de trabajo de campo en las calles de Santo Domingo, por lo que si bien me será difícil asistir diariamente al IGLOBAL, pienso que podré hacerlo dos o tres veces por semana para el trabajo de gabinete.

Al día siguiente, el martes 11 de junio de 2019, comienzo a buscar a los chicos con los que trabajaré. Mi objetivo es encontrar a niños migrantes no acompañados que quieran tomar un taller de fotografía. Sé que no será tan fácil, pues unos meses

antes, en nuestra visita exploratoria de diciembre de 2018<sup>51</sup>, me di cuenta que, en general ya no eran tan visibles los migrantes haitianos, y en particular los menores no acompañados. Comenzamos por donde hemos planeado, el lugar en el que años atrás me parecía que había demasiados niños haitianos deambulando: el malecón de Santo Domingo. Iniciamos la caminata alrededor del mediodía, andados unos 500 metros observamos a dos adolescentes haitianos que duermen en las bancas de concreto que bordean el malecón, uno de ellos abraza su herramienta de trabajo, una caja de bolero. Es una hora muy calurosa y la temperatura rebasa los 30 grados centígrados, seguimos caminando con la pesadez del ambiente y unos metros más adelante nos acercamos a una zona arbolada y con sombra donde encontramos a otro joven haitiano durmiendo en un área con sillas y mesas de concreto a la orilla del mar, beneficiada por la brisa y las olas que rompen muy cerca refrescando el día caluroso. Alrededor de esta zona también hay algunas familias y trabajadores descansando frente al mar o bien tomando el almuerzo, pues en República Dominicana se suele comer a mediodía. Llevamos ya unos 40 minutos caminando a lo largo del malecón, avanzamos un poco más y a unos 600 metros del punto anterior, llegamos a la zona donde se encuentra un conocido restaurante con vista al mar, muy concurrido por un sector de la población de clase media y alta. En el estacionamiento, entre grandes jeepetas<sup>52</sup>, muchas de ellas blindadas, observamos a dos vendedores haitianos a la sombra de los árboles, uno de ellos con su pequeño puesto de caramelos en un carrito de supermercado (conocido como paletera), y el otro en el suelo ofreciendo las típicas y coloridas pinturas haitianas. Después de un par de horas y unos cuatro kilómetros recorridos, nos encontramos de vuelta en el aparta-estudio, es una hora difícil para caminar y apenas hemos visto a algunos migrantes.

Decidimos salir más tarde con un clima más amigable y hacia una zona donde sabemos que podremos averiguar un poco más sobre la situación de los migrantes haitianos en Santo Domingo. El lugar al que nos dirigimos sigue siendo muy cerca

---

<sup>51</sup> Hago referencia a ella en el primer apartado contextual: *“Hay un país en el mundo”... breve aproximación a una isla antillana desde la capital primada del nuevo mundo*

<sup>52</sup> Camionetas 4x4

de la Ciudad Colonial así que podemos hacer el recorrido a pie. Entre las 5 y las 5:30 de la tarde visitamos el barrio comercial conocido como “El Pequeño Haití”<sup>53</sup> y observamos, al menos durante el tiempo que estamos ahí, un notorio descenso de la población haitiana en comparación a lo que hemos visto años atrás (desde 2010). Solo encontramos si acaso a algunas 20 personas de nacionalidad haitiana en un barrio que anteriormente se caracterizaba por acoger a una gran cantidad de haitianos entre comerciantes y sus familias que no solo trabajaban en dicha zona vendiendo, sino que también se alojaban o residían en los alrededores. Ahora es posible constatar que la mayoría de gente que se encuentra por esas horas en el barrio son dominicanos, incluso quienes atienden los diferentes negocios. De entre los pocos haitianos que observamos están Lino y su familia, un vendedor de pollo que conocimos en 2010 y quien también es afecto a las peleas de gallos, él y los suyos se encuentran en la misma esquina y en el mismo negocio. Encontramos también a otro haitiano que conocimos en ese año: Rubén Black, por entonces un joven que se ganaba la vida como peluquero y le gustaba rapear. Rubén se encuentra igualmente en el mismo sitio de hace casi 10 años y como entonces, en su pequeña peluquería improvisada en una acera, con un espejo colocado en una pared de la calle, una silla de peluquero y sus herramientas. Vemos a otros migrantes, en su mayoría hombres, atendiendo comercios de ropa, casi toda usada proveniente de pacas desde Estados Unidos. También observamos a un joven vendedor de cacahuates (manicero) con quien conversamos brevemente y a otro que se le acerca para preguntar si está bien ante la charla que quizá le parece rara con unos extraños. El manicero nos comenta que trabaja por comisión y no le va muy bien y someramente menciona algo sobre los desalojos, pero no llegamos a entender del todo a qué se refiere. Un poco después algunos comerciantes dominicanos de la zona mencionan que ya no hay muchos haitianos por ahí porque los han desalojado, pues ha habido redadas e incluso migración va cada noche, por

---

<sup>53</sup> Hay una breve descripción de este barrio en el apartado: “*Hay un país en el mundo*”... *breve aproximación a una isla antillana desde la capital primada del nuevo mundo* y otro acercamiento un poco más profundo en el capítulo correspondiente al entramado teórico y conceptual, específicamente el apartado: “*Bonswa, ¿koman nou ye?*”: El “Ti Ayiti” como comunidad de práctica.

lo que deduzco de manera preparatoria que la mayoría de haitianos que permanecen ahí tienen sus documentos en regla, aunque además también nos dijo otro comerciante dominicano que han encontrado casas y alojamientos más accesibles y convenientes en los “barrios” y las periferias. Durante esta visita me doy cuenta que aunque si bien es evidente que hay menos haitianos y la propia gente de la zona (dominicanos y haitianos) lo confirma, aún hay una percepción general de que hay “muchos” y es una presencia no siempre bienvenida, pues lo notaremos durante toda nuestra estancia en República Dominicana en la plática cotidiana de la calle pero aún más en los medios, estos últimos fuente del rumor popular que hace eco en la población y que corre como bola de nieve, muchas veces con encabezados descontextualizados que de entrada estigmatizan a los migrantes provenientes de Haití y que alimentan el discurso de ultranacionalistas: “Por respeto a haitianos no leerán Biblia en las aulas”, “Madre haitiana se entrega a la justicia luego de provocarle la muerte a su hijo”, “Confirman más del 48% de niños haitianos nacidos en República Dominicana tiene VIH”. Y podrían parecer notas que solo buscan “informar” si no supiéramos que en el primer caso lo sustancial de la noticia es que el Ministerio de Educación dominicano buscaría que se dejase de leer la Biblia en los planteles escolares a favor de una educación laica y por respeto a las diferentes creencias; que para el segundo caso mientras hay decenas de delitos la prensa dominicana solo resalta especialmente la nacionalidad cuando el crimen lo comete un haitiano. Y finalmente para el caso de la noticia que relaciona a los niños haitianos con el VIH, si bien es una información preocupante, nos damos cuenta también al profundizar que se trata solo de los datos de un hospital específico en la ciudad de Santiago, y veremos en esos días cómo una generalización como si en realidad la mitad de niños de origen haitiano de todo el país tuviera VIH, propaga la idea de que los haitianos llevan el SIDA al país. Lo anterior, que son solo algunos ejemplos de lo que se difunde en los medios dominicanos en el lapso de un mes (entre junio y julio de 2019), toca un punto álgido y preocupante en una entrevista del 30 de julio en la que el presidente del Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), con aspiraciones a la presidencia, habla de su propuesta de construir un muro, a semejanza de Trump, pues a decir de él es necesario acabar con la

inmigración ilegal, sobre todo de haitianos, quienes se encuentran ocupando territorio dominicano y ganando terreno que no es suyo, incluso desplazando a los propios dominicanos pues hay muchos poblados fronterizos que más parecieran haitianos y allí solo se habla creole, se practica como religión el vudú que viene de África y que muchos solo llegan a delinquir, robar e incluso matar a dominicanos.

Este mismo día en la noche volvemos al malecón. Encontramos una vez más a lo largo de unos dos kilómetros a varios jóvenes haitianos vendiendo dulces, entre ellos dos hermanos, un hombre y una mujer. El joven que aún no habla completamente bien el español nos comenta que lleva apenas unos nueve meses en República Dominicana. Al regresar en línea recta sobre el malecón y adentrarnos a la Zona Colonial por la calle Santomé, donde se encuentra nuestro aparta-estudio, encontramos a dos haitianos más, dos hombres jóvenes, uno vendiendo frutas y vegetales en un carrito, y otro que llama mi atención porque porta una camiseta del club mexicano de fútbol Cruz Azul. Ante mi sorpresa por este detalle de vestuario, abordamos al joven que además lleva una caja de bolero, le preguntamos si sabe algo sobre el equipo y nos comenta que no, que simplemente compró la prenda, y yo apresurando conclusiones pienso casi al instante que seguramente la adquirió en una venta de ropa de paca. Brevemente y mientras nos alejamos, le digo que se trata de uno de los equipos de fútbol más importantes de México, y agrego, con un tono aún más relajado, que también es de los más desafortunados pues se cree que la “mala suerte” lo persigue desde hace mucho tiempo.

Dos días después, el jueves 13 de junio de 2019, después de hablar con algunos conocidos, sobre todo fotógrafos de la isla, salimos hacia el Parque Colón donde nos informan que se reúnen “muchos haitianos”, sin embargo, a esas horas, alrededor del medio día, sobre todo encontramos turistas que visitan la catedral y dominicanos que se dedican a los servicios turísticos y atienden en restaurantes. Al único haitiano que encontramos es a un vendedor de helados y a dos trabajadores de la construcción que pasan caminando. Posteriormente nos desplazamos hacia la Plaza España, allí también observamos turistas que visitan el Alcázar de Colón, dominicanos en los servicios turísticos y a algunos otros tomando sombra en las

bancas, pero al único haitiano que localizamos en ese sitio es a un bolero. Media hora más tarde subimos hacia las ruinas de San Francisco mientras nos acercamos a la zona del Pequeño Haití. En el camino observamos a una mujer haitiana que vende diversas frutas y vegetales en una guagüita platanera estacionada en una calle, lleva a su hija de unos diez meses en brazos y atiende su puesto mientras la bebé duerme y le hace unas trencitas en el cabello. Frente a las ruinas de San Francisco hay una pequeña barra donde venden bebidas, ante el calor hacemos una breve pausa y pedimos una cerveza. Pese a que estamos casi en la frontera del Pequeño Haití, a espaldas del barrio, y que de las ruinas varios trabajadores haitianos salen cargando mobiliario, la mujer que atiende el negocio donde nos encontramos nos dice que por ahí no hay haitianos, que solo “más para allá atrás, por el Mercado Modelo” (donde se encuentra el Pequeño Haití). A la una de la tarde llegamos al Pequeño Haití, esta vez sí observamos una mayor cantidad de haitianos, primero en un local donde unos cuatro hombres confeccionan chacabanas<sup>54</sup> que venden en 4 mil pesos dominicanos. Más adelante vemos comerciantes haitianos de todo tipo de mercancía, principalmente ropa, y algunos de electrónicos usados, también hay quienes venden fruta, y logramos observar también, avanzando un poco, una casa de cambio con nombre en creole y en la pared un póster también en creole invitando a la conmemoración de la bandera haitiana. Hay peluqueros en una acera, vemos a Lino, el vendedor haitiano de pollos, y entramos a su negocio para conversar con él. Nos dice que ya no hay tantos haitianos porque muchos “se han movido” pero que también “venden otras cosas”, conversamos un poco más sobre sus gallos y dónde los lleva a sus peleas. Salimos de su negocio y seguimos caminando por el área donde venden los electrónicos y artículos usados en las aceras. Vemos a unos cuatro o cinco jóvenes haitianos que caminan relajadamente y con vestimenta diferente a los demás, más nueva y cercana a un look más “moderno” o “agringado”, acto seguido pienso que son de las personas más jóvenes que hemos visto en este recorrido. Muy cerca de uno de los puestos, hay una mujer haitiana con su bebé, a sus espaldas hay una

---

<sup>54</sup> Camisas con adornos verticales conocidas en México como guayaberas muy características también en República Dominicana.



entrada a lo que pareciera un local o una vivienda, de allí sale otra mujer tras recibir un pequeño paquete de otra persona que está dentro, según mi acompañante más conocedor de estos temas y de los barrios dominicanos, pareciera algún envoltorio típico de cocaína, así que en este momento asocio las palabras de Lino sobre que “se venden otras cosas” con la situación que me acaban de sugerir. Decidimos entonces retirarnos del Pequeño Haití. Por la noche, alrededor de las 8, volvemos al Parque Colón, sólo vemos a un bolero haitiano y varios turistas y dominicanos sentados en las bancas de la plaza pública conversando y también algunos caminando y paseando en los alrededores. Observo a un niño sentado en una banca de entre 12 y 13 años que pareciera haitiano, otro adolescente como de su edad se acerca y le lleva comida, posteriormente lo vemos solo caminando en El Conde. También hay una mujer haitiana que se aproxima a una banca donde se encuentra un turista extranjero rondando quizá los 60 años de edad, intercambian apenas unas palabras, ella se para primero y unos minutos después él la alcanza y se retiran juntos.<sup>55</sup>

Al día siguiente, viernes, entre seis y siete de la tarde al salir del Instituto Global de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde ya me encuentro realizando trabajo de gabinete, observo una construcción donde laboran varios haitianos en edad adulta, ya es su hora de descanso, pero la mayoría de los migrantes de esta nacionalidad que se dedican a la construcción, suelen trabajar y vivir en el mismo sitio, pues así se ahorran la renta de un lugar al que solo llegarían a dormir y de esta manera pueden enviar más dinero a sus familias. Más adelante en este mismo trayecto que

---

<sup>55</sup> En República Dominicana, un país cuya principal actividad económica es el turismo, es muy frecuente y preocupante el fenómeno del turismo sexual. En 2012 realizamos el documental “Forsale” (en-venta) sobre las contradicciones de la industria turística en el país, y hallamos, entre otras cosas, entre los testimonios de lugareños y los propios turistas, que el turismo sexual es un problema de grandes dimensiones, mucho más grande de lo que se suele admitir oficialmente, pues no solo implica una actividad tolerada entre personas que libremente ofrecen/compran un servicio, sino que hay redes de trata alrededor que se valen no solo de mujeres en situación de vulnerabilidad sino incluso de niñas, niños y adolescentes, muchos de ellos de origen haitiano. Entre junio y septiembre de 2019, el periodo de nuestra estancia, observamos que la situación no ha cambiado mucho a pesar de campañas nacionales e internacionales para hacerle frente. Por ejemplo, al llegar al aeropuerto de Santo Domingo habían anuncios para desincentivar la contratación de servicios sexuales, y en la Zona Colonial, la parte turística de la ciudad, la alcaldía y UNICEF habían lanzado la campaña “Mi Zona Salvafuturos” para combatir la explotación sexual infantil, igualmente con vallas publicitarias, pues como relatamos, es un lugar en el que es muy visible esta actividad.

realizaré a pie casi a diario durante tres meses, me daré cuenta que en esta zona exclusiva y de alto poder adquisitivo hay más de una obra y muchos edificios en construcción con la misma dinámica laboral: obreros haitianos que trabajan y viven en las edificaciones<sup>56</sup>. Tras dejar atrás la calle César Nicolás Penson, en la que se encuentra el IGLOBAL, las obras en construcción, varios edificios habitacionales de lujo o entidades como la Casa Nacional del Partido Revolucionario Moderno (PRM) y la sede dominicana de ONU Mujeres, llegamos a la Máximo Gómez, una avenida principal, muy comercial y donde además hay grandes instituciones como universidades y ministerios, entre ellos el de Educación, y en la que a parte del metro, hay varias rutas del transporte público, como la del carro de concho que tomaré para llegar a la Zona Colonial. Ya sobre la Avenida Máximo Gómez, seguimos bajando como si fuéramos al Malecón y desde ahí apreciamos la vista que siempre me ha llamado la atención: el mar al fondo como si se encontrara sobre nuestras cabezas. Poco antes de abordar el carro de concho para llegar a mi apartamento, entramos al supermercado El Nacional a comprar una botella de agua, pues a pesar de la hora, el calor sigue siendo extenuante y más aún luego de caminar el tramo que nos separa desde el IGLOBAL (si acaso un kilómetro). A la salida y casi a punto de tomar el transporte, ya cansados, acalorados, distraídos, y ansiosos por llegar a nuestro alojamiento, encontramos a unos tres boleros haitianos menores de edad, nos ofrecen una lustrada de zapatos por 25 pesos dominicanos y accedemos mientras conversamos un poco y les hacemos algunas preguntas. Uno de ellos habla muy bien el español, nos dice que tiene 14 años de edad y lleva seis años en República Dominicana, también cuenta que le gusta el basquetbol y juega los domingos en Güibia, una zona recreativa del Malecón, y que estudia en línea. Además nos dice que vive por “La Benito”<sup>57</sup> en una pensión, y ya en este punto

---

<sup>56</sup> La migración haitiana a República Dominicana, al seguir siendo predominantemente masculina, aunque ha tendido a la feminización, tiene en la construcción una de sus principales fuentes de empleo, de hecho, en este sector de la economía dominicana trabajan sobre todo haitianos, y según datos de la II Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI-2017), mientras los inmigrantes en general generan 9.5% del valor agregado nacional, tan solo los trabajadores de la construcción haitianos aportan alrededor de un 30%, sin embargo ellos son de los inmigrantes con sueldos más bajos pues son también de los menos calificados.

<sup>57</sup> Después sabremos que se refieren a la calle Benito González que se encuentra muy cerca de la Zona Colonial entre el Barrio Chino y El Pequeño Haití. La pensión que refiere se encuentra justo en El Pequeño Haití.

pensamos que quizá hemos encontrado a los chicos con los que podríamos realizar el proyecto, por lo que les preguntamos si les gustaría aprender fotografía.

Cada vez se acercan más niños y adolescentes haitianos limpiabotas y llegamos a contabilizar hasta unos 7 en este primer encuentro en el exterior del supermercado El Nacional. Nos dicen que sí quieren aprender fotografía y el adolescente con el que hemos hablado más se ofrece a buscar más compañeros para el taller y con la chispa que desde el inicio se le ha notado, nos comenta que incluso puede conseguirnos “hasta 500” alumnos. Casi todos los chicos, que a la vista calculo se encuentran entre los 12 y los 16 años de edad, llevan a parte de su caja de bolero, prendas holgadas y gorras muy desgastadas de diferentes equipos profesionales de basquetbol y béisbol estadounidenses. Los demás niños y adolescentes también se muestran entusiasmados en tomar el taller e incluso uno comenta que podría servirle para hacer videos musicales de YouTube que es lo que le gusta. Otro de los chicos, quien también nos ha dicho que lleva varios años en Santo Domingo, cuenta que estudia en San Carlos<sup>58</sup> y que a las 8 de la noche va para allá, uno más también dice que estudia los sábados, pero otro, que no está boleando zapatos, menciona que no estudia<sup>59</sup>. Al despedirnos quedamos que los veremos el domingo en su juego de baloncesto aunque primero uno de ellos nos dice que es a las 12 del día y luego que entre 3 y 4 de la tarde, por lo que pensamos que será bueno ir en todos los rangos horarios señalados.

El domingo 16 de junio, a mediodía, caminamos por el Malecón desde la calle de nuestro aparta-estudio hacia Güibia<sup>60</sup>, donde hemos quedado de ver a los chicos

---

<sup>58</sup> San Carlos es uno de los sectores céntricos de Santo Domingo limítrofe con la Zona Colonial y en donde se encuentra, por ejemplo, el barrio El Pequeño Haití.

<sup>59</sup> Pasado el tiempo, después de conocernos más y de romper el hielo unos con otros, nos daremos cuenta posteriormente que aunque algunos han pasado por la escuela, en la actualidad ninguno de estos chicos estudia e incluso ellos mismos nos lo dirán directamente.

<sup>60</sup> Como ya decíamos, Güibia es una zona recreativa del Malecón de Santo Domingo, pero también algo más pues tiene una historia. Es la única playa pública de la capital dominicana, y en ella actualmente hay un quiosco entre la arena y el mar que otorga una vista privilegiada. A su alrededor, antes de acceder a la playa, hay una plaza con juegos infantiles, canchas deportivas para voleibol de playa y baloncesto, y aparatos de ejercicio al aire libre. También hay espacios para descansar y diversos locales comerciales con venta de pizzas y helados, y una especie de palapa que hace las veces de bar y karaoke. Anteriormente era un área exclusiva al que acudían las élites hasta que se fue popularizando. Actualmente unos pocos se atreven a entrar al mar pues entre el alto

en su juego de baloncesto. Luego, seguimos el recorrido sobre el Malecón desde la zona de Güibia y andamos un poco más pues no encontramos rastro de ellos. En Güibia preguntamos a un vendedor de chicharrón y nos comenta que a veces van los chicos a jugar más tarde, como a las 4, así que seguimos caminando en los alrededores antes de retirarnos y observamos a unos tres vendedores haitianos con sus carritos de dulces y al señor mayor que ya hemos visto antes vendiendo las típicas pinturas haitianas en el suelo, a un costado del restaurante Adrián Tropical. Alrededor de las 4 de la tarde volvemos a hacer el mismo recorrido de horas atrás para dirigirnos a Güibia, así que caminamos a lo largo del Malecón desde la calle Santomé unos 2.5 kilómetros hasta llegar una vez más al sitio señalado por los chicos. En el camino vemos mucha más gente, pues empiezan a salir las familias en una suerte de paseo dominical cuando la temperatura desciende un poco. Hay muchos grupos familiares que se recrean en las áreas de juegos o donde hay más sombra, algunos llevan sillas plegables y hieleras con bebidas para consumir ahí. Vemos a policías resguardando el área a cada cierta distancia y también observamos a más vendedores haitianos con sus carritos, algunos con dulces, otros con maíz, y otros más con salchichas asadas. También hay algunos vendedores dominicanos de chicharrón y pastel en hoja, y uno que otro también de caramelos (mucho menos que los haitianos)<sup>61</sup>, y a dos venezolanos<sup>62</sup> vendiendo bizcochos “por una buena causa”, “la libertad de Venezuela”, según sus palabras. Llegamos a Güibia, donde hay una mayor cantidad de gente concentrada, entre adolescentes

---

oleaje, las aguas cloacales, e incluso la idea de que de cuando en cuando llegan los tiburones, se considera que hay un alto riesgo.

<sup>61</sup> En Santo Domingo se suele observar una división algo marcada entre lo que regularmente comercian los vendedores ambulantes. Los haitianos, como ya vemos, al menos en el corredor turístico del Malecón, suelen vender dulces, maíz y salchichas asadas, mientras que los dominicanos alimentos más típicos del país como el chicharrón (diferente al mexicano) y el pastel en hoja (una especie de tamal con masa de plátano o yuca).

<sup>62</sup> Según la última Encuesta Nacional de Inmigrantes (ENI-2017) de República Dominicana, la población migrante que más ha crecido en el país es la de los venezolanos, incluso más que la de haitianos, si bien es cierto que estos últimos siguen siendo más. De hecho, es posible observar a los venezolanos en lo cotidiano en todo tipo de actividades, como ya decíamos vendiendo ya sea postres, café en las calles, o bien sus antojitos típicos como las cachapas y las arepas, e igualmente los encontramos como conductores de Uber. Los venezolanos eran también nuestros vecinos en la Zona Colonial y los encontrábamos frecuentemente en el colmado de la esquina jugando dominó y tomando una cerveza. También están como empleados en las empresas, como dueños de negocios, como trabajadores independientes al igual que el videógrafo que se convertirá en la recta final de este proyecto en nuestro aliado, y en todo tipo de sectores, lo que habla de una migración más aceptada y quizá también un poco más calificada, aunque bien es cierto que es muy diversa pues provienen de diferentes estratos.

que practican algunas acrobacias en la playa, niños pequeños que se atreven a meterse al mar en ropa interior, y familias de estratos populares que vienen bajando desde la avenida Máximo Gómez, que desemboca al Malecón, y donde se encuentra el metro más cercano: la estación Joaquín Balaguer. Una vez más no encontramos a los niños haitianos que juegan baloncesto, y después de comer un helado chorreante (pues con la temperatura de la isla es imposible que mantenga su consistencia sólida por más de un minuto), emprendemos el regreso.

Aprovechando que se encuentra por nuestro camino, cerca del IGOBAL, el lunes alrededor de las 4 de la tarde pasamos por el supermercado El Nacional de la Máximo Gómez, donde ubicamos días atrás el punto de reunión de los boleros haitianos. Encontramos al niño con el que platicamos la vez pasada, ahora durmiendo en el área del estacionamiento abrazando su caja para limpiar zapatos. No lo queremos molestar, así que volvemos una hora más tarde, y vemos a otros de los chicos limpiabotas<sup>63</sup>, los saludamos brevemente y les decimos que a las 6 de la tarde nos asomaremos por ahí para dar algunos detalles del curso y enseñarles la cámara. Cuando volvemos a las 6 al estacionamiento del supermercado ya no vemos a ninguno, pero llaman mi atención dos mujeres haitianas que se encuentran un poco más allá, en la acera de una gasolinera contigua y que esperan detrás de un puesto de dulces con dos niños muy pequeños, una niña y un niño de entre 3 y 4 años. Gracias a que fijamos la atención a dicho lugar, vemos detrás de la gasolinera, en un punto más lejano y algo ocultos, a dos de los chicos haitianos boleros que ya habíamos visto antes, uno de ellos, el que estaba durmiendo horas antes. Nos cuentan que la policía acaba de quitarles sus cajas y que incluso se llevaron a otros dos de sus compañeros, porque en el lugar en el que se encontraban, las afueras del supermercado, tienen prohibido estar. El chico que estaba durmiendo, que esta vez está vestido con pantalón jean, camiseta negra, su

---

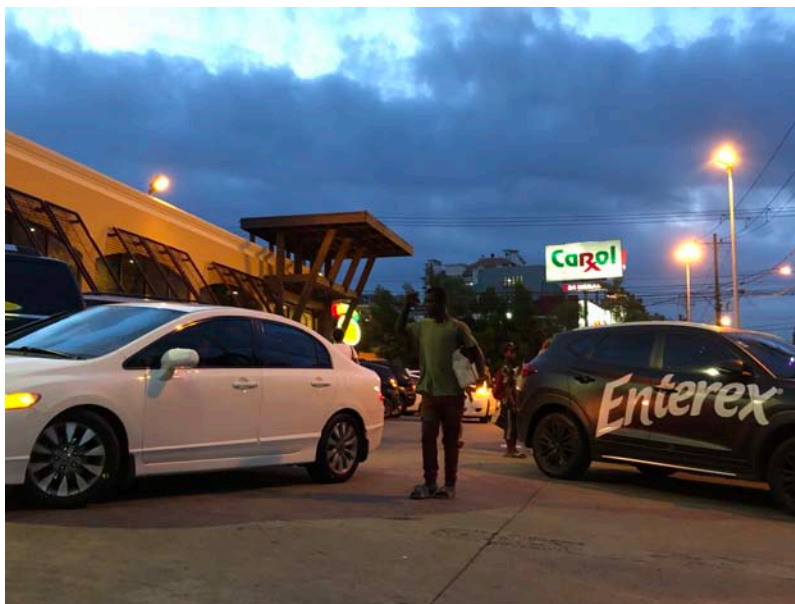
<sup>63</sup> Al inicio del proyecto utilicé la palabra “boleros” para referirme a las personas que ejercen el oficio de bolear y limpiar zapatos, tal como se conoce en México, pero poco a poco iré dejando el término que no tiene ningún sentido en República Dominicana, pues no se usa, y aparecerá después, casi exclusivamente, el de “limpiabotas”, que es la palabra que se utiliza en esta parte de la isla, equivalente al de bolero. De hecho, a estas alturas del proyecto, aún me refería solo a boleros o “boleros” refiriéndome a los niños, y así está en los apuntes originales del cuaderno de campo, pues apenas nos estábamos acercando a estos sujetos.

misma gorra desgastada de días pasados y unas pantuflas de color azul eléctrico, nos dice que a él le han quitado su caja mientras dormía, así que le preguntamos qué es lo que piensa hacer ahora y responde que con lo que se gana no le alcanza para una caja y las demás herramientas que tenía, así que tendrá que lavar carros. Les preguntamos si llegarán más niños y ellos contestan que sí, entonces les decimos que volveremos en unos minutos. Antes de irnos les preguntamos si saben leer y el adolescente de las pantuflas nos dice que dejó de ir a la escuela cuando su mamá se fue y él tenía 8 años (pensamos que de eso hace 6 años porque el día anterior nos dijo que tenía 14 años, aunque también nos había dicho que seguía estudiando en línea en aquella ocasión). Nos cuenta además que su madre siguió el viaje hacia Brasil, y no sabe mucho de ella aunque ocasionalmente se comunican en Facebook. Entonces nos retiramos brevemente y un cuarto de hora después volvemos. Ya hay un adolescente más, además del que porta las pantuflas azules, el que lo acompañaba de pants azul, tenis de tela claros y camiseta roja, y uno que acaba de llegar de pantalón jean, camiseta negra de manga larga con estampado de Star Wars y sandalias abiertas con el logo de la marca Nike. Al parecer este chico se salvó de la redada policial porque aún tiene su caja y se muestra aún más entusiasmado con el taller de fotografía. Sacamos la cámara y se las mostramos pues nos piden verla, comentamos que daremos el taller en un lugar más tranquilo y proponemos el Malecón, que no está muy lejos, a lo que ellos acceden. Mientras tanto les enseñamos brevemente a sujetar la cámara<sup>64</sup> correctamente, les mostramos cómo se acerca y se aleja el lente y algunos botones básicos como el de encendido y apagado y el obturador. Los tres chicos intentan hacer sus propios tiros con esos principios básicos y toman una foto a Pantaleón, quien los está guiando. Finalmente quedamos de verlos en unos minutos en el Malecón para continuar con el curso, en la zona de Güibia, que está bajando en línea recta por la Máximo Gómez durante unos 10 minutos. Alrededor de las 6:30 llegamos al Malecón y esperamos a los chicos mientras nos sentamos en una extensa banca plastificada que simula madera y desde la que se puede ver la calle por la que

---

<sup>64</sup> Desde este primer encuentro con cámara en mano utilizamos una réflex semi profesional con el fin de enseñarles todos los elementos de la fotografía, no sólo composición, y que puedan tener una formación lo más completa posible desde el inicio. Después exploraremos con otras opciones más prácticas.

podrían llegar, pero no llegan. A las 7:05 pm decidimos retirarnos y volver al día siguiente a la zona del supermercado y la gasolinera de la Máximo Gómez donde está su punto de encuentro.



Estacionamiento del supermercado donde ubicamos el punto de encuentro de los niños y adolescentes haitianos migrantes. Foto: Nikteha Cabrera

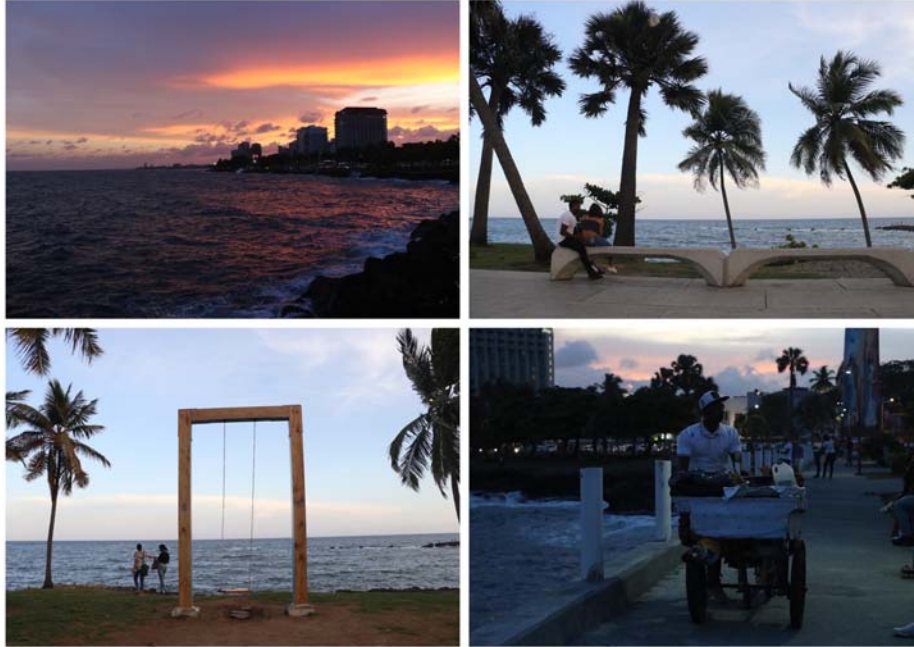
El martes alrededor de las 6 de la tarde volvemos a la zona de estacionamiento del supermercado El Nacional en la avenida Máximo Gómez. Inicialmente observamos a un niño, pero no es de los que vimos el día anterior aunque sí el viernes previo, lleva un vaso desechable con el que pide dinero. Le preguntamos por sus compañeros y nos dice que los va a llamar, le proponemos seguirlo para ver a los demás pero no quiere, desaparece y tras dos o tres minutos vuelve con dos chicos más. Uno de ellos lleva una caja de bolero, y me percaté de que tampoco son del grupo que vimos un día antes, pero sí del grupo más amplio con el que conversamos el viernes. Posteriormente llegan dos niños más, a ellos sí los vimos el día anterior, el que parece mayor que todos ellos y no le habían quitado la caja, y el otro que viste más “sport” y que el día previo no tenía caja pero este día sí. Ambos se acercan sonrientes con su caja y el mayor me pregunta por qué no llegamos al taller a Güibía, le respondo que sí estuvimos y los esperamos un rato pero no los vimos. El adolescente me dice que llegaron como a las 7:15 o 7:30 y no nos vieron, yo le comento que a las 7:05 nos fuimos porque pensamos que no llegarían.

Posteriormente se acerca un niño más que no habíamos visto antes y que parece más pequeño que todos los demás, como de unos 10 u 11 años, él tampoco lleva caja y se aproxima a donde están los otros compañeros de una forma un poco más tímida. Sacamos una vez más la cámara y les mostramos cómo sujetarla y los principios básicos a los chicos que no estaban durante la jornada previa. Los empleados de seguridad del supermercado observan brevemente hacia nuestro grupo, y otro cliente del establecimiento se aproxima a una distancia prudente mientras empieza a grabar con su celular hacia donde estamos. Posteriormente sale otra empleada del supermercado con una bata blanca y también se detiene a mirarnos, en este momento pienso que ha recibido quejas y nos correrá de ahí o nos llamará la atención, pero solo observa, sube a su carro y se retira después de su jornada laboral. Finalmente volvemos a enseñar algunos de los elementos básicos de la fotografía al niño más pequeño y notamos que le cuesta más trabajo hacer “zoom-in” y “zoom-out” con el lente e incluso observar por la mirilla, entonces se le acerca el adolescente que observamos más entusiasta y parece mayor, y que desde el día previo comenzó a aprender, y le explica cómo mover el objetivo en creole con ayuda de algunos gestos. Cuando acabamos con el más pequeño, les proponemos continuar en un espacio más tranquilo y seguro, debido a los movimientos de entre curiosidad y vigilancia, que hemos visto en las afueras del supermercado, y volvemos a quedar de encontrarnos a las 6:30. Les decimos que cruzaremos al establecimiento de enfrente para comprar donas y compartirlas una en el taller, y ya en el local comercial que está a una mayor altura y con ventanales que permiten tener una vista del supermercado y los alrededores, observamos que siguen con sus actividades laborales: uno pidiendo dinero, y los otros con sus cajas aguardando a algún cliente. Después de comprar las donas, nos disponemos a bajar hacia el Malecón donde les hemos indicado que continuará el taller.

Tal como quedamos, alrededor de las 6:30 llegamos al Malecón a la zona de Güibia y nos sentamos en la larga banca que parece de madera para esperar a los niños, mientras tanto, hago algunas anotaciones y bebo el expresso cortado que compré en la tienda de donas. Pasa un vendedor dominicano de rosas que ya nos conoce, varios vendedores haitianos con sus carritos de dulces, y los personajes habituales



del área: el policía de tránsito que regula la circulación de los vehículos en ese entronque complicado que dificulta a los peatones cruzar de la Gómez hacia el Malecón, el señor que ayuda a los conductores a estacionarse en dicha zona, y los paseantes que recorren el Malecón, sea gente que simplemente camina, turistas, o personas que se ejercitan corriendo, en bicicletas, patines e incluso patinetas. Nos damos cuenta también que salen dos jóvenes de entre las rocas que bordean el mar y que en algunas zonas forman una especie de cuevas o cavernas, uno de ellos parece menor de edad, y el mayor vuelve al poco rato con una bolsa con alimentos y bebidas y se vuelve a internar por entre las rocas de donde salió. En visitas anteriores, ubicaba justo en estas zonas a muchos niños migrantes no acompañados, y veía que era ahí, en las cavidades de las formaciones rocosas que dan al mar, donde muchas veces pasaban la noche. Comienza a oscurecer, son casi las 8 de la noche, y nos damos cuenta que los niños quizá no van a llegar, así que decidimos volver al punto de encuentro de los chicos y comenzamos a subir una vez más sobre la avenida Máximo Gómez hacia el supermercado El Nacional. Al poco tiempo de comenzar a caminar sobre esta calle, vemos del otro lado de la acera a uno de los adolescentes, el que parece mayor, con su caja de bolero en una mano y una bolsa amarilla en la otra, y comienza a hacernos señas como puede con los brazos levantados. Pronto cruza hacia donde nos encontramos, nos dice que ya iba para el taller mientras nos muestra la bolsa que trae, y nos cuenta que se la acaban de dar con ropa y que revisará si algo le sirve. Le proponemos bajar al Malecón para comenzar la clase, accede, mientras caminamos le preguntamos por los demás, y nos va contando que siguen por el supermercado porque prefieren seguir ganando unos pesos más, pero que él lo que quiere es aprender aunque ello signifique perder dinero. Pronto llegamos de vuelta al Malecón, nos sentamos brevemente en una banca de concreto y le ofrecemos una dona (hemos comprado una docena pensando que llegarían todos e incluso más de los que ya hemos visto). El chico se muestra entusiasmado con el taller y prefiere comenzar a aprender antes que comer la dona, pero finalmente sí toma una y la come mientras comenzamos a hablar y arrancamos el taller de una manera un poco más formal así sea solo con un alumno.



Aspectos del Malecón de Santo Domingo. Fotos: Nikteha Cabrera

Nos presentamos y por fin sabemos que el adolescente se llama Paulo o Pablo, como dice que también le llaman en República Dominicana, y que tiene 17 años, nos cuenta además que lleva seis años en el país. Comenzamos las clases más técnicas y como él ya sabe sujetar la cámara, prenderla y apagarla, procedemos a contarle en qué consiste la fotografía, que ella implica trabajar con luz, y que es necesario aprender a controlarla y regular su paso a través de la cámara fotográfica a partir de dos variables: la apertura del diafragma y la velocidad de obturación. Le explicamos primero sobre la apertura del diafragma y lo que significan los diferentes números “f” y que el diafragma esté abierto con números pequeños que permiten la mayor entrada de luz cuando estamos en un lugar poco iluminado, o cerrado con números más grandes que hacen que entre menos luz cuando no necesitamos tanta. Tanto con la apertura del diafragma, como con la velocidad de obturación, le vamos dando ejemplos cercanos para que no se le haga tan complicado, y de esta última le comentamos que una velocidad lenta, entre otras cosas, le ayuda a dejar pasar más luz a la cámara y una rápida menos. Mientras le explicamos vamos caminando a través del Malecón hacia la Zona Colonial para acercarnos a nuestros lugares de alojamiento, tanto de Paulo, quien nos cuenta que vive en San Carlos,

en el Pequeño Haití, como de nosotros que pernoctamos en la Ciudad Colonial. En el recorrido también vamos haciendo algunos ejercicios y tomando fotos a los vehículos que pasan, de tal manera que Paulo vaya comprendiendo mejor la velocidad de obturación que le permitirá también congelar el movimiento con una velocidad alta, o bien, hacer que se vea el movimiento en la imagen con una velocidad baja. Nos damos cuenta que Paulo se emociona y está muy entusiasmado con los ejercicios a pesar de que al principio aprender estas variables en una toma puede ser complejo para cualquiera, y él parece captarlo y entenderlo rápidamente. Seguimos con algunos ejercicios mientras avanzamos por el Malecón y llamamos la atención de algunas personas que voltean con curiosidad brevemente, pero en una de las paradas que realizamos, dos jóvenes nos gritan que por qué mejor no les enseñamos a ellos pues ellos tampoco han tenido oportunidades. Les contestamos que sí y que si quieren pueden juntar a algunos más para armar un taller con ellos, nos dicen que sí y permanecen mirando lo que hacemos. Seguimos avanzando explicándole a Paulo y realizando algunos ejercicios y vemos que los dos jóvenes nos siguen a la distancia, así que volvemos a decirles que si quieren aprender podemos verlos al día siguiente a las cuatro de la tarde. Pensamos que después de quedar con mayor formalidad con ellos, seguirán su camino, y al parecer así es porque se despiden prometiendo vernos al otro día como acordamos, y uno de ellos se me acerca demasiado haciendo un guiño y una mueca acompañada de un sutil movimiento de labios y un chasquido que llega a incomodarme, pero finalmente se alejan. Retomamos el recorrido pero no hemos avanzado mucho y ya ha pasado casi una hora, son casi las 9 de la noche, y pensamos que a ese ritmo tardaremos quizá una hora más en llegar a la Zona Colonial y se hace tarde, además, con el episodio que acaba de suceder comenzamos a sentirnos un poco inseguros en el entorno. Nos detenemos para que Paulo haga otro ejercicio con los conceptos que ha aprendido, más algunos nuevos elementos que le vamos dando para lograr una buena composición: los diferentes planos (primerísimo primer plano, primer plano, medio plano, plano americano o vaquero y plano general). Paulo practica los planos tomándonos fotos a nosotros mientras seguimos avanzando. Nos vamos relajando un poco después del momento de tensión e incluso Pantaleón

encuentra a un conocido fotógrafo, al que saluda y con el que charla un poco. Continuamos nuestro camino y en un punto más solitario del Malecón vemos otra vez a los dos jóvenes, quienes pareciera que siguen merodeando por donde nos encontramos. Nos volvemos a sentir inseguros, precipitamos el fin de la clase y cambiamos además nuestros planes de llegar a pie a la Zona Colonial. Guardamos la cámara, aceleramos el paso y caminamos en dirección contraria, otra vez hacia la Máximo Gómez, para subir a la calle donde tomaremos un carro de concho. Paulo se suma a nuestro plan manifestando que también siente que ya no es seguro estar por ahí y nos dice que nos acompañará en el carro argumentando, además, que no quiere perder los \$600 pesos que ganó en el día, cuestión que nos sorprende porque no es una cantidad tan pequeña. Nos vamos alejando y emprendemos prácticamente una “huída”, sentimos que todavía nos siguen y la sensación de riesgo se incrementa cuando ya sobre la Máximo Gómez nos internamos en un tramo completamente oscuro y solitario. Mientras caminamos, intentamos bajar la tensión con una plática sobre otro tema, qué es ser migrante, y Pantaleón comenta que él lo es en México, Paulo parece sorprendido cuando cae en cuenta que él es migrante en República Dominicana pues quizá no había pensado antes en esa palabra como una etiqueta que le ajustara a él. Conseguimos llegar al fin a una esquina donde hay algo de iluminación y esperamos a que pase algún vehículo. Pronto se detiene un taxi y nos dice el conductor que si vamos los tres nos puede subir como si fuera un carro de concho por 25 pesos cada uno para llevarnos al Parque Independencia y accedemos rápidamente. Ya a bordo del taxi nos sentimos más seguros, y Paulo más relajado y manifestando su entusiasmo por las clases, nos comienza a contar más sobre su vida. Nos dice otra vez que lleva 6 años en el país, que primero estaba con su mamá pero ella enfermó de cáncer en República Dominicana y regresó a Haití para buscar tratamiento pero murió allá. Él se quedó en Santo Domingo con familiares, una tía, un hermano y una hermana, pero la tía no lo trataba bien, así que decidió irse por su cuenta dos años atrás. Nos cuenta que vive en San Carlos, en “El Pequeño Haití”, y que “gracias a Dios” le ha ido bien porque le alcanza para pagar su habitación y comer, y que mientras haya salud todo es ganancia, pero igualmente expresa que quiere salir adelante y no se ve

dedicándose siempre a lo mismo y ve una buena oportunidad en la fotografía. Finalmente, a las 9 de la noche llegamos al Parque Independencia, descendemos del taxi y nos despedimos de Paulo, pues él bajará un poco más adelante.

Al día siguiente, miércoles 19 de junio, llegamos al estacionamiento del supermercado El Nacional para encontrar como siempre a los niños. Previamente hemos decidido seguir trabajando con Paulo en otro punto para profundizar más, aunque ya no en la misma zona del Malecón por el tema de la seguridad y por lo sucedido el día anterior con los jóvenes que nos seguían. Como sabemos que los demás niños difícilmente se moverán de ahí para ir a tomar el taller porque no perderían el tiempo en el que podrían estar ganando dinero, pensamos que será mejor trabajar con ellos en un “mini” curso ahí mismo en poco tiempo, para no llamar tanto la atención de la seguridad del lugar y tampoco distraerlos demasiado de su actividad. Cuando llegamos hay tres niños y con ellos sacamos primero una pequeña cámara digital de uso que acabamos de conseguir en una compra-venta con el objetivo de dársela a Paulo para que comience a practicar en sus tiempos libres con imágenes de su vida cotidiana. Además de practicar con la cámara réflex durante las clases, inicialmente habíamos pensado también conseguir cámaras desechables que se pudieran llevar para documentar su día a día, pero en los tiempos que corren, cuando todo es digital, ya es difícil encontrar cámaras de rollo de este tipo, así que decidimos comprar cámaras compactas usadas, pero exceden nuestro presupuesto, por lo que hemos pensado en un inicio prestarle a Paulo la única que podemos adquirir y después por turnos a los demás.

Con la cámara pequeña comenzamos a enseñarle a los niños los planos para una buena composición, y pronto van llegando más atraídos por el nuevo dispositivo, así que ahora contamos con cinco alumnos. Después y como ya lo hicimos con Paulo, les explicamos cómo se trabaja con la luz a partir de la apertura del diafragma y la velocidad de obturación. Como son nociones complejas, intentamos enseñarles con ejemplos cercanos, así que utilizamos sus propias cajas de bolero. Tomamos una de las cajas que nos han prestado, y les decimos que pueden pensar la apertura como una ventana, la ventana de su caja (el orificio que se forma entre el contenedor

y el asa), y la velocidad como una cortina, así que tomamos una de las telas con las que limpian zapatos (un bóxer que ocupan como paño) y con ella abrimos y cerramos la cortina, lentamente primero, y rápidamente después, para que imaginen cuánta luz puede pasar en uno u otro caso. Igualmente les pedimos que imaginen cómo es el paso de la luz en una ventana pequeña en comparación de una grande y cómo con la pequeña una habitación estaría más oscura. Para reafirmar aún más este concepto de la apertura del diafragma, les pedimos a través de un círculo que forman con la mano, que dejen primero un orificio grande y después uno pequeño. Los niños parecen entender y permanecen alrededor escuchándonos, sacamos la cámara réflex y les mostramos ejemplos de cómo una misma toma en un mismo momento del día puede quedar muy oscura, muy clara o tal cual como vemos la escena real dependiendo de la combinación de número f y velocidad utilizada. También les explicamos que con la velocidad pueden congelar un motivo que se mueve, o bien mostrarlo en movimiento, utilizando en el primer caso una velocidad alta, y en el segundo una más baja. Para lo anterior le proponemos a cada uno hacer su ejercicio y asignamos los turnos por edad, del menor al mayor, así que preguntamos quién es el más pequeño. Aprovechamos este momento para que se presenten con sus edades y nombres, pero el ejercicio se torna confuso porque uno de los chicos que parece más grande dice que tiene 12 y el más pequeño no dice nada, mientras los demás comienzan a jugar con diversas edades, además de que ninguno parece querer decir cómo se llama. Finalmente todos señalan al más pequeño e iniciamos con él, le prestamos la cámara, recuerda como sujetarla y encenderla, y le mostramos cómo mover los botones del diafragma y la velocidad, sobre todo para controlar esta última. Después de algunos intentos logra conseguir que un carro se vea congelado o en movimiento y vamos repitiendo el mismo ejercicio con cada uno que ya va tomando su turno. Mientras tanto llega Paulo para integrarse aunque él ya sabe que le toca otra clase pues adelantó este tema el día anterior con nosotros, y aún así comienza a recordar junto a los demás los ejercicios. Con él además llega otro niño dominicano que también trabaja limpiando zapatos e igualmente se incorpora al taller interesado. Algunos de los niños que ya han pasado comienzan a perder el interés y vuelven a sus actividades, el más pequeño agarra

su caja, se aleja, y pregunta a los clientes del supermercado que van saliendo si quieren que les limpie los zapatos, otro más hace lo mismo pero como nadie requiere sus servicios empiezan también a pedir dinero. Un cliente se enoja con el más pequeño por la insistencia y llega un guardia de seguridad a regañarlo enérgicamente mientras levanta su arma con un ademán para ahuyentarlo. Paulo que está cerca de nosotros en el taller y otro de los mayores se percatan y rápidamente van hacia la escena para traer a su compañero y protegerlo, yo también voy detrás de ellos pues el guardia parece muy enojado y sigue amenazando al niño. Finalmente Paulo y su otro compañero lo alejan del supermercado y lo acercan hacia donde están los demás en el taller mientras el policía sigue irritado siguiéndonos con la mirada y aproximándose también físicamente al lugar que ya está fuera de su área de influencia, pues esa zona ya no pertenece al supermercado. Me acerco al vigilante con cautela y le pregunto qué hizo el chico, me responde muy enojado que “está molestando a los clientes” y que allí “no se puede pedir dinero”. Por seguridad, y ante la irritación del policía, simplemente doy la vuelta y regreso con los demás al área que está un poco más allá del supermercado, pues sé también que ahí no llegará el vigilante ni intentará nada contra los chicos si nos encontramos dos adultos con ellos.



Aspectos del taller ambulante de fotografía. Fotos: Nikteha Cabrera

Cuando vuelve la calma, Paulo nos dice que irá por su caja que le prestó a otro compañero para que trabaje y gane algo de dinero y que vuelve para que vayamos solo con él a continuar su clase a otro sitio. Le decimos que después de terminar con sus compañeros lo podremos ver un poco más tarde en la Zona Colonial, y Paulo queda de vernos allí a más tardar a las 9 de la noche. Pronto concluimos con los demás y notamos que hay dos más que parecen entusiasmados, uno me dice que se llama Elson y que le gusta todo lo relacionado con la fotografía y quiere hacer videos, además de que en la clase parece entender fácilmente. El otro, que siempre va con ropa más “sport” amplia, y que no tenía caja el día que nos dijeron que se las quitaron, también se muestra interesado. Él además nos cuenta algunas cosas que no sabíamos, como que todos viven en el mismo lugar que Paulo en una pensión que cuesta 100 pesos la noche, y que a veces comparten para pagar menos y repartirse el gasto. Un poco antes de terminar, dos personas salen de una pizzería cercana con una botella de refresco de 2 litros a la mitad y una bolsa de papel con lo que parece orillas de pizza o palitos de pan, se los entregan al niño de la vestimenta sport, y él les comparte a sus demás compañeros. Nos despedimos y el mismo chico nos da las gracias y se despide diciendo “con Dios”<sup>65</sup>. Llegamos a las 7:45 al punto acordado con Paulo en la calle El Conde, en la Zona Colonial, y esperamos más de una hora, hasta las 9, el horario que hemos fijado como límite, pero él no llega.

El viernes cerca de las 4 de la tarde vamos al IGLOBAL pero está cerrado porque un día antes fue día feriado (jueves de Corpus). Decidimos entonces pasar por El Nacional para ver si están los niños, aunque sabemos que es mejor trabajar con ellos a partir de las 6 de la tarde. Al pasar por ahí vemos solo a dos de los chicos trabajando en el área de estacionamiento y para no distraerlos cruzamos por un café al establecimiento de donas de enfrente mientras se acerca la hora del taller. Mientras yo permanezco en el café escribiendo, Pantaleón cruza al supermercado por un refresco y a su regreso me cuenta que ha aprovechado para bolear sus

---

<sup>65</sup> Forma común de despedirse en República Dominicana que es una abreviatura de la frase “ve con Dios”.



zapatos con uno de los niños. Durante la boleada el chico le cuenta que está ahorrando dinero para ir a Haití a buscar sus documentos para regularizarse en Dominicana<sup>66</sup>. Pantaleón le ha preguntado cómo se va para allá y él cuenta que debe tomar dos guaguas, primero una a Barahona, al sur del país, y luego otra a Jimaní, uno de los principales cruces fronterizos, pero que lo difícil sería regresar porque hay que cruzar montes a pie por varios días y luego subirse a algún camión de carga en movimiento para cruzar la frontera. Cuando termina de limpiarle los zapatos, le pregunta cuánto le debe pero el niño no quiere cobrarle porque es “el profesor”, Pantaleón insiste y termina pagándole los 25 pesos que suelen cobrar por una boleada, se despide y le dice que volveremos en un rato para el taller. Una hora más tarde, casi a las 6, cruzamos al área de estacionamiento de El Nacional, aunque solo hay dos chicos a la vista. Sacamos las dos cámaras, la digital compacta y la réflex, y recordamos los elementos aprendidos anteriormente: la apertura, la velocidad, la combinación entre ambas para lograr una imagen correctamente expuesta, y los planos para obtener una buena composición. Poco a poco llegan más chicos y de los dos que comienzan, llegamos a contar cinco, nueve y hasta once, aunque algunos van y vienen. En la lección de los planos les recordamos que no se pueden cortar articulaciones porque los sujetos parecerían desmembrados, lo que cobra más sentido para ellos pareciendo comprender mejor el tema. Pantaleón entonces toma una caja de pizza que alguien dejó vacía y tirada en la zona y la utiliza como pizarrón para graficar mejor los conceptos vistos y añade un nuevo elemento para redondear una buena composición en fotografía, a parte de la correcta exposición y un buen encuadre a partir de los planos señalados. Mientras les explica que también es importante la decisión de qué ángulo utilizar y vamos recapitulando la lección de los planos, llega Paulo y otros niños que no han estado antes, incluso un par de dominicanos que también son boleros. Avanzamos en los ángulos: normal, picado, contrapicado, cenital y nadir, Pantaleón les va comentando

---

<sup>66</sup> Como ya hemos señalado en apartados anteriores, hay un sub registro de la migración haitiana pues muchos migrantes entran sin documentos por una frontera poco regulada y muy porosa, además de que en Haití de por sí es sabido que aún hay lagunas en la documentación de sus habitantes pues no todos cuentan siquiera con un registro de nacimiento. Aunque en República Dominicana haya un plan reciente de regularización de migrantes, a lo que seguramente se refiere el chico, es muy difícil que la gente intente poner en regla su situación por esta vía si no cuenta con un documento oficial de identidad de su país de origen.

sobre ellos y hace algunos dibujos sobre la caja que hace las veces de pizarra, pero de repente se acerca un joven dominicano en bermudas, camiseta sin mangas y con varios tatuajes que muy enojado le reclama a uno de los niños dominicanos que la caja que tiene no es suya y le pregunta iracundamente de dónde la sacó. El niño asustado se precipita a contestar que la compró y no es robada, pero el muchacho aún enojado comienza a amenazarlo y le dice que lo que quiere es ganarse una golpiza. Ninguno de los demás chicos interviene mientras el pequeño sigue repitiendo que la compró, el joven entonces le pregunta que a quién y sigue sin creerle pues el niño no le da ningún nombre. Finalmente Pantaleón interviene y le reclama al joven que se ponga con uno de su tamaño y agrega que si quiere “entrar a las trompadas” que lo haga con él, el muchacho contesta que no le tiene miedo y que se puede poner con quién sea pero al final desiste y se retira. Tras este episodio comenzamos a pensar que quizá hay una mafia detrás de las cajas de bolero, pues no todos tienen una propia y a veces son prestadas pero otras rentadas. Hemos identificado, por ejemplo, que Paulo sí tiene su propia caja y cuando ha ganado el dinero que le parece suficiente en el día o cuando ha terminado su jornada, la lleva a prestar a otros chicos para que también puedan ganarse algunos pesos.

Continuamos haciendo algunos ejercicios con los ángulos, explicamos también que detrás de una elección de ángulo hay una intencionalidad y cómo se puede, por ejemplo, mostrar a una persona más pequeña o más grande según el ángulo elegido, y cómo muchos raperos suelen utilizar el contrapicado para mostrar prestigio e importancia en sus videos musicales, lo que parece ser más familiar para los niños, pues asienten, ríen y se muestran interesados. También charlamos brevemente sobre los diferentes tipos de fotógrafos, preguntándoles si conocen a alguno. Al principio se muestran confundidos negando saber algo sobre los diferentes campos en los que se puede desempeñar un profesional de la fotografía, pero conforme los vamos caracterizando ubican a uno que otro, como al fotoperiodista, el fotógrafo de deportes, el de eventos sociales, el retratista, el de naturaleza y paisajes, el que se dedica a la fotografía artística, el fotógrafo submarino, el de arquitectura y el de producto o publicitario. Durante esta charla les contamos lo que la fotografía les podría ofrecer y a lo que se podrían dedicar si les

gusta, e incluso les comentamos que sería una buena idea poner un estudio en su barrio, “El Pequeño Haití”, para que la comunidad pueda ir a tomarse fotos para documentos, retratos<sup>67</sup> o contratarlos para algún evento como bodas, bautizos o quince años. Finalmente les pedimos que intenten recordar lo que hemos visto y realicen sus propias imágenes con la cámara compacta que se van pasando de mano en mano, y mientras esto sucede, Paulo y otros de los adolescentes que se muestran interesados aprenden algunas nociones extra con Pantaleón con la cámara réflex. En un momento en el que los niños se encuentran entretenidos tomando fotos o posando para sus compañeros, pasa un hombre dominicano de unos 60 años que en vez de seguir caminando por la acera como todas las personas que por ahí transitan, se desvía por donde se encuentran algunos de los chicos en un pequeño jardín ubicado entre la gasolinera y el supermercado y pateo a varios de ellos alegando que obstruían su camino. Los niños no dicen nada y Pantaleón le reclama brevemente, el señor solo se vuelve a defender insistiendo que le impedían caminar aunque es evidente que por ahí no se camina y que llegó hasta ahí para molestarlos, y aunque sigue su camino yo lo sigo y le reclamo su actitud preguntándole si a él le gustaría que le hicieran lo mismo solo porque lo ven menos. El hombre sin querer aceptar su actitud que le reprocho es discriminatoria, continúa caminando y solo cuando se ha alejado y yo ya no lo increpo, grita a la distancia que no deberíamos estar apoyando a “delincuentes”. Cuando regreso aún enojada al espacio del taller, los niños parecen seguir tomando fotos y posando como si no hubiera pasado nada, pero posteriormente al revisar las fotos que tomaron, veo que me han seguido con la cámara y registraron una imagen de la riña.

---

<sup>67</sup> En una estancia anterior en República Dominicana en 2012, Pantaleón y yo abrimos un pequeño estudio de fotografía en una zona de la periferia de la ciudad de Santo Domingo, donde vivíamos. Notábamos que a parte de los habituales servicios buscados como los eventos sociales, fotografía para documentos o sesiones familiares, llegaban trabajadores haitianos, muchos de los cuales eran vigilantes de la zona, para pedir retratos que querían enviar a sus familias en Haití y utilizarlos además en sus redes sociales.



Discusión con hombre que pateo a los niños migrantes durante el taller. Foto: Black Fotógrafos

Si bien durante el tiempo del taller se han acercado algunas personas con curiosidad, la mayoría lo hace con interés y no muestran desagrado o incomodidad, aunque a parte de los episodios de este día sí hemos presenciado algunos más que ya hemos comentado: el cliente molesto, el vigilante con el arma, y uno más este mismo viernes, pues casi al finalizar el taller un hombre pasa gritando a los chicos “¡haitianos del diablo, váyanse para su país!”. Al concluir la sesión colectiva del día, mientras Pantaleón queda con Paulo para continuar el taller con él más tarde en la Zona Colonial, yo retomo algunos conceptos con los chicos que han llegado más tarde y se habían perdido la lección de los ángulos y el comentario de por qué es importante no cortar las articulaciones en las tomas. Me intereso pues algunos de ellos se han mostrado entusiasmados, sobre todo otro chico que me ha dicho que se llama Elson y que me ha comentado que le gustaría hacer videos. Elson me escribe en la caja el nombre de un video que quiere que yo vea en YouTube y en el que afirma haber participado, prometo checarlo y saco mi celular para tomar una foto de lo que ha escrito para no olvidarlo: “Team vakam a présent”. Durante este lapso pasa también otro hombre en edad adulta, de unos 40 años, con una caja de bolero y nos pregunta para qué queremos las fotos, solo le respondemos que estamos haciendo un taller con los chicos y que les estamos enseñando fotografía y se aleja. Poco antes de irnos, los tres chicos que se han quedado conmigo

interesados en el taller nos cuentan también un poco de cómo llegaron a República Dominicana, y aunque nos dicen que llegaron en momentos diferentes, coinciden dos de ellos que iban escondidos en un camión de carga con mucho calor, por lo que con lo que nos cuenta previamente el otro niño, pensamos en este momento que quizá se suben sin que se den cuenta los conductores. Alrededor de las 7:30 de la noche nos despedimos finalmente de los niños y nos vamos con Paulo hacia la Zona Colonial para continuar enseñándole algunas cosas y explicarle cómo será la dinámica para prestarle la cámara. Tomamos un carro de concho hacia la calle El Conde y Paulo nos va contando que la vez anterior no llegó al punto acordado en la Zona Colonial porque cuando se aproximaba vio a demasiados “politur” (policía turística) que podían detenerlo por llevar su caja de bolero en dicho sector<sup>68</sup>. Nos comenta además que nos observó pero no pudo acercarse aunque intentó hacerlo entrando por otra calle y que le fue imposible porque también vio policías. Luego de esta charla y al llegar a nuestro destino, decidimos dejar en un poste de una de las calles aledañas al Conde, el bote de aluminio que utiliza como banquito para sentarse mientras bolea zapatos, y metemos su caja de bolero en nuestra mochila de la cámara. De esta manera entramos al Conde y comenzamos a hacer algunos ejercicios con Paulo para que practique la apertura, velocidad, los planos, los ángulos y el ISO, que ya hemos explicado previamente en el taller con los demás chicos y que volvemos a recordar brevemente. Paulo comienza a tomar diversas imágenes primero con un poco de timidez y luego va soltándose y acercándose más a los motivos. Mientras hace esto le explicamos por qué una foto puede ser buena o no de entre las artesanías, pinturas, fachadas y turistas que va capturando. Pasada casi una hora terminamos y quedamos con él de verlo el domingo en la pizzería cercana a la Puerta del Conde para entregarle la cámara con la que podrá ensayar sus tomas y composiciones con imágenes de su vida cotidiana y su entorno: el lugar donde vive, sus amigos, los comerciantes de la zona, las flores, etc. El chico se ve entusiasmado y nos dice que ya ha pensado qué fotos hará además de que, nos cuenta, siempre que camina piensa en fotografía y se ha

---

<sup>68</sup> El Conde es una calle peatonal comercial y turística que atraviesa la Zona Colonial comenzando poco después del Parque Independencia, donde se encuentra el Altar de la Patria, y desembocando finalmente primero en el Parque Colón donde está ubicada la Catedral Primada de América, y por último en el puerto.

lamentado por no tener una cámara cuando ha visto escenas que podrían ser buenas imágenes. Antes de despedirnos le dejamos nuestros números de celular por si llega a tener inconvenientes para llegar o no nos ve, y lo acompañamos al lugar donde ha dejado su bote, posteriormente nos acercamos con él unas calles antes del Malecón, pues nos comenta que regresará a trabajar a la Plaza Juan Barón<sup>69</sup> porque por esas horas hay mucho movimiento y puede ganar un poco más de dinero. Finalmente nos despedimos prometiendo vernos el domingo para darle la cámara.

El domingo 23 de junio, antes de las 8 de la mañana, recibo varias llamadas de Paulo pero quiero seguir durmiendo, pienso que es domingo y además es mi cumpleaños, así que no me levanto. Poco después sigue insistiendo esta vez con Pantaleón, él le contesta y Paulo le comenta que ya va para El Conde a buscar la cámara, pero que antes pondrá su ropa en jabón para regresar a lavarla. Pantaleón le dice que lo verá a las 9, se viste y sale hacia el punto de encuentro que está a unas tres o cuatro calles de distancia. Paulo espera impaciente y le dice que ya llevaba un rato ahí y estaba apunto de volverle a llamar. Pantaleón le explica brevemente el funcionamiento de la cámara, se la entrega con su cargador y queda de vernos el lunes con el material que empezaremos a revisar juntos. Después de despedirse, cada quien toma su camino, pasan solo algunos minutos y Paulo llama para preguntar cómo puede ver las imágenes que ha hecho con la cámara. Pantaleón le explica qué botón presionar y Paulo, siguiendo las instrucciones, consigue ver las fotos que va tomando.

---

<sup>69</sup> Es otra de las zonas recreativas del Malecón: una gran explanada con locales comerciales, sobre todo de alimentos, y una especie de feria permanentemente instalada con juegos mecánicos y otras atracciones, y muy cerca el Obelisco de Santo Domingo.



Calle peatonal El Conde, zona turística de Santo Domingo. Foto: Miguel Pantaleón

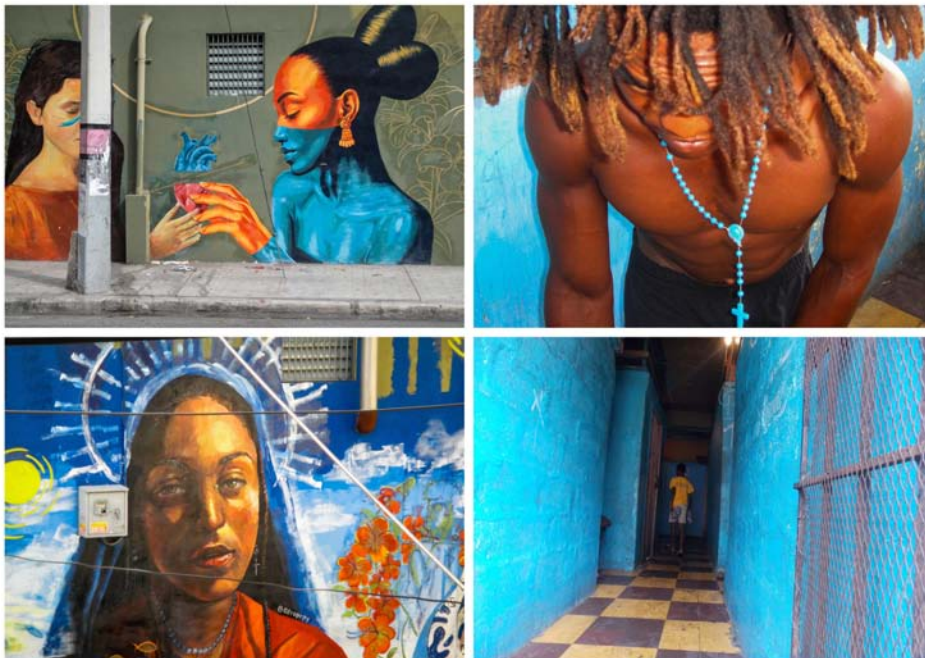
El lunes alrededor de las 6:30 de la tarde llegamos a la avenida Máximo Gómez para encontrar a los niños y también nos interesa ver a Paulo pues queremos saber cómo le fue con la cámara que le prestamos y ver qué fotos ha tomado. Antes de cruzar al punto de encuentro en el exterior de El Nacional, encontramos a Paulo y le proponemos entrar al establecimiento de donas y café para descargar sus imágenes, verlas con calma y comentarle sus tomas. Pantaleón le invita una dona y un café y nos dirigimos al área de mesas que se encuentra al aire libre para no llamar tanto la atención tomando en cuenta las experiencias que hemos tenido en la zona, pero Paulo sugiere que mejor volvamos dentro porque hay aire acondicionado, está más fresco y podemos acomodarnos mejor. Sorprendidos en ese momento por lo que consideramos una actitud valiente, pues no se siente incómodo por estar dentro, le tomamos la palabra, así que entramos, nos sentamos y comenzamos a ver las imágenes que hizo en la computadora portátil que llevamos. Pese a que le hemos sugerido que tome fotos de su entorno y cómo vive, no hace tantas imágenes de esto y sí en cambio nos muestra algunas otras cosas que le van interesando o atrayendo en los lugares por los que pasa. De su entorno vemos el lugar en el que habita, y aunque hemos oído hablar mucho de la pensión incluso con los otros chicos que también pasan ahí la noche, vemos por fin cómo es: una construcción azul de aspecto descuidado, con una escalera angosta que

conduce a las habitaciones y un patio interior en la parte de abajo con un lavadero, piso de concreto con algo de basura tirada, una manguera y tres tanques con agua. En este punto, mientras miramos la imagen del patio, Paulo hace una pausa en nuestro recorrido visual y nos comenta que es donde se bañan. Continuamos y vemos dentro de la edificación instrumentos de limpieza, sobre todo mechudos, una lavadora vieja que intuimos que no sirve porque sabemos que lavan su ropa a mano, y a uno de sus compañeros, al que le llaman “el Chiquito” y menor que todos, posando. Observamos en una parte de la azotea una pequeña estufa de mesa, una bicicleta, toneles con agua y otros recipientes. El pasillo que lleva a las diversas habitaciones es muy estrecho y oscuro y cada puerta de madera tiene un número. Paulo nos muestra la puerta con el número 5 que corresponde a su habitación y en la parte superior vemos un pequeño letrero que dice “Toblerone”, una envoltura de chocolate que él pegó ahí, según nos cuenta. También en su puerta está pegada una publicidad de pizza de pepperoni por \$169. En sus imágenes aparecen otros espacios dentro de la construcción en la que vive a la que a veces se refiere como hotel y otras como pensión, y observamos, por ejemplo, una especie de sala común de televisión donde vemos a un niño muy pequeño sentado junto a una silla de plástico mirando el televisor que se encuentra empotrado en una pared dentro de una caja metálica que parece jaula. Si bien no nos muestra el interior de su habitación, podemos darnos una idea en este primer vistazo de cómo pueden ser las camas porque en el pasillo vemos un colchón pequeño de hule espuma recargado sobre una pared y cubierto por una sábana. En las imágenes también identificamos otros huéspedes mayores de edad, por ejemplo a un hombre de rastas de entre 30 y 40 años que posa para Paulo, a otro que está comiendo de un recipiente de unicel, y observamos también unas manos adultas en un juego de cartas en el que se está apostando, y sobre lo que nos comenta Paulo que a veces también participa. Igualmente nos muestra otros espacios de la pensión que están deshabitados y en los que se guardan cosas viejas o inservibles, o bien, en los que se tira basura. En el techo de lámina de zinc, vemos la ropa de Paulo que después de lavar puso a secar al sol: tres pantalones jean, uno de ellos 3/4, y dos camisetas, una negra de manga larga con estampado de Star Wars y otra verde casi



fosforescente que me hace pensar en un estilo hippie. Paulo también retrata aspectos de su barrio, como calles, casas, un muro con una bandera de Haití pintada, personas que posan para él, mujeres que le atraen, y también nos muestra algunos sitios por los que pasa durante su jornada de trabajo: el Parque Independencia, el cementerio, el Malecón y la Plaza Juan Barón con su feria. Se interesa por algunos monumentos, personas indigentes, naturaleza, el mar, y es notorio que le gustan los autos, pues además de decírnoslo, toma varias imágenes de coches de un establecimiento de compra-venta de automóviles semi nuevos. Luego de observar todas las fotografías, elegimos con él algunas que son buenas a nivel de composición, le explicamos por qué y le proponemos crear una página web donde pueda mostrar su trabajo, a lo que él entusiasmado responde positivamente. Abrimos entonces una cuenta de correo y luego comenzamos a armar con él una página gratuita en la plataforma Wix. Le gusta la idea de que su página se llame “Paulo Robinson Fotógrafo”, como su nombre, elige el diseño que más le agrada y comenzamos a cargar algunas de sus imágenes editadas. Terminamos algo extenuados porque la sesión ha durado un poco más de lo acostumbrado, pero Paulo por su parte se encuentra emocionado con su página, nos pide los datos para que él pueda entrar a un café internet a verla y también pueda mostrársela a sus amigos y otras personas, así que yo le anoto en una hoja la dirección. Paulo incluso nos pide, cuando ya estamos a punto de despedirnos, cruzar al punto de encuentro con sus amigos para que pueda mostrárselas. Antes de cruzar nos detenemos en la zona de mesas al aire libre del establecimiento de donas y nos sentamos brevemente para ver una vez más la página, sin embargo, pronto el vigilante del lugar ve a Paulo con su caja y pensando quizá que no viene con nosotros y nos va a abordar o a los demás clientes, exclama: “aquí no muchacho, aquí no”, pero enseguida le decimos que estábamos los tres adentro comiendo una dona, y se disculpa. Cuando cruzamos al estacionamiento de El Nacional, les enseñamos la página a los demás niños y aunque les gusta también nos reclaman porque solo le estamos enseñando a Paulo, por lo que prometemos también enseñarles y les decimos que volveremos al punto de encuentro al día siguiente. A Paulo le dejamos un día más la cámara para que siga practicando y

realizando mejores tomas de acuerdo a lo que hemos explicado en términos de composición. Cuando nos estamos retirando de la zona, Paulo encuentra a un amigo suyo y nos lo presenta, un joven dominicano de entre 25 y 30 años de edad que también lo ayuda con ropa y “buenos consejos” como nos comenta el propio Paulo. El joven nos saluda y agradece lo que estamos haciendo con los niños y Paulo nos pide guardar su número de celular para que él pueda comunicarse con nosotros a través de su amigo o viceversa.



Imágenes de algunos aspectos del barrio y la pensión tomadas por Paulo. Fotos: Paulo Robinson

Al día siguiente, martes, llego a la avenida Máximo Gómez alrededor de las 6 de la tarde. En esta ocasión me adelanto para encontrarme con los chicos, pues Pantaleón ha ido a cubrir una protesta en el Congreso Nacional que ha cercado la policía y el ejército ante las crecientes manifestaciones en contra de la posibilidad de que se modifique la Constitución para que el presidente en turno, Danilo Medina, se vuelva a reelegir. Antes de llegar al supermercado El Nacional, Paulo me ve y le propongo esperar al profesor (como también conocen a Pantaleón) en el establecimiento de donas frente al supermercado. Entramos, compro una dona y un

café frío y Paulo come la empanada de yuca<sup>70</sup> que lleva desde que nos encontramos previamente. Me pregunta si puedo comprarle un refresco de uva y accedo, y mientras comemos, antes de comenzar a revisar sus nuevas fotos, platicamos y me cuenta que desde hace dos años, cuando murió su mamá, no va a la escuela y no ha vuelto porque se le perdió el acta de nacimiento<sup>71</sup> que tenía. Le pregunto si cuando su mamá vivía también trabajaba y me dice que no, que solo iba a la escuela. Primero me dice que llegó hasta séptimo grado y luego hasta sexto, antes de hacer las pruebas nacionales. También me cuenta que no vivía en El Pequeño Haití, sino en los Guaricanos, lugar al que sé que se han mudado más familias tanto haitianas como dominicanas en la periferia y donde se consiguen viviendas más baratas. Más adelante le pregunto sobre su otro compañero, al que le dicen “el Chiquito”, porque unos días atrás tenía la mitad de la cabeza rapada, y le cuestiono, casi a manera de reclamo, si realmente al Chiquito le gustaba ese corte y así lo pidió o si ellos u otros se lo habían cortado como broma o maldad. Paulo ríe y me empieza a contar más sobre el Chiquito, me dice que realmente no es tan pequeño ni tan ingenuo, ni “pendejo”<sup>72</sup>, que él antes lo apoyaba más y que tiene unos 3 meses de conocerlo, que a veces le daba para comer o le ayudaba para pagar la pensión pero ya no porque juega mucho a las cartas, y agrega que ese es su “vicio”. Me cuenta que aunque el chiquito llegue a ganar 500 pesos, así como los obtiene se lo gasta en las cartas apostando, que incluso a veces pierde todo y pide prestado para seguir jugando y por eso nunca tiene dinero. Yo sigo escuchando a Paulo y él continúa con la descripción del chiquito, me dice que es “algo flojo” y no tiene interés por nada más que por el “vicio”, pues a veces se suele desvelar jugando, se duerme

---

<sup>70</sup> En República Dominicana son populares los puestos ambulantes de empanadas fritas, también conocidas como yaniqueques. Los yaniqueques suelen ser de harina de trigo con diferentes rellenos, sobre todo queso, y son de las opciones más baratas para comer en la calle, aproximadamente unos 8 pesos mexicanos cada pieza. A parte de los yaniqueques de harina de trigo, en la calle también se venden muy baratos, los pastelitos (casi igual que las empanadas pero redondos y más pequeños), las empanadas de masa de yuca con queso dentro, los bollitos de yuca y los quipes.

<sup>71</sup> Como ya hemos comentado en otros momentos, a los niños migrantes, y más a los no acompañados, se les dificulta asistir a la escuela, no solo por la precariedad de la vida y la dinámica laboral en la que suelen insertarse, sino además porque no suelen tener documentos, lo que hace casi imposible presentar las pruebas nacionales y pasar de nivel.

<sup>72</sup> En República Dominicana esta palabra no tiene una connotación tan ofensiva y no es considerada una grosería. La persona que la utiliza sí se refiere a “tonto” pero puede pronunciarse en público e incluso en medios de comunicación sin que amerite censura o parezca que la conversación ha subido de tono.

en la madrugada, más de las 12, la 1 o las 2, o incluso que amanece despierto y hasta la mañana se duerme y así se sigue hasta la tarde, como 5 o 6 que es la hora que llega a trabajar por el rumbo de El Nacional donde siempre los vemos. Paulo igualmente me cuenta que el Chiquito tiene 13 años y que parece que viene de La Vega, ciudad del centro-norte de República Dominicana, y que ahí estaba con sus padres. La charla se interrumpe cuando llega Pantaleón y comenzamos a revisar las fotos que tomó Paulo durante su segundo día con la cámara. Ya casi no nos muestra imágenes de donde vive, más que una toma que repitió para mejorar la composición, de la basura tirada en la pensión fuera del tonel dispuesto para ello, y otras más en lo que parece ser el exterior de la pensión con varias personas jóvenes reunidas en la noche en una especie de fiesta o convivencia. Aquí en esta reunión vemos a tres jóvenes haitianos posando para Paulo, entre ellos una mujer, y en otra escena observamos a más jóvenes conviviendo, todos hombres salvo la mujer que ya hemos visto, algunos están sentados junto a una mesa donde hay una botella que parece ser de alguna bebida alcohólica, y otros de pie, bailando algunos, y fumando otros, de entre los que llegamos a distinguir también a algunos de sus compañeros boleros de la Gómez. En esta segunda entrega Paulo también retrata a un hombre que posa para él realizando una señal con la mano derecha, vistiendo una camiseta blanca sin mangas, pantalón jean, tenis verdes, con un crucifijo al cuello y un anillo, pulseras, y un reloj en la mano izquierda, además de tener tatuajes. Nos muestra el colorido de las flores, frutas y un comedor de su barrio; sigue interesándose por retratar a vagabundos, automóviles, chicas de otros entornos por los que pasa y llaman su atención, propaganda política, naturaleza, animales, sus compañeros que limpian zapatos, e igualmente vemos otros espacios por los que transita como la Universidad Autónoma de Santo Domingo, (UASD) que no está muy lejos de donde nos encontramos, y donde toma algunas fotos de un partido de fútbol femenino. Seleccionamos algunas imágenes con Paulo para su página y le comentamos que habrá un festival gratuito de música en la Zona Colonial y que como parte de las actividades se lleva a cabo un concurso de fotografía a través de Instagram y que nos gustaría que participen, a lo que Paulo accede entusiasmado. Cruzamos también a comentarles a los demás, que parecen tener

algún interés y luego nos despedimos. Previamente he hablado con Paulo sobre que nos gustaría trabajar con todos y que nos preocupa que crean que solo queremos enseñarle a él, me contesta que una opción sería darles el taller el día que no trabajan, es decir, un domingo por la mañana en el Malecón, en la Plaza Juan Barón, propuesta que me parece buena y que le comento a Pantaleón más tarde. En ese lapso de tiempo, además, Paulo me pide un café frío como el que yo había tomado previamente y se lo compro.



Convivencia afuera de la pensión donde duermen los niños y adolescentes haitianos. Foto: Paulo Robinson

El miércoles se nos dificulta ir a encontrarnos con los chicos y por la noche Eddy, el amigo dominicano que Paulo nos había presentado, que trabaja por la zona y le ayuda, nos escribe para comunicarnos que está con Paulo y que nos estuvo esperando. Le pedimos disculpas a Paulo con Eddy vía WhatsApp y le decimos que iremos al día siguiente a verlos, a lo que Eddy nos responde que le avisará. Previamente y al iniciar la conversación por este medio, Eddy, a semejanza del día que nos conocimos, nos vuelve a agradecer por el trabajo que estamos realizando con los niños y añade que ellos “así no están delinquiendo”. El jueves sí asistimos al punto de encuentro de la Máximo Gómez alrededor de las 6:40 de la tarde, pero les proponemos a los chicos trabajar al frente de donde comúnmente lo hacemos,

pues el martes anterior, cerca de la pizzería y la gasolinera que se encuentran a un lado del supermercado, un empleado nos pidió decirle a los chicos que no molestaran a los clientes. A decir del empleado, que amablemente nos abordó, no les molestaba que estuviéramos cerca enseñando y querían que aprovechando nuestra influencia con ellos, les dijéramos que no se acercaran a los clientes, pero contestamos que no era nuestra función decirles qué hacer o qué no. Sin embargo sí decidimos movernos un poco y esta vez nos ubicamos en un espacio desocupado al frente, en el que casi no pasan personas porque se está remodelando la heladería que ahí se encuentra. Trabajamos en general con los chicos, recordando una vez más lo que se ha aprendido, los planos y la exposición, y a pesar de lo que recientemente nos ha dicho Paulo, nos sorprende el chiquito, pues aunque es el que menos habla español, parece entender mejor la velocidad de obturación y el diafragma y además se muestra mucho más interesado, a diferencia de ocasiones anteriores que se distraía fácilmente, se iba y se acercaba al supermercado a pedir dinero. Esta vez contamos con la participación de tres niños además de Paulo, quien no se integra al taller porque quizá piensa que está más adelantado que los otros, y al parecer tiene otras inquietudes, pues se acerca a mi a contarme lo que le ha pasado y le preocupa. Me comenta que le robaron su caja el día anterior, pues se la prestó a un niño que más o menos conocía y al que ya en otras ocasiones le había prestado sus herramientas, pero esta vez no se la había devuelto, lleva todo el día buscándolo y cree que ya no lo encontrará. También me pide que le pasemos a su amigo Eddy un número telefónico nuestro de República Dominicana, pues por el que nos comunicamos en WhatsApp es el de México y así con un número local podría marcarnos por cualquier cosa, porque Eddy le ha propuesto en un futuro trabajar con él en la copiadora y papelería donde trabaja, y le interesa hablar con nosotros para que Paulo se enfoque en el tipo de fotografía que puede ayudarle en este negocio. Yo le digo a Paulo que entonces la fotografía que debe aprender es la publicitaria y de producto y que le voy a comentar a Pantaleón para que también le enseñemos algo relacionado con este campo. Paulo también me cuenta que ya tiene ropa para ir el sábado al festival de música que les comentamos, en el que habrá un concurso de fotografía, y que se la regaló su amigo Eddy, agrega además

que es “ropa de fotógrafo” porque es un short con bolsas y un poloché<sup>73</sup>, y me cuenta que nada más le falta conseguir unos zapatos (pues suelen usar chancas de hule). Yo lo creo innecesario pues no hay una etiqueta estricta en este tipo de eventos, mucho menos con el calor del verano en un espacio abierto, pero recuerdo que cuando Pantaleón les había comentado de este evento, les dijo que tenían que ir “arregladitos”, cuestión que después le comenté que quizá los habría desalentado. Casi a las 8 de la noche comienza a llover y damos por terminada la sesión del día para hablar con Paulo sobre los nuevos acontecimientos y los requerimientos para el festival. Pantaleón le comenta a Paulo que la foto de producto y publicitaria no es fácil, y aunque no quiere desalentarlo, añade que las exigencias técnicas son aún mayores y que aún tiene mucho por aprender, así que comienza a enseñarle algunas nociones básicas sobre el tipo de fotografía, como que las imágenes en general se realizan con el lente abierto, es decir un número f pequeño y una mayor apertura del diafragma, le muestra el tipo de encuadres que se hacen (cerrados), el efecto bokeh que también suele ser socorrido, realizan algunos ejercicios y Paulo se da cuenta que no es tan sencillo y debe seguir aprendiendo, pues además se le han olvidado algunos elementos sobre el manejo de la luz y ya no recuerda bien la velocidad de obturación y la apertura del diafragma, e incluso más tarde concluimos que tal vez está distraído por la pérdida de su caja, pues ahora debe tener preocupaciones más importantes como conseguir dinero para pagar su habitación y comer. Y es que previamente, mientras estamos afuera de la heladería con los demás chicos durante el taller general, Paulo me dice que además se acaba de cambiar de casa a una mejor, pues donde estaba antes era muy sucio y no tenía un lugar apropiado para bañarse, y que ahora tiene que pagar el doble de alquiler, es decir, 200 pesos por noche. Me sigue contando que hizo este movimiento mientras aún tenía caja y algún ahorro que le permitió pagar dos noches por adelantado, pero de no conseguir sus herramientas de trabajo esta situación se le complicará. Durante este lapso que no participa del taller y platica conmigo, intento realizar con él otro ejercicio que ya hemos pensado hacer, pidiéndole que en la cuenta de

---

<sup>73</sup> En República Dominicana es generalizado el uso de la palabra “poloché” o “polocher” para referirse a cualquier playera, aunque en términos estrictos refiere a la camiseta tipo “polo”, pues precisamente es una derivación del inglés de “polo shirt”.

Instagram que hemos abierto con él para el concurso, vaya escribiendo un pie de foto o descripción de las imágenes que hemos subido de arranque y que él ha tomado. Así pone primero “Pintura de una mujer en El Conde”, “Rastas en la Benito”, y “Pintura de una mujer en San Carlos”, pero pienso que debemos afinar el ejercicio y la interacción, de tal manera que pueda sentirse más libre de expresar lo que quiere o piensa sobre sus fotos. Este día al despedirnos, vemos que ahora que no tiene caja, lo que Paulo hace es pedir dinero en la calle.

Al día siguiente, viernes, vemos solo a Paulo y comenzamos a trabajar del lado de la heladería para recordar lo que hemos visto el día anterior, además de conceptos previos que nos dimos cuenta que ya no recuerda mucho. Pese a que ya hemos visto los planos y los encuadres, notamos que a parte de la exposición y algo que consideramos que es relativamente sencillo, como el manejo del exposímetro, ha olvidado también planos básicos y no encuadra muy bien, llegando incluso a cortar cabezas; o cuando le pedimos que tome foto a un objeto colocándolo en el centro, no logra hacerlo, cosa que nos sorprende y nos preocupa pues antes ya casi dominaba todo. Seguimos realizando más ejercicios pero notamos que aunque intenta hacerlos está demasiado lejos de la clase, así que cruzamos al punto de encuentro entre El Nacional y la gasolinera para hablar con los demás niños y organizarnos para verlos el sábado en el festival (La Fête de la musique, organizada por la representación francesa en el país). Los chicos dicen que sí van e incluso Paulo se compromete a ir a buscar a algunos para llegar juntos. Pantaleón les recuerda que vayan arreglados pero yo les digo que no importa, que pueden ir como quieran aunque él insiste y precisa que vayan limpios y sin caja para que los policías turísticos no vayan a querer echarlos<sup>74</sup>. Quedamos de verlos en la pizzería cercana a la Puerta del Conde, en la Zona Colonial, pues ahí iniciará uno de los eventos en

---

<sup>74</sup> Como ya he mencionado, Pantaleón es un fotógrafo dominicano radicado en México que me acompaña en la primera parte del taller, más o menos durante un mes, y a parte de apoyarme con las clases de fotografía me ayuda a entrar con esta población y a moverme en un país que conoce mejor, además de que así me encuentro más segura a que si estuviera sola trabajando en contextos de calle. Pantaleón se hizo fotógrafo en el día a día pasando de limpiar vitrinas de un laboratorio fotográfico en su país natal, a convertirse en laboratorista y posteriormente aprender de los fotógrafos que frecuentaban el establecimiento. Trabajó en diversos medios e instituciones de su país, incluida la Presidencia, y su historia de ascenso a falta de oportunidades educativas, unida a las expectativas de una sociedad como la dominicana, como ya he comentado al referirme a la etiqueta, lo han convencido de que la apariencia es muy importante en la media isla para sortear algunas barreras.



los que pueden comenzar a tomar fotos: un desfile de la banda de música de los bomberos a las 4 de la tarde. De ahí pensamos trasladarnos a la Plaza España, donde habrá una rueda gigante de casino, y brevemente les recordamos los planos que les pueden ser útiles, además de que trabajarán con fotografía en movimiento.

Nos despedimos y ya a punto de tomar el carro de concho para irnos a la parada, Pantaleón y yo intercambiamos puntos de vista sobre la situación de Paulo y llegamos a la conclusión de que lo que ha avanzado en el taller está en riesgo por la distracción y todo lo que supone para él no trabajar, pues por ejemplo, nos ha dicho que ese día se quedó dormido hasta muy tarde y que acababa de salir a la calle. Quizá él piensa que puede ser muy inmediato convertirse en fotógrafo y trabajar con su amigo, pero ya le hemos dicho que tiene que aprender más, además de que tampoco sabemos qué tan pronto lo aceptarían y lo contratarían allí. Le preguntamos qué piensa hacer sin su caja y nos contesta vagamente esperando que aparezca o que pueda comprar una, incluso me ha dicho que las venden en el Mercado Modelo, aunque no sabe exactamente cuánto cuesta. Después de charlar sobre esto y sobre la posibilidad de ayudarlo a comprar una caja, decidimos antes de retirarnos buscarlo y plantearle esta opción. Hablamos con Paulo cerca de la parada de carro de concho, y accede a que lo acompañemos a buscar una caja en el Mercado Modelo al día siguiente, así que quedamos de vernos en el lugar de siempre (la pizzería), cerca de la Puerta del Conde a las 8:30 de la mañana. Le decimos además, que así si conseguimos la caja temprano, él puede tener tiempo de trabajar por la mañana un rato para recuperarse económicamente un poco y luego en la tarde ya podrá ir tranquilo al festival a tomar algunas fotos. Paulo sonrío un poco y nos dice que esa es “mentalidad de blancos”, pero después ríe algo más y agrega que está bien así por que “así es como se puede avanzar en la vida”, aunque previamente tengo la sensación que nos lo ha dicho en tono de reproche.

El sábado, desde poco antes de las 8 de la mañana, Paulo impaciente nos llama para despertarnos y recordarnos que nos encontraremos en El Conde en un rato. Pantaleón le dice que no lo ha olvidado y que lo veremos, como quedamos, a las 8:30. Poco después, casi a la hora acordada, vuelve a llamar para avisarnos que ya

está en camino y nos apresuramos para llegar a su encuentro. Llegamos pasadas las 8:30, Paulo ya se encuentra sentado frente a la pizzería de El Conde y nos dice que nos estaba esperando. Caminamos con él hacia el Mercado Modelo, muy cerca del Pequeño Haití, más o menos a unos 5 minutos de distancia a buen paso. En el camino nos señala por dónde vive ahora y expresa que cuando le volvamos a prestar la cámara nos mostrará por fotos cómo es. Nos vuelve a comentar que es mejor y más limpio, y mientras avanzamos Pantaleón le pregunta de qué son las marcas que tiene en diferentes partes del cuerpo, a lo que Paulo responde que son por las chinches que se le pegaban en la pensión donde vivía anteriormente, pero que ya se le está sanando la piel porque se ha puesto una especie de ungüento. Llegamos al Mercado Modelo, vemos que hay pocos locales abiertos pues aún es temprano. Algunos comerciantes se nos acercan para saber qué buscamos, les decimos que una caja de limpiabotas y uno de ellos se ofrece a conducirnos al lugar donde las fabrican. Lo seguimos y nos lleva a un espacio pequeño en el fondo del mercado donde se encuentra un taller de carpintería y un ebanista con los diversos trabajos que está realizando, muchos de ellos para suplir la venta de artesanías del mercado, en el que sobre todo se vende este tipo de productos. El señor que nos conduce hasta allí le pide al carpintero que nos muestre una caja de bolero y nos acerca una pequeña con un soporte para el pie aún más pequeño y angosto. Paulo la ve y le pregunta al fabricante si no tiene una más grande porque ahí no cabe un pie, y el vendedor le contesta que sí cabe, así que Paulo le pide a Pantaleón que coloque su pie en el soporte de la caja, y en efecto es difícil hacerlo. El carpintero entonces nos muestra una caja de mayor tamaño, Paulo sonrío y entendemos que esa caja sí le gusta, acto seguido pregunta cuánto cuesta, a lo que el vendedor responde que \$500 y Paulo se apresura a pedir un mejor precio, consiguiendo solo una rebaja de cincuenta pesos. Pantaleón le cuenta al carpintero que a Paulo le robaron su caja, que está tomando un taller de fotografía con nosotros, y que hemos decidido ayudarlo con su herramienta de trabajo para que recupere algo de tranquilidad. El hombre se muestra interesado y nos dice que si él también puede contribuir en algo lo hará y nos rebaja la caja a \$300. Acordamos la compra y agradecemos el gesto del carpintero, quien procede a preparar la caja para lijarla

mejor, mientras Paulo observa el proceso. En tanto esperamos, le preguntamos a Paulo qué habría hecho si pasaba más días sin caja y nos responde que habría tenido que fabricar una como la anterior que había hecho él, así que le preguntamos por qué no hizo esta vez lo mismo y nos responde que le hubiera tomado muchos días, a parte de que tenía que conseguir el material y no tenía tanto dinero. Le pregunto a Paulo si después de ahí saldrá a trabajar y me dice que no porque aún le faltan materiales. Cuando la caja está lista y pagamos, Pantaleón le pregunta a Paulo cuánto más puede necesitar para el material y nos contesta que aún le falta un cepillo, tela y líquido y al menos dos pastas (una negra y una blanca). Ya no podemos gastar mucho más, así que Pantaleón le da 200 pesos que es con lo que aún podemos contribuir. Durante este tiempo que hemos ido a buscar la caja, también le pregunto a Paulo por el otro chico con el que al principio nos comunicábamos y que nos había dicho que su mamá se había ido a Brasil, pues ya no lo hemos visto. Alguna vez Paulo ya me había comentado que no estaba tan seguro que el último día que lo vimos le hubiera quitado la policía su caja y que quizá se la habían robado si se había quedado dormido en la calle, y esta vez Paulo me dice que el “Flaco”, como lo conocen, ahora ya tiene una caja y trabaja por la zona de la Plaza Juan Barón. Nos despedimos y quedamos de vernos por la tarde un poco antes de las 4 en la Puerta del Conde, el chico nos dice que para tener tiempo mejor a las 4 y que irá aunque sea en chancletas pues ya no puede conseguir otros zapatos, le respondemos que no se preocupe pues como es un evento público y al aire libre al que irá mucha gente, no habrá problema. Por la tarde, poco antes de la hora acordada, nos manda un mensaje al correo para decirnos que llegará a las 5. Nosotros de todas formas salimos hacia la Puerta del Conde para llegar al primer evento, el desfile de la banda de bomberos, pues también tomaremos algunas fotos para OllinPix, la plataforma independiente de fotoperiodismo que fundamos. La banda es muy pequeña y casi no hay gente viendo el desfile, lo seguimos hasta el Parque Colón, tomamos algunas fotos, pero regresamos a la Puerta del Conde para estar ahí a las 5 y encontrar a Paulo. Llegamos un poco antes de las 5 y esperamos pero Paulo no llega, así que decidimos aguardar un poco más, hasta 5:30, para lograr ver un poco del siguiente evento en la Plaza

España, pensando que Paulo nos llamará si llega y no nos ve. Ya en la Plaza España durante el evento de la rueda gigante de casino, Paulo nos llama y nos comenta que no tiene ropa para ir porque la que iba a llevar la dejó encargada y no la encuentra, le contestamos que no importa y que puede ir así, que llegue a la Plaza España como sea y ahí lo vemos, nos dice que no sabe bien cómo llegar pero pensamos que es difícil que así sea porque es uno de los lugares más conocidos y turísticos, además de que está muy cerca de donde vive y del Malecón, por donde suele trabajar. De todos modos le explicamos cómo llegar (todo derecho sobre El Conde), pero se escucha un tanto vacilante y finalmente no llega.



Paulo observa la caja de limpiabotas que eligió en el Mercado Modelo. Foto: Nikteha Cabrera

El lunes no podemos ir a trabajar con los niños, pero Paulo llama alrededor de las 6:30. Nos dice que quizá tendremos que cambiar la dinámica del taller y realizarlo más cerca de El Conde, porque le están consiguiendo un trabajo por esta zona. Respondemos que veremos qué hacer si tiene que cambiar de rumbo y quedamos de vernos al día siguiente en el lugar de siempre en la avenida Máximo Gómez, Paulo contesta que sí y queda de llamarnos. El martes 2 de julio llegamos poco antes de las 6 de la tarde al punto de reunión en la Gómez, pero no vemos a nadie. Esperamos en el establecimiento de donas y café, que ubicado al frente del supermercado y a una mayor altura, nos permite tener una vista más o menos

panorámica del entorno, por lo que podremos ver si aparecen los chicos por el área de estacionamiento de El Nacional, o bien a un lado entre la gasolinera y la pizzería. Hasta las 6:30 logramos observar a Paulo al frente, muy cerca de la pizzería, junto con otro niño, al vernos nos saluda a la distancia y casi al mismo tiempo dos jóvenes que salen de la pizzería les dan lo que les queda de un refresco y algo de comida. Paulo y el otro niño se van detrás de un camión estacionado, suponemos que para comer, y al poco tiempo sale y cruza hacia donde estamos, en el área descubierta del establecimiento de donas. Llega con un vaso de refresco rojo, se sienta a nuestro lado y comienza a platicar sobre las últimas novedades y lo que ya nos había adelantado del nuevo trabajo. Poco después de que llega, se acerca un vigilante para preguntar si el chico va con nosotros, le respondemos que sí y yo le pregunto un poco molesta si tiene algún problema, él me contesta que no, e intenta excusarse argumentando que a veces llegan algunos muchachos a molestar. Tras este episodio al que no le da importancia, Paulo comienza a contarnos que viene de su nuevo trabajo, que salió a las 5 y es en un almacén en San Carlos, cerca de la Zona Colonial y de donde él vive. Nos cuenta que ahí venden harina y otros productos, que él carga cosas y que el trabajo es de 8 de la mañana a 5 de la tarde y después de ahí piensa salir todos los días a limpiar zapatos en las tardes y las noches. Pantaleón le comenta que está un poco disgustado con él porque no llegó el sábado al festival y perdió una buena oportunidad para hacer fotos y concursar. Paulo responde que sí llegó a la Plaza España pero más tarde, vio mucha gente, no nos encontró y se tuvo que ir porque estuvo “a punto de caer preso”. Le pregunto por qué y él me dice que como estaba dando muchas vueltas y yendo de un lado a otro para intentar localizarnos, sintió que la gente comenzaba a mirarlo con desconfianza y también los policías. No estamos tan seguros de si ha sido así porque realmente había ido poca gente y no vimos tanta policía, y Pantaleón que sigue molesto le comenta que incluso habían ido al festival otros chicos muy jóvenes que también iban a practicar con su profesor de foto y que ese fotógrafo que él conoce cobra sus cursos en 7,500 pesos, y a aquellos que no tienen cámara además se las renta en 1,500 pesos. Paulo se asombra de lo costoso de solo un curso básico y expresa que no volverá a faltar y que además él suele ser muy

puntual. Nos cuenta, por ejemplo, que en su primer día de trabajo le dijeron que llegara a las 7 de la mañana y él estaba ahí desde las 6, tuvo que esperar una hora y ya más tarde le dijeron que los demás días llegara a las 8. Además nos comenta que como no ha trabajado la semana anterior porque no tenía caja, ha tenido que pedir 200 pesos de adelanto de su sueldo. Siguiendo con la conversación del trabajo y las clases, le preguntamos si sigue interesado en el taller de fotografía y si tiene tiempo porque no queremos interferir en sus actividades y que ello le implique ganar menos dinero extra. Nos responde que él quiere seguir aprendiendo y que puede vernos como siempre como a las 6 después de su trabajo, aunque él se ponga a trabajar de limpiabotas a las 8 cuando la gente esté saliendo de sus labores y el taller haya terminado. Yo queriendo entender por qué tiene que seguir trabajando cuando ya ha realizado una jornada laboral de entre 8 y 9 horas, y que por las características del empleo debe salir cansado, le pregunto cuánto le van a pagar y él me contesta sonriente que \$4,800 (unos 1,900 pesos mexicanos) a la quincena y entusiasmado agrega que así ya con un sueldo fijo más adelante podrá rentar una casa. Comenzamos el taller comentándole a Paulo que si bien le podremos enseñar lo básico de fotografía publicitaria (como nos lo ha pedido, pensando que pueda trabajar más adelante con su amigo Eddy tomando fotos de los productos de la papelería donde labora), nuestra especialidad es el fotoperiodismo y le contamos un poco de qué trata y lo que nos ha permitido, a Pantaleón viajar por muchos países y ser fotógrafo del presidente de República Dominicana, del Ministerio de Turismo dominicano, de varios periódicos e incluso de la Presidencia de México, y a mi también viajar y trabajar para una de las 5 agencias de noticias más importantes del mundo (Xinhua, la agencia internacional de noticias del estado chino). Le decimos entonces que le podemos enseñar más sobre fotoperiodismo y el tipo de imágenes que puede hacer desde este campo, por ejemplo de carácter noticioso como en una protesta, que puede contar historias con imágenes e incluso volver a su país como fotógrafo para cubrir algún evento importante para algún medio, y le contamos también sobre los fotógrafos de guerra. Él se entusiasma y nos dice que ha visto un documental sobre un fotógrafo de guerra muy famoso, Pantaleón le dice que seguramente es el documental sobre James Nachtwey y Paulo responde que sí.

Accede entonces a aprender fotoperiodismo y le proponemos seguir desarrollando el trabajo que ha empezado sobre su día a día, para que luego pueda ir contando otras historias, así que le mostramos algunos ejemplos de fotoperiodistas conocidos nuestros que han realizado historias de un entorno cercano a él. De esta manera le mostramos las series que hicieron dos amigos venezolanos hace algunos años (en el 2010) en el Pequeño Haití, uno siguiendo a Lino, el vendedor haitiano de pollo que ya hemos mencionado, y otro a Rubén Black, el peluquero y rapero haitiano al que también ya nos hemos referido. Anteriormente Paulo ya nos había dicho que conocía a Lino y nosotros le habíamos comentado que se nos hacía un “buen tipo”, pero Paulo nos había hecho la observación de que cuando se emborrachaba era muy violento. Esta vez también nos comenta que conoce a Rubén Black, pues es quien le corta el cabello y le ha contado que hace algunos años un fotógrafo venezolano lo había seguido y le había hecho un fotoreportaje, en referencia a Iván, nuestro amigo venezolano. Hacemos algunos ejercicios con Paulo sobre el tipo de imágenes que podría hacer de interés periodístico, y el tipo de planos que puede utilizar para contar una historia, por ejemplo, plano general para mostrar el contexto y el entorno, primer plano o plano medio para presentar a un personaje y primerísimo primer plano para mostrar un detalle o gesto. Le decimos que le dejaremos la cámara digital pequeña para que se la lleve una vez más y así siga documentando su día a día y que incluso de este primer trabajo quizá podríamos organizar una pequeña exposición o mostrar la historia en un periódico. Paulo nos hace saber que le gusta la idea, y regresando al tema de volver a su país como fotoperiodista, nos dice que podría tomar fotos de lo que ahora está pasando (manifestaciones contra la corrupción, inestabilidad política), y le comentamos que además podría hacer imágenes de desastres como un terremoto, y que hay un fotógrafo haitiano muy famoso que cuando ocurrió el terremoto de 2010 logró destacarse mucho con el trabajo que realizó. A propósito del tema, le pregunto a Paulo si le tocó vivir dicho desastre y me cuenta que sí, que estaba solo en su casa y no entendía bien qué estaba sucediendo porque primero sintió que se movía un poco el piso y luego percibió más y más movimiento hasta caer, así que salió rápido como pudo buscando a su familia y mientras corría veía cómo se iba cayendo todo,

e incluso una señora intentó sujetarlo pero él siguió corriendo, después supo que la señora murió, vio muchos muertos y también muchos fotógrafos que iban llegando, la mayoría “gringos”. Le preguntamos si después de eso fue que salió de su país y nos dice que sí y nos cuenta además que en Haití vivía con su papá que era muy mayor, “como de 80 años”, y murió allá de viejo. Durante la sesión también le preguntamos a Paulo por los demás chicos, pues cuando lo vimos antes de cruzar estaba con un niño dominicano, y nos responde que se quedaron en La Benito (donde está la pensión) y que quizá llegarán más noche. Después le preguntamos por su caja pues no la lleva, y nos cuenta que se la acaba de dejar al chico con el que estaba, que se la prestó mientras toma el taller y agrega que él no se la quitaría pues el niño dominicano le tiene miedo. Casi al acabar la sesión le pido continuar con la descripción o lo que quiera decir sobre sus imágenes en Instagram y me doy cuenta que se siente más libre que la vez anterior al escribir un pie de foto, es así como a una le pone “mi ropa de la semana”, a otra “Chiripa de un viejo de la Benito / Disparatitos de 10”, a una más donde hay un obrero de la construcción “Es bueno trabajar”, a otra del Pequeño Haití: “A veces caminamos como si fuera en el desierto”, y una de un coche abandonado “Carro de 30 años parado sin uso”. Le dejamos la cámara a Paulo y terminamos la sesión, nos dice que cuando él llega con muchas ganas de trabajar con nosotros se le hace que nos vamos pronto, pero en esta ocasión, por ejemplo, ya hemos pasado con él más de una hora. Previamente, mientras platicamos nos ha pedido una dona, pero Pantaleón le comenta que ahora sí estamos muy cortos de dinero, así que termina por acompañarnos a la parada del carro de concho y nos presta un peso para completar nuestro pasaje.





De arriba a abajo, izq. a der. “A veces caminamos como si fuera en el desierto”, “Carro de 30 años parado sin uso”, “Chiripa de un viejo de la Benito / Disparatitos de 10”, “mi ropa de la semana”.  
Fotos y pies de foto: Paulo Robinson

El miércoles al salir del IGLOBAL poco después de las 6 de la tarde, me dirijo al punto de encuentro con los chicos. Por segundo día consecutivo al principio no vemos a nadie y volvemos a esperar en el establecimiento de donas y café de enfrente, confiando en que al menos aparecerá Paulo porque le prestamos la cámara y ya sabe dónde los esperamos si no los vemos en El Nacional. Después de unos 20 minutos lo vemos ocupado, le decimos que lo encontraremos por la heladería cuando termine y mientras limpia los zapatos de unos haitianos que se dirigen a una iglesia, alcanza a contarnos que ya no está trabajando, y añade respecto al empleo que acababa de conseguir que él no da para eso. Al cabo de un rato lo vemos afuera de la heladería, le preguntamos por los demás chicos y a semejanza del día anterior nos contesta que “están para la Benito”. Pantaleón le insiste y le pide que le diga dónde viven para ir a buscarlos, yo no estoy tan de acuerdo con esto porque estoy convencida de que podremos acceder hasta donde ellos nos permitan y en el momento que así lo deseen, pero Pantaleón busca convencerlo y por más que intenta Paulo se muestra reticente a darle la ubicación exacta, le explica al profesor que aunque le dijera no llegaría porque no es un lugar

tan visible. Quizá para cortar con la insistencia de Pantaleón, Paulo le dice que por ahí anda uno de los chicos, se va a buscarlo una calle más arriba, y al cabo de unos minutos vuelve con el otro niño. Vemos con los dos las últimas fotos que tomó Paulo y observamos con sorpresa una especie de reportaje o serie que realizó en el lugar en el que trabajaba hasta hace poco y al que acababa de entrar. Además hay algunas otras tomas que llaman mi atención, son imágenes parecidas a las anteriormente hechas donde aparecen los niños que ya conocemos, de noche en una especie de convivencia. Le pregunto a Paulo sobre estas últimas fotografías y me dice que es la “paletera<sup>75</sup>”, que ahí se reúnen en las noches a “fiestear”, bailar y beber, y que venden “romo”<sup>76</sup> a 25 pesos, y agrega que le gustaría hacer un trabajo sobre eso. Cuando vemos con detenimiento la serie del almacén donde ha estado trabajando Paulo por dos días, nos cuenta sobre las imágenes y lo que ha pasado en lo que era su nuevo trabajo. Se trata de una distribuidora de harina y Paulo nos dice que desde temprano lo pusieron a cargar un costal de 120 libras y como no lo aguantaba se cayó con todo y carga, se partió la boca y comenzó a sangrar, agrega además que la carga era tan pesada que incluso alguien tuvo que llegar a quitarle el saco de encima porque él seguía atrapado. Después nos comenta que los hicieron cargar mejor unas cajas que pesaban menos y que debió subir “como 400” y que igualmente quedó muy cansado. Señala que a las 12 los trabajadores hacen una pausa para comer pero que nadie les avisa, así que si fuera por el jefe él hubiera seguido trabajando sin parar y no les incluyen la comida, ni les dan dinero para ir a comprarla, a menos que lo pidan a cuenta de su salario. Paulo nos dice que más tarde el jefe le pidió que buscara otra vez un costal y que al intentar cargarlo se volvió a caer con todo y saco, así que enojado y cansado a las 3 de la tarde le dijo al jefe que él no servía para eso y se fue. En sus fotos Paulo nos muestra a otros trabajadores que están cargando bultos y a dos más que parecen extenuados, uno durmiendo y otro apoyado sobre un muro. También se da el tiempo de colocar la cámara frente a él para hacerse auto retratos donde se muestra cansado, sudoroso

---

<sup>75</sup> La paletera es el carrito donde los comerciantes suelen vender sobre todo dulces y algunos otros artículos como cigarrillos o pañuelos desechables. Como ya hemos mencionado, especialmente en el Malecón las paleteras son frecuentemente llevadas por vendedores haitianos.

<sup>76</sup> Así se le conoce popularmente al ron en República Dominicana.

y lleno de harina. Finalmente reitera que él al menos por ahora no da para ese tipo de trabajos y no va a volver porque además tiene que seguir creciendo y si continúa en ese trabajo ya no crecería. En sus imágenes además, tanto las de esta entrega como de las anteriores, vemos que Paulo suele hacer varias fotos de comida. El otro chico se muestra interesado por lo que ha hecho Paulo y nos dice que él también quiere tomar fotografías y aprender. Le comentamos, como ya lo hicimos el día anterior con su compañero, sobre el fotoperiodismo, y que puede mostrar lo que sucede en el mundo y contar historias. Le planteamos que si así quiere esta vez le dejaremos a él la cámara pequeña para que se la lleve y haga imágenes de su día a día y su entorno y que también podemos abrir una página de internet para subir sus fotos, el chico sonríe y se muestra contento. Le recordamos algunas cosas como los planos y los ángulos y nos damos cuenta que sí recuerda lo que hemos enseñado en clases pasadas. Le mostramos también cómo prender y apagar la cámara que le vamos a prestar, cómo se activa el flash y cómo quitar la batería y colocarla en el cargador. El chico aprende rápidamente, toma algunas fotos teniendo en cuenta cómo realizar una buena composición, y al hablarle sobre su página de internet le preguntamos su nombre, a lo que nos responde que se llama “Sonson”, o al menos es lo que escuchamos. Como aún no habla mucho español nos lo escribe en una hoja de la siguiente manera “Sosoki”, y cuando le preguntamos por su apellido oímos algo parecido a “Joseph” pero al escribirlo anota “Jioki”, se confunde y mejor nos lo deletrea con ayuda de Paulo que va traduciéndonos, y terminamos por escribir “Joseje”, pues es que en momentos como este, Paulo es el que suele traducir a los otros chicos cuando no logran captar todo o cuando nosotros no les entendemos. Sosoki también nos dice que tiene 17 años, y Paulo comienza a explicarle otras funciones de la cámara, pues ha aprendido a utilizarla mejor que nosotros por el tiempo que la ha tenido. A punto de despedirnos, Paulo nos comenta que acaba de ver a Rubén Black, el peluquero y rapero del Pequeño Haití, a quien le ha contado sobre nosotros pues conocemos al fotógrafo venezolano que hace unos años le tomó fotos. Nos dice que Rubén se entusiasmó y se acuerda mucho de Iván e incluso de Pantaleón, que le gustaría vernos y poder recuperar el material multimedia que en esa ocasión le hizo nuestro camarada

sudamericano. También nos cuenta que Rubén quiere que le ayudemos a hacer un video de una canción que tiene y que Paulo nos asista, acto seguido Paulo saca un papelito de su cartera donde tiene anotado el contacto de Rubén para que lo guardemos y lo busquemos en Facebook. Finalmente nos despedimos de los dos chicos, Sosoki mete la cámara y el cargador en su caja de limpiabotas y Paulo nos pide subir las fotos que tomó del almacén a su página. Le respondemos que incluso haremos una sección especial de fotoreportajes y ahí colgaremos su serie, cuestión con la que está de acuerdo. Mientras nos retiramos le preguntamos a Paulo si ya definitivamente no volverá al trabajo, y contundentemente nos responde que no, que prefiere ser su propio jefe.





Serie de la distribuidora de harina donde trabajó Paulo. Fotos: Paulo Robinson

Al día siguiente, jueves, nos enteramos de una protesta nacional frente al Ministerio de Educación contra la orden de dicha dependencia de incorporar la perspectiva de género en el sector educativo, especialmente en educación básica<sup>77</sup>. Pantaleón acude alrededor de las 10 de la mañana a tomar fotos para OllinPix, y frente al ministerio que está en la avenida Máximo Gómez, muy cerca de donde solemos ver a los chicos por la tarde, encuentra a Paulo que aprovecha la manifestación y el flujo de gente para limpiar zapatos. Paulo le comenta que estaba justo pensando en él y en las imágenes que se podrían hacer en dicha protesta, y Pantaleón le dice que si quiere lo puede acompañar a tomar fotos, Paulo responde que tiene varias

<sup>77</sup> En República Dominicana, la iglesia católica sigue teniendo importante influencia, pero es impresionante el ascenso de las iglesias evangélicas por su poderío y número, pues prácticamente hay una en cada esquina, e incluso más, improvisadas en pequeñas casas de los barrios. En este contexto, la gente suele ser muy religiosa e influenciada por sus iglesias, en el rumor popular pareciera generalizado el rechazo a temas como el aborto, el reconocimiento de derechos a la comunidad LGBTTIQ, e incluso el debate en torno a tópicos feministas y la adopción de la perspectiva de género. Muchos líderes de iglesias, también vinculados a la política, y hasta con espacios televisivos, difunden en sus mensajes la idea de una suerte de conspiración global liderada por la ONU para imponer una agenda “gay y feminista” desde la “ideología de género” que busca destruir a la familia tradicional dominicana. Estos grupos ultra conservadores suelen ser también los grupos ultra nacionalistas que rechazan la migración haitiana y pronostican ya sea una inminente amenaza de invasión haitiana, o bien la supuesta presión de la comunidad internacional para unificar a la isla y que República Dominicana y Haití sean un solo país.

personas esperando a que les limpie los zapatos, y acuerdan verse en los alrededores cuando termine con sus labores. Al cabo de un rato Paulo alcanza a Pantaleón y dejan encargada la caja con un vendedor de agua, Pantaleón le presta una de las cámaras réflex que lleva y comienza a tomar fotos mientras Pantaleón se mantiene cerca. Al principio Paulo tiene algunas dificultades con las tomas y no encuadra bien, así que Pantaleón le pide volver a realizarlas hasta que le queden y poco a poco va mejorando sus encuadres. En algunos puntos de la protesta, convocada por el movimiento “Con mis hijos no te metas República Dominicana”, y al que se suman sectores religiosos y conservadores, el ambiente se vuelve tenso y cuando uno de los manifestantes ve a Paulo grita: “¿y esa cámara funciona con un negro?”, pero el punto culminante llega cuando Paulo se acerca a un pequeño grupo y una mujer comienza a increparlo y a preguntarle quién se cree para estar tomando fotos ahí, quién es y dónde trabaja. Pantaleón pronto intercede y le dice que es un ser humano como él y cómo ella y que tiene tanto derecho a tomar fotos como los demás fotógrafos extranjeros y dominicanos que están ahí mismo cubriendo la protesta, agrega que él tiene derecho a enseñarle a Paulo y entonces las personas del grupo se vuelcan contra él y le dicen “espía”, “vende patrias” y “traidor”. Como sienten que empiezan a calentarse los ánimos, Pantaleón opta porque se retiren, él regresa a la Zona Colonial a descargar las fotos, y Paulo a trabajar a una zona más tranquila, quedando de vernos como siempre por la tarde.



Protesta contra la incorporación de la perspectiva de género en la educación básica en República Dominicana. Fotos: Paulo Robinson

Alrededor de las 6:30 de la tarde llegamos Pantaleón y yo a la avenida Máximo Gómez para ver las fotos que tomó Sosoki, a quien el día anterior le prestamos la cámara, y para mostrarle a Paulo cómo quedó la edición final de su serie del almacén y de las fotos de la protesta. Encontramos a Paulo una vez más junto al niño dominicano que lleva varios días acompañándolo y que sabemos que se llama Manuel. Antes que cualquier cosa, Paulo se apresura a informarnos que Sosoki perdió la cámara o se la robaron, pues acababa de estar por ahí y le contó. Agrega que su compañero le comentó que se quedó dormido más arriba en la Gómez y tenía la cámara dentro de la caja, le robaron ambas y solo se quedó con el cargador. Manuel interviene brevemente y opina que quizá pudo venderla, pero Paulo se muestra más convencido de la versión de Sosoki. Nos lamentamos brevemente, pero le pedimos a Paulo que le diga que aunque ya no podremos ver sus fotos ni hacer su página en lo inmediato, porque no tendremos material y era la única cámara que teníamos para prestar, no tiene de qué preocuparse porque podremos seguir enseñándole con la otra cámara, que no le haremos nada y puede regresar al taller. Paulo entonces interviene y expresa que él sabía que algo así podía suceder, y opina que mejor se la hubiéramos dejado a él porque no la habría

perdido, y además agrega que no nos dijo nada para que no pensáramos que es un envidioso que solo quiere que le enseñemos a él. Cerramos el tema y procedemos a mostrarle cómo quedó su serie del almacén de harina, la selección de imágenes de la protesta y cómo se ven en su página, además de proponerle subirlas a OllinPix, explicándole que en caso de que alguien las compre desde la plataforma, las ganancias irían directo a él. Paulo se entusiasma y le gusta cómo ha quedado su trabajo en su página y también le agrada la idea de subirlas a OllinPix. Yo reconozco que hizo un gran trabajo en la protesta y le pregunto qué le pareció, me responde que le gustó ir aunque por momentos Pantaleón lo presionaba con sus tomas pero que así aprendió mucho, y sobre el incidente me cuenta que hubo una señora que “se puso muy bruta” con él y que hay gente que es así pero él prefiere no hacerles caso. Yo respondo que ese tipo de situaciones no son normales y no deberían suceder y que la fotografía le puede ayudar en un futuro a documentar cosas como esa para denunciar, piensa un momento y comenta que entonces ha aprendido una nueva utilidad del fotoperiodismo, además de informar y contar historias. Más tarde incluso vuelve a hablar sobre el asunto y nos dice que en República Dominicana por cada 20 personas buenas, hay 5 malas y que él no les hace caso, que no presta atención porque “hay un Dios que ve todo”. Cuando le pregunto por la protesta también reflexiona y menciona que esa gente de la manifestación es la que está en contra de los que desfilarán el domingo, es decir los de la caravana del orgullo LGBTTIQ, a donde iremos a tomar fotos con Paulo como ya lo hemos acordado. Le preguntamos por los demás chicos que no hemos visto en toda la semana y señala lo mismo que los días anteriores, que están en la Benito y que a veces salen más tarde porque se duermen muy tarde y despiertan también tarde. Entonces acordamos esperar un poco más para ver si llegan y así poder trabajar con todos, y antes de cruzar al establecimiento de donas, donde solemos aguardar cuando no los vemos, un cliente de Paulo del Ministerio de Educación lo busca para que le limpie los zapatos. Paulo le dice que Manuel se los limpiará mientras le mostramos las fotos que ha hecho. Además Paulo nos cuenta que ya le pasó la dirección de su página a otro conocido y después de verla le comentó que le había gustado mucho. Cruzamos al establecimiento de donas y café para esperar a los demás, nos



quedamos aproximadamente una hora y nos damos cuenta que no llegarán. Paulo nos alcanza a donde estamos pues sabe que ahí solemos esperar, y platicamos con él un poco antes de irnos. Menciona que ha tenido otras ideas para hacer historias como la del almacén, y que le gustaría seguir al Chiquito, a “rastas” (un personaje de la primera pensión al que ya le ha tomado fotos), o bien algo sobre la “paleterá”, en torno a la cual se reúnen por las noches. Pantaleón entonces le comenta que lo que ahora se puede hacer a falta de cámara es prestarle una pequeña tablet que tenemos para que continúe haciendo sus historias con fotos. A Paulo le gusta la idea y le decimos que es posible que se la podamos prestar el sábado que nos veremos para asistir a un coloquio de la Asociación de Fotoperiodistas de República Dominicana, a donde nos han invitado a asistir y encontraremos a un amigo fotógrafo que ha visto el trabajo de Paulo quedando gratamente impresionado. La otra opción que le damos es prestársela el domingo que iremos a cubrir con él la caravana del orgullo LGBTTIQ. También le digo a Paulo que falta completar algunas secciones de su página e Instagram y que sería bueno que la gente pudiera saber sobre él, por lo que podría escribir algo así como su biografía o lo que quisiera decir sobre sí mismo para que las personas que vean su perfil o visiten su página puedan conocerlo un poco. Me responde que sí y le propongo darle una libreta para que escriba en sus tiempos libres pero rechaza esta opción porque cree que escribe feo y yo podría no entenderle, además de que no le gusta mucho escribir, pero añade que me puede ir diciendo las cosas para que yo las escriba y le hago saber que me parece bien y que podríamos realizar esto la próxima vez que nos veamos. Le comento que ya hemos agregado algunas imágenes de la protesta también a Instagram y solo falta que él les escriba el pie de foto. Se muestra poco interesado en la descripción de sus imágenes de la protesta pero aún así procede preguntándonos, sobre todo a Pantaleón, qué es lo que podría poner, y nosotros le respondemos que es como las veces anteriores que él escribe lo que sea que quiera decir sobre sus tomas. No sabe cómo describirlas y además parece no interesarle, así que en la primera en la que aparece un hombre sosteniendo un cartel con la leyenda “con mis hijos no te meta”, escribe: “Ya lo sabe, no se metan con mis hijos”. Otra foto donde aparecen varias mujeres con camisetas rosas, lentes oscuros y

varias pancartas con consignas como “no autorizo al gobierno enseñar ideología de género a mis hijos”, la describe como : “Familias en protesta”, una más que nos ha gustado mucho por la composición y la luz en la que observamos a un hombre con una pancarta con el mensaje: “se han robado tu país, se han robado sus recursos y ahora vienen por tus hijos”, la titula solo como “Fotón” en referencia a que le hemos dicho que es una buena foto; finalmente a una imagen donde aparecen policías frente al Ministerio de Educación le pone: “Ministerio de Educación cuidado por la Policía Nacional de RD”. Con esta última imagen concluimos el ejercicio y nos vamos caminando rumbo a la parada de carro de concho para ir a descansar. Mientras avanzamos quedamos con Paulo de vernos el sábado para la reunión que será por la mañana y el domingo por la tarde para la marcha. Al acercarnos al lugar de nuestro alojamiento en la Zona Colonial poco después de las 9 de la noche, decidimos bajar hacia el Malecón para comprar algo de cenar, en el camino sentimos detrás de nosotros una sombra y al pensar que alguien nos sigue Pantaleón voltea para ver quién es y para nuestra sorpresa es uno de los chicos del taller que hace tiempo no vemos. Se trata de Jamesley, quien nos sonríe al vernos y se precipita a decirnos que Sosoki perdió la cámara, le preguntamos un poco más pero igual que Paulo, nos comenta que lo único que sabe es que la perdió o se la robaron, y le pedimos que le diga que no se preocupe por el incidente y que puede volver al taller cuando quiera. También le preguntamos por qué él y los otros chicos ya no han ido a la Gómez y solo nos responde que al día siguiente o el lunes ya irá y que sí quiere seguir en el taller, así que nos despedimos y quedamos de vernos pronto.

El viernes por la noche, casi a las 9, salimos a correr en el Malecón. Comenzamos a la altura de la calle Santomé, muy cerca de nuestro aparta estudio, y 10 minutos después, un poco antes de llegar a Güibía, veo a un chico que se me hace conocido con pantalón corto, playera verde y un sombrero. Al intentar enfocar bien y distinguirlo, caigo en cuenta que se trata de Sosoki, disminuyo un poco el paso con la mano levantada en señal de saludo y me sonríe tímidamente, luego Pantaleón se detiene para saludarlo y platicar con él. “Se perdió la cámara, patrón, se perdió la cámara”, es lo primero que le dice Sosoki a Pantaleón al acercarse. Pantaleón le

responde que no hay problema y que no se preocupe y aunque Sosoki insiste en disculparse, Pantaleón también es insistente en aclararle que no pasa nada y es entonces que Sosoki le cuenta que se quedó dormido y le llevaron todo, hasta la caja por lo que ya no puede trabajar, y efectivamente lo vemos llevar solo un cepillo en la mano con el cual se acerca a las personas para sacudirles los zapatos o para que al menos le den unas monedas. Aunque al principio el chico va caminando muy rápido mientras a su lado va Pantaleón y se nota un poco temeroso, poco a poco se tranquiliza mientras Pantaleón retoma algunos temas del taller y le pregunta si se acuerda del primer plano, Sosoki contesta que sí y con las manos le traza cómo quedaría el encuadre en primer plano, así que Pantaleón le comenta que le han robado la cámara pero no lo que ha aprendido de fotografía y el chico sonriente asiente. Sosoki manifiesta que sí quiere seguir aprendiendo aunque no ha podido ir a trabajar porque ya no tiene caja, por lo que Pantaleón le asegura que lo ayudaremos y le pide que se comuniqué con Paulo, pues nosotros hablaremos con él para que lo acompañe a buscar una caja. Aún sobre el Malecón, pero ya de vuelta una vez más a Santomé a nuestro alojamiento, nos despedimos de él y lo invitamos también a acompañarnos el domingo a la caravana LGBTTIQ para tomar fotos.

El sábado por la mañana acudimos al coloquio de la Asociación de Fotoperiodistas Dominicanos en la sede del Colegio Dominicano de Ingenieros, Arquitectos y Agrimensores (CODIA) en la Zona Colonial. No hemos sabido de Paulo el día anterior y pensamos que no llegará al evento porque no nos ha llamado para saber dónde vernos. Mientras el evento se desarrolla con algo de lentitud, salimos brevemente a desayunar y tomar un café en las cercanías. Ya en La Cafetera, conocido e histórico café de la Zona Colonial, Paulo llama a Pantaleón y le dice que ya está listo para ir a la reunión y está llegando a la pizzería de El Conde. Pantaleón va por él y yo me quedo esperándolos para acabar mi café, al cabo de diez minutos vuelven y regresamos al CODIA. Tras una exposición sobre la historia del fotoperiodismo, un reconocido formador de fotoperiodistas del país toma la palabra y Paulo se nota interesado: “reinventarse o morir”, “adaptarse a los nuevos tiempos”, recordando además a los presentes, pero sobre todo a los fotógrafos más jóvenes y en formación, algunos de los consejos básicos y la regla de los tercios. Paulo sigue

atento la exposición mientras Pantaleón comienza a mostrar el trabajo de nuestro alumno a algunos de los fotógrafos que están sentados cerca de nosotros. Les cuenta que el chico que está a nuestro lado es el autor de las imágenes y muchos de ellos se muestran sorprendidos y lo felicitan. Al finalizar el evento un par de fotógrafos se interesan por publicar lo que está haciendo Paulo y quedamos informalmente de enviarles la historia. Paulo sonrío cada vez que se le acercan a felicitarlo, da las gracias y se ve contento. Mientras Pantaleón sigue platicando con algunos de sus camaradas y conocidos, a los que tenía mucho tiempo sin ver, Paulo me dice que consiguió los tenis que lleva puestos con su amigo Eddy, y de hecho es notorio que ha hecho un gran esfuerzo por arreglarse: porta un pantalón de mezclilla y una camiseta verde limón que se ven muy limpios, además de unos tenis blancos que parecen nuevos o semi nuevos. Le comento que creímos que no iría porque no nos llamó y me responde que el día anterior había terminado de trabajar tarde y no quiso molestarnos con una llamada a media noche. Se nos acerca Francisco Morillo, uno de los fotógrafos ponentes y quien nos ha invitado, felicita a Paulo por sus imágenes, le comenta que tiene un muy buen ojo y una visión particular, agrega que vio su serie del almacén y le gustó mucho porque ni él podría haber hecho algo así, pues tiene la ventaja de poder acceder a ciertos lugares porque es parte de ellos, y eso le permite hacer un trabajo diferente y cercano. Le platica que él ha hecho trabajos sobre un vertedero de basura y algunos burdeles y se le ha complicado entrar a algunos sitios, además de que su visión sería diferente a la que tendría alguien desde dentro y que conozca determinado ambiente. Paulo lo escucha con atención, no habla mucho pero repite algunas palabras y frases del fotógrafo como que entonces él tiene su propia visión. Cuando se despide Morillo, como se le conoce en el medio, le cuento a Paulo que buena parte de la gente que acudió al evento son quienes toman las fotos que aparecen en los periódicos, se sorprende y se emociona aún más porque varios se le han acercado para alentarlos. Salimos del CODIA alrededor de medio día y Paulo nos comenta que trabajará hasta la tarde porque se programó esta vez para estar con nosotros por la mañana, así que quiere seguir, aunque sea para ver la película que le habíamos recomendado (Ciudad de Dios), sobre un joven de las favelas en Brasil que se vuelve fotógrafo, y

cuando le comento que tenemos pendiente lo de su biografía me contesta que también podemos hacer eso, pero le explicamos que tenemos un compromiso familiar y debemos irnos, así que podremos hacerlo el lunes. Paulo entiende, nos despedimos, y quedamos de vernos al día siguiente para la caravana LGBTIQ en la pizzería del Conde a las 2 de la tarde. Sin embargo ya a punto de retirarnos, Paulo recuerda que ha olvidado decirnos algo y nos pregunta si iremos a buscar la caja de Sosoki. No tenemos mucho tiempo, así que Pantaleón le comenta que no podemos acompañarlo pero le da 250 pesos y le pide que procure que le den la caja en ese precio con el carpintero que la otra vez nos vendió la suya. Paulo cree que quizá a él no se la quieran vender a buen precio y nos sugiere acompañarlo, pero no podemos aplazar nuestro compromiso y solo le dejamos el dinero pidiéndole que nos llame si logra conseguir la caja. Aproximadamente a las 3 de la tarde llama para decir que sí pudieron comprar la caja y nos comunica con Sosoki, quien agradece la ayuda.

El domingo llegamos 10 minutos antes de de las 2 de la tarde a la pizzería del Conde para ver a Paulo, y esperamos pasadas de las 2 pero el chico no llega. Ante el calor y la falta de sombra a esa hora del día, decidimos movernos unas calles más y entramos a La Cafetera, ahí esperamos unos 20 minutos a ver si nos llama. Durante ese lapso recibimos una llamada de Paulo, le indicamos dónde estamos para que nos alcance y llega pasado un tiempo. Como lleva su caja de limpiabotas, la encargamos con las empleadas del lugar que ya nos conocen. Salimos del establecimiento y caminamos toda la calle El Conde para alcanzar el punto de partida de la caravana, en la Terminal Don Diego, en el Puerto de Santo Domingo. Mientras caminamos por El Conde, Pantaleón le va explicando algunas cosas a Paulo sobre fotografía y el tipo de evento que vamos a cubrir, además de citar la conocida frase del legendario Robert Capa, considerado padre del fotoperiodismo moderno: *“Si tus fotos no son lo suficientemente buenas, es porque no te has acercado lo suficiente”*, y le dice que con ello se alude tanto a la necesidad de acercarse a lo que se va a fotografiar, como a la importancia de saber lo que uno está cubriendo, de esta manera le explica que tiene que preocuparse por conocer algo de lo que va a documentar y que aunque no esté de acuerdo con una u otra

postura, en una manifestación, por ejemplo, el fotoperiodista suele buscar registrar todo sin tomar partido, y que ello no le va a quitar su opinión personal. Le da algunos ejemplos un tanto polémicos como en los casos de guerras y le dice que si le fuera imposible ayudar en determinado momento, su labor es documentar lo que está sucediendo y que también de alguna manera es una forma de ayudar y denunciar. Un ejemplo un poco más cercano y no tan complejo que yo le presento, aprovechando que acaba de jugar México contra Haití en la Copa Oro de fútbol, es que si trabaja para un medio y lo mandan a cubrir dicho partido, debe tomar fotos de las jugadas de ambos equipos, sin importar que él le vaya a Haití, y Pantaleón agrega que si incluso pierde Haití él no puede actuar como aficionado, enojarse por la derrota y dejar de cubrir al ganador. Paulo comprende el punto y Pantaleón continúa con los consejos fotográficos, recapitulando y manifestando entonces que como fotoperiodista es necesario estar informado y saber qué es lo que está pasando, qué situación va a documentar, además de que no puede llegar con la mente en blanco, pues eso también es parte de acercarse. Yo le recuerdo que cuando hizo la serie del almacén de harina, sabía lo que ocurría desde dentro y por eso había logrado un buen trabajo. Así que continuamos por preguntarle si sabe qué es lo que vamos a cubrir y cuál es la importancia, pues nos interesa cuestionarle esto sobre todo porque en un país como República Dominicana entendemos que la situación de la comunidad LGBTTIQ sigue siendo aún más complicada que en otros países, debido a que hay mucha discriminación, y como ya lo hemos comentado, una opinión generalizada que se difunde desde los medios por el poder de la iglesia (católica y evangélica) y de grupos conservadores que por ejemplo se oponen, tal como lo vimos en la protesta anterior, a lo que ellos llaman “ideología de género” en la educación, porque según ellos así convertirán a sus hijos en “gays”. Paulo nos responde que sí sabe a dónde vamos y que ya otras veces ha visto el desfile en el Malecón. Pantaleón le explica que no sólo es como un carnaval o una fiesta, y que ellos salen a desfilan por el respeto a sus derechos y para clamar no ser discriminados, Paulo escucha y asiente. Antes de irnos hacia el punto de partida de la caravana, Pantaleón entra a la pizzería en la que nos habíamos quedado de ver, porque sabe que no podremos comer hasta que termine el evento. Compra la

promoción de 2 rebanadas de pizza y un refresco por 99 pesos, y como ya le he dicho que yo no comeré, le da una rebanada a Paulo y la otra la toma para él, mientras la bebida se la deja al chico. Pantaleón se apresura a salir con la rebanada en la mano, y Paulo le pregunta si él come parado, Pantaleón le responde que en este tipo de trabajo no siempre se puede seguir un horario de comida y un ritual específico de sentarse a la mesa, y que a veces toca comer en la calle, en una banqueta o parado. Paulo entonces lo sigue y come mientras caminamos, al poco tiempo terminan sus rebanadas, y a Pantaleón le llama la atención que Paulo deje la orilla, por lo que se aventura a preguntarle por qué, y él responde que ellos le llaman hueso porque está duro y que el hueso no se come.

Al llegar a la Terminal Don Diego, donde comenzará la marcha, vemos que ya hay muchas personas congregadas y van llegando más. Notamos el colorido, muchos llevan banderas del arcoíris y de República Dominicana, comenzamos a tomar fotos y al principio Paulo se ve un poco distante, pero poco a poco se va acercando a los manifestantes, quienes en su mayoría posan tan pronto ven una cámara, incluso con Paulo que aún tarda con algunas tomas mientras hace los ajustes del aparato, y aún así pacientes esperan a que termine de hacer sus capturas. Me quedo muy cerca de Paulo por si llega a tener dificultades y Pantaleón también se mantiene atento un poco más a la distancia, pues al iniciar Paulo le pregunta qué tomar y Pantaleón se enfada un poco argumentando que él debe decidir. Cuando Paulo se suelta más y se acerca a varias personas para tomarles fotos, termina algunas tomas y se las muestra a Pantaleón, él en algunos casos le dice que están bien y en otros que debe mejorar la composición y le explica cómo, además de que le aconseja no abusar mucho de las tomas verticales pues no siempre se justifican, salvo que sean retratos. Vemos que comienza un acto en una tarima donde hablan representantes de algunas embajadas en el país, escuchamos un poco sobre su acompañamiento a la lucha y reivindicaciones de la comunidad LGBTTIQ, y como vemos que la mayoría comienza a subir a camiones y automóviles para comenzar la caravana, nos adelantamos para que nos de tiempo a pie verla en distintos puntos del Malecón. Aguardamos muy cerca del monumento a Fray Antonio de Montesinos y Pantaleón le explica a Paulo que ahí se podrían hacer imágenes con mayor

significado cuando la caravana pase, pues Fray Antonio de Montesinos fue quien se cree que hizo el primer clamor por los derechos humanos en América, pues al ser de los primeros evangelizadores en llegar, se dio cuenta del trato a los indígenas en la isla y pronunció un sermón en el que se mostraba en desacuerdo con la esclavitud y la explotación, preguntándose si los nativos no eran tan humanos como los colonizadores. Esperamos entonces cerca del monumento y unos 15 minutos después llegan los primeros manifestantes a pie, lo que podría llamarse la vanguardia de la caravana, con un cartel pintado con un corazón, la mitad con los colores de la bandera dominicana, y la otra mitad con los colores del arcoíris, una pequeña leyenda debajo que dice “Orgullo GLBTIQ #RD 2019”, y una leyenda de mayor tamaño abarcando toda la pancarta: “#YoTambiénSoyDominican@”. Detrás de ellos pasan algunos carros más con los participantes de la caravana, algunos sentados sobre los toldos y agitando banderas del arcoíris, y también una pequeña caravana de ciclistas que apoyan al movimiento. Después de unos pocos contingentes notamos que los demás se han quedado atrás y decidimos esperar a que pasen mientras caminamos un poco más antes de llegar al punto final en la Plaza Juan Barón, cerca del Obelisco. Finalmente, al cabo de una media hora pasan los demás vehículos en caravana, algunos en motocicletas, otros en automóviles compactos llenos en el interior y también con gente afuera sentada sobre los techos gritando, animando y bailando, algunos con banderas del arcoíris o banderas dominicanas, otras con el escudo de corazón del evento e incluso una bandera mexicana, y también sonando unas cornetas de plástico o llevando globos de diferentes colores. Hay algunas organizaciones que desfilan en camiones descubiertos más grandes como la representación de la Unión Europea, y también guaguas más viejas llenas de participantes con prendas y accesorios multicolores. Hasta aquí no vemos tantos espectadores, salvo uno que otro curioso, algunos tomando fotos con sus celulares, y esporádicamente alguien que grita alguna frase homofóbica contra ellos. Al aproximarnos al punto de llegada hay más gente esperando y observando la caravana, muchos de ellos con sus teléfonos celulares tomando fotografías. Cuando arribamos a este sitio vemos a Jamesley y a otro niño junto a él que nos saluda y está mirando el evento, logramos reconocerlo y nos



damos cuenta que es el chico que vimos los primeros días cuando los encontramos afuera del supermercado El Nacional, es decir, nuestro primer interlocutor, quien nos contó que su mamá había migrado a Brasil y que después nos dijo que le quitaron la caja en una redada policial. Brevemente nos cuenta que ya está trabajando de delivery (repartidor) en un colmado en San Carlos y notamos que aunque lleva un short y una camiseta sin mangas, está en mucho mejores condiciones, además de que su compañero nos dice que él tiene un celular, y el chico, al que llaman “el Flaco”, nos lo muestra.



Imágenes de la caravana del Orgullo LGBTTIQ. Fotos: Paulo Robinson

Al llegar a la Plaza Juan Barón los manifestantes se van dispersando y decidimos concluir la cobertura, regresando por el Malecón hacia La Cafetera, el punto en el que habíamos acordado que nos encontraríamos si nos perdíamos y donde encargamos la caja de Paulo. Previamente, cuando avanzamos desde el punto de partida hacia el monumento a Fray Antonio de Montesinos para esperar a la caravana, hemos subido algunas fotos de Paulo a las redes sociales de OllinPix con su consentimiento, aunque él también espera que aparezcan en algún periódico para mostrar a sus conocidos. Mientras vamos caminando por el Malecón, de regreso a la Zona Colonial, Paulo nos pide que le tomemos algunas fotos “como

fotógrafo”, es decir, con la cámara, para su perfil de Instagram y de su página, y además para que la gente le crea que de verdad está tomando fotos. Le tomamos algunas y seguimos caminando hasta un Pica Pollo<sup>78</sup> chino de la Zona Colonial donde nos detenemos a comer. Pantaleón pide un paquete de pollo frito grande con tostones para compartir con Paulo y un refresco, y yo un paquete chico de pechurinas con tostones. Cuando nos sentamos a comer, Pantaleón le dice a Paulo que tome las piezas que quiera y le contesta que no, que comerá las piezas que él le quiera dar, pero Pantaleón insiste y el chico toma algunos tostones, tres piezas y algo de cachú. Pantaleón le llena un vaso con refresco y otro para sí mismo, yo no tomo refresco así que he pedido una cerveza y comenzamos a comer. Al cabo de un rato terminamos y Pantaleón ve que Paulo no “limpia lo suficiente” el pollo y que deja bastante carne pegada a los huesos, se lo hace notar y Paulo, con un semblante que se torna un poco más serio, no dice mucho salvo que él no se come todas las partes del pollo. Durante la comida también charlamos un poco con Paulo, le preguntamos qué le pareció la experiencia y nos responde que le ha gustado, sobre todo tomar fotos, y aunque le comentamos que iremos por su caja y luego nos retiraremos para descargar todo el material, verlo, editar las imágenes y subirlas a la plataforma de OllinPix, pues todo eso es también parte del trabajo del fotoperiodista, él expresa que le gustaría ver la película que le hemos recomendado y pregunta si le prestaremos la tablet, pero le respondemos que tenemos que irnos a trabajar las imágenes y que debemos cargar la tablet y borrarle las fotos que tiene para que la pueda usar, y aunque insiste, le reiteramos que en ese momento no podemos prestársela, porque además si vuelve a trabajar a la zona del Malecón, como nos ha dicho, se la pueden robar con tanta gente que hay por ahí, así que quedamos que se la prestaremos en la noche cuando él termine de trabajar y nosotros podamos cargarle la batería y limpiarla. Casi a punto de retirarnos del pica pollo, Pantaleón le pregunta a Paulo sobre su vida en Haití y cómo era vivir ahí, Paulo cambiando el semblante y volviendo a la seriedad semejante a cuando le preguntó por qué no comía todo el pollo, le responde casi como si estuviera enojado,

---

<sup>78</sup> Así se le conoce al pollo frito en República Dominicana, actualmente suele venderse en los restaurantes chinos.

que le va a contar cuando le prestemos la tablet. Nos sorprendemos un poco por la reacción y nos levantamos de la mesa para ir a recoger la caja de Paulo a La Cafetera. Pantaleón se despide en chino del encargado del negocio, del mismo modo como le habló y lo saludó al llegar, cosa que sorprende a Paulo, quien no sabe que el profesor habla chino, aunque ya después Pantaleón le cuenta que solo un poco, que es chino cantonés y lo aprendió cuando era adolescente y trabajaba en un laboratorio fotográfico con chinos.



Imágenes que Paulo nos pide tomarle en su faceta de fotógrafo. Fotos: Miguel Pantaleón

Llegamos a La Cafetera, nos dan la caja de Paulo y él pide un vaso de agua porque dice que toma mucha y en el pica pollo lo que tomó fue refresco. Salimos, Paulo toma el vaso y sale detrás de nosotros, decidimos acompañarlo hasta salir de El Conde pues ya nos ha dicho varias veces que a los politur no les gusta ver a los boleros trabajar por ahí y por el solo hecho de llevar caja a veces los molestan. Y es que días antes nos ha contado junto a Manuel, el niño dominicano, cómo los han tratado ahí en El Conde y que incluso le llegaron a poner una esposa, pero gracias a un periodista que grababa con su celular lo dejaron tranquilo porque si no quizá no lo hubieran soltado, incluso Manuel en esa ocasión nos comenta que a él también lo han esposado para molestarlo. Al salir de El Conde por una calle paralela, nos

despedimos de Paulo y quedamos que él nos llamará en la noche cuando termine de limpiar zapatos para que le prestemos la tablet. Más tarde, alrededor de las 10 de la noche Paulo nos llama y lo encontramos en la pizzería de El Conde para darle el iPad. Ya más relajado menciona que fue mejor que no le prestáramos la tableta porque se hubiera “enviciado” y no habría trabajado, y que esa tarde después de despedirnos había logrado ganar 800 pesos. Nos alegramos por ello, y como ya es muy noche nos retiramos pronto, no sin antes decirle que lo veremos al día siguiente a las 6 de la tarde en la Máximo Gómez.

El lunes acudimos a la avenida Máximo Gómez a las 6 de la tarde para encontrarnos con Paulo y ver cómo le fue con el iPad. Previamente, alrededor de las 2 o 3 de la tarde le ha llamado a Pantaleón porque se le estaba descargando la tablet y quería que le lleváramos el cargador. Al cabo de un rato vemos a Paulo sentado afuera del supermercado El Nacional sobre el bote que siempre lleva junto a su caja para sentarse mientras limpia zapatos a sus clientes, mirando fijamente la tablet y manipulándola. Pantaleón se acerca a él y Paulo le comenta que sigue tomando algunas fotos ahí donde se encuentra sentado, así que le dice que cuando termine estaremos esperando al frente en el establecimiento de donas y después de un rato Paulo cruza para vernos. Le preguntamos cómo le fue con el dispositivo y nos responde que no tomó muchas fotos, le pedimos entonces que nos muestre las imágenes y en efecto vemos que sólo tiene unas cuantas y de todas ellas solo observamos una que nos parece buena en la que aparece Jamesley sentado sobre la barda de la pensión en lo alto, como en una especie de balcón, y abajo se aprecia la calle y los alrededores del Pequeño Haití. Las demás fotos son hechas en los alrededores de El Nacional en la avenida Máximo Gómez donde trabaja, como la gasolinera y la Embajada de Haití, pero no son “buenas” imágenes en términos de composición fotográfica, muchas están borrosas y no tienen un motivo claro (también hablando desde el punto de vista fotográfico). Notamos que lo que ha tomado lo ha hecho para salir del paso y yo incluso recuerdo que había comentado que cuando le prestáramos la tablet iba a aprovechar para ver videos, su página web, y checar su Instagram. Le preguntamos entonces por qué no ha tomado fotos y responde que se desveló y se levantó muy tarde, que va llegando a la zona y no

ha podido hacer mucho, pero si le dejamos la tablet otro día podrá hacer más. Nos pide el cargador para de una vez ir cargando el iPad pero no lo tenemos en este momento y le decimos que nos llevaremos la tableta para cargarla pues solo contamos con un cargador para varios dispositivos, por lo que nos es imposible prestárselo. Le comentamos que si se la volvemos a prestar, esta vez sí tendrá que hacer más fotos porque sabemos que también se ha entretenido con la tablet para otras cosas como hablar con sus amigos de Instagram, y que no está mal que lo haga pero se la dejamos para que tome fotos, así que esperamos que la use dando prioridad a esto último. Paulo asiente y se nota arrepentido, manifiesta que sí la usará para hacer las historias que tiene pendientes como el seguimiento al chiquito, y otras que se le han ocurrido de algunos personajes y lugares de su barrio, como la señora que vende café o la convivencia en torno a la “paletera”. Le comentamos además que en un periódico están interesados en su trabajo fotográfico y su historia, pero que para armar un artículo sobre él, es necesario que nos cuente un poco más de sí mismo para que la gente que lea el periódico lo conozca. Es así como se anima a contar algo, y aunque en un inicio nos plantea que él nos irá diciendo las cosas mientras nosotros anotamos, como en una especie de dictado, le preguntamos si mejor podemos grabarlo pues aunque de todos modos se transcribirá lo que nos cuenta, así tardaremos menos. Paulo accede a que lo grabemos y le pedimos que nos cuente lo que quiera que la gente sepa de él.

***“Hola, yo soy Paulo Robinson, Fotógrafo. Me gustaría contar mi historia...”***

Cierra tus ojos y habla... Así comenzamos a conversar con Paulo luego de instarlo a contar su historia, y es que nos ha platicado que no siempre le creen, quizá por ello al principio le cuesta hablar sobre sí mismo y narrarse al intentar hacerlo de una manera un poco más formal. Y al fin comienza: “Hola, yo soy Paulo Robinson, Fotógrafo. Me gustaría contar mi historia...” Paulo nació en el año 2002 y llegó a República Dominicana en 2014, lleva “seis años viviendo en la isla, trabajando y haciendo todo lo que se pueda”, agrega que empezó a ser fotógrafo en el año 2019, lleva un mes siéndolo y le gusta mucho la experiencia así como el trabajo que ha realizado. También aprovecha para pedir apoyo para “echar pa’ lante”, pues dice

que ahora tiene 17 años y pronto cumplirá los 18. Comenta que vive en una zona llamada “La Benito” en el barrio San Carlos y ha habitado en una casa donde pagaba mensualmente 1,500 pesos, pero como vio que con su trabajo no podía pagar tanto dinero junto al mes, se cambió a otra donde paga 200 pesos diarios, y continúa, así “echando pa’ lante” fue como conoció al fotógrafo Pantaleón, quien decidió enseñarle algo de lo que sabe y de su trabajo y experiencia para que pueda cambiar su vida, aunque está consciente que eso no será tan rápido, pero “con ayuda de Dios todo se puede”, y está trabajando pues le gustaría ser un buen fotógrafo en República Dominicana o donde sea, en el mundo entero, remata. Paulo también nos cuenta que aquí siempre desde que llegó hace seis años ha sido limpiabotas y a veces ha hecho otros trabajos, pero su “profesión” siempre ha sido la de limpiabotas desde 2014 hasta la fecha, 2019, y su espacio laboral es la avenida Máximo Gómez. Nos dice que su peor trabajo ha sido como cargador de sacos de harina porque es muy pesado, es por ello que se decidió por ser fotógrafo. Paulo cuenta además que vivió con su mamá hace 10 años, y hace casi 4 falleció y llegó a República Dominicana a los 11, desde entonces, continúa, nadie ha vuelto a saber de él, aunque vio la oportunidad de regresar a su país en 2018 pero no pudo ver a nadie porque sus padres habían muerto, su mamá de cáncer en el año 2016, y su papá de una hernia en 2015. A pesar de esto, sí señala que tiene una hermana y un hermano de 24 años de edad, y que después de que sus papás murieron estuvo viviendo con su hermano, pero éste vivía también con su novia así que después de poco más de un mes lo corrieron pues ella quería ser “libre en su casa”, así que su hermano tuvo que sacarlo una mañana del 2018 y desde entonces se fue y no piensa “echar pa’ atrás” para nada, ni por un hermano, enfatiza, y seguirá, según sus palabras, con “Dios delante”. Sobre sus amigos nos comenta que a ellos les gusta de él sus acciones y sus formas, y a los que no, son sus enemigos, agrega que por su barrio no tiene tantos amigos y que ha habido gente que le “manda a hacer lo malo”, y a ellos tampoco los considera amigos, sino a aquellos que le pueden dar un buen consejo. Cuenta que al llegar a República Dominicana no pensaba en encontrar una familia o amigos sino que solo decidió venir “para poder tener un valor”, agrega que antes de arribar estuvo hablando con cuatro amigos y

uno de ellos que era mayor ya había estado en el país, conocía y decidió llevarlos en un furgón trancados. Así que un día por la mañana salieron de sus casas en Haití, y al poco tiempo llegaron a Santo Domingo, la capital dominicana, a un sitio que le llaman “Pintura”<sup>79</sup>, él estaba sorprendido y espantado con la ciudad porque “estaba todo chiquito y no había nunca pensado a visitar un país” y a los tres días los chicos, que habían viajado juntos, tuvieron que separarse porque les “cayó” la policía. Paulo comenta que lo agarraron los politures y lo llevaron a Conani<sup>80</sup>, ahí nos dice que lo dejaron dos años y fue donde aprendió español pues antes no hablaba nada ni sabía nada de este idioma. Aclara que Conani es un sitio que adopta a los niños que andan en la calle, y al preguntarle cómo fue su experiencia ahí, Paulo contesta que era muy menor, pero que ahí comía, vivía y dormía, e incluso enfatiza que les daban cinco comidas al día. Cuenta que salió de ahí en el año 2017 cuando escapó y se fue con cuatro chicos más con los que andaba. Queriendo entender por qué escapó le preguntamos si lo maltrataban y responde que no, pero se fue con sus amigos dominicanos que sabían andar en la calle y lo llevaron con ellos. Sobre estos amigos señala que algunos están presos, otros muertos y otros con vida pero no sabe dónde están. Le preguntamos si aprendió mucho en Conani y contesta que “no tanto”, pero aprendió a leer y escribir. También queremos saber qué hacía en Haití y señala que ahí solo estudiaba, a las 12 él iba a la escuela con pantalón corto gris y camiseta amarilla, su hermano iba desde las 8 mientras él se quedaba cuidando a su hermana más pequeña cuando su mamá aún vivía. Nos comenta que cuando estaba en tercero aprendía mucho pero también hacía mucho desorden y a veces no obedecía al profesor, pero aún así piensa que le daban “buen estudio” allá, manifiesta que le gustaba más la escuela en Haití porque allí estuvo más tiempo escolarizado y en República Dominicana solo 2 años, y refiere además que en Conani los llevaban a una escuela afuera pero también tenía clases dentro. Indica que en Haití llegó hasta séptimo año y estuvo a punto de

---

<sup>79</sup> Así se le conoce a un área del oeste de Santo Domingo donde se encontraba la fábrica de pintura, actualmente existe cerca una zona industrial y además de transitar vehículos de carga de mercancía que se distribuye a todo el país e incluso al país vecino, confluye una carretera por donde se va y viene del sur y de Haití.

<sup>80</sup> CONANI, siglas del Consejo Nacional para la Niñez y la Adolescencia, es la dependencia semejante al DIF mexicano, que se encarga de velar por la protección de los derechos de las niñas, niños y adolescentes. Uno de sus servicios son los Hogares de Paso, en donde se da acogida a menores en situación de riesgo o vulnerabilidad.

pasar un grado más pero se fue a República Dominicana y no logró “coger el carnet” para pasar de curso. Paulo finaliza esta breve semblanza volviendo al tiempo actual y retomando su nueva faceta, expresa que cuando empezó a decirle a la gente que es fotógrafo algunos se burlaban de él pero ya que han visto su trabajo algunos lo felicitan aunque otros dudan que él lo haya hecho.

Luego de esta conversación que grabamos por alrededor de 15 minutos, nos retiramos y Paulo nos cuenta algunas cosas más mientras nos acompaña a la parada del carro de concho, por ejemplo, cuando le preguntamos si nunca le ha tocado una redada de migración nos comenta que sí pero él dice que tiene 16 años y al poco tiempo lo sueltan, pues al parecer ser menor de 16 le asegura que no puedan llevárselo, y agrega que aunque tenga 17 años va a seguir diciendo que tiene 16 para protegerse de ser agarrado, e incluso cuando cumpla los 18. Pero aún así expresa sus deseos de ir a Haití en algún momento a buscar su acta de nacimiento y poder regularizarse en República Dominicana, para lo que necesita sacar su pasaporte, y aunque tarda un poco, sabe que por unos 2 mil pesos dominicanos hay personas afuera de la embajada que pueden ayudarlo a facilitar el trámite. Además, fuera de grabación, cuando volvemos al tema de cómo aprendió español cuando estaba en Conani y de manera más informal, Pantaleón le pregunta a Paulo cómo fue posible que aprendiera tan bien y si había tenido clases con algún maestro que le enseñara, el chico responde que no y que aprendió porque era “el único negro” (haitiano) ahí y debía comunicarse con los demás. Yo le pregunto entonces si en la escuela lo aprendió y me dice que no exactamente, pues él podía seguir yendo y solo escuchar sin entender nada, pero que fue más bien en la interacción con sus compañeros. Llegamos a la parada de carro de concho y nos despedimos como habitualmente lo hacemos, quedando de vernos al día siguiente, además de decirle a Paulo que la próxima sesión le llevaremos la tablet para que pueda tomar más fotos o hacer algunas de las historias que ha pensado.

El martes 9 de julio alrededor de las 6:30 de la tarde vamos a la avenida Máximo Gómez a buscar a Paulo para prestarle la tablet. A estas alturas ya no creemos volver a encontrar a los demás niños porque llevamos una semana sin verlos y



pensamos que quizá se han movido a otro punto y no volverán. Paulo no está, sin embargo vemos aparecer de repente al Chiquito con un chico mayor, quizá de la edad de Paulo, pero más alto. Le preguntamos por Paulo pero no lo ha visto, así que decidimos reanudar clases con él que se muestra dispuesto. Como ya ha pasado tiempo, queremos saber si recuerda algunas de las nociones que enseñamos anteriormente, y sorprendidos nos damos cuenta que se acuerda bastante tanto de los planos como de la apertura del diafragma, sabe cuándo abrir o cerrar “la ventana” según haya poca o mucha luz, así que decidimos enseñarle algo nuevo: el exposímetro. Le pedimos cruzar al otro lado porque ahí estamos más tranquilos y para nuestra sorpresa accede, pues antes era de los que mostraba menor interés en el taller, y algunas veces prefería después de un rato ir a pedir dinero al supermercado, cosa que atribuíamos a que se aburría porque hablaba poco español pues casi no decía nada y a veces le tenían que explicar las cosas en creole, pero ahora nos seguimos sorprendiendo aún más cuando notamos que se comunica bastante bien en nuestro idioma. Ya una vez al otro lado, afuera de la heladería en remodelación donde otras veces nos hemos acomodado, comenzamos a explicarle al chiquito cómo funciona el exposímetro en la cámara y que sirve como apoyo para realizar una correcta exposición al colocar la aguja en el centro cuando movemos apertura y velocidad. Él nos sigue con atención mientras el otro chico que desde el inicio lo acompaña continúa a su lado pero sin mucho interés, quizá porque no ha estado previamente y muchas de las cosas que decimos sobre fotografía le parecen incomprensibles, pero nos comenta que se llama Jeffrey y nos damos cuenta que entiende el español y puede hablarlo. Previamente, al verlos por primera vez este día, le preguntamos al Chiquito dónde habían estado y por qué ya no habían venido, él nos responde que se había ido a Boca Chica<sup>81</sup> con el Gordito (otro de los alumnos que teníamos con regularidad que suele portar siempre ropa más amplia, tipo sport). Al notar que sí nos entiende más que en ocasiones pasadas y que sí habla español, le preguntamos cuánto tiempo tiene en

---

<sup>81</sup> Ciudad turística a 30km de Santo Domingo, aquí se encuentra una de las playas más cercanas de la capital donde se puede entrar al mar.

República Dominicana y nos contesta que lleva 3 años y llegó con su papá que es mecánico y vivían en Santiago<sup>82</sup>.

Mientras realizamos con el chiquito el ejercicio de buscar el exposímetro al colocar el ojo sobre la mirilla y lograr que la aguja esté en el centro con una buena combinación de apertura y velocidad, para tomar una foto con una correcta exposición, comienzan a llegar otros de los chicos conocidos y se van integrando al taller: Elson, Sosoki, Jamesley y el gordito. El chiquito logra ubicar el exposímetro, poner la aguja en el centro y realizar una foto bien expuesta rápidamente y pronto, a los chicos que también quieren practicar, les explicamos qué es y cómo funciona el exposímetro con la ayuda de un diagrama que dibujamos en una hoja. Después de mencionarles que el ejercicio consiste en colocar la aguja en el centro y tomar una foto una vez hecho esto, los chicos toman turnos para tener la cámara y practicar. Mientras esperan, uno de ellos, Elson, comienza a limpiar mis tenis con una jabonadura y como sé que están sucios dejo que continúe haciéndolo y coloco el pie sobre el soporte de su caja como él me indica. Al terminar, por cortesía, le pregunto cuánto es, y me cobra 25 pesos (lo que regularmente suelen cobrar por una boleada), pero rápidamente el gordito lo reprende en creole pues a nosotros que les enseñamos gratis no nos cobran, y aunque Elson recapacita, le doy los 25 pesos y le digo que está bien porque es su trabajo. Cada uno de los chicos pasa a realizar su ejercicio aunque les cuesta ubicar el exposímetro y poner la aguja en el centro, por ello se animan unos a otros al son de la frase “mete-yo”, que aunque así escuchamos se refieren a poner el ojo en creole (mete je a), para que el fotógrafo en turno vea por la mirilla, encuentre el exposímetro y coloque en el centro la aguja. Pantaleón termina también por unirse al cántico del “mete-yo” para alentarlos porque se les sigue complicando, incluso se le dificulta a Paulo que llega al final y se une al ejercicio a petición nuestra, pues suele hacerse a un lado cuando hay clases grupales, en lo que nosotros percibimos como un sensación de su parte de mayor avance respecto a los demás. Pese a que Paulo ya le hemos enseñado anteriormente el funcionamiento del exposímetro, e incluso ya hecho dos prácticas

---

<sup>82</sup> Una de las ciudades más importantes en República Dominicana, después de Santo Domingo, se ubica en la región norte y se destaca por ser uno de los principales centros económicos del país.

en coberturas que ameritan su uso, vemos que tiene problemas para hacer el ejercicio, aún más que el chiquito, quien rápidamente puede hacerlo y para estos momentos ya se encuentra durmiendo en el sitio donde nos encontramos, sentado en la banqueta con la cabeza reclinada sobre sus piernas. Mientras ya todos estamos repitiendo el “mete-yo” con los niños que se encuentran muy divertidos, Paulo les cuenta que Pantaleón habla chino, y los demás incrédulos piden que les diga algo. Pantaleón accede y comienza a hablar en chino cantonés en tanto los chicos escuchan atentos y sonrientes, así que Pantaleón les hace repetir algunas frases: “Ni jou ma? (¿cómo estás?), Gua jou, ¿nini? (yo estoy bien, y ¿tú?), Jou (bien)”, los chicos lo siguen entretenidos y luego él les pide que le enseñen a decir ¿cómo estás? en creole y ellos lo instruyen a coro: “koman ou ye?”. Después de un rato de diversión, terminamos la sesión, le damos el iPad a Paulo, y le pedimos que esta vez sí haga más fotos, de preferencia imágenes que nos puedan contar una historia, y le comentamos, además, que le hemos conseguido una tablet que se podrá quedar por más tiempo para que tome fotos, y se la daremos cuando llegue una visita que recibiré desde México, en donde hemos gestionado algunos dispositivos donados y otros en préstamo para el taller.

Al día siguiente, miércoles, en el horario habitual, poco después de las 6 de la tarde, acudimos a la avenida Máximo Gómez y nos encontramos otra vez primero al Chiquito con otro joven que no es el mismo del día anterior. Cruzamos con él hacia la heladería para comenzar las clases y poco a poco van llegando los demás, Elson y el gordito, quienes pronto se integran al taller. Ahora vemos el “bokeh”, la profundidad de campo y el enfoque selectivo para resaltar un motivo enfocado mientras el rededor se aprecia borroso. Va apareciendo la luna y Pantaleón les muestra un ejemplo con ella: toma una foto enfocando la luna con el lente abierto e incluyendo en el encuadre a una palmera, de tal manera que esta última aparece borrosa y luego al revés, con la palmera enfocada y la luna borrosa. Los chicos siguen atentos la clase y se muestran interesados y sorprendidos por el efecto, entonces Pantaleón les explica que suele utilizarse en publicidad y que para ello es necesario tener el lente abierto con un número f bajo, lo que les permitirá tener una menor profundidad de campo y con ello resaltar un motivo mientras lo demás se ve

más borroso. Luego de esta explicación les proponemos hacer un ejercicio y los formamos uno detrás de otro por estaturas, de menor a mayor, para que el fotógrafo en turno enfoque solo al primero de la fila y los demás queden borrosos, y en las siguientes tomas solo al de en medio y finalmente solo al último. El Chiquito es el primero en pasar y logra realizar el ejercicio con relativa facilidad. A los demás les cuesta hacerlo, pues aunque han comprendido los principios se les dificulta localizar el botón para enfocar el motivo exacto que se desea capturar. Mientras se desarrolla la clase, vemos que ya son las 7:30 y nos preocupa que Paulo no llegue, pues le prestamos la tablet y usualmente logramos verlo más temprano, entre 6 y 6:30 de la tarde. Finalmente llega Paulo y en tanto los demás practican, y el Chiquito duerme como hace un día, sentado después de realizar su ejercicio, él me muestra el iPad y las fotos que tomó. Esta vez se esfuerza más por hacer una historia mostrándonos diferentes aspectos de su barrio. Pantaleón nos interrumpe para pedirle a Paulo que haga también el ejercicio que los demás ya han hecho y que Paulo ya conoce, pues en las clases que solo hemos tenido con él ya se lo hemos enseñado. Paulo vuelve a tener dificultades para hacerlo como el día anterior, e incluso preguntamos en general cómo se logra el efecto y él contesta que con el enfoque, aunque le falta considerar que es necesario tener el lente abierto, así que volvemos a repasar la profundidad de campo y apuntamos que hay poca con un número f bajo, lo que nos permite tener dicho efecto, y mucha con un f alto que posibilitaría ver aún más cosas aunque no sean el motivo principal. En este sentido, yo les pongo el ejemplo de cuando entrecerramos los ojos para lograr distinguir mejor algo lejano que no alcanzamos a ver o leer, y les comento que así pasa cuando cerramos el lente con un número f alto. Al terminar vemos con todos las fotos que ha hecho Paulo y comentamos cuáles son las mejores tomas y por qué. En su nueva entrega observamos los murales del barrio, la pensión donde viven los chicos, algunos vendedores y personajes como la señora que vende café, así como un tradicional camión haitiano de carga. Luego de ver las imágenes y casi finalizando la sesión, le comentamos a Paulo que el día siguiente será el último de clase con Pantaleón y que lo que haremos será editar las mejores fotos de esta entrega para hacer una nueva serie, escogiendo con él el orden de las imágenes para que nos cuenten una

historia, de entre las que por cierto vemos una gran toma de un punto donde se vende y consume droga y que Paulo nos cuenta que logró tomar escondiéndose sin que lo vieran porque si no habría estado en problemas. Como previamente nos ha llamado para comentarnos que le ha faltado decirnos más cosas para su historia, le pregunto qué es y si quiere otra vez contarnos más y nos responde que mejor al día siguiente con más calma. También le decimos que le enseñaremos a subir fotos en su página para que él pueda gestionarla completamente, y nos pregunta si ya puede cambiar las contraseñas de su página e Instagram pues sabemos que también por ahí se comunica con otras personas y entendemos que necesita autonomía y privacidad en dichas plataformas. Así que le contestamos que sí puede cambiarlas pero que nos espere solo con la página porque aún nos falta subir la última historia que acaba de hacer. Antes de despedirnos también nos comenta que prefiere que le consigamos un celular en lugar de la tablet que le habíamos dicho, porque para él es más fácil comunicarse con un celular. Pantaleón un poco molesto le dice que no le hemos dado a escoger, que lo que hemos conseguido es una tablet nueva que nos han donado para que él pueda hacer fotos, y que además ahí también podría comunicarse si se conecta a internet en una red wifi abierta, pues nos ha dicho que donde vive hay una. Paulo insiste en que lo que quiere es un celular y que ya le habíamos comentado en otra ocasión que nos lo pidió, que quizá podríamos traer de México uno viejo que no funcionaba tan bien. Pantaleón insiste que la tablet ya está ahí donada y es lo que se tiene, que se la pensábamos dar para que tome fotos, no para chatear, pues él mismo nos acaba de comentar que en la tablet no se puede chatear y por eso prefiere el celular. Sin embargo, terminamos por acceder ante su insistencia, y le decimos que si prefiere el celular le conseguiremos el que le habíamos comentado pero que es usado y hay algunas funciones, como la bocina, que no están del todo bien y que ya eligió eso en lugar de un dispositivo nuevo que también le podría haber servido. Finalmente nos despedimos y nos pregunta si no habrá más (en relación al taller), le decimos que no pues ya es tarde y ya trabajamos grupalmente y que él igualmente hizo su ejercicio como los demás. Comenzamos a retirarnos y quedamos de vernos al día siguiente, pero se acerca Jamesley para decirle a Pantaleón que a él también le gustaría salir a tomar fotos

como lo hemos hecho con Paulo como cuando nos vio en la cobertura de la caravana LGBT, y le contesta que sí, que es la idea del taller, que todos puedan salir a tomar fotos, e igualmente Elson se aproxima y manifiesta que él también quiere que le prestemos una cámara. Del mismo modo le respondemos que sí y que yo estoy gestionando al menos una para que todos tengan oportunidad de llevársela y que la única condición es que la cuiden. Elson aprovecha para recordarnos que veamos los videos de “Team Vakam” en YouTube, y nos cuenta que es un haitiano del barrio que hace videos y que ellos han aparecido en algunos. El gordito también se acerca y le recuerda a Pantaleón la petición del día anterior, pues contó que cuando había ido a Boca Chica le habían robado su caja. Pantaleón le dice que en este momento también él está muy complicado de dinero y que verá si puede hacer algo, aunque sea conseguirle material para que la haga él, como Elson, que después de no verlo varios días, al regresar nos dijo que en ese tiempo le habían robado su caja y que por eso se había ido, pero que logró fabricar una él mismo. El gordito asiente con cara seria, como sin mucha esperanza, y se va.



Ejercicio de profundidad de campo con los niños y adolescentes haitianos migrantes. Foto: Black Fotógrafos

El jueves más o menos a medio día encontramos por casualidad al flaco muy cerca del Parque Independencia. Nos saludamos y vemos que el chico lleva una caja de limpia botas así que le preguntamos si ya no trabaja en el colmado del que nos

había hablado, y contesta que cerró por vacaciones así que vuelve hasta agosto. Después del breve intercambio de palabras cada quien sigue su camino, y más tarde, por la noche, a las 7:30, nos asomamos a buscar a Paulo para realizar los pendientes que teníamos con él, pues la última sesión del taller con Pantaleón había sido el día anterior con todo el grupo, antes de que él regrese a México el viernes 12 por la mañana. No vemos a Paulo pero sí al Chiquito y le preguntamos por su compañero, nos dice que Paulo está “para arriba” (de la avenida), que se acaba de ir pero volverá. Aprovechamos para comentarle, como ya lo habíamos platicado Pantaleón y yo después de que Paulo insistiera en que prefería el celular, que le vamos a dar una tablet nueva para que él la tenga, que será suya y además así podrá hacer fotos. El Chiquito sonrío emocionado como el día anterior cuando Pantaleón le dijo que le gustaría llevarlo a ver a su papá y aprovecharán para mostrarle las fotos que ha tomado, y agregamos que en una o dos semanas le llevaremos el dispositivo porque lo traerán desde México. La decisión de darle la tablet a él después de que Paulo nos dijo que quería el celular, la tomamos basados en el avance e interés en el taller, pues nos ha sorprendido que el Chiquito aunque sea menor y al principio era molestado por todos mientras dormía, e incluso sigue habiendo momentos en que el sueño lo vence, logra hacer buenas tomas y ha aprendido mucho de los principios enseñados, aun las cuestiones técnicas más complejas como los ejercicios de los dos días anteriores, y porque además él nunca nos ha pedido nada. Un día antes, por ejemplo, llegó con una caja de limpiabotas y nos contó que se la habían prestado pues parece que él no tiene una propia y casi nunca lleva. Tras la breve charla, le decimos al Chiquito que estaremos esperando a Paulo al frente y le pedimos que cuando lo vea le haga saber que estamos en el establecimiento de donas, el chiquito asiente, nos despedimos y cruzamos la calle. Paulo llega poco tiempo después y en un tono que percibimos como de reproche, menciona que el Chiquito anda diciendo que le daremos la tablet. Cambiamos un poco el tema y le decimos que tenemos algo para él, pues el día anterior por la noche, mientras estábamos en el Malecón, nos habíamos encontrado un celular que hemos planeado darle. Le contamos cómo fue el hallazgo, y mientras hablamos y se lo damos, él sonrío y comienza a verlo y manipularlo. Le comentamos que

estuvimos esperando mucho tiempo a ver si volvía el dueño para entregárselo, y después de que vimos que nadie llegaba a buscarlo, intentamos llamar a alguno de los contactos para devolverlo, pero nos dimos cuenta que no tenía chip, y que era como si alguien que estaba de visita, algún migrante o una persona que tenía muchos celulares, de repente hubiera decidido dejarlo ahí, pues además tenía la pantalla un poco estrellada. Después de esta explicación agregamos que entonces el teléfono es suyo, y que ya podrá comunicarse como quería aunque nos percatamos de que la cámara frontal no funciona. Paulo responde que aún así le servirá y ya podrá tener WhatsApp e Instagram, y nos hace un comentario en alusión a que cuando uno quiere algo y lo piensa, dios le ayuda. Luego de esto, procedemos a hacer los pendientes que teníamos, como editar su última serie sobre su barrio, de tal manera que aprenda a hacer una historia desde un punto de vista fotográfico, y enseñarle a editar su página y subir imágenes en ella. Le decimos entonces que una serie puede llegar a tener hasta unas 12 fotografías, y aún así esa cantidad debe justificarse si es que se tienen muy buenas imágenes. Comentamos que se suele comenzar con una imagen de contexto, que puede ser una toma general para darnos una idea del espacio o el escenario y que ya luego puede ir presentando a los diferentes personajes y aspectos con tomas más cerradas, y que igualmente debe cerrar con una muy buena foto, quizá la mejor, y agrego que la primera y la última deben ser muy buenas. De esta manera y con ayuda de Paulo le damos un orden a la serie y comenzamos por presentar el barrio con una toma general hecha desde cierta altura, donde hay una edificación con un mural que le gusta a él, y que ya en varias ocasiones le ha tomado fotos, con una especie de virgen, y en la acera dos jóvenes parados frente al mural. Después queda una imagen dentro de la pensión de una puerta cerrada con candado en un espacio descuidado y sin mucha luz, con una pared azul pastel y un helicóptero dibujado quizá con bolígrafo. La foto siguiente es donde aparece Jamesley sentado en el balcón de la pensión con un sombrero, recargado sobre un cable, y abajo se aprecia el barrio (el Pequeño Haití), e incluso se logra ver la pollera de Lino. Posteriormente vienen tres imágenes con tomas generales desde las alturas y donde vemos el movimiento comercial de la zona, así observamos, sobre todo, los



comercios de flores del barrio. Más adelante aparece una vez más el mural pero desde otra perspectiva y con la presencia de otro personaje que se nos presenta: una mujer con vestido rojo y sombrero amarillo que se encuentra sentada de perfil, y junto a ella un ramo de flores. La siguiente foto, más cercana, nos permite saber un poco más de la mujer, que es vendedora de café y se encuentra sirviendo un vaso, sobre su mesa vemos además la evidencia de que también vende cigarrillos, pues hay cuatro cajetillas de color verde y rojo, y detrás de ella las flores que antes vimos a un lado. Finalmente observamos otros aspectos del barrio: un comercio callejero, un camión de carga haitiano con su tradicional colorido, gente que se retira con flores, y al último la impactante foto del punto de distribución de droga y donde podemos ver a jóvenes también consumiendo. A Paulo le gusta cómo queda su historia, y al terminar le enseñamos a subir fotos a su página y a editarla. Además le decimos que se puede mantener en contacto con nosotros y enviarnos sus fotos por el correo que también le ayudamos a abrir para gestionar su página, y que si son muchas o muy pesadas, lo puede hacer desde el drive. Yo le comento que me voy a quedar y seguiré dándoles seguimiento, por lo que puede recurrir a mí con confianza y seguiremos trabajando. Durante este tiempo ha llegado Elson y se queda durante la mayor parte de la sesión viendo cómo editamos la historia, y un poco antes de terminar, le pide su número de celular a Pantaleón para que su amigo que hace videos lo pueda contactar por WhatsApp. Cuando ya se va retirando le digo también a él que yo me quedaré un poco más, pues todos saben que Pantaleón ya se va, y agrego que si quieren seguiremos con el taller, además de que conseguiré una cámara para prestarles a los que no se la han podido llevar. A Paulo le dejo mi número de celular de República Dominicana para que pueda llamarme, y le reitero que seguiré yendo a la zona como siempre en los mismos horarios, a partir de las 6 o 6:30 de la tarde. Finalmente, a punto de retirarnos, Paulo le dice a Pantaleón que lo va a extrañar, Pantaleón le responde que seguirán en comunicación y que él piensa volver para seguir trabajando con él y con los demás chicos. Paulo vuelve al tema del inicio de esta sesión sobre la tablet, y nos dice que lo dado no se quita y que si a él primero le habíamos ofrecido el dispositivo, no se lo podemos dar a otra persona. Pantaleón entonces comenta que él eligió el celular

y le reclama si le está cobrando por recibir el taller, le pregunta si se acuerda que vieron cuánto costaba un curso básico de fotografía, él responde que sí y que recuerda que lo cobraban en 7 mil pesos, así que Pantaleón lo corrige mencionando que eran 7,500 y que él se lo está dando gratis. Además le cuenta la historia de cuando era niño y su papá lo llevó a comer a un restaurante, y ya allí le preguntó si quería un medio pollo o un plato de arroz, habichuelas y carne. El pequeño Pantaleón respondió que prefería el medio pollo, así que su papá le pidió eso y para sí mismo el segundo plato. Luego de un rato el mesero le llevó a Pantaleón un café pequeño y a su papá el platillo de arroz, habichuelas y carne. Pantaleón le reclamó a su papá, y Bienvo, como se llama su padre, le dijo que él había pedido un medio pollo y era lo que le habían llevado, y entonces se quedó sin comer. Pantaleón le cuenta a Paulo esta historia a manera de lección con moraleja, pues le explica que cuando era niño no sabía que al café expreso con leche le llamaban medio pollo, y él creía que le llevarían medio pollo horneado solo para él pues tenía mucha hambre y pensaba que era mejor que el otro platillo, y por su ambición se había quedado sin comer. Este es el sentido que tiene esta historia para Pantaleón en este caso, y finalmente le dice a Paulo que lo que quiere es que aprenda a tomar fotos pero que él pidió y eligió el celular e incluso despreció la tablet y que no se puede tener las dos cosas. Paulo mete el celular en su bolsillo, dice que sí quiere seguir aprendiendo a tomar fotos, y con resignación agrega que hay que recibir lo que se le da. Nos despedimos de Paulo, Pantaleón de manera efusiva pues ya no lo verá por un buen tiempo, aunque le reitera que volverá y pueden seguir en comunicación por internet y por WhatsApp cuando Paulo ya tenga un chip que dice que comprará cerca de su barrio donde no le piden identificación para adquirir uno<sup>83</sup>. Le encarga seguir aprendiendo conmigo y acudir a mi para lo que necesite, así que yo vuelvo a mencionar que seguiré frecuentando la zona para buscarlos y trabajar con todos.

---

<sup>83</sup> Para adquirir un celular o un chip en República Dominicana, por disposición oficial es obligatorio presentar una identificación, entre otras cosas, como una forma de evitar el uso de estos dispositivos móviles con fines delictivos. Incluso al llegar al país, para poder comunicarme durante mi estancia, compré un chip en un establecimiento de una de las compañías celulares y debí presentar mi pasaporte, sin embargo, es posible también conseguir chips en las calles saltándose esta regulación.



Algunas imágenes de la serie de Paulo sobre su barrio. Fotos: Paulo Robinson

## PARTE II (SEGUNDO TIEMPO)

El lunes 15 de julio ya me encuentro sola y en una nueva fase del taller que no sé bien a bien cómo resultará pues Pantaleón les era más familiar a los chicos, y era quien llevaba la batuta. Y es que aunque yo también era parte y ambos hacíamos la planeación de lo que podíamos ver en clase, y una vez en el terreno también yo compartía lo que sé de fotografía, de fotoperiodismo y de contar historias, los niños veían en Pantaleón una figura más cercana y central. Sumado a ello, además, sé que debo considerar el asunto de la seguridad pues aún acompañada tuvimos algunas situaciones de riesgo, y hay que agregar también a esto las ocasiones que hemos tenido percances por estar en la calle enseñando a los niños. Intento al menos seguir con la rutina, si se puede decir, que ya nos ha funcionado y asistir al punto de encuentro de la avenida Máximo Gómez en los mismos horarios, por ahí de la tarde-noche. Llego entonces este día a la zona del supermercado El Nacional poco después de las 6:30 y no veo a ninguno de los chicos. Al poco tiempo pasa Paulo con su caja, voltea hacia donde estoy desde la otra acera, me ve, me saluda a lo lejos con un ademán y se apresura a cruzar a mi encuentro. Yo salgo de la zona interior del establecimiento de donas y voy al área de mesas al aire libre para sentarme ahí con Paulo. Paulo toma asiento, le ofrezco la mitad de dona que me queda, acepta, la toma y la come rápidamente. Le comento que pensé que no lo vería y que el viernes que me llamó no pude contestarle y pensé que volvería a llamar después. Me pregunta si puedo darle una vez más mi número porque lo perdió, tomo un papel, lo anoto y se lo entrego. Tras esto se apresura a contarme que después de que le dimos el celular, pronto se le dañó, “se frizó”<sup>84</sup> y ya no volvió a funcionar, que ya le ha dicho a Pantaleón y me pide que le consigamos el que le habíamos comentado que estaba en México. Le respondo que sí pediré que lo traigan y le pregunto por el destino del celular que se le descompuso. Paulo entonces me cuenta un poco desanimado que lo vendió y solo le dieron 200 pesos por él. Además quiere saber cuál es el teléfono que llegará desde México y le digo

---

<sup>84</sup> Se refiere a que se le congeló la pantalla del celular. Hay muchas palabras que los dominicanos han adaptado del inglés como ésta que toman del verbo “congelar” (freeze). Este tipo de términos corren en el lenguaje cotidiano y otros ejemplos son *guachimán* (*watchman*) o *pariguayo* (*party-watcher*).

que es un iPhone 6, pero le explico, como ya le hemos dicho antes, que es viejito y algunas funciones no están al cien por ciento, aún así él se muestra interesado y entusiasmado en tenerlo. También le recuerdo que aunque será suyo y él decidirá qué hacer con él, y que ya sé que lo usará para comunicarse pues es la función primordial de un dispositivo así, nos gustaría que también lo aproveche para tomar fotos y seguir haciendo historias como la del almacén de harina. Incluso, continuo, tendrá la ventaja de poder subirlas a Instagram directamente cuando pueda conectarse a internet, y como le había dicho Pantaleón, alentándolo a encontrarle una utilidad alternativa al teléfono, le puede posibilitar acercarse a una corriente de fotógrafos que comenzaron a hacer imágenes con el móvil, al principio llamada “iphonografía”, y más tarde extendida más allá de los límites de una marca específica de celulares y popularizada con aplicaciones como Instagram. Él comenta que sí seguirá haciendo fotos e historias con el celular y también piensa subirlas a Instagram y me pregunta cuándo traerán el dispositivo. Le contesto que el viernes pero que a partir de ese día estaré ausente por una semana, y si no puedo verlo, hasta después le entregaría el aparato. Percibo a Paulo un poco impaciente y me comenta que él puede acercarse a la Zona Colonial, donde sabe que me alojo, para que yo se lo dé el mismo viernes. Lo pienso un poco y le digo que sí pero que sería hasta la tarde-noche y lo podría ver donde siempre, frente a la pizzería cercana a la Puerta del Conde, así que él se apresura a confirmar mi propuesta y añade que ese día terminando de trabajar me llamará para encontrarnos ahí. Mientras estamos sentados me cuenta también que recientemente le tiraron piedras y botellas en la noche cuando iba caminando y me muestra sus brazos con algunas heridas, e incluso la cara con una cortada de cierta profundidad cerca de la sien. Reacciono preocupada y le pregunto por qué le hicieron eso y si conocía a la gente, me responde que no sabe, era de madrugada y él estaba por su casa y desde arriba de alguna construcción unos “tígueres”,<sup>85</sup> como él me dice, le empezaron a lanzar piedras y botellas y no logró ver quién era por la hora y por la posición en la que se encontraban. Quiero saber más detalles sobre los motivos que podrían haber tenido

---

<sup>85</sup> El significado de la palabra “tíguere” en República Dominicana es bastante amplio y es casi como un comodín para referirse a cualquier sujeto, pero particularmente a aquel que se caracteriza por su astucia, o bien a alguien tramposo u oportunista, e incluso puede llegar a tener la acepción de delincuente.

para hacerle algo así pues sí es notorio que fue herido, pero Paulo manifiesta que realmente no tuvo tiempo de fijarse y solo se fue corriendo para su casa. Sin saber mucho qué decir, pues es la primera vez que me encuentro sola con Paulo y ahora yo debo tomar las riendas del taller, comprendiendo además que pasan muchas cosas en su entorno y que tienen preocupaciones más inmediatas, le pregunto si realmente quiere seguir aprendiendo y le pido ser sincero. Él responde que sí y que le gustaría, cuando yo pueda, seguir saliendo a otros lugares a tomar fotos e ir a otras coberturas como las de la protesta y la caravana a las que nos acompañó. Le comento que sí será posible y que le avisaré cuando haya algún evento al que podamos ir a tomar fotos, y él además reitera que quiere practicar, por lo que saco la cámara, abandonamos el establecimiento de donas, y nos dirigimos a unos pasos a las afueras de la heladería donde se puede trabajar con mayor tranquilidad. Mientras estamos en la tienda de donas también Paulo me pregunta si puede ir a México pues le gustaría conocer, le respondo que sí es posible y que incluso después del terremoto México recibió a varios haitianos, muchos de ellos para estudiar. Él insiste que le gustaría ir y le digo que he sabido de programas para recibir a jóvenes como él y que investigaré si en México hay alguno. A propósito de su respuesta sobre querer seguir aprendiendo y tomando fotos, le comento algunas otras ideas que hemos tenido Pantaleón y yo, por ejemplo, que el taller no solo que quede en este punto, es decir que pueda pasar a algo más que las clases que han tomado, y que estaría bien que en un futuro hubiera la posibilidad de gestionar un estudio en su barrio para que pudieran comenzar aunque sea en un espacio pequeño, quizá tomando al principio fotos de documentos. Paulo me escucha y le pregunto si en El Pequeño Haití hay algún estudio fotográfico para estos fines y me responde que no, que la gente si necesita una foto suele ir lejos, y agrega que es una buena idea. Durante esta charla Pantaleón me hace una video llamada desde México, saluda a Paulo y le muestra que está trabajando en el estudio que improvisó en casa y además le enseña el resultado final de un retrato que acaba de realizar, Paulo se sorprende y le comento que algo así se podría montar con ellos de inicio cuando aprendan algo más, sobre todo iluminación. Una vez que nos hemos movido hacia las afueras de la heladería, Paulo comienza a tomar fotos y le pido que haga

algunas imágenes congelando algún motivo en movimiento (un coche) y otras mostrando el movimiento. Él recuerda que tiene que usar una velocidad alta para congelar y una baja para mostrar al vehículo moviéndose, es decir, como una estela de luces amarillas y rojas. Después repasamos los ángulos y le propongo tomar fotografías con cada uno de ellos, y aunque no recuerda tanto los nombres, comienza a practicar y decide tomarme a mí las fotos con los diferentes ángulos: normal, picado, contrapicado y cenital. A pesar de que intenta hacer el nadir, le comento que es casi imposible por las condiciones que tenemos y que necesitaría por ejemplo que yo estuviera en un puente de cristal y él justo debajo de mí tomándome la foto, con lo que Paulo comienza a recordar mejor este ángulo y asiente. Mientras hace esta práctica, voy observando el resultado de sus tomas y le pido también estar siempre pendiente al encuadre porque a veces lo desatiende sin lograr imágenes bien compuestas. Entonces sobre la marcha vamos también recordando los planos, y en una toma interesante, le comento que aunque no lo hemos visto, acaba de hacer un plano holandés puesto que no coloca la cámara ni en posición horizontal o vertical, logrando un plano con el horizonte que parece inclinado, pero señalo también que aunque es válido fotográficamente hablando, debe ser consciente y justificado pues no es muy convencional y no siempre es aprobado, aunque en publicidad y otros ámbitos sí suele utilizarse. Paulo me sigue con atención, pero como se hace noche y ando sola, le digo que tengo que irme pero al día siguiente continuaremos y le enseñaré a realizar un barrido mientras le muestro un ejemplo de una famosa fotografía del velocista jamaicano Usain Bolt. A Paulo le gusta la idea y además de verse sorprendido por el efecto logrado en esa imagen, me pregunta por el personaje y le cuento un poco sobre el corredor, su origen y que es uno de los mejores velocistas de todos los tiempos. Le pregunto a Paulo por los demás chicos y me contesta que no los ha visto y quizá no llegan por las lluvias, pues a él también le han causado que le vaya mal en el trabajo, provocando incluso que deba dos noches de pensión, más lo que se vaya juntando, porque me dice que este día también ha estado muy flojo y no ha ganado lo suficiente. Vemos a Sosoki pasar a lo lejos con su caja y antes de irme Paulo me pide que le preste un momento mi celular para ver si tiene mensajes nuevos en su

Instagram. Se lo presto, veo que manda varios mensajes a sus diversos contactos, y con uno en específico me cuenta que es de quien nos había hablado, aficionado a la fotografía, pero que al parecer tiene una finca y es adinerado, así que me dice que le escribirá para pedirle trabajo. Me muestra la conversación y leo que en efecto le pide trabajo y le cuenta que él ya lleva mucho tiempo limpiando zapatos y cree que para él sería mejor “trabajar” que seguir en eso. Poco después el contacto le escribe y le responde que aunque le gustaría ayudarlo respecto a su petición, no puede pues la situación está difícil y él sólo es profesor universitario. Después de unos 15 minutos enviando mensajes a sus contactos, le insisto que ya me tengo que ir porque es noche, se apresura con su último mensaje, me devuelve el celular y me acompaña a la parada del carro para regresar a mi alojamiento. Mientras me encuentro en el carro de concho rumbo a la Zona Colonial, voy pensando que la semana pasada que volvieron a aparecer los chicos, llamó mi atención que todos los días que los vimos llevaban la misma ropa, incluso Paulo, pues aunque no siempre era diario, solían cambiarse más, y aquella semana parecía que en la ausencia habían perdido sus pertenencias o al menos sus prendas, y solo se habían quedado con lo que llevaban puesto, además lucían un poco más descuidados, y esta vez, aunque me ha contado de sus problemas económicos, noto que Paulo ya va cambiado con ropa en buen estado y una camiseta que no le he visto antes.

El miércoles llego a la avenida Máximo Gómez aproximadamente a las 6:30, y no veo a los chicos en los alrededores de nuestro punto de encuentro. Me dirijo como de costumbre al establecimiento de donas y permanezco ahí cerca de media hora, mientras observo a ratos hacia la calle para ver si pasan los niños. No veo a nadie y alrededor de las 7 de la noche decido cruzar hacia el supermercado El Nacional para mirar más de cerca y esperar ahí donde sé que a menudo trabajan. Permanezco parada un buen rato, e incluso me percaté de que la reja que bordea al supermercado podría funcionar como un panel de exposiciones si lograra conseguir el permiso del gerente de la tienda para exhibir ahí algunas imágenes realizadas por los niños, después de todo en ese entorno han aprendido y realizado varias tomas. Empieza a oscurecer, y casi a punto de retirarme como a las 7:30, van llegando los chicos: el Chiquito con Jeffrey, y luego los demás, Jamesley, el



Gordito, Elson y Paulo. Comienzo a trabajar con el Chiquito y los que van llegando, y les propongo recordar los planos y los ángulos. El Chiquito se acuerda bastante de los planos y los va haciendo con la cámara réflex que le presto, mientras los otros también la piden y van haciendo turnos para tomar algunas fotos. El Chiquito no recuerda muy bien los nombres de los planos, pero conforme le voy diciendo cómo son parece recordar y los va haciendo con relativa facilidad mientras les toma fotos a sus compañeros practicando cada ángulo e incluso la combinación de algún plano con un ángulo. Además llega a sorprenderme que si se mueve un poco del lugar donde está y varía la luz, le pregunto qué le falta a la imagen y me responde que le hace falta luz y hay que abrir la ventana. Le explico que eso también se puede bajando la velocidad, es decir, con lo que les había comentado Pantaleón de la persiana, y que en este caso la persiana tendría que cerrar más lento para dejar pasar más luz. Además añado que si en casos como en el que nos encontramos, ya no podemos abrir más la ventana (porque no lo permite el lente), o cerrar más lento la persiana, porque si no nos saldría la foto movida, se puede utilizar un ISO alto aunque hay que tener cuidado porque uno demasiado alto nos puede pixelar mucho la imagen. Le muestro brevemente cómo subir el ISO y continúa tomando fotos, mientras por momentos los demás vuelven a pedir la cámara y también practican algunas tomas, Elson, por ejemplo, con los ángulos que parece recordar bien. En este lapso se acercan dos personas de seguridad del supermercado al área donde nos encontramos, y permanecen ahí viendo lo que hacemos. Me incomodo un poco porque siento como si nos vigilaran y les pregunto si hay algún problema, me responden que no pero continúan en el mismo sitio observándonos, y les digo que no necesito que me cuiden pues no me pasará nada, refiriéndome a que los chicos no representan ningún problema, pero uno de ellos me responde en tono sereno que no me están cuidando a mi y lo que quieren es que los niños no molesten a los clientes. Le señalo que no lo han estado haciendo, me da la razón y poco después se retiran. Sigo trabajando con los chicos mientras Paulo se queda a un lado sentado con mi celular, que me ha pedido prestado para chatear con sus contactos de Instagram, sin atender a la clase, mientras por momentos algunos de los demás se acercan brevemente a él con curiosidad para saber lo que está viendo,

y pronto vuelven a las fotos, ya sea a la cámara para realizar sus tomas o a posar para el compañero que la está usando. Se acercan dos hombres limpiabotas mayores que los chicos (calculo que de más de 20 años), y se quedan observándonos mientras trabajo con los niños e igualmente miran a Paulo que está concentrado en el celular. Paulo continúa sentado en la misma posición y solo levanta la vista brevemente, pero pronto vuelve a su actividad en el dispositivo y al cabo de un rato, los jóvenes, que me intimidan un poco con una mirada que percibo fuerte y desafiante, se van. Tras esto, me acerco a Paulo y le pregunto si los conoce, me contesta que sí y que “son tígueres de la zona” como para tranquilizarme, pues seguramente notó mi sensación de inseguridad. Al poco tiempo se acerca otro limpiabotas mayor, aún más que los que se acaban de ir, que probablemente sobrepasa los 30 años, y me pregunta si no le enseñaré a él. En este caso no lo percibo intimidante como a los anteriores, sino más bien chancero, y le respondo que son clases para más pequeños, se queda un rato en silencio y me dice que está bien, que como estoy haciendo algo bueno con esos niños me va a dejar tranquila, porque si no me llevaría con él a su casa para que sea su esposa. Tras algunos minutos este limpiabotas también se retira y continuamos practicando los ángulos: normal, picado, contrapicado, cenital y nadir. Paulo sigue con mi celular, e incluso comienza a platicar con Pantaleón vía Instagram. Pantaleón le pregunta por qué no se une a las prácticas y él responde que estamos repitiendo lecciones y eso él ya lo sabe, así que Pantaleón le llama la atención y señala que es necesario practicar permanentemente porque de eso se trata la fotografía, y lo que estamos recordando son cosas necesarias para reafirmar lo que se ha aprendido. Paulo sin embargo se mantiene en el teléfono chateando y viendo algunos videos, y el vigilante de la gasolinera contigua al supermercado, que ya lo conoce, le grita desde el otro lado que debe tener cuidado con ese iPhone que tiene. Paulo responde que no es suyo, pero remarca que pronto él tendrá un iPhone 6. También durante la llamada con Pantaleón, él aprovecha para conversar un poco con todos los chicos, quienes sonrientes se acercan a saludarlo. Al final hablo con el Chiquito y le digo que el viernes me llegarán algunas cosas para ellos desde México, y que entre esas cosas está la tablet que le comentamos que le daríamos. El chiquito sonrío y agrego que

no es tan seguro que el mismo viernes se la pueda entregar, pero que a más tardar en la siguiente semana yo se la llevaré entre el jueves y el viernes a la hora que siempre suelo pasar por ahí. El Chiquito hace un gesto en señal de aprobación, y agrego que la tableta será de él para que pueda seguir tomando fotos y responde que sí hará muchas imágenes con ella. Me despido de él y de los demás chicos, llamo a Paulo, me entrega el celular, y mientras camino con él hacia la parada confirmamos que me llamará para ir a recoger a la Puerta del Conde el dispositivo que llegará desde México. Este día Pantaleón también habla por video llamada con el Chiquito casi al final de la sesión y le dice que le mandará la tablet pero quiere que la utilice para tomar fotos, pues ha visto su interés y avance, por lo que además le abrirá una página como a Paulo con las imágenes que ha tomado. El chiquito sonrío y asiente y Pantaleón le pide que me diga su nombre completo para ir armando la página. Él se acerca a mi e intenta decirme su nombre, le presto un cuaderno y pluma y comienza: “Lubins”, pero no puede continuar y solo alcanza a escribir: “Preva”, pero se detiene y le pide ayuda a Paulo, sin embargo éste sigue entretenido en el móvil y no le hace caso. Los demás intentan ayudarlo, pero tampoco lo saben escribir por más que repite una y otra vez su apellido, yo escucho “Prevarissa” y lo escribo, y me dice que más o menos así es. Desesperado le vuelve a pedir ayuda a Paulo y le dice que no sabe, hasta que llega Elson y escribe: Lubins Previris.



Segunda parte del taller, me encuentro ya sola con los chicos. Fotos: Paulo Robinson

El jueves 25 de julio, ocho días después de la última vez que nos vimos, llego al punto de encuentro con los chicos en las inmediaciones del supermercado El Nacional, a las 7 de la noche aproximadamente, después de salir del IGLOBAL. Los días anteriores no pude reunirme con Paulo, a pesar de que tanto el viernes como el sábado de la semana anterior me llamó para recoger el celular. El viernes me había llamado desde medio día, y aunque quedamos que en la noche me volvería a marcar para vernos en la pizzería de El Conde, no recibo ninguna llamada. El sábado también me llama para ir a buscar el teléfono a la Zona Colonial, pero yo me encuentro fuera de la ciudad y le digo que volveré hasta la noche, y entonces quedamos en que me volverá a marcar como a las 9, pero no lo hace. El martes vuelve a llamar, sin embargo estoy una vez más fuera de la ciudad y no alcanzo a contestar la llamada. Es entonces que me encuentro en este punto, llegando a la avenida Máximo Gómez el jueves en el horario habitual. No veo a los chicos y entro al establecimiento de donas, ahí me siento a esperar, pido una dona, un café, y me entretengo escribiendo mientras espero. Al poco tiempo me sorprende Paulo quien se asoma a la parte interior del establecimiento, y me hace señas para que salga al área de mesas que se encuentra al aire libre. Salgo aún con mi bandeja donde todavía tengo la dona y el café y me siento con él en una mesa que nos facilita el vigilante, bajo un techo, pues las demás están mojadas por la reciente lluvia. Nos sentamos frente a frente y me dice que me ha estado llamando, además pregunta si he estado ocupada. Le respondo que solo los últimos días, pero que los primeros días que hablamos, habíamos quedado que me marcaría en la noche cuando estuviera cerca de El Conde para verlo y darle el teléfono. Me cuenta entonces que esos días había terminado muy tarde y no me quiso molestar. Yo incluso le comento que el lunes pasé por la Máximo Gómez como a medio día y lo busqué pero no lo vi, y él solo menciona que ese día ni siquiera había salido. Saco de mi mochila el celular y se lo doy, advirtiéndole que como ya le he dicho está viejito, que no funciona bien la bocina para llamar porque casi no se escucha, y que además tarda mucho en cargarse, y se descarga un poco más rápido de lo normal. Adicionalmente le muestro la pantalla que está un poco manchada, y le digo que es porque se había

mojado un poco. Paulo responde que no hay problema, y que lo que se da se recibe con gusto, lo toma entre sus manos, lo mira, y me pide que lo ayude a configurar su huella digital para que se desbloquee al pasar su dedo por el lector. Mientras le ayudo con la configuración, le explico que por mientras está el código: 1, 2, 3, 4, 5, 6 para que no se le olvide. Pasa varias veces su dedo que se nota sucio y cuarteado por el trabajo, mientras el aparato pide que lo vuelva a colocar muchas veces más, pues no llega a identificarlo, hasta que después de varias capturas logra grabar las crestas papilares del dedo de Paulo. El celular finalmente nos indica que se ha podido capturar correctamente la huella, y probamos si en efecto ya se puede acceder al teléfono con el dedo, cosa que comprobamos. Tras esto, me pide que entre con los empleados del establecimiento para que me pongan la clave del internet en su teléfono, pero yo me la sé y rápidamente se lo conecto a la red wifi. También le explico cómo bajar las aplicaciones a través del App Store, y me pregunta si no hay Google Play, le comento que para esta marca de teléfonos el equivalente es el App Store y que ahí puede bajar todas las aplicaciones que quiera. Él además quiere saber si ahí también es posible descargar los juegos, le respondo que sí y que podemos probar bajando una aplicación para que vea cómo es. Le explico que debe tener un Apple Id para poder usar App Store y comenzar a descargar las aplicaciones que quiera, me pide ayuda para hacer esto con el correo que abrimos con él y comienzo a rellenar el formulario con algunos datos básicos como el nombre, apellido, la calle donde vive y su fecha de nacimiento. Este último dato no lo sé y le pregunto para poder completar el proceso, él duda y cuestiona para qué quiero su fecha, le respondo que es un requisito del sistema, y finalmente me dice: 2 de marzo de 2002. Logramos obtener el Apple Id, le digo a Paulo cuál es su usuario y contraseña y lo insto a hacer la prueba descargando una aplicación para que vea cómo se hace en este dispositivo, aprovechando que tenemos internet. Le propongo descargar Instagram y accede, observa cómo se hace y tras esto comienza a buscar juegos y descarga dos. Como el internet es un poco lento conversamos un poco y él me platica que asaltaron a una mujer en la Plaza Juan Barón, donde también él trabaja en el Malecón, y me cuenta cómo con un arma la amenazaron para que entregara su celular y su dinero, tras lo cual la mujer tuvo una

crisis nerviosa. Entonces interviene el vigilante del lugar que ya nos conoce, y dice que hay gente que no aguanta nada porque no ha vivido en zonas calientes como él, que ha visto peleas a machetazos, mucha sangre y cómo le cortan incluso algún miembro a una persona, por tanto, según él, vivir un asalto como el relatado por Paulo es cosa menor<sup>86</sup>. El vigilante continúa y afirma que gracias a su experiencia él sabe hacer su trabajo, Paulo lo alienta y le da la razón, agregando que por eso él hace las cosas bien y cuando entró a buscarme al establecimiento, le avisó a él (al vigilante), y le pidió permiso de pasar, además de que dejó su caja en la entrada. El vigilante asiente, confirma lo dicho por Paulo, y comenta que sí sabe hacer las cosas bien porque no va a molestar como los demás que se acercan a pedir dinero, y es en esos casos cuando no los deja pasar. El vigilante, a propósito de lo que estamos platicando, se acuerda de los demás niños y pregunta qué es lo que había pasado recientemente que ya hasta el vigilante de enfrente (del supermercado) no está. Paulo le contesta que lo corrieron y lo cambiaron por otro, y recuerda, como ya me había comentado al inicio de este encuentro, que el Chiquito y el Gordito le habían tirado piedras al anterior, e incluso me ha dicho un poco antes que por el cambio de vigilante ya casi no están yendo los chicos a esa zona, pues además de que ya todos tienen caja y se van a limpiar zapatos a Juan Barón, y al Nacional iban a pedir dinero, ya el nuevo vigilante del supermercado no los deja ni acercarse. El vigilante del establecimiento de donas se retira al poco tiempo, y Paulo y yo seguimos sentados esperando a que se descarguen los juegos que ha elegido de carreras de autos. Le pregunto a Paulo si sigue en la pensión donde tenía wifi, me responde que no y que realmente ya no tiene un lugar fijo dónde quedarse pero que ha vuelto a la primera pensión donde están los demás niños, que es para lo que le alcanza. Quiero saber cómo le ha ido en estos días que no nos hemos visto, y me cuenta que más o menos, aunque no tan bien porque la gente no está yendo a la universidad por vacaciones, y además las lluvias también le han disminuido la clientela. Veo que en efecto no la ha pasado tan bien, lo miro y lleva la misma ropa con la que lo vi la última vez en la semana anterior, y por el aspecto y el olor, pienso

---

<sup>86</sup> Este dicho del vigilante podría parecer exagerado y casi increíble pero coincide con lo que me ha contado Pantaleón sobre su propia experiencia y la vida en los barrios de Santo Domingo.

que quizá lleva varios días con ella, además de que la última vez que se cortó el cabello fue cuando fuimos a la cobertura de la caravana LGBT, y ahora ya le ha crecido e incluso se le forma una rasta en uno de los costados de la cabeza. Sin decirle que llevo también la tablet, Paulo me pregunta si no voy a ver al Chiquito, le respondo que hasta ahora no lo he visto y que él mismo me ha dicho que después del incidente con el anterior vigilante ya no se asoman por la zona. Paulo entonces extiende el brazo, lo señala al frente y me dice que va llegando, así que le digo que si nos paramos en ese momento no se terminarán de descargar las aplicaciones que está bajando, y prefiere aguardar mientras vemos que uno de los juegos ya se ha descargado completamente y que ya solo falta el otro. En ese momento Pantaleón llama en modo video y me pide hablar con Paulo, le aconseja cuidar el celular, que no solo vaya a estar chateando y jugando y que lo aproveche también para tomar fotos. Paulo le contesta que sí seguirá realizando imágenes y que además cuando compre su chip podrá comunicarse más con él porque tendrá internet con una recarga y también WhatsApp. Se despiden y tras ello Paulo me pregunta con cuál compañía agarrará el chip el teléfono, le digo que quizá funcione con cualquiera pero para más seguro puede comprar uno de Claro que es la misma compañía con la que estaba en México. Le pregunto cómo le ha ido hoy y si salió a trabajar desde temprano, me responde que sí y que ya sacó lo del día. Un poco impaciente miro mi reloj y veo cómo va la descarga de Paulo, le digo que a más tardar a las 9 me voy (faltan como unos 20 minutos) para que no se me haga tan noche. Insiste una vez más sobre si veré al Chiquito, y le respondo que solo si me da tiempo, así que él me lo señala al frente y me dice que ahí sigue. Antes de que se acabe su descarga le reitero, como Pantaleón, que siga haciendo fotos con el celular, que no lo vea como una tarea o una obligación si es algo que le gusta, y agregó que puede seguir buscando historias. A semejanza de lo que le responde a Pantaleón, a mi me dice que seguirá tomando fotos y que ya tiene algunas cosas pensadas, pero además me pregunta si no mandaron una cámara para él para hacer mejores fotografías. Intento ser paciente y le comento que sí me prestaron una cámara destinada a prestársela a los demás para que puedan también llevársela como él que ya tuvo la oportunidad. Saco la cámara para mostrársela

mientras le explico que es como la anterior, compacta, que no es réflex, pero que esta es un poco más vistosa y le pregunto si cree que no se la robarían a los demás. Cuando la saco la ve, sonrío, y comenta que es muy bonita y sí se la va a poder llevar él. Un poco seria le replico que le acabo de preguntar si no se la robarían a los otros chicos y me contesta que a él no se la robarían, insisto que también se la quiero prestar a los demás para que tengan oportunidad de tomar fotos, sobre todo a Elson, a quien he visto muy interesado y me la ha pedido varias veces. Paulo termina por responder que quizá a Elson no se la robarían pero que de todos modos se la puedo prestar y él puede fungir como “el guardián de la cámara”, refiriéndose a que él la guardaría y se la prestaría a los otros. Reitero que se la prestaré a los demás y también a él sin intermediarios, pero que aún me falta conseguir una memoria para que pueda funcionar, y además le pregunto si piensa que se la puedo prestar con el estuche, porque por sus características se ve que es de un aparato y quizá sería más fácil que la roben así. Paulo toma el estuche, lo examina y comenta que le gusta y agrega que la cámara debe estar bien protegida, confirmo su aseveración y añado que para eso es, entonces comenta que a él ni con estuche se la robarían y que se la preste con todo. Paulo insiste que quiere la cámara, repito una y otra vez que sí se la prestaré pero también a los otros, y argumenta que la necesita porque así puede hacer mejor los planos, yo le respondo que en realidad puede practicarlos igualmente con el celular pues también tiene una cámara, e incluso quizá de más pixeles que la cámara que yo le he mostrado, y añado que lo de los planos no es cuestión del aparato, sino de cómo encuadre él y que igual si no lo practica lo suficiente, o no lo ha entendido, saldrá mal en una réflex, o en un celular, o en una cámara compacta, me dice que es verdad como si estuviera recordando las lecciones y al fin deja el tema por la paz. Me vuelve a preguntar si es un iPhone 6, le respondo que sí, y me pregunta si el mío es un iPhone 7. Para no complicarme más, pues en realidad es uno más actual, le digo que sí, y él me dice que ya vio el iPhone 8, que es más grande y tiene mejor cámara, y también comenta que sabe que además del 7 y el 8, hay hasta el 10, yo le respondo que sí pero que el que tiene también es muy bueno. Mientras Paulo comienza a jugar el juego que ya terminó de descargarse y lo noto entretenido y alegre, le insisto que



ya tengo que irme, así que él por momentos desvía la mirada del teléfono y me mira cuando termina alguna carrera, revisa cómo va la descarga de la aplicación pendiente, y me dice que ya casi termina. Aprovecho cuando llego a tener su atención y le digo además que tampoco se le olvide describir las imágenes que tiene pendientes en el Instagram, algunas de la serie de la harina y otras de la última serie de su barrio. También agrego que esto no lo vea como una tarea u obligación, sino que es lo que comúnmente se hace en Instagram y que él sabe porque ya ha tenido otra cuenta, que uno suele subir una imagen y casi siempre la comenta, la describe o le pone un título y que eso es lo que le falta hacer con esas imágenes para que la gente que lo siga conozca un poco más de las propias fotos o de él y que puede poner lo que sea que quiera decir a propósito de la imagen. Le doy un ejemplo de la fotografía del almacén de harina donde aparece el jefe sonriente, y le digo que incluso puede escribir algo así como “el maldito perro que me ponía a cargar sacos muy pesados” (recordando que ya una vez nos había comentado que algo así comentaría), Paulo se ríe y me dice que sí lo hará y además le digo que necesito, si él así lo quiere, que me ayude con algo que más adelante le diré qué es (pensando en hacerle una entrevista un poco más formal que nuestras charlas cotidianas, y que en este momento no se lo digo tal cual para evitar que se interprete el asunto en una lógica utilitaria de “como yo te doy algo, tú me tienes que dar algo”). Él responde que sí aunque quiere saber a qué me refiero, e incluso un poco después quiere indagar más, pero yo le digo que más adelante le diré, y además agrego en un tono más relajado y bromista que con esto se verá si de verdad le interesa la fotografía o no, y que el darle el celular será la prueba de fuego porque quizá ya nunca más lo volvamos a ver. Paulo contesta que no pasará eso y que él seguirá viéndome por la zona, yo manifiesto que sí seguiré yendo más o menos por el mismo horario, y agrega que tomará fotos, las subirá a Instagram y que además me buscará cuando ya tenga alguna historia o varias imágenes para que las vea. Finalmente le comento que sí revisaré su material y le ayudaré a editarlo y subirlo a su página si lo necesita y acude a mi. En estos momentos termina de descargarse el juego y Paulo me vuelve a insistir que el Chiquito sigue al frente, accedo a cruzar brevemente con él pues ya se hace de noche, y al encontrarme con el Chiquito le

digo que le mandaron de México lo que ya le habíamos dicho y algo más. Le entrego una bolsa de tela azul y él la abre, lo primero que aparece es una camiseta blanca y menciono que eso también se lo han enviado, que esperamos que le quede, él sonrío, la guarda y saca las otras cosas que están en el paquete: el cable con el cargador, y un envoltorio de hule espuma que se apresura a abrir descubriendo la tablet negra con una carcasa protectora de color azul. El Chiquito sonrío aún más y automáticamente aprieta un botón con el que la enciende, Paulo, quien se encuentra presenciando todo, parece entusiasmado y nos toma fotos mientras entrego la tablet, incluso cuando el chiquito la descubre del paquete, Paulo exclama “¡wow!”, y yo les comento que además esa tableta acepta chip y Paulo le dice al Chiquito que eso amerita un abrazo, cosa que el Chiquito no duda en hacer mientras Paulo nos vuelve a tomar fotos, y me asegura que me mandará las imágenes cuando tenga WhatsApp. El Chiquito sigue muy entusiasmado y comienza a manipular la tablet, adivinando además dónde se encuentran muchas de las funciones. Le digo que el plástico azul es la funda protectora, la quita y Paulo ve la marca que queda descubierta, la lee en voz alta: “Alcatel”, y luego añade que él conoce esos aparatos. El Chiquito vuelve a ponerle la funda y sigue viendo cómo funciona el dispositivo, yo le comento que como es nueva no la conozco y no sé usarla muy bien, pero que veo que él irá descubriendo fácilmente todas las funciones. Le pido buscar la cámara del aparato para que vea cómo toma fotos, la encuentra rápidamente y le da click, a propósito de este movimiento aprovecho para recordarles a los dos que aunque el uso natural de estos dispositivos (el celular y la tablet) es en posición vertical, las fotos verticales no son las más utilizadas y que para hacerlas se debe justificar, por ejemplo al tomar un retrato o a una persona de pies a cabeza. Ambos asienten y siguen observando la tablet mientras yo al fin les digo que debo irme porque ya es tarde y les reitero que los aparatos son completamente suyos pero esperamos que sigan tomando fotos pues para eso hicimos el esfuerzo de conseguirlos y porque vimos que ellos eran los más interesados en la fotografía. Repito una vez más mi esperanza de que no se pierdan después de haberles dado los aparatos y responden que no, incluso el Chiquito me dice que al día siguiente estará a las 5 en el mismo lugar para enseñarme las fotos que ha tomado. Le

respondo que ahí estaré y pasaré en la tarde más o menos en el horario habitual, y si no estoy a las 5 llegaré un poco más tarde y él contesta que me verá. Le recuerdo el tipo de imágenes que puede hacer, y le comento que en fotoperiodismo a parte de realizar fotos de acontecimientos importantes, también se hacen historias y que él puede comenzar por su entorno, y para empezar a contar historias puede iniciar por sí mismo, es decir, contándose a sí mismo, cómo es él, cómo es su barrio, el lugar donde vive, los sitios por los que pasa y lo que él hace o quiera mostrar. El Chiquito me escucha atento y asiente, y luego de quedar de vernos al día siguiente con sus imágenes, Paulo me dice que él también pasará aunque tenía pensado solo ir a trabajar a Juan Barón. Aprovecho además para pedirle a Paulo que cuando vea a Elson le diga que venga a la Gómez porque ya tengo la cámara que le prestaré. Nos despedimos y le pido que me acompañe a la parada del carro, me acompaña y casi al llegar encuentra a una conocida con la que se queda platicando, yo sigo hasta subirme al auto y poco después mientras los pasajeros esperamos a que se llene el vehículo, pasa Paulo y me dice adiós, el conductor me pregunta si lo conozco, le digo que sí, le devuelvo el gesto de despedida y Paulo se aleja.

Al día siguiente, viernes, me asomo al punto de encuentro en las inmediaciones del supermercado El Nacional, aunque por cómo se han desarrollado los acontecimientos, pienso que no volveré a ver a los chicos. Un poco más temprano, cuando me encontraba en el IGLOBAL, recibí un mensaje de Pantaleón donde me informaba que Paulo se había comunicado con él por Instagram para avisarle que le habían robado la tablet al Chiquito. Según Paulo, el Chiquito estuvo presumiendo a todos el dispositivo y jugó hasta muy tarde en él, se quedó dormido alrededor de las 2 de la mañana, y cuando despertó ya no tenía nada. El Chiquito entonces fue a buscar a Paulo para que le ayudara a recuperar la tableta, pues al parecer creía saber quién o quiénes se la habían robado y ya había ido a reclamar, Paulo cuenta que fue un “tíguere” más grande y fue con el Chiquito a decirle que devolviera el aparato, pero el hombre le dijo que no la tenía y después los amenazó, así que, continúa Paulo, “las cosas se tuvieron que quedar así”. Al comunicarse con Pantaleón, Paulo le dice que se encuentra en Juan Barón pero irá más tarde a la avenida Máximo Gómez, así que Pantaleón le pide que lleve al Chiquito para que

hable conmigo de forma presencial y con él por video llamada. Cuando llego al punto de encuentro de la Gómez no encuentro a ninguno de los chicos y cruzo al establecimiento de donas y café para esperar un rato. Pantaleón me sigue escribiendo sobre lo que va recordando de la llamada de Paulo y con algo de sospecha me comenta que cuando habló con Paulo él estaba con el Flaco quien riéndose le había confirmado la versión del robo. Incluso más molesto me cuenta que también Paulo le dijo que ya estaba haciendo fotos y al mandarle un ejemplo de lo que ha hecho, le ha mostrado una imagen mal compuesta vertical en la que ha abusado tanto del zoom, que incluso el motivo carece de nitidez, por lo que Pantaleón agrega que piensa que ya solo está tomando fotos “por cumplir”. Además nos hemos dado cuenta que ha tenido actividad en Instagram y ha subido una imagen donde él aparece posando con una especie de filtro que le coloca gafas oscuras y un letrero que dice “Keloke con keloke<sup>87</sup> jajaj”. También veo que no le ha puesto descripción a las imágenes anteriores como le había sugerido, y mientras espero en el establecimiento de donas sigo creyendo que no llegará y que posiblemente no lo vea en un buen tiempo. Pantaleón también me dice que Paulo ya tiene WhatsApp e igualmente pienso que quizá ha perdido interés pues no me ha contactado para nada a pesar de que tiene mi número. Solo noto que tengo un mensaje de texto por cobrar pero más tarde al aceptar el cobro no recibo nada, aunque corroboro que es del número de Paulo por las fotos de su Instagram. A las 8:30 decido asomarme una vez más a la zona donde comúnmente los veo, en las inmediaciones del supermercado, y no veo a nadie, así que decido retirarme pues ya es de noche. Los días siguientes, sábado y domingo, Paulo sigue sin contactarme ni llamarme pero observo que comienza a subir más imágenes a su Instagram, algunos videos de gente en la noche compartiendo en la Plaza Juan Barón, también una foto de su barrio desde las alturas, de otros compañeros limpiabotas en blanco y negro, y también en blanco y negro una de otro chico que aparece sentado como pensativo en la pensión, pero fuera de foco. Sobre esta

---

<sup>87</sup> La expresión “Keloke” a veces abreviada aún más en la escritura (KLLK), suele utilizarse en el saludo coloquial de muchos dominicanos, semejante al “quiubo” de países como México que es una contracción del “¿qué hubo?”. En este caso, “keloke” refiere más bien a un “¿qué hay?” “¿qué es lo que hay?” “¿qué es lo que pasa?”.

última imagen coloca la siguiente leyenda a manera de tarjeta de presentación: “Paulo fotoGrafo, Instagram paulo robinson”. Veo también otra foto que semeja una tarjeta de presentación del mural de la virgen de su barrio que ya ha tomado otras veces, con la inscripción: “Instagram paulorobinson, Tel RD 8092082818, Paulo fotoGrafo”, y adicionalmente en la descripción de la foto escribe: “Presenta fotoGrafo”. Sube otra con la misma descripción de un pescador de espaldas en blanco y negro con la siguiente leyenda sobre la imagen: “instagram, Paulo fotoGrafo, Wahat App 8092082818”. Hay también una foto más, que es de las pocas bien compuestas, de un hombre paseando a un perro, un video de una persona vestida como Michael Jackson bailando y con la descripción: “Presenta fotoGrafo Paulo video de michael jackson en #RD Santo Domingo en el malecón SD”. Veo otra imagen, muy parecida a otra que ha tomado, de una colorida defensa de un camión haitiano, y posteriormente una secuencia de su barrio bajo la lluvia que se aprecia que toma desde su pensión, donde aparecen algunas mujeres que intentan lavar en una lavadora que se encuentra en la acera, frente a donde él está. En esta serie de imágenes solo le escribe descripción a una foto: “FotoGrafo en sankalo en RD Santos domingo”. Finalmente sube imágenes nocturnas de los juegos mecánicos en la Plaza Juan Barón y comenta: “FotoGrafo paulo en la parque de lo juegos en Rd Santo Domingo”, y también sube un video de lo mismo.



Imagen a manera de tarjeta de presentación subida por Paulo a Instagram. Foto: Paulo Robinson

El lunes, como los días anteriores, mi seguimiento de los chicos, y de Paulo en específico, sigue siendo virtual, pues no he logrado encontrarme con ellos. Aún no me he comunicado con Paulo ni me ha buscado. Pantaleón me cuenta que a él sí le ha escrito algunos mensajes pero que no los ha querido responder porque está enojado pues siente que “nos utilizó” o “nos cobró” con el celular, y que una vez que obtuvo lo que deseaba ya no le interesa vernos. Por la tarde Pantaleón me avisa que Paulo le escribió para preguntarle si voy a estar este día en la Gómez y al fin decide responderle, diciéndole enojado, que él también tiene mi número y si le interesara ya me habría contactado directamente. Además le externa su sentir y le dice que es un malagradecido, porque una vez que obtuvo el teléfono ya no se quiere dejar ver, que es un interesado y que ya ve que realmente no quería aprender foto, pues no está aprovechando el dispositivo que le dimos para eso. Agrega también que se cree el más importante en este proceso de enseñanza-aprendizaje y no ha valorado que hemos querido ayudarlo. Incluso le expresa su malestar por ver que en su Instagram se presenta como fotógrafo y le comenta que apenas está entrando a este mundo y aún le falta mucho para serlo. Incluso le manda audios manifestando que las fotos que está haciendo son “mierda” y que parece que perdió su tiempo enseñándole el mes que estuvo y que dejó de ver a su familia, y de llevar a la playa o a comer un helado a sus hijos por estar enseñando. Le dice que no sabe encuadrar, componer, ni usar la luz a su favor, y agrega que ojalá demuestre que valió la pena trabajar con él. Añade además que él ni con 25 años en el oficio se puede sentir fotógrafo completamente porque hay que seguir aprendiendo diariamente, y vuelve a mencionar que no ha visto una sola foto de estos días que sirva, que piensa que es muy inteligente y espera que no lo decepcione. Finalmente remata el regaño y condiciona que sigamos trabajando con él a mostrar un verdadero interés y no aparecerse solo cuando él quiera. Paulo le contesta con varios audios y le cuenta que perdió su caja, le robaron sus materiales, y no ha podido salir a trabajar y por ello tampoco ha salido a tomar fotos. Lo de presentarse en su Instagram como Paulo Fotógrafo lo justifica diciendo que solo lo puso por ponerlo y que es un estúpido, y agrega que conmigo no se ha podido comunicar y que incluso un día me mandó un mensaje de WhatsApp pero no le he contestado.

Le comenta que para poder salir a la calle necesita una caja nueva y que a veces ha subido a la Gómez y no me ha visto, aunque también confiesa que ha pasado muy tarde. Paulo repite que sí quiere seguir aprendiendo y que somos testigos de “la inteligencia” que él ha tenido para aprender, pero lo que le ha pasado es que no ha podido salir mucho a la calle y se queda en la pensión. Insiste que sí va a seguir aprendiendo para ser un fotógrafo importante y “tener otra vida”, que ha demostrado su empeño con los trabajos que ha hecho, que ve videos de fotógrafos y páginas de internet de fotografía, y que no porque le hayamos dado el celular él ha perdido el interés. Paulo reitera que sabe que él debe ser el más interesado porque nosotros ya estamos formados y ya tenemos una profesión, y quien tiene la oportunidad de aprender fotografía para ganar algo y así tener otro futuro es él, pues, continúa, nosotros ya sabemos y no nos importa si aprende o no, pues antes que a nadie, a quien tiene que importarle aprender es a él. Finaliza manifestando que desde su punto de vista Pantaleón está pensando mal y que sí quiere aprender a ser fotógrafo y lo dice “de corazón”. Además manda otro audio del Chiquito que menciona que ya va hacia la Gómez a verme, para seguir tomando clase de foto y hacer algunas imágenes pues él ya no tiene la tablet porque se la robaron. Este día además Paulo sube imágenes de un obelisco, una casa y la que hace recurrentemente del mural, además de una foto contrapicada de la gasolinera de la Gómez. Al verlas pensamos que sigue intentando solo cumplir, pues en términos de composición fotográfica no son buenas, además de que la cámara del celular pareciera sucia y ni se ha dado cuenta que por eso el material sale borroso.

Ya casi acaba julio y me doy cuenta que desde que se fue Pantaleón hemos podido trabajar muy poco. El martes 30, alrededor de las 6 de la tarde, llego a la avenida Máximo Gómez y me asomo al Nacional, pero no veo a los chicos y cruzo como de costumbre al establecimiento de donas a esperar. Pido una dona y un café y me siento en una de las mesas interiores mientras me pongo a escribir. Al poco tiempo se asoma Paulo y entra al verme en tanto me dirige una sonrisa. Le digo que mejor salgamos al área descubierta, tomo mi bandeja aún con la dona y el café completos, y él me abre la puerta para salir. Unos minutos después se asoma otro niño que viene con Paulo, y Paulo le dice que puede subir pero que ahí no puede pedir dinero,

el niño que es dominicano, sube, se acerca a donde estamos y toma asiento en una barda próxima. Le doy a Paulo mi mitad de dona como casi siempre lo hago, desde que él una vez me la pidió pues yo acostumbraba guardarla para desayunar al día siguiente, él la come rápidamente, más de lo usual, y además me pregunta si puedo comprarle un café. Le contesto que casi no tengo dinero y él dice que no me preocupe, pero recuerdo que llevo un dólar que me regresaron como cambio a falta de pesos. Le comento que si le sirve para comprar el café lo puede tomar, y el niño dominicano pregunta cuánto cuesta el café, Paulo responde que 40 pesos así que su interlocutor le dice que entonces sí le alcanza porque un dólar son 50 pesos. Paulo toma el billete y entra al establecimiento mientras le pido que me traiga servilletas, tarda un poco en volver, y en lo que esperamos, le pregunto al chico dominicano si siempre trabaja en la calle o solo ahora por vacaciones, él contesta que siempre, entonces le pregunto si no va a la escuela, responde que no, y al intentar saber por qué no va, ya no obtengo respuesta. Paulo vuelve solo con las servilletas y pienso que no le quisieron vender el café, pero me dice que sí y que en un momento se lo llevarán a donde estamos. Se sienta y le pregunto cómo le ha ido y le pido que me cuente lo de la tablet, pues lo que sé me lo contó Pantaleón. Primero me dice que perdió “la limpiabotas”, pero luego me cuenta que le robaron los materiales, entonces le pregunto qué es lo que no tiene porque entendí que tampoco tenía caja, pero me responde que la caja sí la tiene y lo que le robaron son los materiales y no ha podido trabajar. Le pregunto desde cuándo está así y titubeante contesta que desde el domingo, quiero saber cómo fue y me cuenta que se distrajo en la pensión y cuando se dio cuenta ya no tenía los materiales y al intentar averiguar con la gente que vive ahí nadie sabía nada. Cuando abordo el tema de la tableta Paulo solo menciona que la robaron y le digo que ya sé pero no me queda muy claro cómo sucedió. Intenta explicarme pero me parece un poco confuso lo que intenta expresar, y hasta donde logro entender el Chiquito estuvo jugando hasta tarde con la tablet, luego se la prestó a un hombre de la pensión mayor que ellos, y cuando al Chiquito comenzó a darle sueño el hombre sí se la regresó e incluso el Chiquito se durmió con ella, pero cuando despertó ya no la tenía y le reclamó al mismo tipo sospechando que él la había robado pero le dijo que no



la tenía. Entonces el Chiquito llamó a los demás, incluyendo a Paulo, para que le ayudaran a recuperar el dispositivo, pero el hombre insistía que no tenía nada y luego los amenazó para que no siguieran reclamando. Le pregunto a Paulo qué cree que hizo quien robó la tablet, y si no se la ha visto a nadie, él solo responde que no sabe y no la ha visto, y como me doy cuenta que no piensa hablar mucho del asunto, cierro el tema comentando que posiblemente ya hasta la vendió. Paulo me cuenta que me estuvo mandando mensajes y llamando pero no le contesté, le digo que no recibí ningún mensaje de WhatsApp y lo único que me llegó fue uno por cobrar y que incluso lo aprobé pero ya después no me llegó nada. Al mostrarme su celular con el mensaje que envió, vemos una foto de perfil de otra persona y corroboro que no es mi número, así que le grabo correctamente mis dos números, tanto el mexicano como el dominicano, pues con el primero recibo mensajes de WhatsApp y con el segundo llamadas. Al fin llega la empleada del establecimiento con el café de Paulo, se lo entrega y le pregunta si quiere azúcar, él contesta que sí y pide que le lleve 5 sobres, yo hago un gesto de asombro y le digo que le va a dar diabetes pero él sólo se ríe. Paulo menciona que Pantaleón ya vio lo de Team Vakam (el muchacho haitiano que hace videos en el barrio), le comento que yo también y le pregunto de qué trata pues hay cosas que no entiendo en creole. Me cuenta que salen Elson y él peleando porque uno tropezó con el otro y entonces uno le pide que lo respete, se arma una persecución y al final uno le dispara al otro y el que recibe el disparo acaba tendido. Pantaleón me había mandado el link de Youtube días antes porque Elson le dio a Team Vakam el contacto de Pantaleón, así que el muchacho lo contactó y le mandó el link para que viera su trabajo y lo ayudara a mejorar. Pantaleón le comenta que es interesante su trabajo y en efecto hay cosas que pueden mejorar, pero que en general tiene condiciones para hacer video. Yo entonces aprovecho para preguntarle a Paulo por Team Vakam y me cuenta que es un muchacho de su misma pensión que no es tan grande, como de 21 años, y que ha hecho varios videos con la gente del barrio con un celular y ahí mismo con un programa lo edita (yo me sorprendo porque realmente son buenos como para hacerlos de esa forma). Paulo además me muestra otros videos de Team Vakam, y noto que la mayoría son de acción, específicamente de persecuciones en el barrio,

pero llama la atención que en uno incluso utilizan un vehículo en el que se aprecia que huyen algunos con armas simuladas, pues aunque se ven claramente, Paulo precisa que son de juguete. Agrega además que ahora están viendo si hacen otro video con su celular que es mejor, y sería la secuela del primero que vimos donde aparecen él y Elson, y trataría de que el que acaba tendido no murió pues solo le dispararon en la pierna. Entramos de lleno al tema de las fotos, cambio el tono de la conversación que se torna más seria, le pregunto cómo le ha ido con eso y por qué no ha hecho historias, pues de lo que he observado solo he visto imágenes sueltas en Instagram pero nada que me haga pensar que tienen un hilo conductor. Él me dice que no ha podido hacer mucho porque como le robaron los materiales ya no ha podido trabajar y casi no sale de la pensión para tomar fotos. Agrega que aún así ha tomado algunas imágenes y me muestra lo que ha subido a Instagram. Le comento que ya vi algunas pero de todos modos las reviso una vez más y le doy mi apreciación de cada una, sobre todo lo que falta en cuestión de composición, y también le digo que sigue repitiendo las mismas tomas y que no se ha movido mucho del mismo ángulo de la pensión, que hay unas que salen borrosas, y otras en las que parece que ni siquiera se da cuenta si la cámara está limpia o no, además de que no está pensando la toma pues tira la foto al aventón sin buscar estar en la mejor posición, así que hasta le salen chuecas. Le comento que aunque él diga que ya sabe las cosas y por eso no quiere tomar clases con los demás, no lo demuestra en sus imágenes, además de que la fotografía es de práctica, y aunque sepa por ejemplo los planos y los ángulos, eso no quiere decir que deje de hacerlos, sino que tiene que aprovechar lo que sabe para hacer mejores tomas y cuando sea necesario acercarse cuando se tenga que acercar, e incluso le recuerdo la frase de Capa. Él me responde que no se acerca mucho porque a veces le da nervios, pero le explico que por eso tiene que aprovechar a hacerlo por ejemplo en su entorno, con gente que conoce y lo conocen, y que también tiene que aprender a perder el miedo, aunque es posible que haya sitios en los que no lo dejen acercarse o personas que no quieran fotos y eso sí lo tiene que respetar. Me muestra además algunas imágenes que ha tomado con el celular y que no ha subido: hay algunas de la pensión, una muy buena de un hombre mayor que ellos fumando y otra donde se

ve una mano, tres celulares, un cuaderno de hojas amarillas, una pluma, una copa blanca y un plato de comida, aquí me cuenta que un muchacho cocinó y le pregunto si siempre hay comida en la pensión, y por lo que me responde entiendo que a veces se ponen de acuerdo, juntan dinero y alguien cocina algo. A propósito de la otra foto también le comento que ya veo que hay gente mayor en la pensión y le pregunto si hay además familias con niños y me dice que sí. Paulo sube algunas de estas fotos a Instagram y otras que ha tomado este mismo día con el niño dominicano que lo acompaña. También menciona que no ha podido hacer más imágenes, por lo que ya me ha contado de no tener materiales y no salir a la calle para trabajar, pero además porque no tiene el “cuadrito” (adaptador de corriente) del cargador y no lo puede cargar pues solo tiene el cable y lo que ha hecho es que una amiga, empleada de una cafetería, se lo carga. Además señala que el celular se descarga muy pronto y como no tiene cargador y no todo el tiempo puede ver a su amiga, muchas veces lo tiene descargado casi todo el día. Agrega que el “cuadrito” que necesita cuesta 200 pesos y cuando ya pueda salir a trabajar y tenga el cargador completo se pondrá a hacer historias. Le pregunto entonces qué tiene pensado como historia y responde que sobre el Chiquito, de la pensión, o del barrio, pero puntualizo que ya ha hecho del barrio y lo que sigue tomando ya es muy repetitivo, así que sugiero algunas ideas como aprovechar su trabajo de limpiabotas y hacer por ejemplo una serie de zapatos, sobre todo tomas del calzado pues así evitará molestar a quien no quiera que lo retrate, y además puede ser interesante imaginar historias o darnos una idea de los diferentes tipos de personajes que acuden a un limpiabotas. Incluso, continuo, si no quiere tomar las caras no es necesario y hasta podría ser la misma toma cerrada de la pierna y el zapato sobre la caja pero variaría pues se trataría de personas diferentes. A propósito de esto le muestro una serie fotográfica sobre trabajadores en México que van acostados descansando en las camionetas de carga, y le explico cómo con una misma toma y un mismo encuadre puede hacer un trabajo interesante. A Paulo le gusta la idea y también la serie que le muestro y me dice que lo hará cuando ya pueda salir a trabajar. Quiero saber qué está haciendo mientras y él me contesta que por ahora solo está pidiendo dinero, y además me pregunta si llevo la cámara y si no

tomaremos fotos, le respondo que sí la llevo pero esta vez solo fui para saber si él sigue interesado y qué está pasando. Él expresa que sí quiere seguir aprendiendo y le digo que tiene que demostrarlo con sus imágenes, y aunque se queje de seguir viendo los mismos temas, no podemos avanzar si no pone en práctica lo básico con las fotos que toma. Le comento que también quiero enseñarle los movimientos de cámara para video, manifiesta su interés por aprenderlo y además le pido que le diga a Elson y al chiquito que vengan a nuestro punto de encuentro, pues sé que el video es lo que le gusta a Elson, además de que ya tengo lista la cámara que le prestaré a él. Sobre el Chiquito también me refiero en especial, pues le cuento a Paulo que Pantaleón ya le hizo su página de internet y queremos que la vea, además de que nos gustaría que siga haciendo imágenes para alimentar su sitio web. Incluso le muestro a Paulo la página del Chiquito y le mando el link para que se la vaya enseñando. Antes de irme le digo que le voy a prestar la cámara de Elson, para que se mantenga tomando fotos pero reitero que esta vez sí debe intentar poner en práctica lo que hemos visto: encuadrar y componer mejor, además de que haga el esfuerzo de que no solo sean fotos sueltas. Paulo se emociona y menciona que hará aunque sea imágenes de aspectos de la pensión, y pregunta además si esa cámara es de Elson. Respondo que no, que la conseguimos para ellos en préstamo y debo regresarla a México, y que hemos pensado solo prestársela a Elson y a él que no se las robarían, pues como no es mía no puedo perderla. Le enseño rápidamente el funcionamiento antes de irnos, y mientras estamos ahí, en el área descubierta del establecimiento de donas que comparte espacio con una pizzería, sale el gerente de este último negocio y amablemente me pregunta si todo está bien, le respondo que sí y casi al instante se retira. Durante nuestra estancia en dicho sitio Paulo y el niño dominicano gritan a ratos a otros muchachos que están al otro lado de la calle o que van pasando y les dicen que ya van. En un momento se acerca uno de los chicos con los que se comunican a la distancia, como queriendo subir a donde estamos y Paulo lo persuade para que no lo haga. Al mismo tiempo sale el vigilante que nos conoce y con el que a veces conversamos, y le dice a Paulo que no se le ocurra pasar a ninguno más, pues ya el gerente está al pendiente de ellos y en este lugar no les van a permitir que lleguen a molestar

(refiriéndose a que piden dinero o limpian zapatos al frente), Paulo le responde que no y el vigilante se retira molesto pese a que siempre suele ser amable y sonriente con nosotros, así que pienso que posiblemente ya lo regañaron. De entre los chicos que van pasando al otro lado de la acera mientras nos encontramos en el establecimiento de donas, Paulo me señala al gordito aunque no logro distinguirlo, y aprovecha para contarme que también el gordito ya tiene celular, que lo compró y comento que seguramente le ha ido bien trabajando en estos días, pero Paulo responde que es un celular muy pequeño. Termine de mostrarle el funcionamiento básico de la cámara y nos retiramos.

Ya es fin de mes y siento que voy entrando a la recta final de mi estancia en República Dominicana, y aunque intento quedarme un poco más pues pienso que aún hay mucho por hacer con los chicos, hasta ahora la universidad en México sólo me permite quedarme todo agosto. El miércoles 31 Paulo me manda un mensaje poco después de medio día y me pide que vaya a la pizzería del Conde para darle el cargador de la cámara porque ha tomado buenas fotos pero ya se le descargó y quiere seguir y este día dedicarse sólo a hacer imágenes. Le pregunto si la usó mucho porque esa cámara no es de cargador sino de baterías, y cuando se la di estaban nuevas y deberían haber durado varios días. Él responde que no sabe qué pasó, y que quizá estén mal puestas pues las quitó pero piensa que las volvió a colocar igual. Me pregunta dónde estoy y si sigo en mi casa para irme a encontrar, pues él sabe que vivo en la Zona Colonial aunque no exactamente dónde. Le respondo que sí ando por ahí pero ya voy de salida y podría verlo hasta la tarde en el sitio de siempre en la Gómez, en el horario habitual. Al llegar a la avenida Máximo Gómez alrededor de las 6:30, no veo a nadie en los alrededores del supermercado El Nacional, ha llovido toda la tarde y aún cae algo de lluvia, entro al establecimiento de donas, veo al vigilante de dicho lugar y me saluda. Pido una dona y un café y me siento a escribir, parto mi dona a la mitad, como siempre, me como una de las partes y bebo café mientras continúo escribiendo al tiempo que me caliento pues estoy un poco mojada. Pienso que esperaré a más tardar a las 8 de la noche para ver si llega Paulo, pero creo que no llegará puesto que ha llovido mucho y aún chispea. Cerca de las 7:30pm, cuando estoy a punto de enviarle un mensaje para saber si llegará,

veo que se asoma desde afuera del establecimiento de donas y posteriormente entra. Esta vez no me encuentro en el área descubierta porque las mesas están mojadas y aún hay una ligera llovizna. Paulo se sienta a mi lado en el largo sillón que comparten varias mesas, estira la mano para acercarme el estuche con la cámara y yo la recibo, y me apresuro a abrirlo. Veo que en el estuche hay un cable rosa y un adaptador de corriente (cuadrado) de la marca Samsung e intuyo que es del celular. Le doy el cable y el cuadrado, tomo la cámara, abro la tapa del compartimento donde se colocan las pilas y la memoria. Veo que las baterías están todas colocadas hacia el mismo lado, el positivo, por lo que adivino el problema por el que no prende la cámara. Coloco las pilas como se indica en cada uno de los espacios, cierro la tapa y al pinchar el botón de encendido la cámara comienza a funcionar. Aprovecho para ver las fotos que tomó, y aunque observo que sigue tomando muchas imágenes parecidas y desde el mismo sitio, ya ha hecho algunas cosas diferentes del barrio y la pensión. En la pensión toma fotos de los niños que duermen en el pasillo en unos cartones y le pregunto si además del chiquito hay más niños a los que solo les alcanza para dormir ahí y me responde que sí. También intenta hacer un seguimiento de “El Blanco”, un joven que vive en la pensión y al que otras veces ya le ha tomado fotos, toma varias imágenes de él limpiando cubetas, le pregunto si a eso se dedica y me contesta que sí. Además veo que la noche anterior también tomó fotos en Juan Barón y ahí destaca un personaje con el pelo rojo vestido de mujer. Me comenta que él también vive en la pensión y que su intención era también seguirlo desde la mañana con la cámara pero no funcionó, sin embargo aún tiene intención de hacer el seguimiento e incluso me cuenta que a este joven que se viste de mujer le gusta cocinar en la pensión, y su intención es tomarle fotos cuando se ve como hombre en el día, y cuando se viste de mujer por la noche. Manifiesto que es un buen tema y espero que lo continúe, además de que le dejaré la cámara un día más para que termine sus historias. Él pregunta si será solo un día más, y respondo que al menos un día y debe llevar la cámara al día siguiente para ver cómo va e ir editando y descargando sus imágenes con el fin de subirlas después a su página. Le comento además que solo estaba esperándolo para saber qué había pasado con la cámara y pensé que no llegaría, él dice que

tardó por la lluvia y no había podido salir. Le pregunto también cómo va el proceso de conseguir dinero para sus materiales y contesta que ahí va, que ya tiene algunas cosas: tinta, y una brocha, y aún le faltan dos brochas pero piensa que pronto las conseguirá. Me cuenta también que quería hacerle un video a Rubén Black pero fue cuando ya no le funcionó la cámara, le digo que sí puede hacerlo aunque aún le faltan algunas nociones de video que pienso enseñarle más adelante, pero de entrada debe recordar los planos que son los mismos que en fotografía. Entonces él prende la cámara para ensayarlos y comienza a grabarme en primer plano. Detiene la grabación y me muestra el video para ver si está bien su primer plano y le comento que casi pero sería mejor que no corte nada de la cabeza y deje un poco más de espacio arriba, vuelve a intentarlo cortando un poco aún y le pido que deje todavía más espacio en la parte superior. Paulo se da cuenta que con los dos breves videos se le descarga más rápido la batería así que la apaga, yo le recomiendo aprovechar lo que queda para tomar fotos de hoy para mañana. Mientras la guarda le comento que también es importante la estabilidad para el video y sería bueno que ya lo tenga presente aunque más adelante lo veremos más a detalle. Él me dice que si se le acaban pronto las pilas me avisará para ver si puedo conseguirle otras y contesto que sí pero que de todos modos lo veré al día siguiente en la Gómez en el horario acostumbrado. Entonces me pregunta si nunca le voy a prestar la cámara grande (la réflex) para que él pueda llevársela, le respondo que eso sí sería más difícil porque por el tamaño no tendría cómo protegerla, es más visible y es posible que se la quieran robar por más que él la cuide, él añade que además porque es más cara, yo asiento con la cabeza y agrego que lo que podemos hacer es ir a un evento como los anteriores y se la puedo prestar mientras lo acompaño a la cobertura. Contesta que está bien y ya casi retirándonos le pregunto si le dijo a Elson que venga para que le preste la cámara y si le mostró la página al Chiquito. Paulo responde que sí le pasó mi mensaje a Elson y que él le dijo que hoy no podía ir porque iba a Juan Barón, pero que sí piensa ir a verme y al Chiquito le gustó su página y también quiere asomarse uno de estos días a la Gómez para tomar más fotos. Nos levantamos y le pregunto si se va a quedar por la zona o ya se va a su casa, y me dice que sí se quedará para trabajar un poco. Me acompaña a la parada

y nos despedimos, pero antes de irnos me pregunta qué es lo que tengo pendiente con él sobre lo que la vez pasada le hablé y si es su historia. Yo menciono que sí está relacionado con eso y que de hecho aún no he podido terminar la biografía de él pero que pronto la acabaré y le avisaré sobre esto y con más detalle sobre el pendiente que le he comentado. Mientras me retiro voy recordando que este día he visto en Instagram que Paulo ha subido algunas fotos de él en la pensión mostrando la cámara que le presté, de otros muchachos que lo acompañan, de dos chicos en el pasillo de la pensión, y también de alguien a quien sólo se le ve el brazo y la mano sosteniendo unas monedas, por lo que llega a mi mente cuando mencionó que mientras se dedicaba solo a pedir dinero, también haría un seguimiento de los chicos que piden como él.



Algunas de las imágenes que continúa tomando Paulo sobre los chicos y otros personajes de la pensión. Fotos: Paulo Robinson

Ya es jueves, comienza agosto, y con ello mi cuenta regresiva para volver a México. A medio día Paulo me manda un mensaje preguntándome dónde estoy porque ahora sí se agotaron las pilas de la cámara, pero le respondo que no estoy en casa e iré hasta la tarde a la Gómez e intentaré ver si consigo baterías nuevas. Llego a la Gómez un poco antes de lo habitual, alrededor de las 5:30 de la tarde, decidida



a tomar mi café tranquilamente antes de comenzar a trabajar con los chicos. Pido como siempre un americano con un poco de leche y una dona de nutella en el establecimiento habitual, y me siento en una de las mesas del interior, la de más al fondo, para que antes de las 6 no me vea ninguno de los niños y pueda terminar mi café y algunos pendientes en la computadora. De todos modos cuando voy llegando a la zona volteo hacia El Nacional y sus inmediaciones y no veo a los chicos. Parto la dona a la mitad, endulzo un poco el café y comienzo a revisar noticias recientes relacionadas con la migración haitiana en el país. Comienzo a escribir los resúmenes de las notas de interés en la sección de monitoreo de medios de mi cuaderno, empiezo a tomar mi café y termino la primera reseña y casi al iniciar la segunda, veo que asoma Paulo al establecimiento de donas, entra decididamente, aunque se queda casi a la entrada sin llegar al fondo donde me encuentro. Lo veo con la misma ropa que lleva desde hace varios días: camiseta negra, jeans, y sandalias de hule de estilo deportivo de suela negra y detalles en blanco y rojo en la parte superior en la banda, de las que suelen usar mucho los jóvenes en República Dominicana, sobre todo los peloteros en formación al término de sus entrenamientos. Tomo mis cosas con todo y bandeja y me acerco a la entrada, mientras le pregunto a Paulo si salimos, porque sé que ahí afuera estamos más cómodos sin que nos miren tanto ni llamemos la atención, pues algunas veces percibo que incluso incomodamos a otros clientes. Pero Paulo me responde que no, que estamos bien ahí dentro, pienso que quizá por el aire acondicionado, y se sienta en la mesa más próxima a la entrada del lado del largo sillón que comparten todas las mesas y que suele ser el asiento más cotizado del lugar. Yo me siento al otro lado, en una silla para estar frente a él, y me pregunta mientras se arrima y hace un espacio si no quiero sentarme junto a él en el sillón. Le contesto que estoy bien donde me encuentro y permanezco sentada frente a él en la silla, pues quiero verlo a la cara para platicar bien, así que pienso que estoy en el mejor ángulo. Le pido que me preste la cámara, me la entrega, noto que no ha movido las pilas y que en efecto no prende, por lo que esta vez sí es seguro que se han agotado, además de que las quito y las vuelvo a colocar y sigue sin encender. Le comento a Paulo que ahora sí se acabaron las pilas pero no me pone mucha atención porque se

encuentra jugando en su celular, así que le pregunto si acaba de cargar el móvil con su amiga, apenas levanta la vista y responde que sí pero tiene poca batería y sigue jugando casi sin despegar los ojos del teléfono. Lo vuelvo a cuestionar ahora queriendo saber si aún no consigue cargador, e igualmente sin separarse del juego contesta escuetamente y casi en automático que aún le falta “la cabecita”. Me doy cuenta que sus intereses en este momento están en otra parte, me mantengo en silencio viéndolo jugar y así continúa por un rato más sin inmutarse mientras yo comienzo a enojarme un poco. Entonces rompo el silencio y le digo que ya veo que no tiene interés, él rápidamente quita la vista del celular y deja de jugar, lo baja hacia su bolsillo, y responde que no es así porque estaba esperando a que yo le dijera algo, manifiesto que ya le he hablado varias veces y ni siquiera me ve porque sigue jugando. Continúo y expreso que no solo es el hecho de jugar mientras yo le hablo, sino que desde que tiene el celular hemos visto que su interés por tomar fotos ha disminuido y que parece que las que ha hecho solo las toma por tomar algo y cumplir, y como le hemos dicho ya muchas veces no lo tendría que ver como una obligación, y si no le gusta puede dedicarse a otras cosas. Añado además que si solo ve la fotografía como dinero ello no le ayudará mucho a aprender, y que para ganar dinero hay también otras actividades. Mientras hablo y veo cómo su semblante transita entre la pena, la culpa y hasta la ira contenida, me pongo a reflexionar sobre sus condiciones y para intentar modular un poco lo dicho, menciono que entiendo también que hay veces que no podemos hacer todo lo que nos gusta y que nuestras condiciones nos fuerzan a hacer ciertas cosas para sobrevivir, pero que para seguir en este camino (de la fotografía) debe tener interés y gusto por la imagen. En tanto sigue escuchando, noto a un Paulo contrariado como sin saber cómo reaccionar o qué decir y a veces asintiendo tras alguna de las cosas que digo. Finalmente habla y comenta que no sabe por qué digo eso si a él sí le gusta la fotografía y que hemos visto que él se ha puesto en esto y sí tiene interés. Yo contesto que después de obtener lo que él quería (refiriéndome al celular) ya hace las cosas solo por seguirnos la corriente, pero que realmente no está interesado y que si fuera así, después de que se agotaron las pilas pudo haber seguido tomando fotos con el celular cuando lo tuviera cargado. Añado que tampoco

se trata de tomar fotos desmedidamente, sino de tomar las necesarias pero bien, es decir, pensando la imagen, e incluso le digo que seguramente por eso se le acabaron las pilas porque estaban completas y con uso normal podrían durar semanas, y agrego que creo que tomó muchas fotos sin pensar y se pasó el tiempo presumiendo la cámara aunque le dije que la usara de preferencia de día pues por sus características y limitaciones es cuando saldrían mejor las imágenes. Insisto que se nota que la usó de noche y ya para el día no tenía batería para tomar mejores fotos. Paulo menciona que sí tomó fotos también con su celular y me muestra, pero de este día solo tiene una secuencia de una persona en silla de ruedas pidiendo dinero entre los carros, le digo que de ahí solo tiene una foto y que no está bien compuesto el material además de que es notorio que sigue tomando desde lejos y abusando del zoom. Reitero que así no puede avanzar y aunque se moleste con recordar clases pasadas (planos y ángulos), si no conoce lo básico y no lo pone en práctica no podemos aprender cosas nuevas. Él señala que sí tiene muchas fotos buenas en la cámara que le presté y reconozco que lo del día anterior estaba un poco mejor que lo que ha estado haciendo con el celular, pero que de cualquier forma tengo que ver todo para ver si realmente podemos avanzar o si tenemos que retroceder porque en general lo que hemos visto Pantaleón y yo hasta ahora nos sugiere que ya no tiene interés. Menciono que no sé exactamente por todo lo que está pasando pero que si ahora mismo no se siente listo para continuar, no hay problema y podemos hacer una pausa, pues no quiero que se vea obligado. Paulo responde que no se siente obligado, que sí quiere seguir aprendiendo y no entiende por qué Pantaleón y yo decimos que no está tirando buenas fotos si él cree que sí. Yo le muestro su Instagram y le comento cada una de las fotos, qué es lo que está haciendo, qué falta y cuáles son las únicas buenas, repito que tiene que mejorar en el encuadre y composición como también ya se lo ha dicho Pantaleón, y que incluso él después de lo que ha visto a raíz de la entrega del celular era partidario de ya no trabajar más con él, pero que yo había decidido seguir si él así lo quería. Noto que Paulo sigue muy contrariado y me pregunta si ya no le prestaré la cámara, le contesto que no pude conseguir las pilas pero que después de que vea su trabajo y de comprar las baterías se la puedo prestar más adelante. Intenta replicar respecto

a las críticas que le he hecho y arguye que lo de su Instagram no es tan bueno porque no tiene cámara y con el celular no es igual. Yo le digo que la composición y el encuadre no depende de la cámara, y que incluso la cámara de su celular es posible que sea mejor que la que le estoy prestando, además le muestro mi Instagram, donde la mayoría de mis fotos están hechas con el celular, y le pido que vea que no es cuestión que dependa exclusivamente de la cámara. Paulo busca sostener su punto y menciona que hay algunas cosas que no puede hacer como lo del ISO, velocidad y diafragma, yo le comento que si bien es verdad que esos elementos no se pueden controlar en el celular, tampoco en la cámara que le prestamos y sólo podría en la réflex, pero que ahora no le hemos pedido que trabaje con ISO, velocidad o diafragma, sino solo con encuadre y la composición que no tienen que ver con dichos elementos. Reitero que solo le estamos pidiendo que encuadre y componga mejor con la cámara a su disposición y cuando lo domine seguiremos con la réflex pues sí me interesa que no se le olvide exponer. Repito que me llevaré la cámara que le presté para revisar su trabajo y comprar las pilas, además de ver si tiene imágenes para seguir subiendo a su página, y le pido que me mande las cuatro buenas que tiene de su celular, él me las manda y me pregunta si ya no vamos a aprender nada hoy y reitero que no veo que podamos avanzar y que volveré la próxima semana para recordar lo que sea necesario después de ver sus imágenes y avanzar con algunas cosas nuevas. Paulo comenta además que Elson sí quiere que le preste la cámara y que el Chiquito y los demás han querido verme pero ya están llegando muy tarde a la zona, a veces hasta las 9 de la noche. Menciono que a esa hora ya tienen quizá menos oportunidades de tener clientes porque el supermercado cierra las 10, pero Paulo me explica que hasta esa hora pueden porque el nuevo vigilante no los deja acercarse cuando está. Le pregunto si después bajan al Malecón y me contesta que sí, después van a la Plaza Juan Barón y van llegando a la pensión a las 12 o a las 2 de la madrugada incluso. Comento que es por eso que despiertan tarde y salen tarde a trabajar y él responde que sí. Finalmente le digo que les quiero platicar otra cosa, pues de la primera parte del taller, cuando aún estaba Pantaleón, hay fotos que todos hicieron pero no hay manera de saber cuál es de quién porque íbamos pasando la cámara réflex de mano

en mano para que todos practiquen, y para identificarlas de alguna manera o exponerlas en un futuro lo que se podría hacer, si le parece, es presentarse como colectivo y le pido que lo comente con los demás chicos y que charlen sobre un nombre grupal que puedan ponerse para así firmarlas, si están de acuerdo. Paulo parece no entender muy bien lo que le digo porque me pregunta si no se puede poner solo un nombre, por ejemplo Paulo, y le respondo que no porque las hicieron todos pero nos es imposible distinguir la autoría de cada una, así que agrego, sería bueno que acuerden cómo quieren llamarse como grupo si les parece bien, que busquen un nombre que les guste a todos. Paulo entonces piensa un poco y me dice que pueden ser “Black fotógrafos” porque, en sus propias palabras, “somos toíto negros”, le comento que me parece un buen nombre y que lo proponga con los demás para que lleguen a un acuerdo todos. Un poco antes de irme le pregunto a Paulo cómo va con el trabajo y cuándo espera poder volver a limpiar zapatos, él contesta que ya solo le falta conseguir uno de los materiales y que espera ya esta semana poder volver, señalo que la semana ya casi acaba y ya el siguiente día será viernes, pero responde que cree que el sábado ya podrá ir a trabajar a Juan Barón, y comento que está bien aprovechando que los fines de semana es cuando les va mejor, me contesta que sí y que en Juan Barón se consigue más dinero el fin de semana. Tomo la cámara y le pido que me pase el estuche que sigue teniendo colgado del hombro, él se lo quita y me lo da, meto la cámara, guardo mis cosas y anuncio mi retirada. Veo que en la bandeja sigue la mitad de la dona y le pregunto si no la va a querer, responde que sí y de un bocado se la come. Me levanto, voy saliendo, y él me alcanza, me acompaña a la parada y le aconsejo que mientras practique cuando pueda con su celular, que no es necesario tomar muchas fotos y sí pensar más la imagen. Paulo pregunta cuando volveré a la zona del taller y respondo que la siguiente semana, el lunes o martes. Mientras caminamos hacia la parada me comenta que para amanecer este día ha dormido mejor pues durmió en el piso, yo pienso que no le alcanzó para la habitación pero me aclara que no, que lo que pasó es que el colchón ya estaba muy sucio, les dijo a los empleados de la pensión y se lo llevaron. Volviendo al tema de la fotografía, ya en la parada le digo también que a medio día no es tan buena hora para tomar fotos porque la luz solar

es muy potente y las imágenes pueden salir muy quemadas (blancas), agrego que es mejor muy temprano o por la tarde cuando no es tan fuerte el sol, y que él mismo se dará cuenta cuando vaya observando cómo es la luz a diferentes horas del día. Aprovecha para comentarme que había ido al Conde, la calle peatonal de la Zona Colonial, a tomar fotos y unos policías le quisieron quitar la cámara, incluso la tuvieron con ellos mientras Paulo les decía que solo estaba tomando fotos pero los policías seguían incrédulos y tuvieron que interceder personas de los alrededores que confirmaron que habían visto a Paulo tomando fotos en otras ocasiones en la zona, y fue entonces que le devolvieron la cámara. Después de contarme esto añado que aunque nadie lo hubiera defendido él no habría permitido que le quitaran la cámara definitivamente, es decir, que no la iba a dejar perder y que ya estaba a punto de llamarme y decirles que la cámara tenía un dueño que se la había prestado y yo llegaría a confirmarlo, a lo que respondo que en efecto me habría presentado. Me despido y me subo al carro de concho que ya está por arrancar, Paulo grita: “con Dios”, y lo pierdo de vista mientras el vehículo se aleja.

Al llegar a mi aparta-estudio descargo la memoria de la cámara que le presté a Paulo y reviso las imágenes que tomó. Veo fotos de conocidos y lugares familiares, una mujer que atiende una cafetería y que sé que es la amiga que le carga el celular, el niño dominicano que lo acompañaba el día anterior, el estacionamiento de El Nacional, la heladería de la avenida Máximo Gómez por donde a veces también realizábamos el taller, la gasolinera aladaña al supermercado, y el vigilante del establecimiento de donas donde suelo esperarlos que la había pedido a Paulo que le tomara unas fotos, según lo que me ha contado. También hay fotos del Malecón por la noche, una toma de una mujer en short que va caminando y se aprecia de espaldas, imágenes de los juegos mecánicos de la Plaza Juan Barón y en una de ellas Paulo posando con el celular en la mano, otra donde aparece posando el joven de la pensión que por las noches se viste de mujer, esta vez ya caracterizado con una peluca roja, y empleados de los juegos mecánicos que igualmente posan para él. Además veo imágenes de la pensión, en una hay jóvenes pasando la noche en el pasillo, otra más del Chiquito y una del gordito viendo su teléfono junto a otro niño. Observo fotos del joven que Paulo me ha dicho que le dicen “El Blanco” y que

lava cubetas, imágenes generales del Pequeño Haití, de baches llenos de agua estancada sobre la calle, murales del barrio que aluden a la negritud, más imágenes de niños durmiendo sobre cartones en el pasillo de la pensión, la zona del barrio donde se venden cosas usadas, una pila de zapatos viejos en venta, el cablerío de los postes de luz característicos de los barrios dominicanos cual telarañas, una guagua estacionada en la acera del mural de la virgen al que más le toma fotos y que se encuentra frente a la pensión, un tiradero de basura en una calle, el letrero de Taco Bell de la Gómez, los otros niños que limpian zapatos posando en el Malecón, y también en el mismo sitio el joven vestido de mujer esta vez con otro atuendo y peluca negra. Me muestra también una parte del Parque Independencia, en la Zona Colonial, y gente pasando en los alrededores, una tumba del panteón cercano que tiene una bandera dominicana y que ya en otro momento había tomado, una persona sin techo durmiendo en la calle, la pensión de día con algunos de los chicos y donde ya logro ver a al menos tres mujeres mayores que ellos, dos de ellas lavando y otra tendiendo ropa mientras el Chiquito le ayuda. A través de esta entrega logro también conocer más aspectos de la pensión de paredes azules, la distribución y los angostos pasillo, y finalmente me transporta hasta el interior de una de las habitaciones, donde se aprecia que solo cabe un colchón de aspecto desgastado y justo sobre él sentados el Chiquito y Jeffrey posando, mientras a un lado, en un espacio muy angosto entre el colchón y la pared, se encuentra Elson observando con una bolsa en la mano y la camiseta doblada hacia arriba como ombliguera dejando descubierta una parte de su torso. Me llama la atención además en esta imagen que en la pared del fondo se ven dibujos quizá hechos por ellos pues parecieran trazos infantiles.



Imágenes de la pensión y sus habitantes. Fotos: Paulo Robinson

El lunes 5 de agosto llego a las inmediaciones del supermercado El Nacional aproximadamente a las 7:30, no veo a ningún chico y como siempre, cruzo al establecimiento de donas a esperar, pido lo habitual decidida a estar hasta las 8, pero Paulo no llega. Antes de retirarme a mi alojamiento, aprovecho para realizar algunas compras en el supermercado, y cuando voy caminando hacia la entrada de El Nacional, en el lado opuesto de nuestro punto de encuentro, alcanzo a ver a Paulo sentado cerca de la entrada y me sonrío. Le devuelvo el gesto, me aproximo para platicar con él, y lo observo con la misma ropa con la que lo llevo viendo ya muchos días: el jean y la camiseta negra. Le comento que estuve esperándolo al frente en las donas y que duré un rato así que pensé que no había ido a la zona. Él me responde que pasó y el vigilante le dijo que no me había visto, yo contesto que eso quizá fue antes de que yo llegara. Mientras hablamos, Paulo no se mueve del lugar donde lo he encontrado, permanece sentado en el piso, en la entrada del supermercado, con el brazo derecho extendido sosteniendo un vaso de plástico en la mano y de cuando en cuando unas cuantas personas le depositan algunas monedas. Él menciona que también pensó que yo no iría este día porque la última vez que nos vimos le dije que me asomaría el lunes o martes, y creyó que sería



hasta el martes. Le cuento que ya me iba y coincidentemente crucé al súper para comprar algo que necesito, y añado que entraré a comprar y a la salida lo volveré a ver. Entro unos 15 minutos al supermercado, y al salir me acerco una vez más a él, aunque me mantengo a cierta distancia para no entorpecerlo tanto en su actividad. Le comento que ya vi sus fotos de la cámara que le presté y que sí hay algunas buenas aunque sigue teniendo los mismos problemas de composición como dejar mucho piso o cortar extremidades. Me pregunta si ya vi las últimas fotos que subió a Instagram y respondo que sí pero eran demasiadas, algunas repetidas y otras también con los problemas de composición que ya he mencionado, además de que no se preocupa por limpiar la cámara de su teléfono, pues se ven como borrosas o empañadas. Él contesta que sí lo hace y no sabe por qué salen así, y mientras, yo, para no estorbar tanto el paso de la gente que sale, me acerco más a él y me coloco a su lado, cerca de la reja para seguir platicando. Ya más cerca, noto que está descalzo pero mirando un poco más allá, observo que tiene sus sandalias como escondidas y a un lado una caja de limpiabotas. Señalándola le pregunto si es su caja y responde que sí pero aún no ha podido empezar a trabajar bien porque no ha completado todos los materiales, le digo que si aún así ha limpiado algo y contesta que sí pero muy poco por la limitación del material pues no puede limpiar como antes. De forma más directa le pregunto cómo le ha ido y me cuenta que no tan bien porque no ha podido trabajar y no le gusta estar pidiendo. Mientras me he encontrado más alejada, veo que el guardia se acerca y se para un rato entre nosotros, observo que toma su arma (una especie de rifle) hacia abajo y se recarga sobre ella. Un poco más tarde, cuando ya me encuentro junto a Paulo, le pregunto por los demás chicos queriendo saber si siguen sin venir por el nuevo guardia, y me contesta que sí aunque de repente sí van y por ejemplo este día andaba por ahí Elson, pero yo no lo veo. Pregunto si el guardia que se interpuso entre nosotros es por el que los demás ya no van tanto, y responde que sí pero que con él no se porta mal, ya lo conoce y lo deja estar ahí porque él no molesta como los otros. Aunque sí conversamos un poco y Paulo me contesta, lo noto lejano y cabizbajo, yo pienso que quizá es por estar atento a pedir dinero y que es posible que lo esté incomodando, así que decido no demorarme mucho más. Le pregunto si después

de ahí en la noche bajará hacia el Malecón, pero no responde a mi pregunta y en su lugar menciona que su celular se descarga muy rápido. Le comento que desde un principio le dije que era un teléfono viejito y que él lo prefirió quizá por la marca, y no quiso la tablet que era nueva y le hubiera durado más. Paulo contesta que no fue por la marca, sino por la utilidad pues él necesitaba un teléfono para comunicarse y no sabía que la tablet tenía entrada para un chip. Yo le comento que tampoco sabía y que simplemente nos donaron el aparato pero no lo conocía, se lamenta y me pregunta si no se puede reparar el celular, pero le digo que no creo pues una vez intenté arreglarle la bocina y resultaba casi tan caro como un celular nuevo y pienso que lo de la batería también puede ser muy costoso. Me pregunta si saldría en más de mil pesos (unos 385 pesos mexicanos) cambiarle la batería y respondo que mucho más, repito que debe ser tan caro como comprar un teléfono nuevo, y le recomiendo mejor aprovecharlo el tiempo que le dure, así sea algunos meses. Paulo luego quiere saber si ya vi que ha practicado los planos y los ángulos, y le contesto que sí he visto sus fotos y aún le falta afinar algunas cosas como en algunos casos que corta las articulaciones, y respecto a los ángulos en algunas ocasiones abusa del picado y es necesario saber qué tipo de intención sugiere cada ángulo. Agregó que el picado que él usa mucho se presta para ver a la persona fotografiada más pequeña, es decir que este ángulo puede empequeñecer a alguien, noto que no me entiende tanto y le explico que por ejemplo él en ese momento está sentado y yo parada, y que el hecho de hablarle yo desde arriba nos coloca en posiciones diferentes, así que, añadido, alguien que “se crea más” y le habla desde arriba, podría pretender valer más que él y tratarlo como si él fuera menos, entonces Paulo responde con un movimiento de cabeza hacia arriba y hacia abajo, como si comprendiera mejor mi punto. Me agacho y quedo sentada junto a él, y le digo que para tomarle una foto tendría que estar en esa posición, al mismo nivel, y mostrarlo en un ángulo normal. Finalmente, antes de retirarme le pregunto si comentó con los demás chicos el asunto del nombre grupal, y agregó que me gustó su propuesta de “Black Fotógrafos”. Él sonríe cuando pronuncio el nombre y manifiesta que a él también le gusta, pero aún no les ha dicho, así que le pido que platique con ellos para que lo acuerden si así lo desean. Paulo contesta que sí les

dirá, y me despido prometiendo estar en la zona al día siguiente más o menos en los horarios habituales. El chico se queda sentado con el brazo extendido y el vaso en la mano mientras me alejo y me encamino a la parada del carro de concho.

Al día siguiente, martes, llego a la avenida Máximo Gómez a las 6:40 de la tarde y a punto de bajar del carro de concho, cerca de El Nacional, veo desde el vehículo en movimiento a Paulo que va cruzando hacia la acera opuesta del supermercado, pero al descender lo pierdo pues un tráiler ha tapado la visibilidad. Ya no lo vuelvo a ver y entro al establecimiento de donas, pues sé que de todos modos ahí me buscará si regresa. Pido como siempre un café y una dona y me siento a leer en el interior mientras consumo lo que he ordenado y espero a Paulo. Pasa el tiempo y no se ha asomado, así que pienso que sólo lo esperaré ahí hasta las 8 y después cruzaré a El Nacional donde lo vi el día anterior pidiendo dinero. Mientras espero entra el vigilante y me saluda con un choque de puños, además de preguntarme por “el moreno” (refiriéndose a Paulo). Le respondo que no ha llegado y luego me habla de algo relacionado con una foto que no entiendo bien, pero le comento que si habla de la foto que le tomó Paulo recientemente la tengo en mi computadora. Él me pregunta cómo salió, le digo que bien y que después se la llevaré. El vigilante se va y comienzo a escribir un poco hasta que da la hora que me había fijado para retirarme. A las 8 me levanto y salgo del lugar para dirigirme al supermercado, específicamente a la entrada donde encontré a Paulo un día antes. Ya en El Nacional no lo veo por ningún lado, ni siquiera en los alrededores, espero un rato y me convengo de que no lo encontraré ni a él ni a los chicos, con quienes llevo aún más tiempo sin poder coincidir. Antes de retirarme le escribo un mensaje de WhatsApp a Paulo para decirle que estoy en la zona pero ya me voy después de haberlo esperado un rato y que volveré al día siguiente entre 6 y 7 de la tarde. No me contesta pronto y veo que ya lleva varias horas sin conectarse, así que me voy. Horas después, casi a media noche, me responde y me escribe que no había estado por allá, pero que al día siguiente sí irá. No le digo que lo vi para hablar con él en persona si tengo más suerte el miércoles. Veo su cuenta de Instagram y observo que ha subido algunas fotos más de la pensión esa misma tarde, en la que aparecen los chicos en el pasillo, un hombre de rastas mayor que ellos posando con la cabeza

agachada, y una más de alguien de espaldas en el pasillo, mientras una parte de su sombra se proyecta en la pared. Me sorprende lo que veo porque son pocas imágenes y no como otras veces que sube demasiadas, además de que pienso que están bien seleccionadas pues hablan del mismo sitio e incluso todas me parecen buenas.



Imágenes de personajes de la pensión subidas a Instagram por Paulo, más retrato de vigilante de la tienda de donas. Fotos: Paulo Robinson

El miércoles bajo a la avenida Máximo Gómez desde el IGLOBAL alrededor de las 7pm, cruzo con anticipación a la acera donde el día anterior vi a Paulo, a la altura del restaurante venezolano de cachapas, donde sé que además a veces ve a algunos de sus amigos o clientes. Al estar frente al restaurante echo un ojo pero no veo a Paulo, así que sigo hasta el establecimiento de donas y antes de entrar dirijo la mirada al otro lado de la calle para ver si ubico a Paulo o a los otros chicos en El Nacional o las cercanías, por la gasolinera o la pizzería. No los veo así que sigo mi camino y entro a la tienda de donas esperando que esta vez sí se asome Paulo, pues unas horas antes él le había dicho a Pantaleón por WhatsApp que sí iría y llevaría a Elson para que yo le preste la cámara. Pido lo acostumbrado, me siento y aguardo poniéndome como límite las 8 de la noche para irme si no llega alguno de

los chicos. Dan las 8 y decido aguardar unos minutos más, pero como nadie llega salgo del establecimiento y cruzo al supermercado para ver otra vez si está ahí Paulo. Paso por el estacionamiento de El Nacional y luego por la entrada donde dos días antes lo había visto pidiendo dinero, pero no veo a nadie. Espero algunos minutos parada por la zona, después camino hacia la gasolinera y la pizzería, pero tampoco tengo suerte, así que aproximadamente a las 8:30 de la noche me retiro. Posteriormente le mando un mensaje a Paulo y le vuelvo a decir que fui a la Gómez y no lo vi, y agrego que si ya no va a ir me avise para yo tampoco ir más. Una vez más, cerca de la media noche, me contesta y me dice que cuando él ya iba para la Gómez era muy tarde, más de las 9 de la noche, que sí va a seguir yendo, y que me llamará cuando él esté en la zona al día siguiente como a las 6:30 de la tarde. Además escribe que duerma con Dios y que ya Pantaleón lo felicitó por su trabajo. Le respondo que sí ha hecho buenas fotos últimamente y me despido recordándole que lo veré al siguiente día.

El jueves a las 6:30 me escribe Paulo para avisarme que ya está en la Gómez, le respondo que tuve un contratiempo y tardaré un poco más. Finalmente llego casi a las 7 pero no veo a nadie en la calle, así que entro al establecimiento de donas donde pido lo de siempre y me siento apurada a editar unas fotos de una protesta que acabo de cubrir en el Parque Independencia contra la corrupción y los casos de sobornos vinculados a Odebrecht. Me encuentro concentrada pues debo subir rápidamente las imágenes a la plataforma de fotoperiodismo de la que soy editora, por lo tanto no estoy tan pendiente de si alguien se acerca, pero más o menos a las 7:30 se asoma Elson, quien sin atreverse a entrar me dice que lo mandó Paulo que me vio desde el frente en El Nacional. Sigue sin pasar así que entreabro la puerta para hablar con él y preguntarle si aún quiere la cámara que le íbamos a prestar, él responde que sí y para no estorbar la entrada, pues no quiere entrar, le digo que saldré a la zona descubierta del establecimiento. Tomo mis pertenencias, salgo y me siento en una de las mesas que se encuentran al aire libre, Elson me imita y toma asiento frente a mi mientras retira la bandeja de algún cliente anterior. Le pregunto a Elson si ya tiene idea de las imágenes que quiere hacer, me contesta que sí y como no agrega más le comento que puede empezar con su entorno, con

cosas, lugares o situaciones cercanas a él, como la pensión, el barrio, los chicos, sus amigos, los espacios por los que pasa diariamente, o cómo es un día en su vida. Él sonríe, lo noto emocionado y me dice que sí. Entonces saco la cámara de mi mochila y se la muestro, le pregunto si ya la conoce y agrego que es la misma que Paulo tenía hace unos días. Me responde que sí y que él sabe usarla, así que solo le recuerdo cómo prenderla, primero quitándole la tapa y apretando el botón de encendido, él hace un gesto dándome a entender que lo sabe, me señala el botón obturador y me dice que con ese se toma la foto, yo asiento y rápidamente le muestro dónde está el botón del flash y el que se utiliza para grabar video. Elson me comenta que hará foto y video, menciono que puede hacer lo que quiera pero le advierto que con el video las baterías se acabarán más rápido. Añado también que la cámara no es tan poderosa y que en la noche será más difícil que salgan las fotos pues estarán muy pixeladas o movidas, y que para hacer una imagen tendrá que buscar un sitio muy iluminado y tratar de no moverse mientras toma una foto para que la cámara esté estabilizada. Así que concluyo reiterando que será mejor que haga menos imágenes en la noche para que no se le acabe la pila y tenga mejores resultados en el día. Él asiente con la cabeza y me pregunta por el cargador, contesto que no tiene cargador y que lo que lleva son 4 pilas y por eso hay que medir su uso porque en el momento en el que se le descargue habrá que comprar nuevas y no podrá seguir con su trabajo fotográfico. Abro el compartimento de la cámara donde se colocan las pilas y se las muestro, y recordando lo que le pasó a Paulo, señalo que si se las quita hay que colocarlas bien para que funcione. Mientras tanto, han subido al establecimiento los demás chicos, están el Gordito y Jamesley, y tanto el Elson como Jamesley me piden que les consiga a ellos también un celular y que le diga al “patrón”, refiriéndose a Pantaleón. Además el gordito y Jamesley manifiestan que les interesa tener en préstamo la cámara, y les comento que han dejado de ir y por ahora ya no tengo más dispositivos con los que los pueda apoyar pero veré si puedo conseguir algo más adelante, y agrego que sí les puedo prestar la cámara, con la única condición de que la cuiden para que no se las roben, y que la daré por turnos después que a Elson. Se muestran de acuerdo y expresan que no se las robarán pues ellos sí tienen habitación, y agregan, que no están como

el Chiquito. A propósito les pregunto cómo estuvo lo de la tablet del Chiquito, y me cuentan que se la prestó a un tipo que ya no se la devolvió. Elson entonces interviene y me dice que a él no le robarán nada, porque la cámara por ejemplo se la dará a guardar al encargado de la pensión. Elson comienza a tomar fotos en el lugar y a sus compañeros, además de que por momentos les presta la cámara. Poco después llega también el Chiquito, me saluda y me informa que le robaron la tablet, le comento que ya sé pues me contaron Paulo y Pantaleón y agrego que no hay problema, pues finalmente era algo que era suyo y que no se preocupe por mi porque a mi no me robaron nada. Le pregunto cómo fue y responde que se la dio a uno de los mayores para que se la cargara pero ya no se la devolvió, y cuando le preguntó por su tableta le dijo que ya se la había dado en la noche mientras dormía. Lo interrumpo para preguntarle si fue así y me dice que no, que nunca se la regresó y cuando siguió reclamándole lo amenazó. También quiero saber si desea seguir aprendiendo foto y me contesta que sí, entonces les aconsejo seguir yendo a la zona y agrego que ya sabe que estoy por ahí en las tardes, responde que sí y que a veces ha pasado como a las 5 y no me ha visto. Le digo que no lo he visto pero regularmente llego entre 6 y 7 y de ahí hasta que me voy entre 8 y 9. Le pregunto entonces si está viniendo a la zona a trabajar y me contesta que no, pues no tiene caja y solo va así sin nada. Reitera que quiere seguir aprendiendo y también menciona que le gustaría que le preste la cámara, pero señalo que temo que se la vayan a robar como la tablet y él promete cuidarla mejor, pues además ya tiene habitación. El Gordito que está cerca me dice que no es verdad, y el Chiquito insiste que sí tiene habitación y me pide preguntarle a Elson para corroborarlo, pero Elson va y viene tomando fotos y el único que atiende es Jamesley que confirma que su compañero sí tiene habitación. Finalmente se va Elson sin decirme nada más, pues sigue concentrado tomando fotos, le sigue el Chiquito, quien me asegura que volverá al día siguiente para aprender, y yo brevemente le pregunto si todavía se acuerda lo que hemos visto: los planos, los ángulos, la velocidad de obturación y la apertura del diafragma. El Chiquito contesta que sí, sonrío y se despide. Quedan al final Jamesley y el Gordito, quienes insisten en que les preste la cámara y les regale un celular o una tableta como a Paulo y el Chiquito, y les vuelvo a mencionar que

aunque los dejé de ver, tampoco me habían donado tantas cosas, y agrego que si nos dan algo más, ellos serían los siguientes en recibir algo. Aprovecho para preguntarles si su ausencia en días pasados se debió al nuevo vigilante, como me había comentado Paulo, y aunque no hablan tanto español, responden que sí y el Gordito agrega que además a él por eso se lo llevaron los policías y estuvo tres días preso. A propósito de sus peticiones, les digo que tengo algo que les puede servir, pero que se tienen que poner de acuerdo quién se lo quedará dependiendo de a quién le quede mejor, y es que desde que recibí vista de México no había podido entregar todo lo que me habían donado para los chicos, pues solo había visto a Paulo y al Chiquito, a quienes ya les había dado los dos dispositivos. Saco de mi mochila una bolsa, y de ella una camiseta polo de color verde que como es un poco grande había pensado que le podría quedar a Elson. Los dos sonríen al verla, pero Jamesley se precipita a tomarla cuando estiro el brazo para dársela a alguno de ellos. Jamesley dice que él se la quedará y el Gordito se enoja brevemente pero ahí permanecen, así que aprovecho para invitarlos a que sigan asistiendo al taller si quieren continuar aprendiendo, y añado que sigo yendo a la zona y ahí los espero por la tarde. Ellos responden que sí y finalmente se despiden y se retiran.

Mientras he estado platicando con los chicos, llega Paulo también pero pronto lo llaman desde la calle y yo le digo que no se preocupe, que vaya pues estaré por ahí un rato más. Él entonces contesta que volverá, se retira, y al poco tiempo de que se van los demás vuelve y se sienta en una de las sillas de la mesa donde me encuentro, mientras retomo la edición de mis fotos. Veo a Paulo un poco inquieto, como intentando expresar algo, y después de algunos minutos con la cabeza baja y expresión apenada, menciona que quiere decirme una cosa. Le pido que me cuente pero señala que se encuentra preocupado por que nos podemos enojar, respondo que no hay problema y puede decirme cualquier cosa con confianza. Comienza sin saber muy bien cómo, con largas pausas entre las primeras frases y cabizbajo: “Mira Kiki...” (así me conocen pues escuchaban a Pantaleón que me decía así, además de que mi nombre se les hace difícil de pronunciar), y continúa en esta sintonía, me cuenta que tuvo que vender el celular, que le dieron 3 mil pesos, y que lo hizo porque yo le había mencionado que le duraría pocos meses. Le



respondo que es su decisión y la respeto, y le repito lo mismo que al Chiquito, pues al darle esos aparatos son de ellos y no tienen que pedirme permiso de nada o sentir que me deben algo, y agrego que lo que le hagan a los dispositivos será cosa de ellos. Pero sí puntualizo que yo no le dije que duraría pocos meses, sino que era un celular que ya estaba viejito y que no sabía cuánto más duraría, pero que le había recomendado aprovecharlo mientras tanto. Contesta que sí pero que sumado a lo que le dije, él mismo se daba cuenta que se le descargaba muy rápido, la batería no duraba mucho y que además se calentaba demasiado al cargarlo, por lo que él también creía que no duraría mucho y por eso había decidido venderlo, pues así podría comprarse un teléfono nuevo que le pudiera durar más tiempo. Señalo que está bien, aunque realmente no estoy muy convencida pero no se lo externo, así qué le pregunto a quién se lo vendió. Me responde que a un muchacho que un día antes había pasado por la Gómez en un motor<sup>88</sup>, pero que sí se veía decente y creía que era universitario. Me cuenta que el joven pasó y le preguntó en cuánto lo vendía, Paulo había pensando en un principio venderlo en 4 mil pesos dominicanos (unos 1,600 pesos mexicanos), pero el muchacho le ofreció 3 mil (alrededor de 1,200 pesos mexicanos), y él aceptó y acordaron concretar la compra al día siguiente cuando le llevaría el dinero. Paulo me cuenta que este día, que es cuando quedaron de verse, sí llegó el joven pero solo le llevó 2,500 pesos (mil pesos mexicanos aproximadamente), quedando de darle los 500 restantes el próximo día. Menciona que de hecho acaba de venderlo y todavía trae el protector del teléfono en la mano. Me pregunta si me parece bien el precio y contesto que si le hubieran dado los 4 mil que en un inicio pensó hubiera estado muy bien, pero que de todos modos los 3 mil estaban bien tomando en cuenta las condiciones del aparato. Y a propósito, le pregunto si la persona que le compró el celular sabía las condiciones del dispositivo y todas las fallas que tenía, pues si no lo sabe al darse cuenta podría querer volver a reclamar su dinero. Paulo contesta que sí le dijo cómo estaba, que se calentaba, se descargaba muy pronto y tardaba en cargarse, y que el muchacho aún así lo quiso y movió rápidamente algunas funciones, y en un abrir y cerrar de ojos ya lo

---

<sup>88</sup> Así se les conoce a las motocicletas pequeñas en República Dominicana, muchas de ellas usadas por los repartidores.

había reseteado y lo estaba poniendo a su gusto. Le digo que entonces si ese dinero ya es suyo está bien, pues como ya lo mencionó podrá comprarse uno nuevo, pero externo mis dudas sobre si volverá para llevarle los 500 pesos restantes. Paulo cree que sí se los pagará y comenta que piensa usar una parte para comprar un teléfono nuevo en la Duarte<sup>89</sup>, y otra para completar para sus materiales y dos días de pensión para pagarla por adelantado, y agrega entusiasmado que así ya tendrá su caja trabajando al 100 por ciento y estará tranquilo un para de días. Opino que está bien y él me pregunta entonces si no me enojé, respondo que no y ya un poco más relajado esboza una sonrisa y expresa que se siente aliviado.

Después de la charla le pido que veamos las fotos que tomó con la cámara que le presté, y a propósito me comenta que cree que Elson se fue muy pronto cuando le presté la cámara y pregunta si no le expliqué lo que tenía que hacer. Yo brevemente contesto que sí lo orienté sobre qué podría hacer y le di algunas recomendaciones. Comenzamos a ver sus fotos, pero alguien a quien no alcanzo a ver lo llama desde abajo y Paulo parece distraído. Voy opinando lo que veo en cada foto en cuestión técnica y él me hace algunos comentarios sobre el contenido. Señalo que hay algunas que no tienen mucho sentido en términos de composición y que está repitiendo mucho de lo que ya ha hecho en la Gómez, Juan Barón y su barrio y no me muestra tantas cosas nuevas. Sobre el personaje que se viste de mujer señalo que esas fotos no funcionan mucho porque está en un lugar muy oscuro y que el tema es bueno pero podría encontrar lugares con mejor iluminación, además de que tendría que buscar hacer una historia de ese personaje mostrando también otros aspectos y cómo es su vida de día. Sobre las imágenes del muchacho que limpia cubetas, le digo que igualmente es un tópico interesante pero habría que desarrollar más la historia y que él no aparezca siempre posando, sino que se le vea más natural y espontáneo, más otros aspectos de su cotidianidad. De las fotos de la pensión comento que hay varias buenas y que al fin está mostrando otros espacios,

---

<sup>89</sup> La Avenida Juan Pablo Duarte, que ya hemos reseñado, cercana al Pequeño Haití, es un punto importante de la capital dominicana donde llegan muchos vehículos del transporte público y además existe una intensa actividad comercial, incluso de artículos usados y pacas de ropa. Es muy popular y siempre suele haber mucho movimiento.

otros aspectos y a otras personas y que el tema puede dar para más. Mientras veo una de estas imágenes reconozco a un personaje familiar aunque no logro distinguirlo por completo pues está de espaldas y pregunto si es el chiquito, Paulo responde que sí y que el otro que está con él es un chico nuevo que acaba de llegar. En esa imagen picada, le comento que si bien abusa mucho de ese ángulo, ahí sí logra una buena foto. Hay otra fotografía que me dice que le gusta de los chicos posando en el Malecón, aunque como es de noche no es muy nítida. Retomo el tema del joven que se viste de mujer pues lo toma en varios momentos, y como en el caso del que limpia cubetas, le recomiendo, a parte de lo que ya he señalado, que no lo tome siempre posando. En una de las fotos de la pensión, tomada al otro día, veo a Jeffrey con un celular y aprovecho para preguntarle a Paulo si también el chico ya tiene teléfono. Contesta que sí y que justo quiere comprar un celular como el de Jeffrey. Luego aparecen varias fotos de una joven en el pasillo de la pensión mojada con un vestido ligero y sosteniendo una palangana, y en una en la que se ve más al fondo, se aprecia también una manguera, como si se estuviera bañando, y posteriormente observo una imagen de una señora tendiendo ropa en el barandal del balcón de la pensión. Le digo a Paulo que entonces sí hay mujeres en la pensión, pues en sus fotos ya he visto a tres, me responde que sí y que la que está mojada vive ahí con su mamá, que es la señora que está tendiendo ropa. Pero comento que la señora que tiende ropa parecería más familiar del chiquito porque ahí se ve que él también está tendiendo de la misma ropa, sin embargo Paulo precisa que no es su familiar y que el chiquito solo le ayudó a tender porque la señora se lo pidió, yo me muestro un poco incrédula pues incluso llegué a pensar que era su mamá, quizá recién llegada, pero Paulo insiste que no, y termino por convencerme que es lo que yo quisiera ver. Finalmente menciono que la última imagen también es buena, que la tomó en un ángulo normal y que al fin nos muestra el interior de una habitación, un espacio diferente, y le pregunto si es su alcoba. Paulo responde que no, que es de Blanco (uno de los hombres mayores), y también al interrogarlo quiero saber si ahí suelen meterse, contesta que sí y también le pregunto quién pintó los dibujos que están atrás en la pared, y él apunta que ellos, los chicos, los han dibujado con carbón. Además me cuenta que ya están mejorando la pensión porque están

pintándola al menos de afuera, y recordando que me ha dicho que la habitación es de Blanco, le cuestiono si se llevan bien con él, después de que robó la tablet del Chiquito, pues anteriormente en las fotos del inicio aparece en el pasillo de la pensión junto a uno de los niños un hombre que me dice Paulo que es “Rastas” pero que ya se cortó el pelo y que fue él quien robó la tablet. Paulo agrega que Blanco no es quien robó la tablet sino Rastas, y yo haciendo memoria le comento que me confundí entre ambos. Retomo el asunto de la revisión de las fotos y a manera de recapitulación señalo que entonces sí tiene algunas fotos buenas, y que las últimas que subió a Instagram de la pensión que tomó con su celular también son muy buenas y que me gustó que hubiera subido solo algunas contadas y que todas esas habían estado bien elegidas porque son buenas y Paulo sonríe.

Mientras Paulo y yo estamos revisando sus imágenes, llega un joven bastante enojado que se nota que es dominicano y parece que lo conoce. Le dice con tono bastante agresivo que le pague mientras lo mira iracundamente, Paulo le responde que más tarde baja y le paga, pero el joven insistente permanece ahí. Paulo comienza a verse nervioso y por momentos tenemos que detener la revisión porque se encuentra muy distraído mientras el muchacho sigue allí mirándonos hostilmente. Paulo al fin accede a darle algo de dinero, saca un billete de 50 pesos y se lo extiende. El joven lo toma y al ver la denominación se molesta mucho y le reclama que eso no es nada y pide más dinero, Paulo responde que no pues él le prestó 25 y ya le dio el doble y no le dará más, pero el muchacho enojado sigue insistiendo y no se mueve de ahí. Mientras esto pasa, me sorprende que Paulo reaccione de esta manera, como asustado, pues en otras ocasiones lo he visto medirse de tú a tú con otros más grandes que él que a veces rondan la zona, y porque además me ha comentado que él se sabe cuidar y con los “tígueres” se comporta como “tíguere”, e incluso a veces más que yo protegerlos o cuidar de ellos siento que ellos, especialmente Paulo, son quienes también me protegen. Yo intento no voltear demasiado y no me siento capaz de intervenir y Paulo intenta ignorarlo por momentos, y en otros le dice que más tarde hablarán cuando estén abajo (fuera del establecimiento que se encuentra a un nivel más elevado que la calle), entre tanto pienso mucho sin saber qué hacer e incluso me lamento que en estos momentos

que sí se necesita que esté pendiente algún guardia no llegue nadie, y mientras continúo percibiendo un ambiente tenso y amenazante. Cuando el hombre se calma un poco le dice a Paulo que me pida algo de dinero a mi, él responde que no y entonces directamente me pide a mi, yo que en ese momento no mido realmente el peligro, casi en automático respondo que no tengo, aunque poco después pienso que difícilmente me creerá por el lugar en el que estamos y porque aún tengo mi bandeja con un pedazo de dona y un café, que indica que he pagado por ello, además de que está viendo mi computadora. Cuando lo volteo a ver para decirle que no tengo, noto que no tiene una pierna, y un poco más calmado insiste en pedirme “una ayuda” mientras se levanta la camiseta y agrega que está enfermo y que lo mire. En efecto observo que tiene cicatrices en el área abdominal, pero insisto que no tengo. El joven sigue ahí por un rato más viendo lo que hacemos y pregunta si estamos realizando una película o un documental, yo respondo que no, que son solo fotos que ha tomado Paulo, y él incluso llega a ver una de las imágenes del barrio y me comenta que también vive ahí. Percibo que Paulo se sigue sintiendo nervioso y no está tan concentrado aunque al poco tiempo se va el muchacho, yo también me quedo con una sensación de inseguridad a pesar de que aunque estamos en el área descubierta, nos encontramos dentro de los límites del establecimiento que consideraba seguro, así que pronto le digo a Paulo que tengo que irme y que regresaré al día siguiente para ver si podemos hacer ejercicios prácticos. Tomo rápidamente mis cosas y las guardo, Paulo come la mitad de dona que quedó y aún sin terminarla se levanta conmigo al ver mi apuración y manifiesta que se irá conmigo. Caminamos rápidamente hasta la parada del carro y nos subimos pronto al vehículo, pago el pasaje de los dos y Paulo me va contando que el muchacho vio cuando vendió el celular y que solo le había prestado 25 pesos un día que no tenía nada, y agrega que teme que le quiera quitar el dinero de la venta del celular, por lo que mejor irá a guardarlo en la pensión. Le pregunto si no llevaba caja y me dice que no, y añade que este día solo se había concentrado en vender el teléfono, pero que después de dejar el dinero en la pensión piensa tomar su caja e ir a trabajar a Juan Barón. También me da una breve reseña del hombre y comenta que era peligroso porque hace un tiempo tenía una pistola y la DNCD (Dirección

General de Control de Drogas) lo andaba buscando, que era muy problemático y disparaba a diestra y siniestra, hasta que una vez lo “cosieron” a tiros, y fue cuando perdió la pierna, además de que le destrozaron el estómago, por eso, continúa Paulo, “caga por el estómago”. Yo le pregunto si el sujeto siempre va a la Gómez y me responde que sí suele pedir dinero en las noches por esa zona, comento que no lo había visto y Paulo señala que es porque llega más tarde. No hablamos mucho más pero Paulo vuelve a expresar que tuvo miedo de perder su dinero y lo sigo notando algo nervioso. De repente en vez de seguir hasta la parada cercana a su pensión, que es un poco después de la mía, pide detenerse en una gasolinera y me dice que mejor irá a Juan Barón para aconsejarle a Elson que cuide la pila de la cámara y no tome tantas fotos de noche. Yo me despido y le digo que se cuide y cada quien sigue su camino.

Por la noche del mismo jueves, pero aún más tarde de que dejé a Paulo, poco después de las 10 de la noche, le llaman a Pantaleón de un número dominicano pero no alcanza a contestar, posteriormente le hablan de otro número que no conoce por WhatsApp, y le avisan que le acaban de quitar la cámara a Elson, la persona misteriosa le comenta que es policía municipal y le ha hecho favor a Elson de comunicarse con él, además de ponerlo al teléfono. Elson le explica a Pantaleón que un policía nacional le quitó la cámara porque pensó que la había robado, y como él dijo que se la habían prestado, el policía le respondió que tenía que ir la dueña por ella al destacamento. Pantaleón me avisa y me instruye a ir al cuartel más próximo de donde sucedieron los hechos al día siguiente, cerca de Juan Barón, y me indica una ubicación aproximada en un mapa. Al otro día, viernes, alrededor de las 11 de la mañana me dirijo desde la calle de mi alojamiento, Santomé, hasta Juan Barón caminando a lo largo del Malecón (aproximadamente una distancia de un kilómetro) bajo un sol picante que hace extenuante la andanza. Aunque Pantaleón me sugiere ir ligera de peso, no hago caso y llevo mi acostumbrada mochila con la cámara réflex, computadora, cuaderno y objetos de uso personal porque después de ahí debo ir al IGLOBAL, pensando que será una tarea rutinaria y de rápida solución. También cargo con mi pasaporte pues Pantaleón ha insistido que lo lleve para identificarme si es necesario, y al fin llego bastante sudada con toalla en mano

(han anunciado una sensación térmica de hasta 40 grados para ese día), mientras me seco el rostro a ratos. En la Plaza Juan Barón veo a dos mujeres policías sentadas en una sombra y aunque dudo, no les pregunto nada porque no veo ningún cuartel de ese lado y el lugar que Pantaleón me ha señalado se encuentra al cruzar la calle. Cruzo entonces al parque que está al frente de Juan Barón (Parque Eugenio María de Hostos), y subo las escalinatas en busca de algo parecido a un cuartel. No logro ver nada y pregunto a la gente que se encuentra por ahí, una persona me señala a uno de los costados para indicar dónde se encuentra y su acompañante exclama que eso ni se puede llamar cuartel, y en broma dice que no cabe ni siquiera una persona. Me dirijo al sitio señalado y veo que efectivamente es un pequeño espacio en el que solo hay un policía detrás de un escritorio. Le explico que voy a recoger una cámara que le quitaron la noche anterior a un niño porque pensaron que se la había robado, que eso había sucedido en Juan Barón, y nos llamaron para ir a reclamarla ahí. El policía se queda pensativo y después de algunos segundos señala que ahí no es Juan Barón, seguramente porque nota que soy extranjera, y le respondo que ya sé que no es Juan Barón pero que en Juan Barón no hay ningún cuartel y me indicaron que recogiera la cámara en el cuartel de enfrente y agrego que si no es ahí no sé dónde más puedo reclamarla. Sin muchos ánimos de ayudar, contesta que vuelva a Juan Barón pues ahí hay policías y a ellos debo preguntarles, que su cuartel está en Güibia, y los que están en Juan Barón son la Policía Municipal y no la Nacional, y el cuartel en el que estamos es de la Policía Nacional. Cruzo entonces hacia Juan Barón y ahí me acerco a las policías que había visto momentos antes, les cuento que le quitaron la cámara que yo le había prestado a un niño limpiabotas allí la noche anterior, y que me habían hablado para ir a recogerla. Una de las mujeres policías comienza por cuestionarme por qué le presté la cámara a uno de esos niños si están en la calle, y le respondo que ya otras veces lo había hecho y me la han devuelto, que nos los criminalizo y señalo que al final no fueron los niños quienes me la quitaron sino un policía. Aunque tenemos opiniones diferentes sobre los chicos, las mujeres policías amablemente intentan ayudarme a localizar la cámara y me explican que si fue después de las 9 de la noche, no fue en su turno y van a investigar con los del turno nocturno. Acto

seguido una de ellas le llama a su superior para averiguar si sabe algo, y al no tener información me lleva a su cuartel que se encuentra al frente, en el mismo parque en el que estuve momentos antes, pero al otro lado. Mientras caminamos me cuenta que ella no confía tanto porque se encariñó con uno de los niños de Juan Barón y le juntó siete pantalones y unas botas de su nieto para regalárselos, y después de que agarró confianza le pidió que le consiguiera prestada una patineta, y luego de hacerlo el chico desapareció y no lo volvió a ver, por lo que ella sigue pagando los 3 mil pesos de la patineta, y aunque algunos le dijeron que lo vieron en Boca Chica, el niño ya no volvió a Juan Barón. No me da muchos detalles pero hasta donde logro entender, si bien no era un chico haitiano, sí de los niños que suelen trabajar o pedir dinero en la Plaza Juan Barón y que se encuentran en las calles. En el camino al cuartel se nos une un joven del entorno que parece conocer a la policía, ella comienza a platicar con él y le dice que imagine que yo le presté una cámara a uno de los “haitianitos” de Juan Barón, y él además de comentar que no sabe de algún policía que le haya quitado una cámara a uno de los niños, opina que es un gran error de mi parte, y se pregunta si yo no sé que son unos “indigentes” y que están siempre en la calle. Yo respondo que ni su nacionalidad ni su marginalidad son pretexto para estigmatizarlos, y la mujer policía, al notar que comienzo a enojarme un poco le comenta que ya en otras ocasiones les he prestado la cámara y me la han devuelto. El joven también intenta suavizar su opinión y me contesta que no los estigmatiza por ser haitianos o por ser pobres, pero que esos niños que están en la calle “no son fáciles”. No hablamos mucho más y llegamos al cuartel, la mujer policía se apresura a abrirlo mientras amablemente me invita a tomar asiento. El joven se retira, quedamos las dos y comienza a buscar entre todas las cosas para ver si ahí está la cámara. Yo también echo un ojo a lo que está al alcance de mi vista mientras permanezco cómodamente sentada en aquella oficina con aire acondicionado. Después de una búsqueda infructuosa y de corroborar que la cámara no está ahí, la policía entra al baño y se refresca un poco mientras yo sigo descansando en la silla. Me pide que le muestre alguna foto de los niños para más o menos ubicarlos, y si llegan a ir pueda preguntarles directamente quién les quitó la cámara. No encuentro tan rápido la foto de Elson pero le comento que se junta con Paulo



mientras le muestro en mi celular una imagen de él que tengo a la mano. Ella lo reconoce y menciona que sí lo ubica y anda siempre con un “grupito” de niños haitianos, respondo que así es e intento describir a Elson como un chico más o menos de la misma edad que Paulo, un poco más alto, muy delgado y alegre. La policía intenta recordarlo pero no puede y señala que con ellos anda siempre un gordito que es “tremendo” y contesto que sí, que también conozco al Gordito y es del grupo de niños con los que hemos realizado el taller de fotografía. Mientras tanto, sigo buscando en mis imágenes del teléfono una foto de Elson y cuando al fin encuentro una donde aparece posando con el Chiquito, se la muestro y ella reacciona inmediatamente y me comenta que ya sabe quién es y pertenece al mismo grupo de niños, incluso me cuenta que siempre van en las noches a Juan Barón y aunque les tienen prohibido pasar, ellos se meten por los costados del Malecón para burlar la vigilancia de la plaza, y agrega que ella los suele dejar en paz, pero les advierte que no hagan líos porque al primer problema los puede echar. También me platica que a veces los ve en el día acostados en las bancas del Malecón durmiendo y ella cree que viven ahí y allí pasan la noche. La mujer policía me pide que le mande las fotos que le mostré por si llegara a ver a los niños o a sus compañeros policías del siguiente turno, para ver si alguien sabe de la cámara. Me pasa su número de WhatsApp, le mando las imágenes y me pide que vuelva en la tarde-noche con el chico al que le quitaron la cámara para que nos cuente bien lo que ocurrió. Agrega además con algo de suspicacia, que habría que ver si no fue la Policía Nacional o la Turística, porque al parecer ellos (la Policía Municipal) no la tienen. Yo quedo de volver más tarde con Elson y averiguar a fondo para proporcionarle más datos, y ella me responde que se mantendrá en comunicación conmigo. Agradezco su amabilidad y al ver que me dirijo hacia otra dirección, me indica hacia dónde queda la Zona Colonia pues como notó que soy extranjera, previamente me ha preguntado dónde me alojo, pero le explico que ahora voy hacia la Máximo Gómez.

Tomo un Uber hacia el IGLOBAL, a donde suelo acudir lunes, miércoles y viernes, y mientras me encuentro allí trabajando recibo llamadas de la comandante Marisela, como me comenta la mujer policía que la conocen aunque se llama Elizabeth, y

también de Pantaleón. Pantaleón se logra comunicar una vez más con el policía municipal que le ayudó a Elson a hacer la llamada, y nos queda más claro que fue un policía nacional el que se llevó la cámara, aunque en el primer cuartel me habían dicho que ellos no entraban a Juan Barón. Le comunico eso a la comandante Marisela y me hace saber que su coronel sigue al pendiente, además puntualiza que aunque la Policía Nacional diga que no entra allí, sí lo hacen a veces y además me pide el teléfono del policía municipal que ayudó a Elson para seguir averiguando. Mientras, Pantaleón, quien trabajó unos años en la Presidencia de República Dominicana, logra comunicarse desde México con gente de la Policía y logra contactar a un coronel que le pide llamar al cuartel de la zona, además de prometer investigar en el lapso de una hora. Pantaleón llama al cuartel al que me dirigí primero, y le responden lo mismo que a mi horas antes, que ahí no hay ninguna cámara. Al cabo de una hora, le informan al coronel que sí está en dicho cuartel de la Policía Nacional, y me avisan que puedo ir por la cámara con una identificación. Me apresuro a acabar algunos pendientes que tengo en el instituto, y salgo una vez más hacia el primer cuartel al que fui más temprano, ubicado en el Parque Eugenio María de Hostos. Como algo en el camino, son más de las 4 de la tarde y decido caminar de la avenida Máximo Gómez a la calle Santiago para tomar ahí un carro de concho que me deje cerca del parque. Hay mucho tráfico y no veo pasar ningún carro con lugar disponible así que decido seguir caminando por la misma calle hasta el cuartel, y aprovecho para andar a pie por la ruta que toman los niños desde su barrio a la Gómez y de la Gómez a Juan Barón. Tardo casi una hora en llegar, el calor sigue siendo extenuante y me pesa aún más la caminata con mi mochila. Llego al cuartel y lo veo vacío pero escucho ruido en la parte de atrás, entro al cuartel y salgo por la puerta trasera que está abierta, y de ese lado veo al mismo policía que me atendió más temprano y a tres más de sus compañeros. Los policías se encuentran sentados en una sombra que parece refrescarlos más que la escasa ventilación del pequeño destacamento, pues a diferencia del cuartel de la policía municipal, aquí no hay aire acondicionado. El policía que ya me conoce, al verme intenta justificarse y me comenta que cuando fui él no sabía que habían decomisado la cámara y un poco molesta le contesto que ya me han hecho dar muchas vueltas.

Él me pregunta si llevo cédula y copia de mi cédula y respondo que no, que lo que llevo es mi pasaporte, pero insiste que necesita la copia de mi cédula. Señalo que es obvio que no tengo cédula porque soy extranjera, y agregó que ya le dije que sí llevo mi pasaporte. Entonces me pide que le entregue la copia de mi pasaporte, y menciono que solo me dijeron que lleve una identificación pero no copia, por lo que no la tengo. Insiste que es necesaria la copia y le respondo que puedo tomarle una foto y mandársela por WhatsApp, pero saca su celular y me muestra que no es un teléfono inteligente por lo que solo le sirve para hacer y recibir llamadas, así que le pido un número de otro compañero o algún superior para mandarle la foto. Él simula hablar con un superior por teléfono y al cabo de un par de minutos me dice que es forzoso que le entregue la copia y le pido que entonces me indique dónde puedo sacar una por ahí a esa hora y ese día, pues los viernes los negocios y oficinas públicas suelen cerrar más temprano. El policía responde que no sabe pero que necesito la copia para que me entreguen la cámara, y ya enojada argumento que si llevo una identificación y se la estoy mostrando no entiendo por qué me complican tanto la vida si quienes fueron los victimarios porque le quitaron la cámara al niño fueron ellos, pues yo se la había prestado y puedo decidir libremente a quién prestar mis pertenencias. Agregó además que solo por ser haitiano y estar en la calle lo están criminalizando al señalarlo como un ladrón, y que tanto el chico como yo en todo esto somos las víctimas porque al final no fue él quien me robó, sino que la propia Policía fue la que se quedó con mi cámara, e incluso hizo perder el aparato y ahora para entregarlo me ponen todas las trabas del mundo, siendo algo que es mío. El policía se enoja y los otros policías que están ahí también y me piden que no los llame rateros, y añaden que la única forma de saber que es mi cámara es con la copia. Yo respondo que no es así, pues sé todas las características de mi dispositivo y hasta les puedo decir qué pilas y qué memoria tiene, y uno de ellos señala que en un aeropuerto por ejemplo es necesario llevar una identificación para saber que en efecto se trata de la persona quien se dice ser, y le doy la razón y comento que por eso sí llevo mi identificación y no tengo ningún problema en mostrarla pero que en el aeropuerto no llevo copia ni me la piden y cuando me confirmaron que ahí estaba la cámara no me la pidieron y solo me dijeron que llevara

mi identificación. El primer policía insiste en la copia y le pido que observe el entorno, que están todos los negocios cerrados y no sé dónde podré conseguir una a esa hora, pero solo me responde que no es su problema. En medio de los ánimos encendidos después de que intervienen los demás policías molestos porque señalo que la policía fue quien me quitó la cámara y que encima de todo no me la quieren devolver, añado que sólo así pueden aprovechándose de su autoridad y posición cuatro hombres contra una mujer. Se enojan aún más y el policía con el que desde el principio estoy tratando, iracundo manifiesta que ahora sí él ha decidido no entregarme nada este día sino hasta el día siguiente. Tras esto exploto y señalo que eso sí es un abuso de autoridad y me responde que no, pues como ofendí a la autoridad no me va a entregar nada. Señalo que en ningún momento los he ofendido, pero los cuatro insisten que sí, desesperada y viéndome casi acorralada, le llamo a Pantaleón para que intente mediar o contactar una vez más al coronel que localizó la cámara, pero me aconseja que es mejor retirarme para que no se enojen más. El primer policía mientras tanto habla por teléfono con algún superior y le comenta que no llevo la copia y los insulté, así que yo con rabia y desesperación intento acercarme a la bocina de su teléfono mientras grito al interlocutor que no es verdad y nunca los he insultado, ellos se pasan el teléfono evitando que me acerque más y me escuchan, y corroboran la versión de la ofensa a la autoridad mientras yo sin saber qué más hacer continúo gritando. Cuando cuelgan y ya con mi última carta bajo la manga, les comento que tengo cómo demostrar que no los he ofendido porque he grabado todo desde que llegué, y es entonces que uno de los compañeros del primer policía me dice que vaya por la copia y que aunque su camarada no me quiera dar la cámara, él me la entregará. Viendo que no hay otra opción y que al menos uno ya se ha suavizado, me retiro diciéndoles que les llevaré la copia que tanto quieren, pero que me parece un absurdo y no se vale el trato que me han dado. Busco en el entorno alguna papelería o copiadora abierta aprovechando que cerca está el Palacio de Justicia y quizá haya más de una para los trámites, pero no hay nada abierto a esas horas más que los colmados, y con un coraje que me desborda por la situación desesperante, sobre todo por la confrontación con los policías, rompo en llanto por algunos minutos sin poder

controlarlo, otro policía de los alrededores, que no es de los del cuartel, se acerca y me pregunta si estoy bien o si puede ayudarme en algo, sin poder hablar mucho solo atino a responder que unos compañeros suyos no me quieren devolver mi cámara y estoy buscando una copiadora. Él me señala dónde hay una mientras sigue su camino y yo me dirijo al lugar señalado, pero también está cerrado. Me alejo intentando encontrar un lugar donde pueda sacar la copia, y casi llegando al cementerio con un poco de temor, pues los panteones suelen ser peligrosos en este país, vuelvo a preguntar por alguna copiadora y me indican una que podría estar cerrada pero en la que quizá me quieran abrir porque ahí mismo vive la gente. Me dirijo hacia allá y en efecto el lugar se ve cerrado, pero al tocar y empujar la puerta entro y acceden a atenderme y sacar la copia de mi pasaporte. Ya con la copia regreso al cuartel una hora más tarde, y el policía que me había dicho que no me entregaría nada hasta el día siguiente, es el único que está junto con otro de sus compañeros. Al verme llegar se dirige al escritorio y saca una libreta donde comienza a llenar algunos datos, me pide la copia y con ella sigue anotando en el cuaderno y se levanta para sacar la cámara de un mueble, la toma, me la da, y me pide que la revise mientras sigue anotando en su libreta. Los dos policías ya se encuentran más relajados y yo también opto por no enojarme más, saco la cámara del estuche, reviso que tenga la memoria y las pilas, y la enciendo para corroborar lo que Elson le había comentado a Pantaleón, pues al parecer el policía que le quitó la cámara también le había borrado las fotos que estaban ahí. En efecto no hay ninguna foto, y sigo esperando sentada a que el policía acabe con el papeleo. Termina de realizar algunas anotaciones, levanta la mirada y me dice que no todos los policías son malos y que les molestó que los llamara rateros. Ahora que me encuentro más tranquila le respondo que no fue así, y que lo que había señalado es que al final perdí mi cámara a manos de la Policía y no de los niños. Agregó que aunque no hubieran sido ellos dos exactamente, lamentablemente el policía que la quitó lo hizo atropellando los derechos del niño y afectándome incluso a mi, y que no tenía por qué hacerlo pues nadie lo había denunciado por robo o señalado por haberle quitado esa cámara a otra persona. Continúo y expongo que al estar en servicio portaba un uniforme y representaba a una institución y que por ello había

dicho que finalmente quien me quitó la cámara era la Policía. El policía me pregunta si sé quiénes son esos niños y le respondo que sí, que llevo dos meses de conocerlos y ya antes les he prestado la cámara y me la han devuelto, y repito que no por su condición o marginalidad los estigmatizo y nos hemos dado la oportunidad de aprender unos de otros durante nuestro taller de fotografía, porque si son tratados como la policía los trata, ellos mismos podrían orillarlos a esa criminalidad que desde ya les achacan por cerrarles todas las puertas. El policía insiste en defender la actuación de su compañero y yo en señalar que el chico no había cometido ningún delito y aún así le quitó la cámara como si la hubiera robado, y añado que incluso se atrevió a borrar las fotos y eso también me parece mal. En ese punto me da la razón manifestando que no las debió borrar pero sigue defendiendo el hecho de confiscar el aparato y me pregunta si sé cuál es la condición migratoria de los niños y si es legal o no, contesto que según la Convención Internacional de los Derechos del Niño, de la cual República Dominicana es firmante, ningún niño puede ser detenido por su estatus migratorio. El policía no dice mucho más, salvo que no los conozco, cambia de tema y menciona que ya se completó el proceso y ojalá pueda regresar otro día más tranquila para saludarlos y que vea que no son tan malos. Respondo que espero no tener que regresar ni verlos, y agrego que pensé que la Policía dominicana sí era confiable pero que me he dado cuenta que solo puedo confiar en la Policía Municipal, pues me trataron muy bien desde el principio. Me despido con un “hasta luego” y me voy.

Mientras esto ha pasado, Paulo me ha escrito desde su nuevo celular, me cuenta que compró un ZTE, tiene un nuevo número, me pide que lo ayude a configurar algunas cosas y quiere saber si me acuerdo de su contraseña de Google. Yo en el alboroto solo atino a escribirle que debe ser la misma de Gmail y también le pregunto si sabe lo que pasó con la cámara, contesta que sí y me comenta que ya regañó a Elson y le dijo que nunca debió dejar que se la quitaran, que lo que tenía que hacer era irse con el policía, así fuera detenido, pero que cuando lo soltaran le tendrían que regresar todas sus cosas. Posteriormente, casi a las 6 de la tarde, cuando me encuentro buscando las copias y quizá el momento en el que más vulnerable me siento durante esta estancia en la isla, me avisa que ya está en la avenida Máximo

Gómez, y le contesto que creo que ya no podré seguir trabajando con ellos porque nos hemos metido en problemas muy grandes con la cámara y aún no logro recuperarla. Paulo ya no me contesta hasta la noche y pregunta qué ha pasado pero ya no respondo. Cuando todo se ha resuelto le escribo a la comandante Marisela para agradecerle la atención que tuvo conmigo y le comento que ya recuperé la cámara y la tenía la Policía Nacional. Ella un día después me manda una imagen estilo postal de las que suelen enviarse en cadena por WhatsApp, donde se ve una niña triste asomándose desde una puerta con la leyenda: “No hay niños difíciles, lo difícil es ser niño en un mundo de gente cansada, ocupada, sin paciencia y con prisa”.

He estado enferma el fin de semana, el domingo especialmente mal. El lunes comienzo a sentirme mejor y decido ir un rato al instituto para no estar tan encerrada en casa. Al salir, después de las 7 de la noche, me dirijo al establecimiento de donas solo para tomar café, comer una dona, y sin intenciones de ver a los chicos, incluso cruzo antes la acera para llegar directo sin pasar por el punto de encuentro. Llegando pido lo acostumbrado mientras comienzo a escribir. Paso casi una hora así hasta que veo cruzar el umbral de la puerta a Paulo. No hago ningún esfuerzo por alcanzarlo en la entrada o decirle que lo veo afuera como antes, pero como a él ya lo conocen un poco y tiene alguna confianza, entra y se sienta junto a mi. Lo saludo y le digo que este día no pensaba verlos y le pregunto si le llegó mi mensaje, además de comentarle que estuve enferma y aún no me siento tan bien. Paulo repite lo que ya había expresado por WhatsApp, que Elson debió irse con la policía y no soltar la cámara, así sea que lo llevaran preso pero que así no se hubiera perdido, pero le respondo que entiendo a Elson porque a nadie le gusta que lo lleven detenido, y menos si no ha hecho nada malo. Un poco antes de que Paulo llegara me encuentro escribiendo un correo y continúo mientras él me habla, veo que ahí sigue sentado y no piensa irse, así que termino de mandar el correo y dejo de escribir. Una vez más manifiesto que no sé si volveré con ellos, y añado que también me siento insegura en el entorno y si regreso no puedo irme tan noche y ellos están llegando muy tarde. Paulo contesta que con ellos no pasa nada y le digo que ya sé, que no desconfío de ellos sino de los “tígueres” de la zona que ya saben que voy

por ese rumbo, que me han visto sacar la cámara e incluso han observado mi celular y mi computadora como el muchacho que no tiene pierna que nos dio un susto en días pasados. Él asiente y señala que mientras él esté no me pasará nada, pero yo insisto que aún así no puedo arriesgarme y si vuelvo tendré que trabajar más temprano. Paulo se muestra de acuerdo y me pregunta a qué hora tendríamos que trabajar, le respondo que como a las 6 y mientras haya luz hasta las 7:30 más o menos. Aprovecho para pedirle que me enseñe su celular que aún no conozco, y me comenta que lo tiene en su casa cargando, yo me sorprendo porque hasta donde recuerdo el otro no lo soltaba aunque estuviera descargado la mayor parte del tiempo por la falla que tenía, y aún así lo llevaba consigo para que le hicieran favor de cargarlo cuando se podía. No hablo más del asunto y me cambia un poco el tema preguntándome si ya vi la foto que subió a Instagram. Le contesto que sí, que es la de un chico en la pensión apuntando con una pistola mientras agarra de la mano a otro, y agrego que es una imagen en blanco y negro. Él asiente y le pregunto, aunque ya adivino la respuesta, si la pistola es de juguete y él responde afirmativamente, me cuenta que el chico con la pistola es el que trabaja en un colmado, intervengo para comentar que es “El Flaco”, y él dice que sí, “ese mismo”. Pienso en despedirme e irme ya pero él sigue ahí sentado y me pide mi computadora para aprender a usarla. Me comenta que quiere aprender a mover el cursor y a descargar videos, así que la pongo de su lado y empieza a explorar mientras me pregunta cómo se desliza el cursor hacia arriba y hacia abajo, y yo le muestro cómo deslizando mis dedos en el Trackpad. Paulo observa, me imita y logra hacerlo, así que abre YouTube y reproduce una canción de un rapero muy famoso que hace no mucho conocí en redes sociales porque vi que visitaba la comunidad de la que era originaria su familia en Atlixco, Puebla, y había regalado dólares. Se trata de 6ix9ine (así se hace llamar), un rapero estadounidense de origen mexicano que continuamente está envuelto en problemas. Paulo intenta subir el volumen de la canción a todo lo que da pero yo me apresuro a bajarlo apenada con los otros comensales y los empleados. No vuelve a subir el volumen y me pregunta cómo se descarga un video, yo intento hacerlo con un truco que me enseñaron cortando el enlace de YouTube pero no lo logro, y un poco impaciente aunque intentando



disimular, le comento que solo uso la computadora para escribir o editar fotografías y que casi no descargo videos o música, además, agrego, cada computadora es diferente y aunque aprenda a usar esta, después podrá tener acceso a otra con un funcionamiento distinto pero no habría problema porque cada vez son más intuitivas, y a parte ellos, refiriéndome a las personas más jóvenes, aprenden muy rápido a usar esos aparatos. Él me escucha atentamente, tomo la computadora y empiezo a guardarla mientras agrega que también quiere aprender a editar fotografías, le respondo que sí y aprovecho para averiguar si ya le ha preguntado a los demás qué nombre les gustaría como grupo. Paulo contesta que el mismo que ya me había dicho, el de Black Fotógrafos, aunque ya no los ve tan interesados en el taller. Le comento que llevo la cámara por si quiere llevársela prestada, asiente, la saco de mi mochila y se la entrego. Me paro y le digo que me voy, él me imita y me sigue, y cuando salimos del establecimiento se acerca el vigilante que está más alejado e intercambia con Paulo algunas palabras que no escucho, después Paulo me alcanza por las escaleras de salida y me comenta que el vigilante no tenía para regresarse a su casa, así que le dijo que me pidiera 25 pesos, pero él no se prestó a eso. Yo entonces menciono que se me hace raro porque antes de que él llegara, hablamos pero no me pidió dinero. Y es que casi cuando iba llegando, el vigilante se acercó a saludarme y me preguntó por el “haitianito” (refiriéndose a Paulo), le dije que no sabía y que ese día no pensaba ver a los chicos, pero intentaba hacerme la plática y me comentó que ese muchacho era raro conmigo, como si le pasara algo, aunque yo no entendía lo que quería insinuar, él continuaba mientras yo escuchaba haciendo un esfuerzo por seguirlo, pero quizá se dio cuenta que no estábamos en la misma sintonía y al poco tiempo se retiró a sus labores de vigilancia. Paulo y yo cruzamos la calle hacia mi parada, y al llegar nos despedimos, abordo y me retiro.

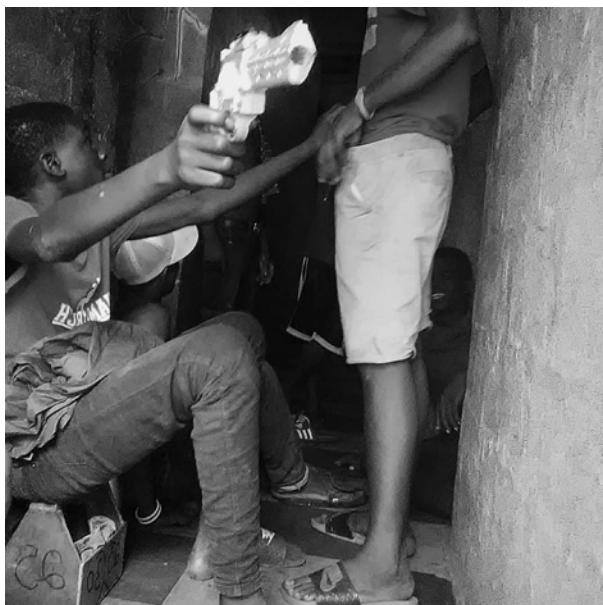


Imagen de los chicos en la pensión. Foto: Paulo Robinson

Al día siguiente, martes 13 de agosto, acudo a una conferencia al IGLOBAL de 7 a 9 de la noche. Al salir tomo el camino hacia la Gómez donde suelo abordar el transporte que me lleva a mi alojamiento, pero no tengo planeado ver a los niños pues ya es tarde. Bajando por la avenida Máximo Gómez, a la altura de El Nacional, veo que están los chicos sentados en lo que era nuestro punto de encuentro, en el área de estacionamiento bajo el letrero del supermercado. No me ven porque parecen concentrados en algo, pero cuando el Gordito y el Chiquito voltean los saludo con un movimiento de mano y les digo adiós, ellos sonrían y devuelven el saludo, entonces Paulo voltea, me ve y grita algo pero no alcanzo a escuchar. Detengo mi camino y me acerco a ellos, él me dice adiós pero aprovecho el acercamiento para saber cómo va con la cámara, y me comenta que la tiene en la pensión para que esté más segura guardada. Me sorprende porque aunque le he dicho que en la noche no tendrán tan buenos resultados, de todos modos sé que tanto él como Elson la han usado a todas horas, pues además de entusiasmarse tomando fotos a todo lo que ven a su paso, les gusta que los vean con la cámara. No comento nada al respecto e incluso pienso que puede ser que ya esté tomando precauciones después de lo que pasó con Elson, así que solo me despido y menciono que al día siguiente sí iré a trabajar con ellos por la tarde. Se despiden todos y continúo mi camino, pero tras algunos pasos veo llegar a Elson, sonrío al

verme y me dice que el policía le quitó la cámara en Juan Barón y que no pudo hacer nada porque se lo querían llevar a él, le respondo que entiendo y le pido no preocuparse, además de agregar que como ya ve la pude recuperar. Me despido de él, pero me dice que necesita un celular para ir tomando fotos mejor sin que le quieran quitar una cámara como ya sucedió y para ir subiéndolas a Instagram. Le contesto que por ahora no he conseguido nada más para ellos y entonces me pide que le diga al “patrón”. Prometo decirle y me vuelvo a despedir y al fin continúo hacia la parada para llegar a mi aparta estudio.

El miércoles saliendo del instituto me dirijo a la avenida Máximo Gómez para ver a los chicos alrededor de las 7pm. Llego a las inmediaciones de El Nacional pero no los veo, así que cruzo al establecimiento de donas. Mientras los espero y escribo, pido como siempre un americano y una rosquilla de Nutella. Decido esperar una hora y a las 8 me retiro, no sin antes pasar por el supermercado para ver si encuentro a alguno. Cuando voy cruzando alcanzo a vislumbrar la silueta de un niño pero no logro distinguirlo, y al aproximarme a la acera veo que es el Chiquito así que me acerco mientras me sonrío. Le pregunto por Paulo y responde que no lo ha visto, luego piensa un poco y corrige, mencionando que lo vio pero hace mucho rato allá en San Carlos (el barrio). Quiero saber si lo ha visto tomando fotos pues le volví a prestar la cámara, contesta que no y yo comento que quizá la tenga guardada para que no se la roben, pero él ya no dice nada. Le pregunto cómo ha estado, responde que bien y pregunto también si aún sigue sin caja, contesta que sí y al intentar averiguar cuánto tiempo lleva así sin caja, noto que se inquieta y me hace señas para acercarnos más al supermercado, sin saber por qué solo lo sigo, y me dice 350, en ese momento creo que no me ha entendido y pensó que le pregunté cuánto cuesta una caja, así que vuelvo a reformular la pregunta y me responde que como 2 o 3 meses. Le cuento que he seguido yendo para enseñarles, pero casi no los he visto más temprano, él contesta que ha llegado algunas veces como a las 5, y yo señalo que voy como a las 6 o 7 por si quiere seguir tomando fotos, él asiente con la cabeza y me despido extendiéndole la mano, él devuelve el gesto y me retiro.

Cada vez más se acerca el fin de mi estancia en República Dominicana, formalmente este jueves 15 de agosto comienza la cuenta regresiva de 15 días aunque he intentado extenderla. Me preocupa la ausencia de Paulo y que el último día que lo vi no llevaba la cámara, así que desde el día anterior le he mandado un mensaje para que la lleve, sin embargo, el miércoles no llegó y he notado que ni siquiera vio mi mensaje. El jueves temprano me doy cuenta que al fin vio el mensaje pero no ha contestado, sin embargo tengo la esperanza de que como ya está enterado llegará con el aparato. Como a las 6:30 de la tarde arribo a la Máximo Gómez, y al no ver a nadie sigo mi rutina de entrar a esperar a la tienda de donas mientras consumo lo acostumbrado y escribo. Al cabo de una hora decido retirarme y cruzo al supermercado para buscar a Paulo. Debajo del letrero veo a Jeffrey y al Chiquito y los saludo, me devuelven el saludo, y acto seguido veo caminando muy cerca en el estacionamiento a Paulo. Noto que no tiene muchas intenciones de pararse pero lo alcanzo, me saluda y le pregunto por la cámara, responde que no la lleva y casi no ha podido tomar fotos porque se enfermó. Cuando lo veo le comento también que el día anterior vi al Chiquito y le pregunté por él y me respondió que lo había visto por el barrio, Paulo dice que quizá no escuché bien porque el Chiquito lleva tiempo sin ir a la pensión pues ya lo echaron. Expreso mi incredulidad por lo que acaba de contarme y reitera que así es y lo corrieron porque hacía mucho lío y lleva como dos días que no está ahí. Volviendo a nuestro tema, me enoja un poco porque le he pedido la cámara durante varios días, pero me suavizo al escucharlo pues me cuenta que le dio chikungunya. Me asusto y preocupada intento saber más, así que me comenta que el día anterior no fue porque no pudo ni salir, se sentía muy mal, le dolía todo el cuerpo y tenía fiebre. Le pregunto si ya está mejor y contesta que sí aunque aún se siente un poco adolorido, pero agrega que se curó con dos pastillas que se tomó. Sorprendida le cuestiono cómo supo que con eso podría curarse, y responde que solo así, mandó a alguien a la farmacia porque él no podía ni pararse y entonces le llevaron las dos pastillas. Después insisto en el diagnóstico, queriendo averiguar cómo pudo saber que tenía chikungunya y si fue al médico, me comenta que no pero que por los síntomas creyó que era eso o a lo mejor una gripa muy fuerte. Yo le comento que también me enfermé mucho

recientemente, aunque no le externo que igualmente yo hice mi autodiagnóstico y me auto mediqué, llegando a pensar incluso que él me había podido contagiar pues en efecto Paulo ya llevaba muchos días tosiendo constantemente y le preguntaba si estaba bien, y yo después me enfermé, como él dice, de una especie de gripa muy fuerte. Me preocupo por lo que me cuenta y le pido amablemente que al siguiente día me lleve la cámara porque la necesito, y agrego que puede aprovechar para tomar fotos en la mañana y también antes de vernos. Paulo menciona que quizá no podrá porque ya no prende, y señalo que probablemente otra vez sean las pilas que se agotaron, así que solo le pido que la lleve, contesta que sí y me cuenta que ya pintaron dentro de la pensión, que se está viendo bien y tomó algunas fotos de eso. Respondo que me parece bien y me despido recordándole que nos veremos el siguiente día con la cámara, y aunque intenta convencerme de solo llevar la memoria le pido que lleve todo el aparato. Él asiente, me vuelvo a despedir y le digo que se cuide aunque creo que no me escucha muy bien, porque solo me dice que sí, que estuvieron a punto de robarle la caja y por eso ya la cuida más, e incluso me muestra que ahora la trae atada con una correa y se la cuelga como si fuera un morral. Me retiro a la parada del carro de concho y él se queda por El Nacional.

El viernes 16 de agosto acudo a la Gómez alrededor de las 6 de la tarde, tal como quedé con Paulo, aunque los viernes no suelo ir por la tarde, y además hay muchos lugares cerrados pues es día feriado (se celebra el día de la Restauración de la República). Al llegar, caminando desde el Malecón, veo la avenida casi vacía y con poco tráfico por lo que albergo pocas esperanzas de encontrarlo. Cuando veo que no está ninguno de los chicos en El Nacional, me dirijo al establecimiento de donas, pido lo de siempre y me siento a escribir y esperar. Decido quedarme poco más de una hora mientras echo un vistazo desde el ventanal cada cierto tiempo. Paulo no llega y me retiro, pero antes cruzo al supermercado para ver si de casualidad está por la entrada. No veo a nadie en los alrededores ni dentro, así que vuelvo a la tienda de donas a preguntarle al vigilante si los ha visto, me responde que no y al fin me voy, pensando que quizá los vea en Juan Barón cuando salga a correr más noche por el Malecón, que queda a dos calles de mi alojamiento. Como a las 8:30 salgo de mi aparta estudio hacia el Malecón para correr, y planeo mi ruta de tal

manera que llegaré más allá de Güibia para regresar y terminar justo en la Plaza Juan Barón donde buscaré a Paulo, pues me preocupa que después de tanto tiempo de pedirle la cámara no la haya llevado. Comienzo a correr y al pasar de ida por Juan Barón volteo a ver si está Paulo pero hay mucha gente no solo por el feriado sino porque al frente, en el Parque Eugenio María de Hostos, hay un escenario donde se desarrolla un concierto y hay una gran afluencia de personas en los alrededores. Continúo mi carrera un poco más allá de Güibia calculando que completaré los 5km de regreso al llegar a Juan Barón. Después de 37 minutos del comienzo de mi carrera me detengo justo en Juan Barón y me adentro a la plaza. Pronto encuentro a Sosoki, a quien hace mucho no veía ni siquiera en la Gómez y me saluda, pues al principio ya no lo reconozco y reparo que ha crecido mucho después de poco más de un mes de no saber de él. Le pregunto por Paulo y me responde que anda por la zona, y me señala hacia el fondo de Juan Barón, me da gusto verlo y quiero saber cómo le ha ido, expresa que bien y como no observo que lleve caja intento averiguar por qué y me contesta que se la robaron. Le pregunto si sigue en la pensión y contesta que sí y me comenta que ya vio la cámara de Paulo, así que le aclaro que no es de él y solo se la presté para tomar fotos. Luego Sosoki me pregunta cuándo volverá “el patrón” y menciono que aún no sabe cuándo podrá pero le gustaría regresar en diciembre. Mientras nos despedimos señala hacia el extremo izquierdo de la plaza, no logro distinguir pues se ve muy oscuro, agrega que ahí están los demás y al cabo de un minuto se acercan el Chiquito y Elson a saludarme. Los saludo y les pregunto por Paulo, y ellos señalan también hacia adentro de la plaza mientras se quedan mirándome pues estoy empapada en sudor. Les comento que estaba corriendo, ellos sonrían, me despido y les digo que buscaré a Paulo. Antes de retirarme, Elson me vuelve a abordar como otras veces para que le pida “al patrón” que le consiga un celular, hago un gesto afirmativo con la cabeza y me adentro a la plaza llena de gente para buscar a Paulo. Doy varias vueltas pues no lo veo, e incluso me acerco a los juegos mecánicos que sé que le atraen porque suele tomarles muchas fotos, pero no lo veo por ahí. Cuando ya estoy casi a punto de salir de la plaza lo veo pasar y lo alcanzo un poco disgustada, él me saluda y le pregunto por la cámara y por qué no fue a la Gómez a llevármela si habíamos

quedado. Parece que nota mi molestia pues cambia su semblante como si estuviera apenado, pasa algunos segundos en silencio y solo me responde un poco después que él no fue para allá, yo sigo enojada e insisto en saber por qué no acudió si lo habíamos acordado, y señala que es día de fiesta y nadie trabajó, le digo que ya sé que es día de fiesta pero habíamos quedado en algo, y aunque no lo externo, pienso que ni siquiera es fiesta nuestra sino de los dominicanos, pero solo agrego que yo tampoco tenía que asomarme ese día a la Gómez y lo hice porque así acordamos. No tiene más qué argumentar y yo continúo, casi en monólogo, reiterando que necesito la cámara, y entonces ocupo el último recurso que tengo en mente para que me la devuelva (ya lo he pensado en caso de que no la volviera a llevar). Le comento que como sabe esa cámara es prestada y el dueño ya la necesita, por lo que pienso enviársela con una persona que va para México<sup>90</sup>. Le insisto que la necesito pronto porque la persona se va el domingo, y añado que tiene que devolvérmela al día siguiente que es sábado. Él responde que sí, y me pregunta si puedo como a las 11, me molesto un poco pensando que se refiere a la noche pero aclara que en la mañana y me pide que le diga si me queda mejor en la Gómez o en la pizzería de El Conde. Contesto que donde sea pero que la lleve, aunque preciso que sería mejor en El Conde. Lo noto un poco sorprendido por mi reacción y mi molestia, y queda formalmente de llevarme la cámara al día siguiente cerca de la pizzería y llamarme cuando ya esté en camino. Antes de despedirme le pregunto por su celular pero solo responde que no lo lleva, intento saber por qué pero se queda callado algún tiempo, luego se revuelve intentando decir algo y finalmente solo menciona que es para que no se lo roben. A mi me sorprende la respuesta porque me consta que sabe cuidar sus cosas y además el iPhone que era más costoso siempre lo llevaba, pero opto por no comentar más, me despido y me retiro caminando hasta mi alojamiento.

El sábado por la mañana Paulo no me llama como habíamos quedado y comienzo a preocuparme. Intento mandarle un mensaje para saber qué pasó, pero veo que

---

<sup>90</sup> Entre la comunidad dominicana residente en México hay una suerte de red de apoyo, en la que entre otras cosas, cada vez que va o viene alguien entre México y República Dominicana se avisa al grupo para llevar o traer encargos.

desde el jueves por la mañana sigue sin conectarse. Comienzo a sospechar que otra vez anda sin teléfono o quizá ya lo cambió por otro y por eso ya no puedo comunicarme con él por WhatsApp. Veo entonces en su Instagram que acaba de subir una foto de la fachada de la pensión y decido comunicarme con él por Instagram. Le mando un mensaje por esa vía y le digo que quedamos de vernos a las 11 y no me llamó. Me contesta pronto pero responde que está ocupado arreglando su celular, y que está viendo si ya funciona y así ya nos podremos comunicar. Agrega que a las 6 puede llevar la cámara a la pizzería de El Conde, confirmo que lo veré ahí pero me pide verlo no exactamente ahí, sino poco antes, afuera de El Conde, porque va con la caja y podrían no querer dejarlo entrar los politur, entonces quedamos así. A las 6 comienza a llover muy fuerte, Paulo me llama y me pide esperar a que baje la lluvia para que pueda bajar al Conde, acordamos que así será y me volverá a llamar cuando esté en camino. Después de unos 20 minutos me avisa que ya va y yo también comienzo a prepararme para salir. En el camino me llega un mensaje de Paulo en el que me indica que ya llegó, pero cuando arribo unos minutos después no lo veo, incluso me muevo un poco en los alrededores y al frente recordando que me había pedido verlo un poco antes de El Conde. Le aviso que ya llegué, me quedo en la pizzería y le digo que estoy ahí y en un par de minutos aparece, me comenta que estaba a un lado pero como tardé se estaba mojando. Me entrega la cámara y agrega que pensó que ya me iba a México, respondo que no y que solo la necesito para devolverla y que aún estaré unas semanas más. Como ya lo mencioné, hemos decidido pedirle de esta manera la cámara después de muchos intentos por que la llevara y creer que pasaba algo raro, o que se la hubieran robado, la hubiera perdido o incluso vendido, o que quizá hubiera pensado que en algún momento terminaríamos por regalársela, pero era imposible pues solo nos la habían prestado y fue la manera en que Pantaleón y yo consideramos que podríamos recuperarla o saber qué había pasado. Paulo termina por contarme que la cámara la tenía Team Vakam porque su habitación es más segura y a él se la había dado a guardar, añade que hicieron algunos videos y él no pudo tomar muchas fotos. Le pregunto por su celular y contesta que lo estaban reparando, acto seguido lo saca y me lo muestra, pero veo que es un teléfono



Samsung y señalo que me había dicho que compró un ZTE, así que me explica que sí pero se le descompuso y se lo cambiaron por el que ahora tiene, agrega que ahora sí podrá estar comunicado pero aún le falta ponerle WhatsApp porque le piden un código que aún no le llega a su teléfono y me muestra. Cuando tengo el celular cerca noto que se ve bastante usado e incluso con la pantalla estrellada, recuerdo entonces la venta de su teléfono que desde el inicio no me parecía que lo fuera a beneficiar más pues entre otras cosas creía que no iba a conseguir un mejor celular, pero como se lo habíamos dado como una donación, no me parecía si quiera que debía intervenir además de que siempre he tenido claro que toman sus propias decisiones, así que esta vez solo le pregunto si de la venta del iPhone le habían dado los 500 pesos que le debían, él cambia de cara y compungido dice que no, que el muchacho no volvió y perdió ese dinero, aunque aún tiene esperanza de que aparezca cuando la universidad regrese de vacaciones, y mientras menciona esto cambia un poco el gesto y en su rostro se dibuja una ligera sonrisa esperanzadora. Yo expreso que ojalá así sea aunque también pienso que ya lo perdió, como lleva su caja le pregunto si irá a trabajar a Juan Barón, él contesta que así lo había planeado pero como sigue lloviendo un poco regresará a la Benito y saldrá más tarde para Juan Barón. Me despido de él y le recuerdo que aún seguiré yendo a la Gómez, él me pregunta si continuaremos trabajando con la cámara grande, respondo que sí y agregó que mientras puede tomar fotos con su celular. Quiere saber si ya vi la foto que tomó, le digo que sí y le aconsejo no olvidar que cada vez que haga una toma vea si la cámara de su teléfono está limpia. Él asiente, vuelvo a despedirme, y también se despide con la frase de siempre: “con dios”, yo me retiro caminando hacia mi alojamiento a unas calles.

Ya estoy en la recta final de mi estancia y me propongo seguir viendo a los chicos lo más que pueda. El lunes al salir del IGLOBAL alrededor de las 7:30 pm me dirijo a la avenida Máximo Gómez, específicamente a la zona de El Nacional. No veo a los niños y cruzo al establecimiento de donas, pido lo acostumbrado y me siento a escribir mientras espero a ver si aparecen. Al cabo de una hora no llega nadie ni se asoma Paulo, así que me retiro y me dirijo al supermercado. Debajo del letrero veo a Jeffrey y lo saludo, luego camino hacia la entrada y encuentro al Chiquito, le

pregunto por Paulo y responde que anda por ahí, así que le pido que si lo ve le comente que estuve por la zona y lo estaba buscando. Como ya es tarde decido solo saludar a los chicos y luego retirarme, pero el Chiquito me pregunta si ya me voy. Respondo que sí y le explico que seguiré yendo en estos días y al fin se despide de mi. Vuelvo a ver mi celular y noto que Paulo lleva mucho tiempo sin conectarse a WhatsApp, pero de pronto llegan muchas notificaciones de Instagram a mi teléfono pues ahí también está la cuenta de Paulo porque cuando no tenía ningún aparato a veces me pedía mi celular para comunicarse por esa vía, además de que subíamos algunas de sus fotos desde mi dispositivo y quedó abierto su perfil. Llegan muchos mensajes y logro ver algo en las notificaciones que aparecen en la pantalla de inicio de mi teléfono, son insistentes y se adivina una pelea entre Paulo y su interlocutor que me preocupa mucho. Aunque no me he metido para nada en su cuenta y sólo se quedó ahí abierta en mi celular, intuyo que puede estar pasando algo grave, mi curiosidad es grande y leo la conversación. Entiendo que se trata del joven que le compró el celular que le dimos y que aún le debe 500 pesos, Paulo le reclama por ello y manifiesta que lo dejó sin dinero, pero lo más preocupante y que llama mi atención es que en otro punto de la conversación el joven le pregunta por sus amigos e insiste que lo deje verlos, Paulo enojado le responde que él está solo y le exige no preguntarle más por sus amigos porque nunca los va a ver, el muchacho insistente pregunta por qué no, y Paulo contesta que no lo dejará sin nada y además ellos no quieren verlo. Inmediatamente veo el perfil del joven en Instagram y según la información que comparte al público, puedo saber que se presenta como psicólogo social, defensor de derechos humanos, profesor y un “firme creyente de que el amor conquista todo”, además de cofundador de alguna empresa u organización llamada “neuroeducarte”. Me encuentro muy impactada, preocupada, contrariada y pienso lo peor de esta conversación. Nunca había sospechado siquiera que estuvieran involucrados en cuestiones relacionadas con la prostitución, sé que no es un hecho pero sí una posibilidad por la naturaleza de la charla y lo que pasa en la isla sobre todo en la situación tan vulnerable de las niñas, niños y adolescentes migrantes no acompañados. Me siento triste por los demás y con coraje con Paulo pues pareciera que él orilla a sus compañeros a una

situación así si es que este es el caso, pero también y después de conversarlo con Pantaleón, quien me pide ya no volver a verlos, sobre todo a Paulo, aunque aún no hayamos terminado todo el trabajo, siento que quizá me encuentro en una posición de riesgo. Pantaleón me cuenta que el día de la caravana LGBTIQ notó que Paulo me tomaba fotos “inapropiadas” y él le llamó la atención y le pidió que se concentrara en el trabajo, comienzo a recordar también lo que me ha dicho el vigilante del establecimiento de donas, y algunas cosas que el propio Paulo me ha expresado, aunque en ningún momento me he sentido en peligro en torno a él. Un montón de cosas pasan por mi cabeza, y vuelve otra vez a mi mente cuando nos comentó que él sabía portarse como un “tíguere” con los “tígueres” y cuando recientemente le expresé mis inquietudes sobre la seguridad en la zona después de que el muchacho sin pierna se acercó amenazante, y él me dijo que mientras estuviera él no me pasaría nada. Luego de llegar ya noche a la casa me mantengo en vela, y recuerdo que poco antes de ver la conversación le escribo a Paulo por Instagram para avisarle que fui a la Gómez y solo vi al Chiquito y a Jeffrey y a él no lo vi, pero nunca me responde aunque sé que sí estuvo por ahí porque me lo dijo el Chiquito y en la propia conversación con el joven le dice que está por El Nacional. Pienso demasiado y esta noche me cuesta dormir mientras sigo dándole vueltas al asunto y decido no ir al menos el siguiente día al punto de encuentro.

El miércoles como a las 7:30 de la noche salgo del instituto y me dirijo a ver a los chicos, he decidido terminar el trabajo que falta con las debidas precauciones. Al bajar por la Máximo Gómez y pasar por El Nacional no logro ver a nadie conocido y cruzo a la tienda de donas mientras sigo la rutina acostumbrada. Después de una hora sin que alguien asome me retiro y me dirijo al frente al supermercado por si logro encontrar a alguno. Mientras cruzo sigo sin verlos pero justo al llegar a la acera me topo de frente con Paulo, quien se encuentra sentado con su caja en la banqueta entre la gasolinera y el supermercado. Me sonrío discretamente y le pregunto qué ha sido de él, él solo se encoge de brazos y le comento que el lunes fui y el Chiquito y Jeffrey me dijeron que estaba por ahí pero no lo vi. Tarda en responder y sin saber qué decirme solo señala que sí estuvo andando por ahí pero no coincidimos. Menciono que este día ya había pasado antes y había esperado una hora al frente,

él sólo responde que va llegando y ya no tiene necesidad de salir más temprano porque con lo que saca en la noche le alcanza. Noto que está pasando algo e intento averiguar pues ya son muchas cosas además de la conversación inquietante: la forma en la que habla, que ya no va a buscarme al establecimiento de donas como antes, que ya no está saliendo a trabajar tanto, que llega mucho más tarde, además en este momento lo veo muy apagado y nunca se para de donde se encuentra sentado, a diferencia de antes que me saludaba con mayor efusividad y se acercaba más. Además las condiciones en las que lo veo desde hace más de dos semanas, aunque él diga que está sacando el dinero que necesita sin tener que salir a trabajar desde temprano, parecen no ser las más óptimas. Lleva como dos semanas seguidas con la misma ropa: chanclas, pantalón jean y camiseta azul que ya se ven muy sucios, sumado a que por el olor parece que no le ha sido posible bañarse en un tiempo, y su cabello ya forma algunas rastas involuntarias. Le pregunto si ahora tiene algún problema y agrego que si ya no puede venir a continuar con el taller no pasa nada y puede decírmelo, así yo también dejo de ir por la zona. Paulo no dice mucho y menciono que he estado yendo porque él me pidió continuar practicando con la cámara grande y por eso la he estado llevando. Él contesta al fin que sí quiere seguir y podemos continuar los próximos días, y añade que al día siguiente llegará más temprano para verme y practicar, aunque mientras me dice esto no lo noto tan convencido y solo respondiéndolo que quiero oír. Ante el poco entusiasmo intento cambiar la conversación y le pregunto por su celular, señalo que el lunes que fui le mandé un mensaje por Instagram y no me contestó, me dice que sí lo vio y también le comento que ya ni le escribo por WhatsApp porque veo que casi no se conecta, responde que casi no tiene internet y solo usa el celular para jugar en la pensión, pero insiste que no ha tenido internet aunque he notando que sigue teniendo actividad en Instagram. Decido no molestarlo más, pues quizá se siente incómodo ahora, y solo comento que estoy pensando imprimir algunas de las fotos que han tomado para que se queden con algunas y otras también porque estoy participando en un proyecto en el que ellos podrían colaborar y que consiste en que chicos más o menos de su misma edad de varios países como Brasil, Colombia y México se comuniquen a través de cartas, y que he pensado, si así quieren, que sería buena

idea en vez de cartas mandar postales con sus propias fotografías y atrás un mensaje escrito por ellos para otros niños del continente. Paulo me escucha y parece ligeramente entusiasmado, me pregunta si llevaré las fotos, respondo que sí, que las estoy mandando a imprimir para que ellos puedan verlas y escribir algo si quieren en algunas en la parte de atrás, además de que también se podrán quedar con las que les gusten. Al fin sonrío un poco y afirma que participará, entonces me despido y quedo de ir al día siguiente con las fotos si me las entregan, o al menos para practicar un poco. Paulo asiente, dice que me verá al otro día, permanece sentado y cuando comienzo a caminar pronuncia su frase habitual de despedida: “con dios”, pero esta vez con una voz que apenas se escucha y sin el entusiasmo de antes.

El jueves voy a imprimir las fotos que les llevaré a los chicos para que las vean y elijan también algunas que quieran enviar a niños de otros países. Este día ya no podrán entregarme las imágenes impresas, así que me dirijo en Uber directo de la avenida México, donde se encuentra el laboratorio fotográfico, a la Máximo Gómez para ver a Paulo o a alguno de los demás aunque sea para practicar algo de foto y contarles más del proyecto de envío de postales. Llego como a las 7pm a la Gómez, no veo en los alrededores a ninguno de los chicos, cruzo a la tienda de donas, pido lo de siempre y me siento a esperar, leer y escribir un poco. Estoy como de costumbre una hora y me asomo por el ventanal hacia El Nacional pero no los veo, así que decido esperar ahí media hora más. Finalmente, después de este tiempo cruzo hacia el supermercado, no veo a nadie debajo del letrero o en el estacionamiento, donde más suelen estar, así que camino un poco más y me asomo a la entrada donde alguna vez vi a Paulo pidiendo dinero, y en efecto ahí lo encuentro sentado con su caja de limpiabotas. Mientras lo veo y me voy acercando a él noto que tarda en reaccionar, como si no me reconociera, o no me quisiera ver. Cuando ya estamos frente a frente, aún más cerca, veo cómo mueve la cabeza a uno y otro lado como no sabiendo qué hacer. Lo saludo y le comento que llevaba más de una hora esperándolo, al fin logra decir algo y menciona que ya no me fue a buscar al frente porque llegó a las 8 y pensó que ya me había ido. Reitero que no se preocupe si ya no quiere que nos veamos más para el taller de foto y todo lo

relacionado, que me puede decir y ya no vuelvo, y agrego, como ya lo he hecho otras veces, que no sé si está teniendo problemas pero con confianza puede decirme cualquier cosa. Él solo responde que había ido en la mañana y se fue como a las 2 de la tarde cuando el sol estaba fuerte y no había mucha gente en la calle, así que se había regresado para su casa y luego volvió ya en la noche. Le pregunto si entonces vio la protesta de profesores que ocurrió más temprano por la zona frente al Ministerio de Educación (una calle más abajo de donde nos encontramos), él al inicio no me entiende hasta que vuelvo a preguntar y contesta que sí pero que duró poco y no fue tan grande. Yo me sorprendo de lo que me dice porque sé que toda la ciudad fue un caos por esa protesta y pienso que fue grande, sin embargo no le pregunto más aunque ya más noche me entero por los medios que reseñan lo acontecido, que sí fue una manifestación muy grande. Paulo me pregunta si llevo las fotos, le comento que me las entregarán al siguiente día y que las llevaré si ellos van. Paulo señala que sí irá y yo manifiesto que aunque no suelo ir el viernes por la tarde, me asomaré para llevarles las fotos pero tengo que retirarme más temprano porque tengo que ir a un evento a las 7. Él dice que entonces podría ser a las 5, y comento que me parece bien pues así podríamos trabajar hasta las 6:30. Me repite que nos vemos a esa hora y que a más tardar llegará a las 5:20, respondo que está bien aunque si quiere puedo verlo más temprano porque el viernes voy por esa zona a la “escuela” más temprano. Paulo comenta que para él es mejor 5 o 5:20 y quedamos a esa hora, y me cuenta además que su celular se volvió a descomponer y no lo podrá usar mientras no tenga dinero para llevarlo a arreglar. Menciona que vio el lunes al muchacho que le compró el iPhone y se comprometió a pagarle lo que le debe el viernes, le respondo que espero que sí le pague y con lo que acaba de decirme de su actual celular, y aunque me he aguantado varios días, al fin le doy mi opinión y señalo que resultó estar en mejores condiciones el iPhone que el teléfono que compró pues según el iPhone no funcionaba tan bien y lo cambió por algo “mejor”, y añadido sin afán de hacerlo sentir peor, que lo hecho hecho está y ahora toca estar con lo que tiene, y espero pueda repararlo pronto. Él asiente, y me pregunta por Pantaleón, le respondo que sigue en México y no podrá venir en estas fechas aunque aún piensa que en diciembre sí podrá. También quiere saber cuándo

me voy, me quedo algunos instantes pensando y al fin contesto que aún no sé, que quizá en 3 o 4 semanas. Y es que ya he platicado sobre esto con Pantaleón y me ha recomendado que es mejor que no sepa la fecha exacta de mi regreso a México, además yo misma sigo considerando quedarme un mes más aunque es poco probable que logre el aval de la universidad para extender mi estancia. Paulo señala que ya no falta mucho tiempo para que me vaya, y yo sonrío y le digo que no, tomando en cuenta que ya llevo muchas más semanas, él también me devuelve una ligera sonrisa y por un momento pienso que volveremos a la confianza de siempre, aunque lo sigo notando muy deteriorado, con la misma ropa y al parecer sin posibilidades de tomar un baño. Finalmente anunció mi retirada y le recuerdo que nos veremos al día siguiente a las 5.

El viernes acudo a la avenida Máximo Gómez a las 4:30 saliendo del IGLOBAL para ver a Paulo como quedamos. Llego un poco antes de las 5 para entrar a comer a un restaurante de comida rápida a dos locales del establecimiento de donas, frente a El Nacional, y donde también puedo observar si pasan los chicos. A las 5 veo que Paulo aún no llega así que aguardo dentro del restaurante unos 20 minutos más, sin embargo al cabo de ese tiempo tampoco tengo noticias de él. Comienzo a sospechar que quizá no llegará por la actitud y las condiciones en las que lo he visto en los últimos días, sumado a que a medio día Pantaleón me mandó un video que le hizo llegar Team Vakam de Paulo ese mismo día. En ese video se observa a un muchacho en la pensión con un pantalón de mezclilla  $\frac{3}{4}$  y el torso descubierto corriendo de un lado al otro del edificio y por algunos momentos intentando o haciendo que intenta brincar desde la segunda planta, el video es tomado y narrado por Team Vakam quien comenta que ese es Paulo y en ese momento “está loco”, Paulo sigue yendo de un lado a otro y parece reconocer a Team Vakam pues le hace algunas señas además de bailar mientras Team Vakam repite en la grabación “Paulo está loco ahora”. No sabemos muy bien a qué se refiere con eso, pero tanto Pantaleón como yo pensamos, por la forma en que se ve andar y el frenetismo de sus movimientos, que hay posibilidades de que esté bajo los efectos de alguna sustancia psicotrópica. En el tiempo que permanezco en el restaurante Paulo en efecto no llega y a las 5:30 decido salir para asomarme a los alrededores y ver mejor

si anda por ahí pero no logro localizarlo. Decido entrar a esperar ahora en el establecimiento de donas hasta las 6:30, la hora límite que me he puesto para estar en la zona y llegar al evento que tengo programado. Cumplido el tiempo tampoco llega y me retiro, pero cruzo brevemente a El Nacional para ver si lo encuentro en los alrededores, no tengo suerte así que me voy.

El lunes salgo del IGLOBAL y me dirijo a la Gómez alrededor de las 7:30 pues sigo cargando con las fotos y me gustaría que los chicos las vean. No los veo, me dirijo al establecimiento de donas y ahí espero hasta las 8:30. Cruzo a El Nacional a buscarlos y en un primer momento no los encuentro, pero camino más hacia la entrada, y en la reja opuesta a nuestro punto de encuentro veo sentado al Chiquito. Lo saludo y le extiendo la mano, él me devuelve el gesto con una sonrisa y le digo que hace tiempo no lo veía. Observo que tiene una caja de limpiabotas pues no siempre lleva, le pregunto cómo ha estado, responde que bien y aunque es evidente, le pregunto si ya tiene caja (pues a veces solo se las prestan), y contesta que no, pero no me explica mucho más del asunto y se apresura mejor a avisarme que “allá está Pablo” mientras señala con el brazo extendido y apuntando con el dedo índice al restaurante de enfrente de cachapas. Yo dirijo mi mirada hacia allá y aunque veo una figura a contraluz, no logro distinguir si se trata de Paulo. No le digo nada y solo muevo mi cabeza en señal de afirmación, me siento junto a él y le digo que ya imprimí algunas fotos del taller y que estaba buscándolos para mostrárselas, para que se queden con algunas y otras por si quieren escribir mensajes para enviarlas como postales a chicos de otros países. Aunque me ve y me escucha con atención, no lo noto tan entusiasmado y decido sacar de mi mochila el sobre con fotos para que las vea. Le doy las fotografías y comienza a verlas detenidamente mientras le hago un par de comentarios y le enseño un par de imágenes que él tomó, él asiente y sonríe. En una de las últimas imágenes que Paulo tomó con la cámara que le presté, se detiene y señala que ese es el hombre que le robó la tablet, y pasando las demás fotos llega a una de las primeras donde hay un individuo con rastas, y me dice que es él mismo antes de cortarse el cabello. A propósito de que hay varias fotos de la pensión, le pregunto si sigue viviendo ahí, y responde que sí aunque la semana anterior Paulo me había dicho que ya lo habían sacado. De



pronto llega Paulo y se sienta junto a nosotros, toma las imágenes que el chiquito ya vio y comienza a verlas él. Mientras las observa le comento que el viernes quedamos de vernos y no llegó, él contesta que no le llamé, pero le explico que no habíamos quedado en que le llamaría sino en vernos ahí a las 5, no me dice más y sigue observando entusiasmado. Les pido que de las fotografías elijan con cuáles se quedan y cuáles son las que quieren enviar a otros chicos con algún mensaje. Al principio no están muy convencidos de escribir y Paulo pregunta si no las pueden mandar sin nada, yo respondo que el chiste es que se comuniquen con otros chicos y que así nada más no podrían saber mucho sobre ellos. Añado que se trata de niños de campo de México, Colombia y Brasil y les pido que piensen qué podrían decirles y les pregunto si ellos también son de algún campo. Paulo responde que él sí es de un campo, y el Chiquito imita lo que dice Paulo, aunque no estoy muy segura que así sea en el caso del Chiquito. Comienzan entonces a separar las fotos que quieren mandar, y el chiquito le pide a Paulo que escriba por él. Paulo no está muy seguro de escribir pero al fin accede y comienza a hacerlo sobre una de las imágenes que tomó el chiquito donde está el gordito en primer plano, y Elson y Jeffrey en segundo: “yo soy el chiquito, yo vivo en Santo Domingo. Yo soy el chiquito y Jakom el gordito”. Aunque Paulo ahora quiere escribir en las fotos que él eligió, el chiquito insiste en que le ayude a escribir en otra, yo también le pido que le ayude y el chiquito le habla en creole. En una foto en donde el chiquito está ayudando a tender ropa a una señora, escribe: “yo soy el chiquito fotógrafo ayudando a la señora”. Paulo ya no quiere escribir más para el Chiquito aunque él le extiende otra más donde está con otros de los chicos saludando en una habitación de la pensión, así que Paulo termina por escribir en esa y otras fotografías a título personal. En ellas se presenta como Paulo Robinson fotógrafo, dice que tiene 17 años, pone su contacto de Instagram y pide que lo busquen para que lo ayuden, también cuenta que es limpiabotas, que trabajó en la harina y que ahora trabaja en la calle, presenta a sus amigos, a su “profesor Pantaleón” y muestra su “ropa de trabajo”. Paulo me pregunta si le entiendo a lo que ha escrito, le contesto que sí y se lo leo, y agrego además, en tono de broma, que yo puedo leer de todo hasta creole. Los chicos ríen, luego el Chiquito se para mientras observa una foto que eligió para quedársela, en

ella aparece él dormido sobre un cartón en un pasillo de la pensión sin camiseta, alternativamente la ve y luego levanta un poco su camiseta y mira su panza como a la altura del ombligo comparando lo que ve con la foto. Paulo y yo nos reímos cuando nos damos cuenta y el chiquito finalmente comenta que no es él. El chiquito no deja de ver la imagen y su estómago, mientras Paulo señala que ya se cansó de escribir y pregunta si se puede llevar las fotografías para seguir escribiendo en su casa. Al principio no estoy tan convencida pero termino por acceder con la condición de que las cuide, y de paso le pido que si ve a los demás muchachos les pregunte si quieren enviar alguna de las imágenes con algún mensaje para niños de otros países, a manera de postales, así sea que él les ayude a escribir o que ellos lo hagan. También agrego que busque en especial a Elson, pues sé que es entusiasta y además recuerdo que también escribe algo en español. Paulo asiente y añado que deje que los demás chicos igualmente se queden con las fotos que quieran o en las que aparezcan. Antes de irme, Paulo quiere que le ayude a poner la clave del internet del establecimiento de donas para cuando vaya a esa zona pueda conectarse, le pongo la clave y también me pide que le pase una vez más mi número de WhatsApp y el de Pantaleón porque se le desconfiguró el celular. Le llamo y le mando un mensaje para que tenga mi número guardado, y además le comparto el contacto de Pantaleón. Finalmente me retiro y me despido de él.



Imagen tomada al Chiquito mientras dormía y en la que no se reconoce. Foto: Paulo Robinson

El martes 27 de agosto bajo caminando desde mi alojamiento en la Zona Colonial al Malecón por la avenida Santomé. Me dirijo a buscar a la mujer policía que me atendió amablemente el día que quería recuperar la cámara que le quitaron a Elson. Quiero agradecerle y además conversar sobre los chicos. Al llegar como a las 6:30 de la tarde a la Plaza Juan Barón, a lo lejos la veo comiendo y como no quiero interrumpirla espero unos minutos mientras tomo algunas fotos en los alrededores para OllinPix, buscando indicios del huracán que está próximo. Al poco tiempo vuelvo a donde se encuentra la comandante Marisela, cerca de un negocio de comida, y la saludo. Ella sonriente me saluda y le comento que no había ido a buscarla para agradecerle y que la cámara finalmente sí apareció. Ella responde que si supo pues vio a “Pablo” y él le informó que yo ya tenía el aparato de vuelta. Me recomienda amablemente que no les vuelva a prestar la cámara y yo le explico que ya casi terminamos el taller, ella insiste y me cuenta la misma historia de la vez pasada aunque con otros detalles, me dice que ella le pidió a uno de los encargados de un negocio de Juan Barón que le prestara una patineta al niño con el que se encariñó, y se la prestaron pero el chico se la llevó y no volvió, por lo que ahora ella debe pagarla en 3 mil pesos. Le pregunto si era un limpiabotas y me responde que no, luego titubea preguntándose cómo les dicen y tras pensar un poco me comenta que fue un “indigente”, y agrega que era de esos chicos que andan en la calle. Yo le cuento que otra cámara que les presté se la robaron a uno de ellos mientras dormía, y ella casi espontáneamente señala que no les crea siempre porque son “muy cuenteros”. También precisa que fue al otro día de la patineta cuando ella le llevó 6 pantalones, 6 franelas, 6 camisas y unos tenis de su nieto que ya no le quedaban, pero el niño ya no volvió. Le pregunto si fue uno de los niños haitianos o de los otros que andan por allí, y me responde que no, que fue de los dominicanos y que ellos (refiriéndose tanto a los niños dominicanos como a los haitianos de la plaza), son todos iguales y se juntan. El empleado del establecimiento próximo que nos escucha interviene, y nos cuenta que también una empleada de por ahí se quiso llevar a uno de esos niños a su casa con su esposo, y hasta lo iban a inscribir a la escuela pero al poco tiempo se fue otra vez a la calle. El hombre además menciona

otro caso de otra empleada de Juan Barón que también se llevó a un “morenito chiquito” para su casa, a un tal “Bulín”, la policía interviene y apunta que lo que pasa es que las personas les tienen pena pero después ellos mismos les quitan el deseo de ayudar, el empleado continúa contando la anécdota y señala que ellos le advirtieron a la empleada que no se llevara a su casa a Bulín porque es un “tíguere” y le podría robar, pero aún así se lo llevó. Yo les comento que las condiciones de esos chicos son difíciles y la comandante responde que sí y agrega que además se juntan con muchachos más grandes que los ponen a hacer cosas peores y ese es el problema, por tanto, dice, si tiene alguna ropa en su casa se las da pero ya no tiene esa confianza con ellos, reitera que se juntan con muchachos más grandes de esa zona y que varios de esos son “viciosos”. Ella cuenta además que en estos días fue a la plaza la mamá de uno de los chicos gritando para buscarlo y hasta llevaba una foto de su hijo, pero que otra persona de por ahí le dijo que no le hiciera caso a esa señora pues el niño lleva mucho tiempo “rodando” y es la mamá la que lo deja salir a la calle y ya después sale a “hacer drama”. Yo menciono que me ha tocado casi salir corriendo con los chicos porque hay más grandes que los siguen y ella me dice que sí y agrega que esos grandes “se puyan y se cortan” (en referencia a que se drogan). De pronto llega una persona a saludarla y otros más, veo que ya no podemos seguir conversando y me despido, le comento que seguiré por ahí algunos días más a ver si paso a verla en otra ocasión y le pregunto cómo cree que le irá con el huracán, la comandante responde que tienen que estar obligadamente ahí los días que les toca trabajar, e intento averiguar si ya adoptaron algunas medidas al respecto, ella sonríe y señala que siempre les avisan en el momento. Me despido una vez más y agradezco la amabilidad después de lo sucedido con la cámara, sobre todo porque la Policía Nacional no me trató tan bien y ellas (de la Policía Municipal) sí.

De Juan Barón me dirijo a la Gómez para ver cómo le fue a Paulo con las fotos. Al llegar no lo veo en El Nacional, cruzo al establecimiento de donas y espero con la rutina acostumbrada. A las 8:30 no llega así que vuelvo a asomarme al supermercado pero tampoco lo ubico, hasta que noto que ha intentado llamarme al celular. Al fin logro contestarle pero la llamada de WhatsApp se corta, y al levantar

la vista lo veo donde poco antes me encontraba, en la tienda de donas. Le grito pero no me escucha así que ahora yo intento comunicarme por llamada normal, me contesta y le digo que estoy en el supermercado, así que él cruza a buscarme. Comienza a platicarme contento que ha regalado muchas fotos que le han pedido, que estuvo casi hasta las 3 de la mañana escribiendo, pero muchas de las fotos en las que escribió se las pidieron más que por la imagen, por el mensaje, según me cuenta, y agrega que algunas las dio a la gente de la pensión que salía en ellas. También menciona que a la señora que vende café le gustó mucho su imagen y no se dio cuenta cuando Paulo la retrató y se llevó su foto para tenerla en su casa, e incluso regaló a clientes a quienes les mostró las imágenes y así se convencieron que en verdad toma fotografías y es fotógrafo, como él dice, porque a veces no le creen. Comento que está bien que las haya obsequiado, pero también manifiesto mi preocupación de que nos quedemos sin imágenes para las postales que enviaremos a chicos de otros países. Él contesta que aún le quedan varias, y que aunque la mayoría de las imágenes en las que escribió las regaló, todavía hay algunas y me mostrará lo que tiene. Finalmente menciona que piensa irse conmigo pues trabajó desde temprano y ya sacó lo del día. Lo veo muy contento y como si hubiera vuelto a la normalidad, o al menos, a la situación en la que lo conocimos al principio, e incluso ya lleva unos tenis que pienso que le acaban de regalar. De pronto lo llaman por teléfono, él contesta y alcanzo a escuchar que le dice a su interlocutor que lo verá en “Cacharepa”, un restaurante venezolano cercano en el que venden cachapas y arepas. Cuando cuelga me comenta que es un amigo de Venezuela a quien le regaló una de las fotos más temprano, y me pide que lo acompañe al restaurante porque le contó del taller y de sus maestros, y su amigo quiere conocer a su profesora. Lo pienso un poco pero al final accedo porque conozco el lugar, es muy cerca y sigue siendo una zona segura y con vigilancia. Llegamos Paulo y yo al restaurante, Paulo se sienta en una de las mesas más cercanas a la salida y el estacionamiento, yo titubeo en imitarlo y por unos segundos sigo de pie junto a la mesa. Él insiste que me siente y que ahí lo conocen, yo respondo que quizá tenemos que consumir, él menciona que no es necesario y reitera que lo conocen y que ya ha estado ahí con su amigo que le invitó una

empanada. Entonces me siento y mientras esperamos a que llegue su amigo saca las fotos y me las va mostrando, pero el amigo llega pronto y hacemos una pausa a la revisión de las imágenes. El venezolano llega en una moto con otro amigo, deja su vehículo cerca de nuestra mesa y se sienta con nosotros mientras me saluda extendiéndome la mano, estrecho su mano y también devuelvo el saludo al acompañante, quien por un buen rato se queda parado al lado de nuestra mesa. El venezolano me comenta que tenía curiosidad de saber quiénes eran los profesores de Paulo, y que además el chico ya le había contado un poco de nosotros. También me cuenta que ya vio las fotos de Paulo y le sorprendió que la primera vez que tuvo contacto con él le hablara de que era fotógrafo y de algunos términos como el ISO, la velocidad de obturación y el diafragma. Le respondo que en realidad enseñarles esos elementos había sido más idea de Pantaleón, mi compañero, pues al principio yo no estaba tan convencida de ver eso desde la primera parte del taller, porque pensaba que podían ser cosas muy complejas y que era más partidaria de solo ver planos y encuadres al inicio. Él ríe y me pregunta cómo encontramos a los chicos, cómo los convencimos de tomar el taller y en dónde les enseñábamos. Le respondo que llegué a la isla en un intercambio académico con una institución dominicana, y que saliendo del instituto donde realizo mi estancia los vimos en el estacionamiento del supermercado El Nacional. Comento que al principio les planteamos la idea del taller y les gustó pero aunque quedábamos de vernos en un sitio específico y más adecuado para las clases, como el Malecón, ellos no llegaban porque tenían que trabajar, así que entendimos que teníamos que llevar el taller hasta ellos, y pensamos que era buena idea enseñarles en el punto en el que en un inicio los encontramos y donde vimos que se solían reunir, y ya estando ahí ellos se mostraban interesados y se acercaban a las clases de fotografía. Le pregunto si es fotógrafo porque me doy cuenta que sabe del tema, y contesta que no en realidad, que en Venezuela era camarógrafo y por necesidad también comenzó a tomar fotos de eventos sociales cuando se quedó sin trabajo, y agrega que tuvo una novia que estudiaba fotografía en California así que ha estado cercano al ambiente. El amigo de Paulo después quiere saber a qué me dedico y cómo me acerqué a la fotografía y le cuento que soy socióloga pero incorporo la fotografía a mi trabajo y mis

investigaciones, que estoy más cercana al fotoperiodismo y antes trabajé como editora de fotografía para una agencia internacional de noticias pero, agrego, me desencanté del tratamiento que los grandes medios le dan a la nota y la imagen noticiosa. Mientras conversamos, el amigo del venezolano sigue parado hasta que su compañero le insiste en sentarse y lo hace aunque no tan convencido, y Paulo se pone a escribir sobre más fotografías mientras por momentos hace algún comentario a la conversación. Escucho muy interesado al venezolano en torno a lo que hemos hecho y me pregunta con qué cámara se tomaron las fotos que tenemos impresas. Menciono que en realidad hemos usado varias cámaras, en el taller una réflex y para prestarles, por lo complejo de las condiciones, una Sony compacta digital y otra Nikon compacta también digital, pero agrego que la primera se la robaron a uno de los chicos mientras dormía. Añado que hay algunas fotos que Paulo tomó con el iPad y otras con un iPhone que le dimos, y le muestro cuáles imágenes fueron tomadas con estos dispositivos. Paulo interviene y comenta que con el iPad se sentía más inseguro porque era muy visible y algunos notaban la marca y le preguntaban de dónde la había sacado, y que además no se acomodó tanto porque no tenía juegos. Le digo además que fuimos a algunas coberturas con Paulo y él utilizó una cámara réflex, tal como sucedió en la caravana LGBT. El venezolano señala que ya vio las imágenes en el Instagram de Paulo y además ya le mandó solicitud de amistad a Pantaleón pero aún no la acepta. Le respondo que le avisaré y Paulo añade que “el profesor” ha estado muy ocupado, así que le explico al venezolano que está estudiando en la universidad en México. El venezolano continúa interesado en saber más y me pregunta del vínculo de Pantaleón con la fotografía, en este caso le cuento que él sí es un fotógrafo que se ha formado como tal y se ha dedicado por completo a ello, por lo que es mucho más experimentado que yo, agrego que en República Dominicana fue fotógrafo del expresidente Leonel Fernández (1996-2000, 2004-2008, 2008-2012), que en México también ha trabajado en la presidencia y que ahora es freelance y además hace eventos sociales. Paulo mira el reloj y nos interrumpe, indicándome que ya es la hora de irme para que no se me haga tan tarde, pues antes de acompañarlo al restaurante le dije que sólo podía estar hasta las 9:30. Contesto que es verdad y al venezolano

le comento que me dio gusto conocerlo, él me responde que a él también y le menciono a Paulo que puede quedarse un día más con las fotos por si quiere escribir en alguna otra. Le pido además si ve a los otros chicos del taller que les regale alguna y les pregunte si quieren participar en el ejercicio de las postales, Paulo responde que sí y las guarda. Durante la conversación también le expreso mi preocupación al venezolano respecto a cuando ya no estemos y no haya quién les pueda dar seguimiento a los muchachos, pues los que sí estaban entusiasmados con tomar fotos podrían perder el interés u olvidar algunas cosas de las que han aprendido por falta de práctica. Paulo comenta que sólo él es el interesado porque los demás sólo se acercaron cuando supieron que les podíamos regalar cosas, y que incluso muchas veces le pidieron mi número pero él no se los dio para que no me molestaran. Añade que se le puede olvidar tomar fotos con la cámara grande porque ya casi no hemos practicado, pero yo respondo que he ido todas las semanas y ya ha llegado muy tarde e incluso ha desaparecido mucho. El venezolano le dice a Paulo que aunque no estemos puede buscar tutoriales de YouTube desde lo muy básico y así puede seguir aprendiendo, recomendación con la que concuerdo. Finalmente le pregunto al venezolano si lleva mucho tiempo conociendo a Paulo y me contesta que lo vio la semana pasada apenas y le invitó una empanada. Al despedirnos, el venezolano le dice a Paulo que lo llevará a su casa, y me comenta que ya otras veces lo ha llevado porque le queda de paso en su camino a su propia vivienda en Santo Domingo Oeste. Paulo le expresa su preocupación y manifiesta que se iba a ir conmigo y le pide que me acompañen a la parada de mi "carrito". El venezolano me pregunta dónde vivo y respondo que en la Zona Colonial, pero el carro que tomo me deja muy cerca en el Parque Independencia y ya solo camino dos calles. Me proponen entonces que me acompañe a la parada el amigo del venezolano pues él va al metro y mi parada está a un costado de la entrada del metro, accedo, nos levantamos y el venezolano le dice a Paulo que no vaya a dejar las bolsas que están en la mesa porque son de ropa que le llevó, Paulo las toma y se van los dos en la moto mientras se despiden. Camino con el amigo del venezolano hasta la parada que se encuentra a unos 100 metros y mientras sostenemos una charla breve y más bien de cortesía en tanto nos



acompañamos, le pregunto si también es venezolano y contesta que sí, y él a mi me pregunta de qué parte de México soy. Le respondo que vivo en la Ciudad de México pero soy de Puebla, una ciudad cercana. Él también me comenta que lleva casi un año en República Dominicana y yo menciono que ya he visto a muchos venezolanos en esta parte de la isla, él señala que en realidad no son tantos pero lo explico que lo percibo así porque en comparación con la primera vez que vine en 2010, ahora sí he visto a muchos más, además de que noto que se han incorporado a diversas actividades del país. El venezolano me dice que es cierto aunque no se compara con la cantidad que ha llegado a Perú o Ecuador, le doy la razón pero agrego que al menos veo más acá que en México, quizá por las regulaciones migratorias que son más estrictas en mi país, cuestión con la que concuerda. Llegamos al metro, se despide, entra y yo camino algunos pasos más hasta mi parada. Lo que resta de la noche pienso demasiado, en general el amigo de Paulo me ha dado una buena impresión, también se nota dispuesto a ayudar, es afín al trabajo que hemos realizado con los chicos, pero al final y quizá por la experiencia cercana de la conversación de Paulo con un extraño sobre sus amigos, me quedo dudando de las intenciones del venezolano pues se han ido solos con cierta prisa dejándonos al amigo y a mi, decido ya no darle tantas vueltas para poder dormir esperando que solo sea mi imaginación.

El miércoles 28 de agosto como a las 7:15 Paulo me manda un mensaje de WhatsApp para avisarme que ya va camino a la Gómez. Yo me encuentro llegando a la zona proveniente del IGLOBAL y entro a esperarlo a la tienda de donas, no tienen café, solo compro la rosquilla y me dirijo al área descubierta para ver mejor cuando llegue. Pasa una hora, no lo veo ni se asoma a donde me encuentro y decido esperar solo hasta las 8:30 pues me había dicho que ya estaba en camino. Le mando un mensaje y le digo que lo estoy esperando porque me dijo que ya venía, pero no me contesta y finalmente a las 8:30 decido retirarme y le mando otro mensaje para decirle que me voy, y que si no piensa venir el día siguiente, me lleve las fotos a la pizzería de El Conde. Tampoco responde pero noto que vio el primer mensaje. Solo para no quedarme con la duda de si llegó o no a la zona, decido cruzar a El Nacional y asomarme cerca de la entrada, para mi sorpresa lo veo

sentado junto al Chiquito justo en la entrada del supermercado. Ya no lleva los tenis del día anterior sino las chanclas de hule de siempre, se ve descuidado otra vez y con la misma ropa: pantalón jean y una camiseta azul. Le comento que lo estaba esperando al frente y que él me había dicho que ya iba en camino, me responde que acaba de llegar, le pregunto enojada por qué no me fue a buscar si sabía que lo estaba esperando, percibo que no sabe qué contestarme y mientras sigue sentado lo noto desorientado, no hila bien las palabras y las frases y tiene los ojos vidriosos y un poco rojos. Intento averiguar si llevó las fotos y contesta que no, al querer saber por qué no ya no responde y en cambio me pregunta si Pantaleón ya me comentó sobre el venezolano y la paleta, además de que menciona que ya la empezó a hacer. Le digo que ya sé y él agrega que necesita comprar varias cosas y los termos para hacer café, y me pregunta con qué lo ayudaré porque Pantaleón le pidió que hablara conmigo. Yo señalo que después hablaremos de eso pero que le había preguntado antes otra cosa, él no recuerda y le comento que es lo de las fotos. Como puede Paulo responde que al día siguiente las llevará, y entiendo que en esas condiciones, mientras apenas logra decir algunas cosas y de cuando en cuando se ríe mientras mira su teléfono y se pone a jugar videojuegos, no puedo seguir conversando con él además de que veo que permanece sentado porque quizá no puede pararse o no quiere que note su condición. Ya solo menciono que le había mandado mensajes y que noté que sí había visto uno, pero él responde que no tiene minutos de internet y sí logró ver un mensaje pero no los demás ni responder porque ya no tenía internet. Decido no discutir más sobre esto aunque he visto que sí ha seguido conectándose tanto en WhatsApp como en Instagram recientemente. Me despido de ambos visiblemente enojada, le digo adiós a Paulo y un poco más amable le extiende la mano al Chiquito que todo este tiempo no ha hablado pero permanece sentado junto a Paulo viendo cómo juega.

Este día más temprano Pantaleón me cuenta que lo contactó el venezolano que conocí el día anterior y le dijo que le iba a conseguir a Paulo una paleta (un carrito en el que sobre todo muchos haitianos suelen vender dulces, chicles, galletas, agua, refresco, papitas, café y cigarros en las calles). Pantaleón le comenta al venezolano, por la experiencia que hemos tenido, que aunque está bien ayudar le

pida a Paulo que también ayude y contribuya con su propia paleta, pues desde el punto de vista de Pantaleón, nos ha pasado que el chico espera que le demos todo y una vez que le damos algo o le ayudamos nos sigue pidiendo más. El venezolano le cuenta que le da gusto que hayamos apoyado a los chicos y agrega que a él también le gusta ayudar y en Venezuela estuvo también con unos misioneros. Manifiesta que él ahora está buscando ayudar, sobre todo porque sabe que muchachos como Paulo están en una situación muy precaria y ni siquiera tienen un lugar adecuado para bañarse y todos los días salen a conseguir dinero para tener un techo. Agrega que le consiguió algo de ropa gracias a que en el país existen las pacas y que le aconsejó a Paulo que intente estar limpio y presentable todos los días para que la gente tenga más confianza de acercarse a él y para que sus clientes lo vean diferente. Tanto Paulo como el venezolano le dicen a Pantaleón en conversaciones separadas que Paulo lo que quería era comprar una paleta usada en 400 pesos dominicanos (unos 160 pesos mexicanos), pero el venezolano lo convenció de ayudarlo a hacerla aprovechando que está comenzando un negocio de cajas para vinos, e incluso le va mandando videos de cómo va con el proceso de fabricación de la paleta pues ya lleva la estructura que consiste en una especie de cajón de madera con divisiones.

El jueves llego a la avenida Máximo Gómez como a las 7:30 y no veo a Paulo, entro a la tienda de donas y hago lo acostumbrado, al poco tiempo Paulo llega, entra al establecimiento y se sienta junto a mi en el largo sillón que comparten varias mesas del interior. Me saluda y me entrega el sobre con las fotos, le comento que se veo que las anduvo por todos lados porque el sobre ya se ve muy gastado y sucio, ríe un poco y menciona que es por las tintas de su caja. Observo que solo algunas de las fotos están escritas como postales, y mientras las voy mirando Paulo me pide una de las imágenes de un joven que está fumando en la pensión pues se la piensa dar, le respondo que sí, él toma el sobre y ahí mete la imagen. Noto que a parte de las fotografías que ha regalado, falta también la de las manos de Paulo picadas por chinches de un colchón de la pensión, como él nos dijo, además de percatarme que ninguno de los otros chicos escribió alguna postal y tampoco les regaló sus fotos, y al preguntarle me contesta que casi no los ha visto. Intento saber cómo le ha ido,

me cuenta que bien, que este día trabajó por la mañana y ahora está de vuelta. Sin embargo me cuenta que ya no tiene celular porque se le dañó otra vez, y como ya no se puede reparar tendrá que comprar otro cuando tenga oportunidad. Le comento que me he preocupado por las condiciones en las que lo he visto últimamente, y agrego que cuando lo conocimos él no estaba así. Manifiesto que comprendo que es muy joven y a veces uno tiene que relajarse, descansar y dispersarse con otras actividades, pero añado que ya está a punto de cumplir 18 años, que ya no es un niño y cuando deje de ser menor de edad ya no podrá escudarse en ello aunque por un tiempo lo logre, pero no será por mucho tiempo y llegarán más responsabilidades. Reitero que me preocupa la condición en la que lo he visto, especialmente el día anterior que ni siquiera podía levantarse ni llevar una conversación, además de que no sé qué es lo que está tomando o consumiendo y le aconsejo cuidarse. Agrego que yo no lo estoy juzgando y que más joven también me divertí y consumí “algunas cosas” pero señalo que hay tiempos y límites para todo, e incluso esto podría afectarle en su día a día, pues la gente que lo conoce o lo considere un muchacho serio en su trabajo seguramente ya habrá notado el cambio. Le cuento que a mi modo de ver quizá ahora ya solo le importa la fiesta porque toda la noche se la pasa “rumbeando”, despierta muy tarde y solo trabaja un poco, y que ahora mismo se está preocupando más por conseguir dinero para un día o una semana de internet para su teléfono y andar en rumba que comer, dormir adecuadamente y estar limpio y que cuando lo conocimos no estaba así. Le cuestiono que de qué sirve que ahora quiera una paletera si no aprovecha la caja que ahora tiene pues tampoco está saliendo a trabajar con ella y le importan otras cosas, añado que si sigue así pienso que ni siquiera usaría la paletera, y le pregunto si él ha visto a las otras personas que trabajan en eso, pues lo hacen prácticamente todo el día y son disciplinadas con sus horarios, y de poco serviría que salga un día sí y otro no. Paulo habla poco y se encuentra con la cabeza baja, como si lo estuviera regañando aunque intento que no suene así, y solo llega a responderme que él pensaría trabajar las dos cosas, una parte del día la paletera y otra su limpiabotas. Señalo que yo entiendo que no tiene que pasarse todo el día trabajando, que también hay tiempos para el descanso y el esparcimiento, pero que

tendría que intentar ser constante y también procurar estar limpio para que la gente se acerque a él, y es que como el día previo, este día lo veo muy descuidado y con la misma ropa: pantalón jean, camiseta azul y chanclas, a diferencia de cuando se veía bien con el venezolano. También le cuento que yo anteriormente viví un tiempo en República Dominicana con Pantaleón en una zona muy sencilla de la periferia, y que era un espacio pequeño pero tenía un baño propio y espacio para la habitación y la cocina, le digo que era un departamentito por el que pagábamos unos 3 mil pesos al mes (unos 1,200 pesos mexicanos), y le pregunto si ha hecho las cuentas de cuánto dinero gasta al mes por pagar los 100 pesos diarios de pensión para poder dormir en un lugar que aunque le proporcione un techo, tiene algunas limitaciones como compartir el baño o no tener un lugar tan apropiado para bañarse. Expreso que entiendo que se le haga mucho reunir a final de mes los 3 mil pesos juntos, pero señalo que eso es lo que está pagando más o menos mensualmente por soltar 100 pesos diarios en la pensión y que quizá con ese mismo dinero al mes podría tener un mejor espacio, más independiente y sin preocuparse de que le puedan robar sus cosas. Él responde que sí lo ha pensado y que de todas maneras cuando tenga la paleta deberá buscar dónde guardarla, y agrega que la pensión no es un espacio apropiado para eso, pero que una vez que empieza a trabajar con el carrito de dulces él buscará la manera de moverse a un mejor lugar porque ganará más dinero. Noto que sigue apagado y cabizbajo, como apaleado, y le pregunto qué pasará con la fotografía porque ya no ha estado yendo y veo que últimamente ya no le interesa. Él contesta que la retomará después pero que antes debe trabajar, se levanta y me indica que estará trabajando al frente, yo me despido y le digo que está bien y que en un rato más paso a verlo. Antes de irse vuelve a preguntarme con cuánto le podré ayudar para su paleta y si le puedo comprar los termos para el café, yo respondo que me sería difícil apoyarlo con ambas cosas, dinero e insumos, y que veré qué puedo conseguir, y agrego que él también debe procurar esforzarse por buscar algunas cosas y no esperar que el venezolano, Pantaleón y yo le consigamos todo. Sale entonces del establecimiento y yo me quedo un rato más viendo las fotos que me entregó, leyendo los mensajes de las postales y haciendo algunas anotaciones mientras termino mi café. Me quedo pensando que

quizá fui muy dura y no comprendo del todo sus condiciones y su situación en este preciso momento, y al terminar decido buscarlo al frente para que no se quede con una sensación tan amarga tras nuestro encuentro previo. Lo encuentro como por la entrada de El Nacional, y además previendo que aunque me quiero quedar un mes más, es muy probable que vuelva a México en los próximos días y debo también intentar cerrar esta etapa de trabajo, colaboración y convivencia. Le comento que pensé más o menos con cuánto podré ayudarlo para la paleta y que intentaré conseguir algo pero que tampoco piense que podré con todo lo que él había pensado, porque ahora mismo yo también estoy limitada, y que no sé si le ha contado Pantaleón pero él está aún más complicado desde que regresó a México e incluso está comiendo mal. Él me cuenta que sí ha hablado con Pantaleón y que le ha dicho que está en una situación difícil, sin dinero, y añade que no me preocupe y que le dé lo que pueda aunque no sea mucho. Yo le pido que piense más o menos en un estimado y al día siguiente me diga, además de que necesito que me ayude con algunas fotos pues ya leí todas y encuentro algunos detalles, y que también hay otro pendiente del que le hablaré mañana. Paulo responde que sí me ayudará y me pregunta a qué hora nos veremos al siguiente día, yo le comento que puede ser a la hora de siempre como a las 6 y él dice que sí, que irá a la zona desde temprano a trabajar y que puede ir a su casa y después volver por la tarde. Señalo que los viernes también voy temprano a esa zona y que podría verlo después de la “escuela” como a las 2:30 o 3 de la tarde, le parece buena idea pero me advierte que solo podrá esperarme hasta las 3 porque a esa hora ya empieza a estar muy caliente el día y por eso se va, y agrega que lo encontraré cerca de la entrada de El Nacional donde hay sombra. Confirmando el encuentro y nos despedimos, él se queda sentado esperando más clientes junto a su caja y yo cuando comienzo a caminar hacia la parada del carro de concho menciono que ya es de noche y no me gusta irme tan tarde, él me responde que ya no es tan peligrosa la zona, yo me sorprendo porque en general no me parece una zona riesgosa pues hay varias instituciones públicas por ahí y establecimientos comerciales con vigilancia, además de que se podría considerar un sector de clase media-alta a alta, así que le pregunto por qué dice que antes era más peligroso. Él contesta que porque iban “tígueres” atracadores

que la policía estaba buscando, pero como han incrementado los rondines para agarrarlos ya no se acercan por ahí, y me pregunta si me acuerdo de los muchachos mayores que a veces se nos acercaban, respondo que sí, y agrega que son ellos a los que la policía está buscando pero ya no van para donde nos encontramos. Yo me quedo aún más sorprendida pero intento no externar mi asombro, no digo más y me retiro recordándole que lo veré al día siguiente. Mientras me voy vuelvo a darle vueltas a la cuestión de la seguridad y más porque cuando me acerqué a ver a Paulo en El Nacional, un limpiabotas mayor, y a quien no conozco, se me ha quedado viendo con insistencia. Luego de esto Paulo me cuenta que ese muchacho ha preguntado muchas veces por mí y si soy la persona que lo ayuda, él le ha respondido que no, que soy una amiga de la zona pero ha seguido insistiendo para pedirme algo, y hasta ahora él ha logrado evitarlo.



Detalle de una de las manos de Paulo. Foto: Miguel Pantaleón

El viernes salgo del IGLOBAL un poco después de las 2 de la tarde y bajo a la Gómez a buscar a Paulo como habíamos quedado. Efectivamente el sol a esa hora es muy fuerte y el calor extenuante, por lo que llego muy cansada en mi caminata de 10 minutos hasta El Nacional. Pienso que quizá ya no encontraré a Paulo porque son casi las 3 y una parte de mí también lo desea así porque hay mucho calor y se acerca mi hora de comer. Al llegar al supermercado veo a la distancia a Paulo que

se encuentra a la salida por donde el personal junta los carritos de compras, muy cerca del área de cajeros automáticos. Paulo se encuentra entretenido comiendo y después de unos minutos me ve y me sonríe mientras termina de comer el contenido de una lata de atún. Al acercarme un poco más veo que también tiene una bolsa de pan y una botella de Sprite que ya se ha terminado. Me comenta que ya casi se iba y aprovechó para comer, pues esa hora es muy pesada por el sol. Señalo que a mi también se me hace una hora complicada, que solo había pasado porque quedamos, pero tengo que ir a otro sitio, así que si le parece puedo volver en la tarde como siempre, me responde que sí y nos despedimos. Vuelvo a las 7 a la zona, antes de llegar a la tienda de donas Paulo me ve y me alcanza, y le pido que entremos al establecimiento. Nos quedamos en la zona descubierta y ya ahí le pregunto cómo le ha ido, él responde que bien, y me cuenta además que el venezolano le comentó que él también tiene que aportar algo para la paleta, y al parecer no lo tenía contemplado más que hacerse cargo de la compra de los dulces que venderá. Le pregunto con cuánto ha pensado que podríamos ayudarlo, contesta que con unos mil pesos dominicanos y agrega que ya le había dicho a Pantaleón, pero yo señalo que aunque él no me había mencionado una cantidad exacta, debe entender nuestra situación por lo que ahora no podríamos ayudarlo con todo eso. Pensando que mi vuelo de regreso es ya el lunes, manifiesto que al día siguiente, sábado, puedo verlo en El Conde para apoyarlo con algo y después veré si puedo conseguir un poco más, aunque añado que tampoco piense que le daré todo lo que él pide y expreso que me parece sensato lo que dijo el venezolano pues debe intentar aportar algo más que los dulces. Además le pregunto si espera que nosotros le demos todo y si no ha pensado que él debe intentar juntar algo para iniciar su nuevo negocio. Paulo me responde que sí tiene algo guardado y que ha conseguido unos mil pesos para la paleta, le comento que está bien y que procure no gastarlo en otra cosa porque se le complicará volver a reunirlos, además de que debe contemplar cuánto va a necesitar para la inversión de lo que va a vender. Él menciona que no me preocupe con nuestra aportación y si no puedo darle todo al día siguiente podría ser hasta el lunes, pero le explico que para mi es mejor irle dando lo que vaya consiguiendo (teniendo en cuenta que ya casi me voy y que solo

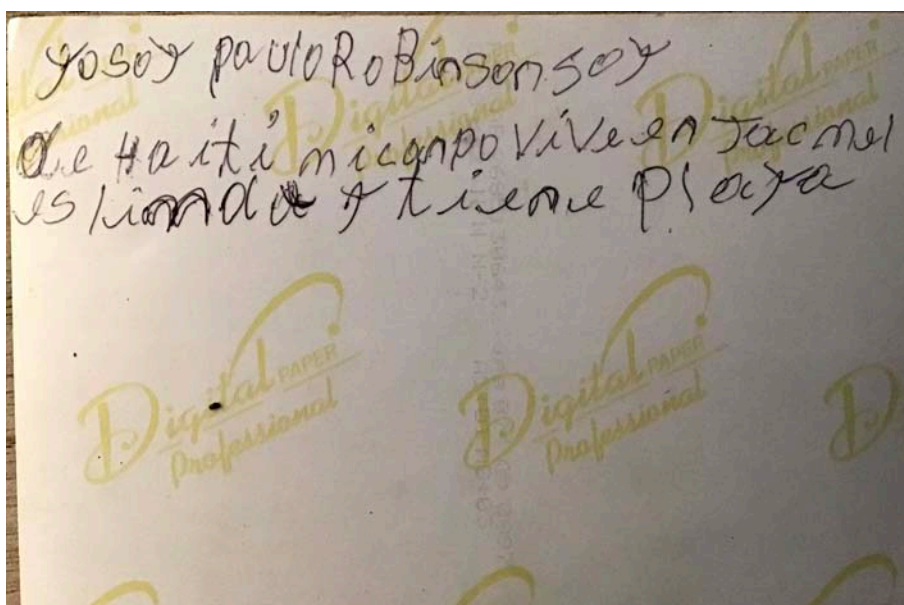
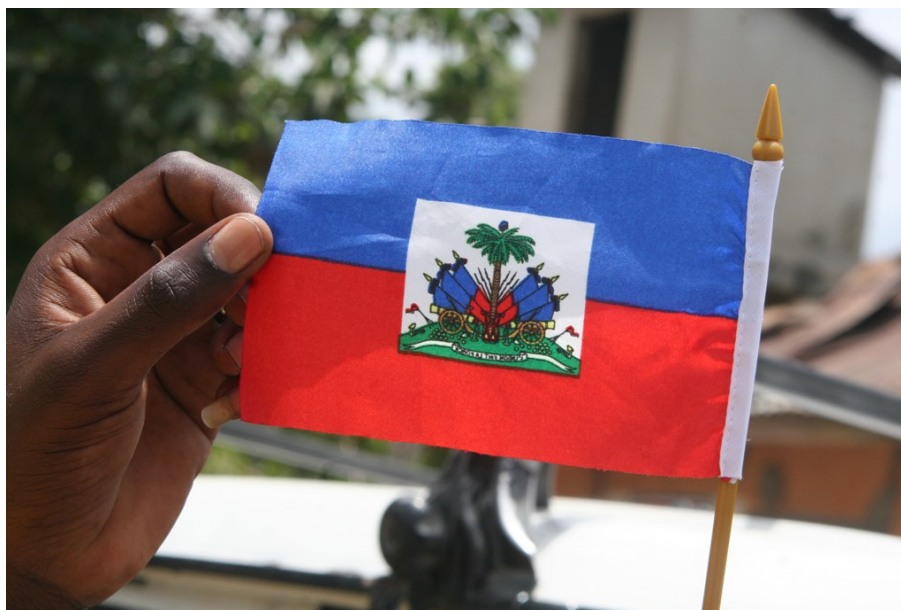


tengo efectivo limitado que debe alcanzarme para el resto de mi estancia), así que termina por aceptar y quedamos que me llamará al día siguiente para verme en El Conde. Saco las fotos y le muestro algunas que creo que están incompletas o que el texto no se corresponde mucho con la imagen, así que lo animo a que se exprese un poco más para que los chicos de los otros países puedan conocerlo más. En una que menciona que él es de un campo de Haití llamado Jacmel, le comento que podría describir un poco cómo es su campo, y otra imagen de un anafre en la que puso un mensaje, hago la observación que escribió que es donde trabaja con sus amigos en la calle pero que no se relaciona con la imagen, así que él ríe un poco y responde que seguro se equivocó. También señalo que en la foto en donde él está trabajando cargando sacos de harina podría contar un poco más sobre su trabajo, y no solo decir que trabaja en la harina. Paulo me ve un poco desganado y manifiesta que no sabe qué más poner y si quiero yo puedo escribir, le comento que el chiste es que él las escriba con cosas que él piensa o quiera comunicar a otros chicos como él de otros lugares y no que yo lo haga, entonces responde que le diga qué anotar y contesto que sería lo mismo. Insiste que no sabe qué más escribir mientras se coloca la mano sobre la cabeza, así que termino por señalar que está bien si no quiere hacer nada y que no quiero forzarlo, pero agrego que me parece que cuando hay cosas que él pide y son de su interés pone total atención, y cuando se trata de alguna cuestión que nosotros proponemos, él muestra desinterés y sentimos que a veces lo hace solo para ver qué obtiene a cambio. Entre serio y apenado expresa que no es así y reitera que no tiene mucha idea de qué más escribir, aunque mientras me dice esto toma las 5 fotos que le dije que podría completar y el bolígrafo y comienza a tratar de apuntar algo. En la imagen de la bandera haitiana donde comenta que él es oriundo de Jacmel, agrega que su campo es lindo y tiene playa. En la del anafre, por su parte, me pregunta qué puede poner y le contesto que lo que quiera y que podría contar qué hacen ahí y para qué les sirve, así que él responde que es una estufa de carbón y le digo que puede poner eso porque por ejemplo en mi país se le conoce como anafre y sería interesante que supieran otras formas de nombrar un utensilio así en otros lugares. Él entonces comenta que sí es un anafre y que en República Dominicana también se conoce

como anafre, así que le pregunto por qué me había dicho estufa de carbón y contesta que porque no se acordaba bien de su nombre, y aunque le sugiero que utilice el nombre inicial, escribe que es un anafre para cocinar en donde vive. En la foto de la harina agrega que cargaba sacos de 20 y 30 libras, y después de esto él por su propia cuenta toma algunas fotografías más que aún no estaban escritas y comienza a hacer algunas anotaciones. En una imagen donde está Pantaleón con la cámara enseñando a todos los chicos durante el taller él escribe: "Pantaleón enseña a los limpiabotas fotografía en Santo Domingo todos los días a las 6pm en la calle de la Gómez". En una más de un carro viejo en su barrio anota: "Eso es el carro que tiene más tiempo en mi barrio, tiene 20 años". En una donde está Elson y Jamesley tomando fotos apunta: "los amigos míos aprenden fotografía en Santo Domingo con una cámara profesional en la calle de la Gómez con el profesor Pantaleón y Kiki en Santo Domingo". Y finalmente toma la fotografía del hombre de rastas que vive en la pensión, y me comenta que de ahí incluso podría hacer una historia completa de cómo ha robado cosas a todos en la pensión, así que sorprendida le pregunto si además de la tablet ha robado más, y contesta que sí, que a él no le ha robado nada porque se sabe cuidar pero que a los demás sí. Dicho esto escribe sobre la imagen: "Es el que roba en el hotel donde viven los amigos míos en el barrio". Sigo con curiosidad y le pregunto ahora que si ya ha robado a más personas por qué no le han dicho al encargado para que lo saquen, y me responde que él siempre lo niega y nunca le pueden probar nada así que es difícil acusarlo. Paulo quiere saber si es necesario que escriba en más fotos y yo señalo que solo es una actividad sugerida para que él pueda comunicarse con otros chicos de otros países y que él decide cuáles fotos mandar y con qué mensaje, así que puede escribir sobre las que él quiera. Vemos que ya es muy tarde, casi las 9 de la noche, y decidimos continuar con el otro pendiente, así que le comento que con lo que me gustaría que me ayude, si así quiere, tiene que ver con lo que hemos hecho y con mis actividades, y aunque en un inicio ya les hemos comentado, recapitulo. Le pregunto si recuerda que le he dicho que también vine a estudiar a República Dominicana, contesta que sí y como ya lo he hecho otras veces, repito que estudio asuntos relacionados con la migración, le pregunto si sabe algo sobre la migración

y los migrantes y responde que sí, que por ejemplo él es un migrante, y yo le digo que sí, que él y yo somos migrantes en República Dominicana y Pantaleón lo es en México, y agrego que somos personas que por alguno u otro motivo nos hemos tenido que mover de nuestro lugar de origen, algunos para trabajar, otros para reunirse con sus familias o para estudiar. Él asiente y continúo, le comento que me gustaría entrevistarle sobre su experiencia de ser migrante y añado que eso nos ayudaría también a armar mejor su perfil y su biografía, tanto para su página de internet como para la nota periodística que estamos armando sobre él para que lo conozcan mejor, además de que el formato de la entrevista en el ámbito editorial y en los medios suele ser el más requerido y avalado como instrumento autorizado para la recuperación de un testimonio. Paulo se muestra de acuerdo y manifiesta que a él mismo le gustaría grabar su propia entrevista en formato de video con su celular y que él podría hacerlo aprovechando que también se está acercando al video y a algunos programas de edición y me pregunta si no he visto en Instagram los últimos videos que ha hecho. Le contesto que sí, que están muy bien para un primer acercamiento aunque también noto que aún le falta poner en práctica lo aprendido que vale para la foto y el video, como los planos y los ángulos, agrego que por ejemplo sigue cortando algunas cabezas, él sonríe ligeramente y señalo que para eso no necesita una cámara profesional y basta con el celular y eso sí puede seguirlo practicando cuando tenga un dispositivo a su alcance. También le explico que hay otros conceptos básicos del video que falta aprender como los movimientos de cámara que ya le había dicho que podíamos repasar aunque él ya casi no ha ido a buena hora para las prácticas que teníamos pendientes, pero que es lo que próximamente podríamos ver, ya sea mientras siga en el país o cuando regrese en diciembre. Paulo responde que sí y volviendo al punto, le comento que aunque es buena idea que él haga su propia entrevista en video, por ahora sería una cuestión más a largo plazo pues como ya no tiene celular tendríamos que esperar a que consiga uno. Paulo dice que es verdad y entonces le pregunto si podemos empezar para que no se nos haga más tarde, él me pregunta sobre qué será la entrevista y cómo será y le contesto que son solo algunas preguntas sobre su llegada a República Dominicana y lo que ha aprendido en este tiempo, y agrego

que se sienta libre de responder en torno a lo que ha vivido, contesta que sí, indico que grabaré, asiente, oprimo en mi celular el botón de grabar y comenzamos.



Anverso y reverso de postal escrita por Paulo: "yo soy Paulo Robinson, soy de Haití, mi campo vive en Jacmel, es linda y tiene playa". Foto: Miguel Pantaleón

A parte de las preguntas que tengo en mi guion, por cuestiones formales le pido sus datos básicos: nombre, país y ciudad de origen, además de los lugares en los que ha residido. Para esto último me contesta que ha vivido 5 años en Jacmel, 3 años en Puerto Príncipe y 3 años en Santo Domingo. Continúo con las preguntas de mi

guion, me cuenta que salió de Haití porque así lo decidió, y agrega que “por nada”, entonces hago la observación en torno a que la otra vez nos contó que un muchacho más grande que ya conocía el país los convenció de venir y me responde que sí pero que es una historia más larga y no habla más del tema. Comenta que salió de Haití en un furgón y que llegó con dos muchachos más, uno más grande que él y que en ese entonces tenía 13 años, casi 14. Cuando le pregunto cómo vivía en Haití me contesta que bien antes de que termine de formular la cuestión, así que la amplió intentando averiguar si vivía con sus papás y hermanos, y dónde, por ejemplo una casa o un departamento. Él señala que vivía con su papá, luego con un hermano y con su mamá también en una casa. Puntualiza que después de que murió su mamá vivía con su hermano. Aclara que en Haití sí iba a la escuela, y cuando le pregunto cuántas veces al día comía allá, primero responde que dos pero luego rectifica e indica que tres veces al día. También me comenta que la comida es distinta pero al preguntarle si no hay algunos platos similares a los dominicanos, contesta que el moro y el arroz con habichuelas. Sobre la cuestión de si siempre estudió en Haití o si llegó a trabajar, me cuenta que sí trabajaba en un cementerio ayudando a acarrear agua, y cuando busco saber si le pagaban por ello un sueldo o lo que quisieran darle, responde que lo que le tenían que pagar. Sobre esta época averiguo si trabajaba y también iba a la escuela y señala que solo trabajaba, así que le pregunto por cuánto tiempo estuvo así y me dice que solo duró 5 días, yo entonces como en broma río un poco y le comento que como en la harina, y agrego que pensaba que había durado 1 o 2 años. También quiero saber si era feliz en Haití y le gustaba vivir allá, él solo contesta que sí, y sobre la escuela manifiesta que estudió 6 años en su país y que llegó como hasta séptimo grado. Le pregunto si cree que algo de lo que aprendió en la escuela le ha ayudado, apunta que sí, que “el conocimiento”, y cuando cuestiono para qué le ha servido el conocimiento, precisa que de inicio para saber cómo se habla con la gente, aunque le recuerdo que cuando llegó a República Dominicana no hablaba español, pero él replica que se daba entender además de que hablaba francés con la gente. En este punto sé que en general no se habla francés en esta parte de la isla y que incluso hay un desdén por la lengua pues mucha gente solo la vincula con el haitiano, así que no

hay muchos dominicanos que hablen francés y si acaso habrá algún haitiano que lo hable, debió aprenderlo en una escuela donde enseñaran en francés, pues el día a día en Haití es en creole. Pero no le cuestiono si habrá habido alguien con quien se pudiera comunicar en francés acá, y en cambio inquiero si aprendió el francés en la escuela o dónde, y él me responde que cuando estaba chiquito en la primera escuela a la que fue aprendió. Tras esto pronto le pregunto qué de lo que aprendió fuera de la escuela le ha ayudado desde que salió de Haití hasta que llegó a República Dominicana, y simplemente me dice que nada. Insisto si no ha aprendido nada o alguna cosa de utilidad en la calle, algo que por ejemplo le haya ayudado a sobrevivir acá y que no aprendió en la escuela. Él entonces expresa que aprendió a trabajar, y al preguntarle quién le enseñó me comenta que nadie, le cuestiono entonces cómo fue, si viendo cómo lo hacían los demás, e indica que él mismo empezó a trabajar: “yo solito”. Intento averiguar si también aprendió a cuidarse de los demás y defenderse, y sólo contesta que a veces, así que cambio de tema para ahora indagar cuántas veces ha vuelto a Haití, él responde que cuatro veces y yo río con incredulidad, pero Paulo reitera que ha vuelto cuatro veces y yo le hago la observación que la vez pasada que platicamos habíamos entendido que solo había regresado una vez. Repite que ha vuelto 4 veces y yo sorprendida interrogo cómo han sido esos regresos, si igual en furgones, y me cuenta que la última vez que fue a visitar fue cuando le dijeron que su mamá había muerto y cuando su hermano lo trató mal, otra vez él fue a la frontera y no acabó de llegar a su casa porque no quiso, y una vez más llegó hasta ahí y fue cuando le dijeron que su papá estaba muerto, y aclara que quien primero murió fue su papá. Agrega que esa vez estuvo algunos meses y le pregunto qué hacía, me dice que nada e insisto si no salía con los amigos y responde que sí. Inquiero si recuerda cuando era más niño qué jugaba o qué es lo que juegan los niños en Haití, Paulo comenta que dominó y cartas, me sorprendo y cuestiono si es eso lo que juegan los niños, así que termina por contestar que no, que juegan juegos como “topao” (corretiza), bolitas (canicas) y también se divierten con gomitas (ligas), como lo que se juega en República Dominicana. Le pregunto si en los trayectos aprendió algo, como qué guagua tomar o en qué furgón subirse, y señala que se volaba, se metía sin que se dieran cuenta

y añade que ya sabía cuáles eran los que iban para Haití o al lugar al que fuera. Al indagar qué otras cosas ha aprendido mientras ha estado moviéndose entre Haití y República Dominicana, menciona la pista (carretera), el campo y algunos lugares sobre los que él no sabía. Intento averiguar por qué lado de la frontera ha regresado y contesta que por Jimaní (frontera sur), y por Dajabón (frontera norte) solo una vez. En un espacio entre preguntas Paulo me cuestiona algo abrumado: “¿y todas esas preguntas?”, quiere saber cuándo las escribí pues ve que tengo una hoja (guía) llena de palabras, le respondo que en estos días y agrego que ya solo nos falta una pregunta. Ahora intento saber aquí en República Dominicana qué ha aprendido y qué le sirve, me dice que aprendió a hablar, y yo le completo en tono dubitativo si a hablar español, él responde que sí y que también aprendió a trabajar y estudiar. Le pregunto si no estudiaba en Haití y contesta que sí pero que también aprendió a estudiar en República Dominicana, indago dónde aprendió aquí y comenta que en San Carlos, que lo anotó en una escuela una persona que lo estaba ayudando. Al preguntarle cuánto tiempo duró en dicha escuela, menciona que no llegó ni al año porque se peleó, así que ahora le cuestiono si también en CONANI aprendió porque sé que también estuvo ahí, además de si eso fue la primera vez que llegó al país. Menciona que lo de CONANI fue en “el primer tiempo”, y que ya en “el segundo tiempo” la pasó viviendo en la calle. Un poco confundida con estas referencias, inquiero cuándo fue que lo anotaron en la escuela y señala que en “el segundo tiempo” (más recientemente) cuando andaba en la calle que encontró a una persona que lo apuntó. Entonces le pregunto si esa persona se enojó con él, y manifiesta que sí, aún lo ve y no le habla. También comenta que ya no recuerda por qué peleó y que en esa escuela estaba en tercer grado, intento averiguar si ha aprendido algo más en este lado de la isla que le haya servido, diferente a lo que se aprende en la escuela, por ejemplo, cosas que se aprenden en la calle como ubicarse y moverse en la ciudad, y responde que sí, que se sabe casi toda la capital. Le pregunto si también conoce otros lugares pues me ha contado que ha estado en Boca Chica y Bávaro, y contesta que sí, que conoce muchísimos, y al querer indagar en cuáles otros sitios ha estado, me dice que yo no sabría cuáles son, le explico que quizá no ubique todos pero otras personas sí, y solo menciona que ha estado en otros

lugares como Villa Mella (en la periferia de Santo Domingo). Vuelvo al asunto de lo que ha aprendido, y ahora le cuestiono si por ejemplo no aprendió algo de fotografía en Santo Domingo (en alusión a nuestro taller), y expresa que todavía no se siente fotógrafo, le explico que Pantaleón y yo tampoco consideramos que seamos fotógrafos completos pues siempre seguimos aprendiendo, sobre todo yo pues él es más experimentado, pero me aferro en saber si al menos aprendió un poco, él indica que tampoco, que está aprendiendo, y ante mi insistencia vuelvo a la carga reformulando la cuestión y ahora le pregunto si no considera que lo poco o mucho que sepa de fotografía sea un aprendizaje que él tenga, y termina por responder que sí. Como última pregunta le digo qué es lo que le gustaría aprender y por qué, acá, allá o dónde sea, y le pongo el ejemplo de cuando quería ser doctora de pequeña, él contesta que quiere ser “un profesional”, así que le pregunto de qué quiere ser profesional, Paulo señala que de hacer películas, video, de grabar y “cosas así”. Le planteo la interrogante de si le gustaría regresar a la escuela y comenta que sí, añadiendo que con eso es con lo que quiere que lo ayuden. También intento saber a qué más quisiera dedicarse y responde que lo que le gustaría ser es ingeniero de los que construyen y hacen los planos de las casas, y agrega que también le gustaría ser artista. Además menciona que le gusta el fútbol, le pregunto qué equipo le gusta e indica que el Real Madrid, yo río y le comento que yo le voy al Barcelona, ríe también y expresa que no podríamos ser iguales, así que yo soy Messi y él Cristiano Ronaldo. Hago la observación de que Cristiano Ronaldo ya no está en Real Madrid, él intenta recordar ahora en dónde se encuentra, y como lo ha olvidado le digo que en Juventus en Italia. Le pregunto cuál cree que es mejor futbolista entre Messi y Cristiano Ronaldo y me cuenta que desde chiquito le gusta Cristiano Ronaldo, incluso, continúa, una vez que perdió su equipo como en el 2014 lloró. Le comento que a mi también me gusta el fútbol e incluso más joven jugaba en un equipo, él menciona que le gustaba más cuando era más pequeño pero ahora no tanto, igual me platica que le gusta el Chelsea pero ahora ya no ve tanto fútbol desde que vive en la calle.

Acabamos la entrevista con nuestra breve plática de fútbol y siento un sabor agrídulce, pues si bien me ha dicho cosas interesantes, también percibo que es



difícil realizar una entrevista en este caso, pues no es tan fácil captar su atención en esta lógica tan formal y sistematizada con una serie de preguntas, y en cambio hemos logrado conocernos mejor en la interacción cotidiana en el marco del taller y en la charla informal durante estos meses. Mi mente sigue dando vueltas y pienso que quizá la entrevista sea un elemento más y no la herramienta central, intento relajarme y vuelvo a la charla. Como recuerdo que antes ha dicho que ha ido a Boca Chica y Bávaro, y a propósito de que sé que al Gordito le gusta mucho ir a Boca Chica, además de que al parecer en este momento anda por ahí según lo que me dijeron los demás, le pregunto a Paulo si ha ido y en dónde se quedan cuando van, él me responde que sí y que se quedan en la calle. Rectifica un poco y aclara que la primera vez que fueron se quedaron en la calle porque no conocían pero ya después saben que ahí también hay pensiones baratas como en la que duermen en Santo Domingo. Quiero saber a qué otro lado ha ido y me cuenta que a Bávaro pero ahí no hay tanto trabajo como en Santo Domingo. Como ya son casi las 10 de la noche le digo que debo irme pues ya es muy tarde, responde que me acompañará así que caminamos juntos hasta la parada del carro. Casi llegando al Parque Independencia, donde desciendo para ir a mi alojamiento, Paulo menciona que se bajará conmigo para ver su Instagram y comunicarse en mi celular, pues una persona le mandará un número de teléfono que necesita y que perdió cuando se le descompuso el celular. Asiento, bajamos cerca de El Conde, nos dirigimos a la calle peatonal y finalmente nos sentamos en una banca cercana a la pizzería donde solemos vernos. Saco mi celular y se lo presto, pero al poco tiempo un politur se acerca a donde estamos y se queda parado frente a nosotros sin decirnos nada, mientras tanto Paulo está atento al dispositivo y no repara en aquella presencia. De pronto el policía rompe el silencio, me mira, mira a Paulo y me pregunta si lo conozco. Le contesto que sí y le cuestiono si hay algún problema, el policía menciona que sí pues él no puede estar ahí, quiero saber por qué y señala que los limpiabotas no pueden estar en El Conde. Comienzo a molestarme y manifiesto que en ese momento Paulo no está trabajando, pero el politur apunta hacia la caja que se encuentra en la banca entre nosotros dos. Indico que la caja solo está ahí y repito que el chico no está trabajando en ese momento y no está molestando a nadie,

agrego que le presté mi celular para que se comuniquen con alguien a quien necesitan contactar y que simplemente estamos sentados y no hay delito que perseguir. Paulo no dice nada, solo se mantiene observando el celular y al parecer chateando, aunque por momentos levanta la vista un poco nervioso y vuelve a bajar la cabeza durante la discusión. El policía insiste en que Paulo no puede estar ahí y que en su reglamento interno está estipulado que los limpiabotas no pueden entrar a El Conde. Reviro y señalo que aún en el hipotético caso de que eso diga su reglamento, el muchacho no está trabajando y no está molestando a nadie, e incluso comento que su actitud es discriminatoria y racista, porque si fuera un “gringo” quien llevara una caja de limpiabotas, pues suelen venderla también como artesanía en los locales turísticos de la zona, no le diría nada y no pretendería echarlo de El Conde, e incluso añado que la caja está entre nosotros dos, que bien podría ser mía, pero como ve a un muchacho haitiano sencillo junto a ella, le molesta y quiere sacarlo. En ese momento incluso intento colgarme la caja de Paulo y la acerco hacia mi, el policía enfurece y alega que no es discriminatorio, mucho menos racista, que no sé con quién me estoy juntando y él sí conoce a gente como Paulo. Manifiesto que sí lo conozco y le doy clases de fotografía, que le he prestado mi cámara y siempre me la devuelve y que curiosamente una de las veces que la he perdido fue a manos de un policía como él que se la arrebató. El policía continúa enojado y pronto se acerca otro de sus compañeros para ver qué pasa, le indica que Paulo no se quiere ir mientras lo señala, y el policía que acaba de llegar, buscando quizá un delito que perseguir, le pregunta por el celular que Paulo tiene en las manos y su compañero le responde que yo le dije que se lo presté. El nuevo policía se une a la demanda de su compañero para que se vaya Paulo y yo insisto en que no nos iremos, así que el primero manifiesta que ahí está su coronel y en cuanto lo vea le va a pedir que lo detengan y lo saquen, yo comento que entonces esperaremos al coronel pero no nos moveremos, y repito que no hay delito que perseguir. Enojada agrego que mejor se pongan a trabajar pues están perdiendo el tiempo con nosotros y en sus narices hay personas que realmente están haciendo cosas indebidas, mientras señalo el restaurante que está prácticamente frente a nosotros e indico que ellos muy bien saben que ese es un punto en el que hay prostitución y hay “gringos” pedófilos

contratando a muchachas menores de edad, pero con ellos no se meten porque son turistas blancos que tienen dinero, y en cambio quieren desquitarse con un chico haitiano, negro y pobre. Continúo y apunto que ellos tienen conocimiento de los puntos en la Zona Colonial donde pasa eso frente a sus narices y que la Plaza Colón frente a la Catedral es también uno de esos lugares. Los policías enfurecen aún más y aclaran que eso no está dentro de sus competencias como policías turísticos, pero que para que sepa han agarrado a dos personas “de esas” que yo digo en esa semana. Manifiesto que si no está dentro de sus atribuciones que hagan lo que sí está, pero que se pongan a trabajar y no pierdan tiempo con nosotros, así que uno de ellos reclama que no sé cuál es su trabajo y le respondo que quizá no pero sí sé que cuidar a los turistas y yo soy turista y me están molestando. Ellos siguen enojados y vuelven a mencionar su reglamento interno y el hecho de que Paulo no puede estar ahí, repito que no conozco su reglamento interno pero que hasta donde sé los tratados internacionales en materia de derechos humanos están por encima de leyes locales y nacionales, más aún que su reglamento, y que además de que existe el derecho al libre tránsito, República Dominicana es un Estado signante de la Convención Internacional de los Derechos de los Niños y que no pueden detener a Paulo por el simple hecho de estar ahí sentado porque estarían vulnerando la convención y sus derechos como menor de edad. Tras esto los policías se enojan aún más pero optan por retirarse no sin antes advertirme que irán por su coronel, a lo que respondo que me gustaría que lo hicieran para expresarle lo mismo que les he dicho a ellos. Se retiran visiblemente molestos y van hacia donde se encuentran más compañeros suyos aún más cerca de la entrada de El Conde. Cuando se han ido Paulo comienza a hablar y me cuenta que el primer policía fue el que en una ocasión anterior quiso quitarle la cámara y hasta lo tenía esposado y no pasó a mayores porque un periodista intervino, además me da a entender que el policía ya lo tiene en la mira. Paulo entonces comenta que a él de nada le serviría discutir con los policías porque se metería en más problemas y por eso no dice nada, además añade que al final si se lo llevan lo tendrían que soltar porque no le podrían comprobar nada ante un juez, a lo que contesto que es verdad pero de todos modos desde un inicio no tendrían que molestarlo ni detenerlo. El asiente pero afirma que

así son las cosas, y que es verdad como he dicho que mientras hay otros extranjeros por ahí haciendo cosas malas, sólo lo molestan a él, pero que al final “gracias a dios la justicia se impone”. A propósito de que suele hacer alusión a dios le pregunto si practica alguna religión y responde que sí, que es cristiano y yo interesada intento averiguar desde cuándo. Paulo me cuenta que no hace mucho se acercó a una iglesia gracias a una pastora suiza o sueca que lo ayudó, y ante mi curiosidad por saber cómo lo ayudó agrega que estaban a punto de meterlo preso y llevarlo al Palacio de Justicia y ella fue a sacarlo pero tuvo que dar dinero para que lo soltaran. Después de preguntarle un poco más, también me entero que lo acusaron de estar vendiendo droga afuera de la iglesia a extranjeros, pero me aclara que no estaba haciendo eso aunque sí estaba en dicho lugar y precisa que eso fue este mismo año, por ello, reitera, se acercó a la iglesia, aunque ya casi no va pero continúa siguiendo las enseñanzas cristianas. Ante mi interés por el tema, también me comenta que ya no ve a la pastora porque al parecer se regresó a su país y perdió la comunicación. Ahora ya no está viendo el celular y me lo ha devuelto, pero noto que no se quiere ir, pienso incluso que es su forma de resistir sin enfrentarse a los policías, quienes siguen en los alrededores, y permanecemos un rato más platicando. Me cuenta que la iglesia y los consejos de otras personas lo han ayudado a querer “echar pa’ lante” y que por eso ahora quiere “avanzar” con la paleta pues ello le ayudaría a estar mejor y tener una vida más estable. Añade que piensa ir anotando en una libreta sus horarios, sus entradas y sus gastos, de tal forma que pueda juntar el dinero suficiente para en un futuro poder moverse a una casa o un espacio más independiente y donde tenga mejores condiciones, pueda cocinar y guardar su paleta, y en general sus cosas sin que exista el riesgo de que se las roben. Señalo que es bueno que piense así aunque no debe desesperarse, pues no será de la noche a la mañana y lo importante es ser constante, pero le reitero que sí es necesario que en algún momento pueda tener la oportunidad de vivir mejor y tener mejores condiciones, por ejemplo para poder bañarse, y le pregunto si es en el patio o en el pasillo donde se bañan en la pensión, pues ya alguna vez Paulo le había comentado a Pantaleón que se bañan en el patio, y yo en una de las fotos vi a una muchacha mojada en el pasillo. Él duda un

momento y hace una pausa antes de contestarme y comenta que no, que hay unos baños atrás de la pensión donde se bañan aunque no lo veo tan convencido cuando me dice esto. Entonces intento saber por qué la muchacha estaba mojada en el pasillo y señala que estaba ayudando al encargado a limpiar. De cualquier manera estamos de acuerdo sobre que en algún momento tendrá que mudarse si quiere vivir mejor, y él reitera que no puede pasar tanto tiempo porque en la pensión no tendría dónde dejar su paleta, o al menos se le haría muy difícil guardarla ahí. Me cuenta además algunos otros planes que tiene a futuro si le va bien con la paleta, como tener más paletas y cajas limpiabotas y rentarlas para que produzca más. Desde que llegamos a El Conde más o menos como a las 10 de la noche, ha pasado ya casi una hora y Paulo sigue platicando como si no tuviera intenciones de irse, hasta que de repente vemos que empiezan a llegar varios policías desde ambas direcciones de la calle peatonal, y algunos incluso en motocicleta, más una camioneta policial que se acerca del lado del Parque Independencia. No nos movemos y nos quedamos sin hablar aunque por un momento pienso que quizá vienen hacia nosotros, hasta que se van sobre uno de los comensales del restaurante que está frente a nosotros y que en la discusión con los policías señalé como uno de los lugares donde se contratan prostitutas, algunas menores de edad. Al acercarse casi sorprendentemente a uno de los hombres de una de las mesas que se encuentran en la parte exterior del restaurante Grand's (también conocido como Cafetería Paco's), tiran la mesa donde se encontraba el individuo y lo someten entre varios, mientras un policía que parece mayor y lleva un uniforme distinto (quizá por su rango, y posiblemente el coronel del que me hablaban) mira el operativo. Finalmente llevan al individuo detenido hacia la camioneta policial que está estacionada cerca del Parque Independencia para trasladarlo. Aunque ya es muy noche, casi las 11pm, aún hay algo de movimiento en los alrededores de la cafetería-bar que es 24 horas, y se escucha el murmullo de la gente en torno a lo acontecido. El que parece ser el coronel sigue inspeccionando cerca de la mesa donde detuvieron al hombre, justo frente a nosotros, pero ni siquiera repara en nuestra presencia. Paulo sigue platicando sin intenciones de querer irse y menciona que le gustaría que alguna vez lo acompañara a su barrio y a su casa para que

conozca un poco más, comento que estaría bien pero no hago un mayor esfuerzo por quedar formalmente en una fecha específica pues me siento un poco indecisa de ir sola. Cambio de tema y le pregunto a Paulo qué habrá pasado, responde que no sabe, así que agrego que ya es tarde y es mejor irnos pues la noche se ha puesto intensa. Me paro, él me sigue, y me pide que lo acompañe hasta la entrada de El Conde para que pueda irse sin que intenten molestarlo otra vez los policías, lo acompaño, me quedo ahí parada hasta que veo que se ha alejado lo suficiente para que no lo sigan, y mientras tanto sigo escuchando el movimiento del operativo que acaban de realizar los policías y el rumor sobre que se trataba de un narcomenudista. Cuando Paulo desaparece de mi vista entre la noche, me retiro y camino unas tres calles hasta mi alojamiento.

Al día siguiente, sábado, me encuentro muy ocupada en mi alojamiento intentando limpiar ante la inminencia de mi regreso a México, pues aunque necesito más tiempo en el país, no he logrado conseguir el apoyo para quedarme un mes más. Paso la mañana y parte de la tarde intentando limpiar y empacar, me encuentro bastante concentrada en esto y no me percató de las numerosas llamadas de Paulo en diferentes momentos del día. Ya entrada la tarde, decido ir a verlo a la Gómez después de visitar a algunos familiares, y aprovechar además para tomar algunas fotos de los espacios en los que hemos estado y donde se ha desarrollado el taller, aunque no estoy segura de encontrarlo pues no he ido por esa zona en sábado. Llego a la Gómez como a las 7:30pm, la calle se ve un poco más vacía que de costumbre y entro al establecimiento de donas. Allí permanezco alrededor de una hora no solo consumiendo el habitual café y la dona, sino haciendo desde ahí algunas fotografías. Después de esto cruzo a El Nacional y cerca de la entrada encuentro a Paulo con su caja de limpiabotas. Se encuentra parado, sonrío al verme y se precipita a decirme que me ha llamado desde temprano, le respondo que vi las llamadas perdidas pero estuve todo el día limpiando y por la insistencia en contactarme había ido a buscarlo. También le comento que solo pude conseguir 300 pesos para ayudarlo con la paleta, pero veré si al día siguiente le puedo dar un poco más, y le pido que me llame. Paulo señala que el lunes puedo pasarle todo lo que logre conseguir, pero insisto en darle de una vez los 300 pesos, y agrego que

la semana siguiente estaré muy ocupada y no se si pueda verlo, así que le entrego el dinero, y le pido que me llame al día siguiente después de las 8 de la noche porque saldré de Santo Domingo, añado que lo vería en la pizzería de El Conde y lo insto a no llevar su caja para evitar que nos molesten los policías. Él contesta que de ahí se iría a Juan Barón y sí la llevará pero que la esconderá antes de buscarme en El Conde. Señalo que pensé que no lo encontraría y él manifiesta que no siempre va en sábados y solo había salido por la tarde. Me cuenta además que pasó toda la mañana en su barrio y el venezolano lo fue a buscar hasta su casa para que fueran a comprar algunos materiales para terminar de hacer la paletera, agrega que no contaba con que tendría que gastar dinero en eso, y que aún no encuentran las rueditas pero sí compraron una cadenita y unos broches para abrir y cerrar la caja de la paletera. Menciona que el venezolano le hizo pagar eso y le pregunto cuánto fue, Paulo responde que como 120 pesos y comento que no fue tanto, además de que él me había dicho que tenía como mil pesos ahorrados para la paletera. Contesta que sí pero que con el gasto del material más lo que ha necesitado en el día para comer y que no ha trabajado, ya no le queda tanto, así que le aconsejo procurar que el dinero con el que cuenta para la paletera no lo gaste en otras cosas y solo lo destine a eso. Él indica que sí y precisa que con lo que le di más lo que le queda intentará ir comprando ya algunas cosas y no gastárselo para otros fines. Opino que está bien y que trate de ir comprando lo que no se eche a perder tan pronto, él asiente y comenta que ya vio el precio de algunos productos en Villa Consuelo, un barrio comercial, que empezará solo con algunas cosas y después ofrecerá el café pues ahora gastaría más en los termos, además de que se le complicaría la preparación en la pensión, pero lo que ve que sí es un negocio y se vende mucho son los cigarros, así que intentará adquirirlos de una vez. Comenta que de casualidad llegó este día a la Gómez porque solo pensaba ir a Juan Barón, pero como hubo un apagón y no había luz ni tanta gente, decidió trasladarse de ahí a El Nacional para ver si podía conseguir más dinero en esta zona. Le pregunto cómo se trasladó desde ahí, si caminando todo el Malecón y subiendo por Güibia, responde que sí y ante mi interés también afirma que es el camino que siempre toma entre estos dos puntos. Señalo que ahí en el Malecón he visto que hay varias

personas vendiendo en sus paletas, y le sugiero acercarse a ellos para saber qué productos se venden más y empezar con esos. Él asiente y precisa que no piensa vender en el Malecón sino en la Gómez, un poco más arriba de El Nacional, porque ahí hay mucho movimiento por la universidad, los negocios y otras instituciones y que además ya lo conocen. Le digo que me parece bien, me despido y le recuerdo llamarme al día siguiente después de las 8, quedamos así y le pregunto si más tarde irá a Juan Barón, contesta que sí pero aclara que más tarde porque antes intentará ganar algo de dinero en esta zona. Él se queda en El Nacional y yo me retiro, mientras se despide con su acostumbrada expresión: “con dios”. Regreso a la Zona Colonial y desde ahí decido dirigirme al Malecón, específicamente a la Plaza Juan Barón, pues aún tengo esperanza de ver a los demás chicos. Llego a la plaza pasadas las 10 de la noche, no hay tanto movimiento pero ya hay luz, aunque de por sí es una zona no tan iluminada. Veo a la distancia a dos chicos limpiabotas sentados pero a contra luz, no logro distinguirlos pero alcanzo a ver que me sonríen y me acerco, sin embargo, no es ninguno de los chicos que conozco y me alejo. Sigo buscando a alguno, en especial a Elson y logro ver al Chiquito en lo que parece ser una pelea con otro limpiabotas mayor que él, quien discute, lo jalonea y parece pedirle dinero o reclamarle por algo. El Chiquito no me ve mientras esto sucede, y como me percaté de que la disputa se intensifica, decido no acercarme para no meterlo en más problemas ni meterme yo en alguno. Me interno un poco más a la plaza para ver si veo a los demás, pero no encuentro a ninguno y como ya son casi las 11 de la noche y aún tengo que caminar de vuelta por el Malecón, decido retirarme.

El domingo primero de septiembre salgo de la ciudad y regreso un poco después de las 8:30 de la noche. Paulo me llama un poco antes de llegar a Santo Domingo pero no alcanzo a contestarle. Llego apurada a realizar algunas compras de última hora en El Conde y después de ahí me dirijo al Malecón con las fotos, en un intento de encontrar a los chicos en Juan Barón y lograr darles algunas de sus imágenes, y para ver si alguno más desea escribir y enviar alguna postal para otros niños del continente. Alrededor de las 10 de la noche llego a Juan Barón y muy pronto me encuentro a la entrada de la plaza a Sosoki. Al verme me saluda con una gran



sonrisa y le comento que llevo algunas fotos del taller, las saco y se las muestro. Sosoki las ve detenidamente y con entusiasmo, mientras le voy señalando algunas en las que aparece él. Él sonríe al reconocerse y le digo que puede quedarse con alguna que a él le guste, además de agregar que estamos en un proyecto con algunos de los otros chicos para que se comuniquen con otros muchachos como ellos de otros países, y que el ejercicio consiste en que manden las fotos que ellos quieran con algún mensaje para que los conozcan y sepan cómo se vive en otros lugares. Sosoki me escucha atento y asiente, le comento que tenía mucho tiempo sin verlo y me da gusto verlo más grande (ha crecido mucho desde la última vez que lo vi), y que noto que habla y entiende más el español. Él me dice que sí mientras sonríe tímidamente y le pregunto cómo fue que aprendió tan rápido, él me contesta que se puso en eso pues veía que los demás se comunicaban y a él se le hacía más difícil. Expreso que me da gusto y aprovecho para preguntarle por qué ya no va a la Gómez, él responde que otra vez ya no tiene caja para ir para allá a trabajar. Sosoki quiere saber del “patrón” y le cuento que sigue en México y ha querido regresar pero no ha podido, aunque en diciembre hará lo posible por volver, así que me pide que le diga que le manda saludos y yo me comprometo a hacerlo. Mientras esto sucede llega Paulo, lo saludo y continúo hablando con Sosoki, quien sigue mirando las fotos, vuelvo a repetirle que se puede quedar con una y que la elija y también alguna que quiera mandar a manera de postal para entablar comunicación con algún chico de otro país para que lo conozcan. Sosoki toma la foto con la que quiere quedarse y parece no entender la otra parte, así que le pido a Paulo que le explique en creole lo de las postales, aunque también noto que no desea participar en el ejercicio. Primero Sosoki manifiesta que no sabría qué escribir, y luego, al comunicarse con Paulo, Paulo me comenta que no quiere. Señalo que no hay problema y puede quedarse con la foto que eligió, así que me despido expresándole que espero verlo pronto y el sonríe. Camino con Paulo y le pregunto si cree que podamos encontrar a Elson, porque también me gustaría darle alguna de las imágenes, además de plantearle si desea participar en el ejercicio del intercambio de postales. Paulo responde que Elson sí anda por ahí y cree que sí podremos encontrarlo, así que lo sigo a través de la plaza al punto en el que podría

estar. Más al fondo, cerca de donde las olas rompen sobre las rocas del Malecón, y donde hay un negocio de comida en el que venden yaroa, lo encontramos y enseguida al reconocermelo me saluda con su característico rostro sonriente y alegre. Le pregunto si ya vio las fotos del taller, contesta que no y pronto se las muestro, él las ve emocionado reconociéndose en algunas, así que comento que puede quedarse con las que le gusten o donde él aparezca. Elson va separando algunas donde él está y le voy contando del proyecto de intercambio de postales o cartas con otros chicos de países como México, Brasil y Colombia, y le explico que puede enviar algunas fotos con mensajes para que lo conozcan y puedan comunicarse. Le gusta la idea así que le pido que seleccione las imágenes que quiere mandar, y como por ahí hay muchas mesas y sillas para los negocios de comida, las señalo y agrego que podemos sentarnos por ahí para que escriba con calma. Elson me acompaña a la mesa más próxima y Paulo también, colocamos las fotos sobre la mesa, y separamos las que Elson ha elegido, las que tienen ya mensajes elaborados por Paulo y el chiquito, y las que aún no tienen nada escrito. A Elson le gusta mucho una foto donde aparece con una de las cámaras pequeñas, y detrás de él está Sosoki, pero al voltearla vemos que esa ya está escrita por Paulo, menciono que si quiere puede escribir debajo del mensaje de Paulo pero decide mejor tomar otra donde él está en el estacionamiento de El Nacional con su caja y abordando a una mujer, una más en la que está posando con el chiquito en la gasolinera de la Gómez, y otra de una de las cajas limpiabotas de los chicos. En la primera escribe una especie de presentación: “ese mi foto, soy fotógrafo, tengo 17 años, me llamo Elson Pionvill. Yo soy de Haití, me gusta hacer foto mucho”. En la siguiente escribe: “Yo estoy con el chiquito, somos dos fotógrafos”. Escribe lo mismo en creole, o al menos algo semejante pues le he dicho que si quiere también podría enseñarles cómo es su lengua a los chicos de otros lugares. Al final de la foto vuelve a anotar en español y manifiesta: “Yo hablo dos lenguas, español, creole y ya”. Cuando llega a la última me comenta que aunque esa no es su caja escribirá como si lo fuera y apunta: “son mi limpiabota, son mon de la Benito, RD, son mon fotógrafo”. Mientras estamos con Elson observando las imágenes y sus mensajes, comienzan a llegar otros limpiabotas mayores que conocen a los chicos, uno de

ellos dominicano que se muestra interesado en el trabajo y las fotografías que han realizado, y otro que simplemente comienza a agarrar las fotos y verlas en tanto se las lleva hacia donde está, así que por momentos pienso que se pueden perder algunas imágenes, incluso las ya escritas por Paulo y el chiquito. El joven hace algunos comentarios y al ver en algunas el barrio me dice que él también vive ahí, como tengo varias fotografías parecidas del barrio y para evitar que se lleve algunas de las imágenes destinadas al intercambio epistolar, señalo que se puede quedar con una o dos de esas, acto seguido él toma dos y me da las gracias. Elson tarda en escribir sus mensajes y parece demasiado concentrado haciéndolo, además de que al escribir presiona demasiado el bolígrafo y de cuando en cuando realiza pausas mostrándose cansado y agitando la mano como para desentumirse o relajarla. Mientras veo a Elson escribir, pues le he dicho que puede hacerlo en creole si quiere, noto el mensaje de la primera foto en español y le comento que no sabía que también supiera escribir bien el español pues Paulo me había dicho que él escribía bien en creole porque aún se acordaba. Cuando expresa que sí sabe también escribir el español, le pregunto cómo lo aprendió y me cuenta que en CONANI, reacciono asombrada y le digo que no sabía que había estado ahí, y agrego que sabía de Paulo. Elson me cuenta que estuvo en CONANI con Paulo, y aún más sorprendida volteo hacia Paulo y señalo que él no me había dicho, Paulo me ve y asiente, así que le pregunto a Elson cuánto tiempo estuvo, él contesta mientras sonrío que muy poco porque se escapó pronto, entonces le cuestiono cómo pudo aprender a hablar y escribir en español, y el solo afirma que aprendió porque se fijaba. Finalmente acaba y me despido, Elson me pide que salude al “patrón” y me pregunta también cuándo vendrá, yo respondo que posiblemente en diciembre, así que le manda un mensaje conmigo solicitándole que le consiga un celular si puede. Me comprometo a decirle y le doy las gracias, pues ha sido muy paciente y lo he notado muy dispuesto en el ejercicio del envío de postales. Elson me sonrío y me alejo junto a Paulo, quien la mayor parte del tiempo ha estado callado y serio. Llegamos a la entrada de la Plaza Juan Barón, cerca de la avenida, me detengo y le comunico a Paulo que sólo pude conseguir 200 pesos más para ayudarlo con su paleta, y agrego que con los 300 anteriores ya tiene 500, así que

al menos ya he podido apoyarlo con la mitad de lo que él había pensado, y quizá más adelante pueda facilitarle algo más. Paulo dice que sí y añade que ya ha empezado a comprar algunas cosas para no gastarse el dinero en algo diferente a la paleta, a lo que respondo que está bien. Antes ya me ha preguntado qué llevo en las bolsas de plástico que tengo, y le contesto que en una las fotos y en otras unas cosas que acabo de comprar, no me pregunta más pero se ofrece a ayudarme con la bolsa más grande, la de mis compras, pero manifiesto que no es necesario y no es tan pesado lo que llevo (café y algo de artesanía que llevaré a México, pero que creo que no se logra adivinar en el bulto). Paulo también me cuestiona si he venido a correr, y le comento que no, que solo fui a buscarlos, a él porque habíamos quedado de vernos, y a los otros para darles sus fotos si los encontraba. Además me comenta que algún día le gustaría acompañarme a correr y le pregunto si le gusta, contesta que sí y señalo que para acompañarme tendría que usar tenis para no lastimarse los pies, entonces aprovecho para preguntarle si aún tiene los tenis que le vi recientemente, asiente y al intentar saber si se los regaló el venezolano, también responde que sí. Finalmente, cuando ya casi me estoy despidiendo, se ofrece a acompañarme pues voy con una vestimenta poco usual, como “turista”, y aunque ya otras veces me ha visto corriendo, ahora llevo un atuendo diferente: un short, una blusa ligera y sandalias (puesto que fui a conocer un destino turístico que no conocía), pero le digo que no se preocupe. Termina por no acompañarme, me despido, y al alejarme unos cien metros a lo largo del Malecón hacia mi alojamiento, siento que alguien me sigue, al notar una sombra detrás de mi volteo y veo a un muchacho limpiabotas haitiano, mayor que los chicos, pero a quien no conozco, ni siquiera alguno de los que vi cuando estaba previamente con Elson y Paulo en Juan Barón. Me saluda, le devuelvo el saludo y me pregunta si me acuerdo de él, le contesto que no y me comenta que nos vimos en el estacionamiento, en ese momento no recuerdo (al parecer es el muchacho que estaba en el estacionamiento de El Nacional mirándome y sobre el que Paulo me dijo que había preguntado si yo era la persona que los ayudaba), y como se me hace un poco extraña la forma en la que ocurrió el encuentro, pues quizá venía siguiéndome, intento hacerle algo de plática. Le pregunto si conoce a los chicos, responde que sí y averiguo si ya terminó

de trabajar y va para su casa, también contesta que sí y le comento que entonces le fue bien y ya sacó lo del día, pero me cuenta que no y que se va porque no hay nada, acto seguido pregunta si yo tengo algo. Señalo que casi no y con algo de temor expreso con una interrogante si le sirven 50, dice que sí, tomo mi cartera, tengo los últimos 1,050 pesos dominicanos, que es lo que me servirá para mi Uber al aeropuerto, sobre todo los mil que es lo que he calculado que necesitaré, así que con cuidado saco el billete de 50 intentando que no se vea el billete de mil. Logro hacerlo sutilmente y le extiendo la papeleta, la toma, me agradece, y se despide de forma semejante a Paulo, “con dios”, y sigue caminando. A los pocos metros noto que desaparece entre las cavidades rocosas del Malecón luego de adentrarse en ellas, y yo continúo mi marcha insegura y apresurada hacia mi alojamiento, tomando un camino un poco distinto al habitual para evitar continuar por un tramo más solitario del Malecón, pues ya casi es media noche. Me desvío y cruzo hacia el Parque Cervantes, donde suele haber gente y algunos carritos de comida, de allí continúo por la Puerta de la Misericordia, frente a lo que la gente conoce como “El Romódromo” (en alusión al ron), y donde se reúnen las personas en torno a un colmado a beber, bailar convivir y jugar dominó, ya allí, internándome en la Zona Colonial, me siento más segura y en pocos minutos llego a mi alojamiento, ya solo me quedan algunas horas en la isla.



Yo estoy con el Chiquito  
son mon do fotocrafo  
Mwen avec tipiti nou ce de  
FOTOCRAF. YO ABLO DO LAGUA  
ESPANÔL  
CREOL. i VA

Anverso y reverso de postal escrita por Elson: "Yo estoy con el Chiquito, son mon do fotocrafo / Mwen avec tipiti, nou ce de fotocraf. Yo hablo do lagua, español, creol i ya". Foto: Black Fotógrafos

## Capítulo 4. Entramado conceptual. Infancias, Migración y Educación.



Niños y adolescentes haitianos migrantes participan en el taller de fotografía en una calle de Santo Domingo. Foto: Nikteha Cabrera

#### 4.1 Infancias

Al hablar sobre la niñez, se piensa comúnmente en dos esferas de exclusión: infancia y vida adulta, sin embargo es necesario reflexionar sobre ello pues la primera se ha despolitizado y confinado a lo privado como si no fuera protagonista, y es importante considerarla como tal. Más allá de la perspectiva adultocéntrica, es pues necesario retomar experiencias de construcción de relaciones horizontales, en investigación con y para las infancias y pensarlas desde la diversidad, lo relacional y su participación con otros en espacios y tiempos varios y los contextos específicos tomando en cuenta la realidad política, económica y cultural de cada caso. Visto de esta manera, superando el adultocentrismo y la consideración de la niñez en tanto vulnerable o carente, nos abrimos a “la posibilidad de mundos posibles, de mundos alternativos que permitan habitar-nos en amor y armonía a través del reconocimiento del otro como ese sujeto protagonista, ese sujeto histórico, político y social que lucha y resiste” (Plascencia, Bueno, Pantevis y Corvalán, 2020:12-13). Así, no sólo se vuelve viable el trabajo desde la escucha, sino incluso urgente partiendo del reconocimiento del protagonismo y autoría de los niños, lo que nos ayuda en nuestro caso a acompañarlos en un proceso de auto-enunciación y el narrarse a través de la fotografía.

Si bien el mundo infantil es diseñado por el mundo adulto, y nacen en una cultura y en un momento específico que los determina, los niños no solo lo aprehenden sino que continuamente lo re-elaboran en función de lo que necesitan, así podríamos hablar de geografías infantiles aludiendo al espacio-tiempo particular que habitan pero que ellos mismos transforman y recrean (Plascencia, Bueno, Pantevis y Corvalán:13). Y entonces incluso es posible considerar que existe agencia infantil, entendida como “la capacidad de actuar mediada socioculturalmente” (Ahearn, 2001, p.112).

Recuperando contribuciones desde las Geografías de la Infancia, que consideran al territorio como “espacio transitado y co-construido desde las relaciones y saberes” (Ramírez, Cardona y Pantevis, 2020: 306) y a partir de nuestra experiencia en el terreno con los niños y adolescentes haitianos en República Dominicana donde se



hace patente la autonomía y la propia formación más allá de la escuela, los padres o el círculo familiar, cobra sentido nuestra tesis, a saber, la calle como espacio formativo para niños migrantes no acompañados.

Pero volvamos a las reflexiones iniciales para desmontar la idea de una sola infancia como categoría universal y homogénea, más allá de perspectivas biológicas o legales en las que simplemente se entiende como un momento vital falto de desarrollo y madurez en el que solo se debe ser protegido y cobijado y desde las que se define al niño como “todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría de edad”<sup>91</sup> y que muchas veces deviene en una relación desigual adulto-infante en la que este último se encuentra en una situación de subordinación que lo silencia. Como ya decíamos, aquí nos adherimos al posicionamiento de que existen infancias diversas, o dicho de otra forma, que no hay una sola forma de vivir la niñez, por lo que ésta además puede considerarse una construcción social, situada cultural e históricamente:

Más que ser la infancia una propuesta biológica, dotada de un programa lineal de crecimiento, esta instancia del desarrollo es una construcción cultural cargada de insignias y valores históricos propios de una comunidad. Bustelo (2007) acompaña esta posicionamiento al definir a la infancia como categoría social, que pone en juego una particular relación adulto-infancia y una ubicación relativa de este periodo en el desarrollo histórico humano. (Corvalán, Aranda y Morello, 2020:102)

Además, aunque exista una concepción moderna del niño como una persona en desarrollo y en estado de indefensión que debe ser protegido no solo por la familia sino por la sociedad y el Estado para asegurar el mayor interés y bienestar como sujeto de derechos (de acuerdo con la propia CDN), hay de entrada diferencias entre lo que sucede en los así considerados “países desarrollados” y aquellos “en desarrollo”, e incluso dentro de los mismos, pues la situación de la niñez es

---

<sup>91</sup> Según la Convención sobre los Derechos del Niño (CDN).

atravesada por cuestiones como clase, género y lo racial<sup>92</sup>. De esta manera mientras para un niño de un país desarrollado, blanco y de clase alta, el modelo de niñez se vincula a la calidad de vida en tanto la procuración de la felicidad, el juego, la salud integral, oportunidades de desarrollarse personalmente y optar por una profesión a futuro, para un niño o niña pobre afrodescendiente o indígena de un país latinoamericano en un contexto de violencia, este modelo se reduciría a la supervivencia y seguridad, pues en efecto, en estas condiciones sería ganancia mantener la vida, como lo vemos con los niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados con los que trabajamos en la capital dominicana, quienes viven al día y dependen del trabajo diario para comer y tener un techo dónde dormir, además de que contrario a esta concepción universalista, no hay una familia, sociedad o Estado que se encargue de ellos o vele por su protección, sino que ellos se hacen cargo de sí mismos como pueden.

Incluso la salud para niños en situación de desventaja es concebida de otra manera, mientras a los más favorecidos se le procura la integralidad, para otros basta con monitorear lo mínimo en términos de subsistencia, a saber el peso y la talla, y ello ahí donde puede haber un seguimiento. No es de extrañar por ejemplo en nuestro caso, que tanto Haití como República Dominicana registren altos índices de mortalidad infantil, por lo que, como decíamos, en estos contextos sobrevivir es ganancia, y más aún lo es para menores migrantes que se encuentran solos y sin documentos, que prefieren no acudir a los servicios de salud, entre otras cosas, por el temor a la autoridad. Recordemos la vez que Paulo enfermó y casi sin poder moverse solo se le ocurrió mandar a un compañero a una farmacia por lo que creían podría ayudarle a mejorar aún sin un diagnóstico médico.

---

<sup>92</sup> Lo que desde el aporte de los feminismos negros se conoce como interseccionalidad, es decir, las desigualdades y las múltiples discriminaciones que atraviesan por ejemplo mujeres y niños no solo por la condición de pobreza o la edad sino por el género y lo racial (Jabardo, 2012).

Ahora bien, como ya decíamos si bien hay formas varias de ser niño, se nos presenta un mundo infantil creado por el mundo adulto, un mundo hegemónicamente occidental, capitalista y posmoderno que impone una agenda en la que se prioriza la ganancia, el consumo, la productividad, la rapidez, eficiencia y competitividad. De este modo, el niño para ceñirse a lo que se espera de un desarrollo “normal” en el marco de esta sociedad, debe apearse a dichos valores. Independientemente de su situación económica, son objeto del mercado y aunque pueda tener un margen de maniobra, su “tiempo de “espera” o de “placer” cede a una concepción de un tiempo “de rutinas programadas” y cargas horarias, siendo los adultos quienes determinan, quedando en segundo plano la niñez con sus intereses y voces” (Corvalán, Aranda y Morello, 2020:106). Por ello, quienes se desvían de la “normalidad” como los Black Fotógrafos, si llegan a ser vistos, son considerados parias o incluso criminales, agravándose aún más la estigmatización por ser haitianos y el racismo del que son objeto, y aún así, a falta de quién les proporcione un espacio de preparación para el mundo que se les viene y se les impone, ellos mismos ya arrojados a este terreno hostil, se ven constreñidos a esta ética del trabajo y el consumo. Y aunque en este desvío busquen huir de las rutinas, los horarios, y las disciplinas impuestas y encuentren sus huecos, espacios y tiempos para el placer, deben trabajar para vivir pero también para consumir, pues como ya anticipamos, independientemente de la posibilidad económica vemos a veces que no solo trabajan para comer o tener un techo, sino, por ejemplo, para adquirir un celular, o si lo tienen, para comprar tiempo aire y datos a fin de mantenerse “conectados”.

Si bien hay un vínculo estrecho entre infancia y educación, pues entre otros espacios, el educativo posibilita la inserción social y cultural, ello ocurre en el ideal moderno desde la educación formal, es decir gracias a la escuela. Sin embargo, la escuela no es la misma para todos y no siempre responde a las necesidades y problemáticas de cada niño, y sin embargo su relación con ella será determinante a futuro. Además, en el caso de quienes no pueden acceder a ella, como los niños y adolescentes migrantes no acompañados con quienes hemos trabajado, que si bien algunos llegaron a tener un paso fugaz por un aula en determinado momento

de su vida, en la situación en la que se encuentran, en las calles, con necesidades básicas que no son satisfechas por nadie más, hay otras prioridades como el trabajo y conseguir el sustento diario, así que la educación formal no es parte de sus horizontes y posibilidades, al menos a corto plazo, y sin embargo deben habilitarse para el mundo de alguna manera.

### **Niños deambulantes y niños migrantes**

En los años 90 Marina Ariza (2004a) escribía sobre los menores deambulantes en República Dominicana, si bien actualmente se habla más sobre niños en situación de calle<sup>93</sup> como los “menores de 18 años que tienen vínculos familiares débiles o inexistentes, que hacen de la calle su hábitat principal y desarrollan en ella estrategias de supervivencia, hecho que los expone a distintos tipos de riesgos” (Forselledo, 2001: 49), y hay cierta correspondencia con la propuesta de Ariza, resulta interesante este abordaje de la particularidad dominicana, pues como hemos visto, en este país hay muchos menores en las calles sin que necesariamente todos vivan en ellas tras alejarse del círculo familiar y con características específicas. Conviene pues seguir a la autora en la distinción que realiza respecto a los niños deambulantes. Específicamente se refiere a dos grupos diferenciados: los niños en la calle y los niños de la calle. Los primeros son los menores que trabajan para aportar a la economía familiar, los segundos son quienes han roto con el círculo familiar, la escuela y se encuentran en mayor riesgo entre la mendicidad, la prostitución y la delincuencia. El fenómeno de los niños deambulantes, sean los menores en la calle o los de la calle, apunta a un fondo común: la pobreza. Es la pobreza la que expulsa a los niños a las calles y los

---

<sup>93</sup> Según Forselledo (2001), ““Niños de la calle” es un término general que se aplica a la niñez en alto riesgo de las áreas urbanas, sin tomar en cuenta las diferencias entre ellos. No son todos abandonados, y no todos viven en la calle. UNICEF distingue entre dos grupos de niños según la situación de sus familias: La niñez “en” la calle es el grupo más grande. Trabajan en las calles pero mantienen relaciones cercanas con sus familias. La mayoría (aproximadamente un 75%) mantiene sus vínculos familiares, y aunque pasan mucho tiempo lejos de ellos, sienten que tienen un hogar. Las niñas y niños “de” la calle (aproximadamente el 25%) están sin hogar y tienen los vínculos familiares rotos debido a la inestabilidad o a la desestructuración en sus familias de pertenencia. En algunos casos han sido abandonados por éstas y en otros casos ellos mismos decidieron irse. Comen, duermen, trabajan, hacen amistades, juegan en la calle y no tienen otra alternativa que luchar solos por sus vidas.”

impulsa a moverse en un ámbito de informalidad. Sin embargo, la familia y su ciclo vital marcan la diferencia. Los niños de la calle suelen salir de familias fracturadas o reconstruidas, provienen de un matrimonio posterior del padre o la madre (no el primero), es posible que sean parte de una familia migrante y en su mayoría son varones. En este sentido, y más allá de encasillarlos en una u otra tipología, es interesante reflexionar en tanto niños deambulantes, superando la percepción de la calle como etiqueta o incluso estigma y recuperando la fuerza de la idea de la andanza y la movilidad con sus complejidades, guaridas e incluso pausas, pues aunque es cierto que los Black Fotógrafos pasan la mayor parte del tiempo moviéndose en las calles, no suelen dormir en ellas o prefieren no hacerlo, de ahí la importancia para ellos de trabajar para obtener lo necesario para pagar una noche de pensión. Y si bien conviven a diario con otros chicos, algunos dominicanos, que simplemente salen a conseguir algo de dinero para ayudar a sus familias, y aunque desde fuera de su realidad algunos perciban que todos son iguales, como la mujer policía que vigilaba la plaza a la que suelen asistir unos y otros y a todos los veía como “indigentes”, también es cierto que en su condición de menores migrantes no acompañados haitianos, los riesgos a los que se enfrentan son mayores, como ya lo advierte Ariza, pues se exponen a la delincuencia, mendicidad o prostitución, como en efecto advertimos sucede, y no una u otra, pues en el caso de los chicos con los que trabajamos, vimos cómo conviven cotidianamente con personas que delinquen, que constantemente son víctimas de robo no solo en la calle sino incluso en la pensión en la que duermen, que cuando no tienen una caja para limpiar zapatos deben pedir dinero en alguna esquina o afuera del supermercado donde a menudo desarrollábamos nuestro taller ambulante de fotografía, e incluso, que probablemente se hayan visto inmersos en la prostitución o hayan consumido algún tipo de sustancia psicotrópica.

Sobre el vínculo entre menores y migración, encontramos que desde inicios de los años 2000 en la región, se advierte la importancia de abordar la problemática de los niños migrantes, dejada de lado por mucho tiempo porque la investigación sobre migración se vincula tradicionalmente a los mercados de trabajo, y por ende

a hombres considerados en edad productiva (adultos). En un estudio realizado en el marco de la Conferencia Regional sobre Migración (CRM) (2002), a la que pertenecen Belice, Canadá, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá y Estados Unidos, identificamos ya desde aquellos momentos elementos de primer orden a considerar en la reflexión sobre el fenómeno de la niñez migrante. Así, se parte de la definición de “menor” o “niño” contemplada en el artículo 1 de la Convención sobre los Derechos de los Niños (CDN), según la cual, como ya vimos desde una perspectiva legalicista, los niños son personas de menos de 18 años de edad. Los niños migrantes son entonces, siguiendo el trabajo mencionado, “personas de menos de 18 años de edad que se encuentran fuera de su lugar de origen con la intención de trasladarse a otro lugar para trabajar, reunirse con su familia o cambiar de residencia de manera temporal o definitiva.” (Conferencia Regional Sobre Migración, 2002:3)

Según este reporte, ya desde aquellas fechas en la región aumentaba la cantidad de menores migrantes, y también se habían incrementado el número de ellos que viajan sin compañía, así como el de niñas y menores en edades cada vez más tempranas (no sólo adolescentes). El caso de los niños migrantes no acompañados agudiza su vulnerabilidad, pues muchos de ellos tienden a convertirse en niños de la calle y muchos niños de la calle han sido o son migrantes de alguna forma, así sea dentro de los límites nacionales.

La CDN es casi de carácter universal, porque es el acuerdo al que más países en el mundo se han adherido, en ella se contemplan los derechos que los Estados deben garantizar a los menores, cualquiera que sea su condición, sean migrantes o niños de la calle. Sin embargo, derechos tan elementales como la salud y educación no son de fácil acceso para estos niños, pues, aunque los Estados los garanticen y existan organizaciones dedicadas a ello, los menores migrantes, sobre todo los no acompañados y de la calle, prefieren mantenerse alejados de las instituciones ante el mal trato que han recibido de autoridades, agentes o policías. Además, en el caso del acceso a la educación, los menores que están

sin padres no suelen llevar documentos de identificación y antes, como ya vemos, se preocupan por buscar alimento y dónde dormir.

Otro de los problemas a los que se enfrentan los menores migrantes son las detenciones y deportaciones arbitrarias. Los niños no acompañados y sin documentos llegan a ser detenidos por los agentes migratorios y reclusos en centros para menores infractores. Aun cuando no hayan cometido delito alguno, se les trata como delincuentes. El maltrato y la violencia de la que son objeto por parte de las propias autoridades, quienes deberían ser los primeros en protegerlos, los hace aún más vulnerables. También son presa fácil de redes de tráfico de personas y las niñas son prostituidas, situación que ya se advertía que iba en aumento en la región y que en efecto vemos que sigue sucediendo en República Dominicana.

Este estudio sobre niños migrantes, arroja además información sobre las acciones, posturas, conocimiento y preocupación del gobierno y Organizaciones de la Sociedad Civil en República Dominicana, directamente consultados. Para esas fechas (a inicios de los 2000) vemos que la protección a los niños migrantes por parte del Estado es de carácter general, puesto que al respecto sólo se habla en términos globales de “La adopción de la Ley 14-94 o Código para la Protección de los Derechos de los Menores, misma que entró en vigor en enero de 1995.” (Conferencia Regional Sobre Migración, 2002). Más adelante a interrogantes específicas sobre seguridad social básica (derecho a la salud, educación, vivienda y alimentación) para los menores migrantes en el país, la representación del gobierno dominicano se limita a responder que se toman medidas para “todos los menores”. En otro apartado en el que se aborda el acceso a la educación de los niños migrantes no hay respuesta del gobierno. En cuanto a la prevención de la violencia, la representación dominicana responde que no hay medidas específicas para los migrantes, debido a que la protección es para los niños en general, enfocada a prevenir violencia, abuso sexual y tráfico. Sobre el auxilio que presta el gobierno dominicano a los niños migrantes no se obtiene respuesta y tampoco a asuntos como la capacitación de agentes migratorios respecto a los derechos

de los menores migrantes, ni sobre el conocimiento del trabajo que realizan las Organizaciones de la Sociedad Civil en materia de programas, promoción y apoyo a este sector. Alrededor del asunto específico del tráfico de niños migrantes, se reitera la postura generalizante de la ley que protege a todo menor, por un lado, y por otro, de la ley de tráfico que protege a todas las personas. De lo anterior se concluye que no existía o no había conocimiento suficiente de instrumentos específicos para atender a los niños migrantes. Y la situación no ha cambiado mucho en casi dos décadas, si bien hubo una reforma a la ley de protección de la infancia con la participación incluso de Organizaciones de la Sociedad Civil y en 2003 se aprobó el Código para el Sistema de Protección y los Derechos Fundamentales de los Niños, Niñas y Adolescentes (Ley 136-03) más apegada a los principios de la CDN, vemos que de hecho el trato de la autoridad a los niños haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana, particularmente en el grupo con el que trabajamos, es más de persecución que de protección, y los que llegan a tener este último beneficio en algún momento, no se sienten lo suficientemente cobijados, pues como ya veíamos en el reporte, si se les llega a brindar alguna protección se realiza en el marco de los instrumentos de atención a la infancia en general, olvidando las especificidades de la niñez migrante. Recordemos que Paulo y Elson fueron llevados a uno de los Hogares de Paso del Consejo Nacional para la Niñez (CONANI), en los que se acoge a niñas, niños y adolescentes en situación de riesgo o vulnerabilidad, y si bien recibían comida, educación y un techo, Paulo comentaba que había tenido que aprender el español porque se sentía diferente y era “el único negro”, y finalmente ambos terminaron huyendo. Además vemos que contrario a la CDN, recomendaciones y organismos internacionales, y organizaciones que trabajan por la niñez y los migrantes, y a pesar de las crecientes voces que visibilizan la cuestión de las infancias en movilidad, seguimos viendo el endurecimiento de la política migratoria en varios países de la región, afectando incluso a la niñez migrante, por ejemplo, a finales de 2021 agentes migratorios en República Dominicana realizaron redadas en las inmediaciones de hospitales donde se atienden mujeres embarazadas, deteniendo y deportando a varias mujeres haitianas embarazadas y algunas



incluso con niños. O más recientemente, a inicios del 2022, se han registrado redadas contra niños haitianos que al dirigirse solos a la escuela fueron capturados por funcionarios migratorios y deportados a Haití.

## **4.2 Migración**

Si bien en el apartado sobre las principales trayectorias migratorias en la isla que comparten Haití y República Dominicana, hacemos un breve repaso histórico sobre la migración no solo en estos dos países, sino en el mundo y la región latinoamericana a fin de entender cómo las migraciones particulares se relacionan con lo que sucede a mayor escala, aquí interesa específicamente el abordaje conceptual de la migración pero que de igual manera no puede desligarse del recorrido ya realizado, pues la teoría responde a lo que sucede en el terreno, por lo que las nuevas características de los flujos migratorios nos llevan a la necesidad de reflexionar sobre nuevos enfoques teórico-metodológicos. De tal manera que si en una primera etapa de los procesos migratorios globales en América Latina encontramos las migraciones de ultramar desde Europa, con hombres adultos que llegan a colonizar y mujeres que los acompañan, posteriormente vemos una segunda etapa de crisis económicas con caída de exportaciones, la implementación del modelo de sustitución de importaciones, los éxodos del campo a la ciudad y con todo ello migraciones de trabajo, muchas de ellas internas e interregionales, a la construcción, la industria, o los servicios urbanos, y la paulatina feminización de los flujos migratorios. Por su parte, para la tercera, ya más recientemente, encontramos una vez más migraciones de larga distancia pero ahora de sur a norte en el contexto del neoliberalismo, la globalización, la internacionalización de capitales, la concentración del poder económico en grandes empresas transnacionales, nuevamente crisis, el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, pobreza y desempleo. Y aunque no hay consenso, podría hablarse de una cuarta etapa con flujos que se complejizan, no solo en la temporalidad del desplazamiento, sino en las formas de éste, es decir, en los itinerarios, destinos, sitios de instalación, en cuanto al tránsito, reversibilidad o retorno, o bien con una variedad de perfiles de migrantes en tanto género, edad,

etnia, estatus migratorio, perfil profesional, e incluso es patente la complejidad en la diversificación de los mercados de trabajo. De esta manera y siguiendo los diferentes momentos, podemos enumerar algunos de los diversos enfoques migratorios.

En cuanto a los principales enfoques teóricos para abordar el fenómeno de la migración, Marina Ariza, en su investigación sobre mujeres migrantes en República Dominicana (Ariza, 2004b), retoma los siguientes: la teoría de la modernización, los enfoques neoclásico y del equilibrio, el enfoque histórico-estructural, la perspectiva de la unidad doméstica, y la sociología económica y el estudio de la migración.

La teoría de la modernización aborda el fenómeno migratorio desde el cambio que lleva a las sociedades tradicionales al desarrollo y la modernidad. En este sentido, el sujeto que migra es quien se arriesga e inteligentemente busca salir de una sociedad tradicional que ya no lo satisface, de este modo adquiere una racionalidad instrumental. Esta perspectiva se centra en el hombre migrante en edad productiva y la mujer aparecería como acompañante. Por su parte en el enfoque neoclásico y del equilibrio se da mayor peso a los factores económicos que impulsan la migración. Debido a que no todos los lugares existen las mismas condiciones económicas, la función de los desplazamientos es compensar el desequilibrio. Por lo tanto, el migrante busca mejorar su situación personal. Vemos así que en los modelos centrados en la acción individual hay un origen-destino bien ubicados, monocausalidad económica y decisiones racionales de individuos que en general buscan maximizar las ganancias.

A diferencia de las dos perspectivas anteriores, el enfoque histórico-estructural recupera el carácter colectivo de la migración. Así, los desplazamientos estarían determinados por la estructura económica de un momento histórico específico. En el modo de producción capitalista, los individuos cuya fuerza de trabajo está libre, deben desplazarse para insertarse en el mercado laboral. Evidentemente no todos se encuentran en las mismas condiciones, el capitalismo genera desigualdad y no todas las clases sociales se ven obligadas a moverse de la misma manera. Esta

perspectiva privilegia la determinante de la estructura económica sobre la decisión personal del individuo para migrar, por lo que las migraciones son el resultado de fuerzas que determinan la acumulación del capital y el cálculo individual sería posterior. Aquí también se seguiría pensando en términos del binomio origen-destino y en el marco de un sistema mundial capitalista aunque segmentado y comienza a asomar el género en cuanto a división sexual del trabajo.

La perspectiva de la unidad doméstica es una mediación entre lo macro y lo micro para abordar la migración. La unidad de análisis es la familia, desde la que sus miembros deciden moverse de acuerdo a las condiciones económicas de ésta y para maximizar el beneficio del grupo. Aquí el papel de la mujer depende entonces del bienestar común, es decir lo que decida la unidad doméstica.

En la sociología económica y el estudio de la migración, la autora encuentra un marco de análisis más rico, puesto que permite observar el fenómeno desde la acción económica vinculada a la dimensión social, cultural y política del contexto del migrante. De esta manera surgen elementos importantes a considerar en la migración internacional (más allá del simple hecho del desplazamiento geográfico), como las redes de apoyo y la mediación de la comunidad en la acción de migrar. Con este enfoque puede recuperarse la centralidad de la migración femenina y la de los niños, tradicionalmente considerados como acompañantes.

Los primeros enfoques, digamos los más clásicos, la teoría de la modernización, el enfoque neoclásico y del equilibrio, y el histórico-estructural, no consideran la migración temporal o de retorno y conciben que los migrantes son hombres en general que experimentan una asimilación, es decir, la ruptura con el lugar de origen. Hay otras perspectivas en cambio que señalan además mediaciones entre lo macro y lo micro, el individuo y la estructura, como ya hemos visto, que no consideran que se rompe con el origen y que resultan interesantes. En este marco encontramos también por ejemplo el enfoque de redes, en el que la unidad de análisis son precisamente las redes sociales del migrante, y desde donde encontramos que cuándo, dónde y de qué manera migrar depende de las relaciones cotidianas, las particularidades del destino e incluso los colchones

afectivos y económicos con los que se cuenta, además de que gracias a la red hay posibilidad de mediación con empleadores, por lo que es un proceso autosostenido con instituciones al margen del Estado. Sin embargo, estos espacios en torno a las redes no son siempre armónicos, pueden tender al aislamiento y a la creación de nichos laborales precarios.

Ante las nuevas realidades sociales, y derivado del desarrollo de los estudios de redes, se ha advertido desde el enfoque transnacional con autoras como Levitt y Glick-Schiller, de la descentralización productiva, la globalización en la cultura con fenómenos como la hibridación y creolización y el transnacionalismo desde abajo conformado por redes sociales. De esta manera, ni el aislamiento (ghetto) ni la asimilación (melting pot) son suficientes en las explicaciones sobre la migración pues refieren a Estados-Nación y las identidades híbridas nos hablan de que ni el Estado o la nación son el único fundamento de la identidad y que los lazos socioculturales se mantienen en un proceso pendular entre el origen y el destino. Habría que pensar entonces en una institucionalidad propia, con infraestructura y formas culturales propias, en un entramado de relaciones sociales en redes, y en términos de acción transnacional, comunidad transnacional y espacio social transnacional con variables más allá de la racionalidad o la etnia sino las propias prácticas transnacionales, vínculos transnacionales y formas de inserción, comportamiento, ideas, valores, o expectativas que trascienden al Estado-Nación. Sin embargo, al ser el transnacionalismo una síntesis entre el aquí y el allá, sigue habiendo un anclaje del pensamiento en el binomio origen-destino y cabría preguntar por los lugares intermedios. Una derivación de este enfoque es el abordaje desde lo transfronterizo (Stephen, 2007), según el cual hay fronteras que permanecen en los cuerpos de los migrantes aún cuando crucen, relacionadas con el género, la clase o lo étnico-racial y que son fronteras más allá de la frontera física nacional.

Desde la geografía y otros ámbitos, sin embargo, se ha optado por la noción de movilidad<sup>94</sup> antes que la de migración, señalando la complejización de las dinámicas (a distintos niveles: globales-macro, meso y micro), la reestructuración de economías regionales y locales, el desarrollo de medios de comunicación y transporte, y la difusión de imágenes de la modernidad y de los diferentes modos de vida, lo que ha hecho que se incrementen las lógicas de movilidad en el mundo globalizado. También vemos que se amplía el perfil del migrante en tanto edad, género, calificación profesional, o estatus migratorio, además de que se recupera la agencia del sujeto migrante, pues son patentes las elecciones de los individuos. De igual manera desde esta perspectiva se advierte que la temporalidad se complejiza, pues la migración puede llevar un tiempo largo o no tanto, múltiples instalaciones y no solo en sentido unidireccional de lugar de origen a lugar de destino, y otro elemento interesante, la movilidad no se limita a migración ni a individuos solos que responden a la imagen tradicional del migrante, por lo que involucra a individuos, sus familias y allegados. Otras cuestiones diferentes a los anteriores enfoques son las formas de inserción, pues tienen que ver con el proyecto migratorio más allá de los paradigmas de integración, o el cambio de mirada hacia el espacio, la espacialidad y territorialidad que toman un lugar relevante más allá del individuo, las estructuras económicas, las redes, los mercados, etc., a parte de que se rompe con la dicotomía clásica de análisis espacial respecto a la migración en cuanto a emigración/inmigración, cuestionando como ya decíamos la unilateralidad y el enfoque solo en el lugar de

---

<sup>94</sup> Un autor fundamental en esta perspectiva desde la antropología en movimiento es Alain Tarrus, quien «detectó nuevas formas de migrar y circular en Europa por comerciantes y redes económicas subterráneas que conectaban el Magreb con la costa mediterránea (2001). Esto le permitió relativizar la noción de migración y utilizar la noción de circulación que tiene la ventaja de tomar en cuenta las diversas formas de migrar, las idas y vueltas, y el “carácter circular de los itinerarios” (Cortés, 2009). En un contexto de mayores intercambios se observa un aumento y densificación de las redes internacionales y de la circulación de bienes y servicios que invitan a mirar los distintos tipos de movimientos que no implican el asentamiento en el “destino”. Así, este autor distingue tipos de sujetos móviles que son capaces de estar aquí y allá diferenciados por sus relaciones con la sociedad y lugar de origen y las relaciones que establecen en sus trayectorias. Vagancia, diásporas y nomadismos son algunas de las acepciones acuñadas por Tarrus para aludir a tipos de personas que mantienen fuertes vínculos con su sociedad de origen, pero que describen una centralidad con los territorios durante los trayectos que realizan. En algunos casos, como los nómades, establecen una “complementariedad morfológica” con la sociedad que los acoge sin perder la fidelidad con su origen.» (Tapia, Liberoni y Contreras, 2017)

llegada, por lo que el hecho migratorio ya no se puede definir solo como cambio de residencia o en tanto movimiento unidireccional (de origen a destino). Además, resulta interesante la reflexión en torno a que las formas en que el Estado-Nación establece relaciones con la movilidad varían, a veces como amenaza y otras como recurso.

### **Movilidad y diáspora haitiana**

En este sentido, y si bien no pretendemos ajustar con calzador nuestra experiencia con alguna de estas perspectivas, vemos que este último enfoque, el de la movilidad, nos ofrece un marco más rico para comprender la situación de los niños haitianos migrantes no acompañados, particularmente el grupo de chicos con el que trabajamos en la capital dominicana. De esta manera observamos, como en el caso de Paulo, que la migración no supone necesariamente un evento definitivo, ni una ruptura con el lugar de salida, pues tal como nos relató, ha ido y venido más de una vez, incluso habla de diferentes tiempos en su migración, y no descarta movimientos futuros hacia otros lugares, además de que es patente que no pretende cortar rotundamente con su natal Haití aunque lo haya hecho de alguna manera con la familia que le queda. Es cierto que aún son pequeños como para dar un seguimiento de largo aliento al curso de su trayectoria migratoria, sin embargo por los propios testimonios, las características de esta población y la voluntad del seguir andando es que podemos hablar en este caso en términos de movilidad, baste recordar que la haitiana es una migración histórica y de larga data, con sus coyunturas sí como la actual, pero con sus especificidades y complejidades, de esta manera no solo evocamos a nuestra amiga Farah o al profesor Alexander cuya estadía en México no es la primera en un país diferente al suyo y que tampoco pareciera ser su último destino, al “Flaco” que llegó de Haití con su madre y ella luego continuó hacia Brasil, o bien a los haitianos que actualmente transitan por México, la mayoría de los cuales ya han pasado por otros sitios, algunos en el propio Caribe como la vecina República Dominicana, o cruzado los Andes, la Amazonía, el Darién y la región centroamericana, y que por eso mismo, y por esa voluntad de aprender otro idioma y salir a como dé lugar de

Haití para sobrevivir, como nos dice Alexander, ellos mismos se identifican más como personas diáspora, término ya mencionado y que retomaremos más adelante. Notamos además la variabilidad de la inserción en el lugar de llegada, y vemos cómo por ejemplo por un lado Farah y Alexander, haitianos de clase media, clase media-alta y altamente calificados, han logrado acoplarse un poco más a la sociedad mexicana sin llegar a una asimilación completa pues no es su fin y nunca rompen con Haití ni con su cultura: Alexander se dice muy orgulloso de ser haitiano, quiere volver a su lugar de origen en algún momento para involucrarse en política y mejorar la situación de su país y define a sus compatriotas como gente muy luchadora, además de que le molesta que en el exterior solo identifiquen a Haití como el país más pobre de América Latina, y no como uno de los más aguerridos, pues fue el primero en independizarse en la región. Por el otro lado y como otras de las tantas posibles experiencias, encontramos la del grupo de niños haitianos migrantes no acompañados con el que trabajamos y que se dedican a limpiar zapatos en las calles de Santo Domingo, que viven al día, por debajo del umbral de pobreza, con poca o nula escolarización, y que difícilmente pueden integrarse a la sociedad dominicana. Ellos si bien no reniegan de Haití aunque como estrategia intentan pasar desapercibidos e incluso castellanizar sus nombres, como Paulo que también se presentaba como “Pablo”, son como la mayoría de haitianos en República Dominicana, constantemente señalados, estigmatizados, agredidos y se enfrentan una y otra vez al racismo y a un anti haitianismo histórico, a pesar de que ambas naciones sean en su mayoría de población afrodescendiente.

Como vemos, en efecto, la espacialidad es sumamente importante, lo que nos lleva a reflexionar, en el marco de la movilidad, en el concepto de circulación más allá de la migración que “hace referencia a la movilidad de las personas, con sus itinerarios, sus medios de transporte y de comunicación, la práctica efectiva y afectiva del espacio recorrido” (De Tapia, 1996). De esta manera encontramos que las circulaciones tienen algunos componentes como dinámicas socio-espaciales en red, por ejemplo, incluso los chicos identifican circuitos por los cuales pueden arribar a República Dominicana, por cuál frontera o en qué

camiones subirse, dónde dormir o en qué trabajo insertarse, derivado de experiencias previas de ellos mismos, de otros chicos o personas que se han desplazado antes. Otro elemento es la perdurabilidad de los vínculos, pues como ya vimos se mantiene el lazo con la tierra natal, y un componente más son las prácticas para adaptarse a la situación generadas por la posición de alteridad, pues en efecto un grupo como el de los niños haitianos migrantes no acompañados pone en juego permanentemente estrategias para sobrevivir, la propia práctica de agruparse para protegerse unos a otros, aprender el idioma, alejarse de las instituciones, rehuir de la autoridad, adoptar prácticas de personas mayores de su entorno, saber defenderse y como dice Paulo *“saber ser tíguere con los tígueres”*, pero evitar las confrontaciones con la autoridad o incluso con las personas que los agreden en lo que se constituyen actos claros de racismo y xenofobia, conocer lo básico de sus derechos como menores para evitar ser detenidos por mucho tiempo, o incluso de cuando en cuando allegarse a algún adulto o una figura que respetan y que pueden ver como un guía, protector potencial o aliado que llega a proveer algún apoyo en determinadas situaciones, pensemos en lo que fueron para Paulo personas como su amigo Eddy, la pastora extranjera que lo rescató del Palacio de Justicia, el videógrafo venezolano o para los Black Fotógrafos nosotros mismos. Y volvamos, es tal la importancia y potencia de los espacios que vemos cómo en este caso en la trayectoria migratoria van adquiriendo saberes, cómo en la movilidad se habilitan y se van formando incluso en un territorio y en el marco de unas fronteras (dominicanas) que por un tiempo habitan pero por el que se siguen moviendo cruzados por sus propias fronteras (como ya vimos desde lo transfronterizo), deambulando en calles que se vuelven espacios formativos fundamentales. Además recordamos que hay lógicas espaciales más allá de determinantes de territorialidad tradicional como el Estado-Nación, y que la movilidad conecta espacios alejados, es decir, se interconectan distintos lugares donde un grupo familiar se escinde, baste recordar una vez más el caso del “Flaco” que llegó a República Dominicana con su madre, donde él permanece, mientras ella siguió a Brasil manteniendo a su vez ambos un vínculo permanente con Haití (así sea imaginado, por ser el origen).



Finalmente volvamos al concepto de diáspora, que como ya mencionamos en este apartado, es con el que más se identifican los migrantes haitianos, e incluso y según lo relatado aún antes, cuando nos referimos a la historia de la migración en la Hispaniola, es también un término familiar para los dominicanos. Repasando la diáspora clásica encontramos como característica principal que se trata de una población dispersa en varios lugares debido a desastres, catástrofes o hambrunas, además, otros elementos que la caracterizan son que se mantiene una relación real o imaginada con el lugar de origen, que las personas que la componen se integran al país de llegada pero sin asimilarse, suelen mantener intercambios múltiples con la sociedad de origen, y se trata de un desplazamiento que al menos ha durado dos generaciones. Sin embargo, hay otros elementos relacionados con la diáspora, como con la diáspora negra en América, que estarían vinculados más bien con diásporas híbridas o descentradas, y es que por ejemplo en este caso no hay referencia nacional o un lazo con algún Estado-Nación, no hay recuerdos concretos del lugar de origen y se organizan a partir de un polo racial (negritud, en nuestro ejemplo) o cultural (como en el caso de los gitanos). La diáspora además se erige como una comunidad imaginada, con la capacidad de invención de un espacio y una genealogía, y presenta diferencias respecto al transnacionalismo como la referencia al Estado-Nación, las identidades de arraigo en una vida transnacional y el desarraigo territorial en una diaspórica, los anclajes en asentamientos en esta última, frente a los anclajes transnacionales de la primera, o lo que impulsa el desplazamiento en una y otra, siendo motivos económicos en el transnacionalismo y el trauma en la diáspora.

Ahora bien, algunas otras características de las diásporas es la multipolarización (Ma Mung, 2004), es decir, no hay un centro y la dispersión aparece como un recurso social, es por ello que se vincula más con la movilidad que con el transnacionalismo. Entonces es una diáspora multipolarizada, pero integrada entre sus ramas, algunas con identidades de naturaleza étnica como la diáspora china, y que logran construir la memoria colectiva intelectual o cotidianamente a través de la religión, objetos, la culinaria, etc. Y como decíamos al diferenciarla del transnacionalismo, aunque hay una procedencia común o lugar común de la

diáspora, la referencia es extraterritorial, retomando nuestro ejemplo, China está en todas partes, así que la diáspora no requiere necesariamente del Estado-Nación pues hay ya un espacio omnipresente. De esta manera, y aunque ya hemos comentado que la haitiana se aleja un poco de la concepción de diáspora clásica, podemos decir que así como China está en todos lados, en cualquier barrio chino de cualquier ciudad del mundo, podemos recordar también, solo por nombrar algunos, al Pequeño Haití de Santo Domingo (República Dominicana), la Pequeña Haití de Tijuana (México) o Santiago (Chile), o bien el Little Haiti de Miami (Estados Unidos). Además, y retomando a Handerson (2015), si los propios haitianos o los dominicanos en el exterior se conciben a sí mismos como parte de una diáspora, habría que reconocerla y más bien indagar en los sentidos sociales del término diáspora desde el punto de vista de los propios sujetos involucrados y que así la nombran, lo que sería central para comprender la movilidad haitiana.

Si bien el término diáspora se ha utilizado con mayor frecuencia desde los años 80 por los haitianos en Estados Unidos que se posicionaban contra la dictadura de Duvalier y por la reivindicación de sus derechos en suelo norteamericano, además de que se expandió en este país entre la comunidad haitiana y a través de programas de televisión, asociaciones y periódicos comunitarios como proyectos de cohesión y visibilización de esta colectividad, llega a Haití y comienza también a ser utilizado ahí tras la vuelta de los exiliados de la dictadura con el derrocamiento de Jean-Claude Duvalier en 1986 y se generaliza en los 90 tanto entre los migrantes como entre la población haitiana. Incluso, cuando asume la presidencia de Haití, Jean-Bertrand Aristide, en 1991, se dirige a la diáspora en su primer discurso considerándola un Departamento más del país y reconociendo la importancia social y política de los migrantes, particularmente quienes desde suelo estadounidense apoyaron su campaña. Aunque bien es cierto que para ese entonces según la Constitución de 1987 no era posible tener doble nacionalidad en Haití, por lo que si se optaba por la del país de destino, en el caso de los migrantes, se perdía la del origen, más recientemente se han hecho enmiendas para cambiar esto, hay un Ministerio de Haitianos Residentes en el Exterior, y desde 2011 se celebra el Día Internacional de la Diáspora en aquel país. Como

vemos, es innegable la relevancia de la diáspora para Haití, se le moviliza política y económicamente, sobre todo esto último, aunque no siempre se incentiva su plena participación en el ámbito político para la búsqueda de posiciones de representación dentro del país.

Entonces más allá del sentido clásico del término, o incluso la referencia descentrada desde la que podemos ubicar a nuestra población en un primer momento en el marco del desplazamiento forzoso y traumático de una gran cantidad de africanos al continente americano para esclavizarlos, lo que ya habíamos mencionado brevemente como la diáspora negra en América o como diría Glissant (2002), el trauma y la “experiencia del abismo” del “migrante desnudo” trasladado forzosamente, actualmente vemos, recordando a Handerson (2015), una diáspora que así se autoidentifica y es identificada por los propios haitianos en su territorio con una variedad de sentidos a parte de la referencia general a la comunidad migrante. De tal forma que puede haber una persona diáspora, es decir, que un haitiano por ejemplo llame a su paisano que vive en el exterior de la siguiente manera: ¡oye tú, diáspora!, o una casa diáspora, es decir la residencia en Haití construida por un migrante y que denota el vínculo aún con el origen, sobre todo de índole familiar, pues así sea imaginada, la familia sigue en el pensamiento de la diáspora y es un deber incluso moral desde el punto de vista de los que permanecen, velar por los parientes y mandar a buscarlos, pues además de migrar, residir en el extranjero, regresar a Haití brevemente y volver al exterior, la diáspora se caracteriza en el imaginario del que se queda por el éxito económico. Pero también es éxito mantenerse siendo diáspora, es decir en movilidad, pues si el migrante vuelve y ya no se mueve de Haití deja de ser considerado diáspora y exitoso, y es que el “lajan dyaspora”, es decir, el dinero diáspora, las remesas, son fundamentales para la economía del país, provenientes principalmente de Estados Unidos, Canadá, Francia, República Dominicana y Bahamas, y así fueron por ejemplo tras el terremoto del 2010, e incluso lo fue el apoyo en especie y su movilización física para aportar no sólo dinero sino ayuda técnica. Pero también hay acciones de diáspora como vestirse de cierta manera, comprar algo costoso o pagar una gran fiesta, y además otras

manifestaciones de la diáspora que son bautizadas como tal, es decir música de la diáspora, producida en el exterior, así como el cine de la diáspora, o incluso objetos como la ropa de la diáspora enviada desde el extranjero, o en general se dice que llega la diáspora a casa cuando las empresas de envíos llevan productos mandados desde fuera. Es más, el “lajan dyaspora” es utilizado en los rituales vudú, es decir, dólares o monedas estadounidenses. Como ya decíamos, aunque si bien hay algunas connotaciones negativas en torno a la diáspora como un sentimiento de amenaza ante la posibilidad de que ocupen posiciones de los locales, el señalamiento hacia quienes prefieren relacionarse con una persona diáspora o acusar a la diáspora de desconocer la realidad local, en general se considera un éxito ser parte de la diáspora y recordando a Alexander, mi profesor de Creole, muchos en Haití saben que deben salir y lo desean, como parte de este éxito imaginado que les espera afuera, o baste recordar a Paulo quien nos contó: *“Yo al llegar a República Dominicana, yo no estaba pensando que iba a encontrar una familia ni un amigo, solamente decidí venir pensando que me iba a poder tener un valor”*.

Como se puede intuir en este recorrido, no se puede hablar de una sola diáspora aunque para fines prácticos aquí lo hacemos en algunos momentos, y es que además de la diáspora originaria, en la diáspora actual vemos que hay distintas clases de diáspora, por ejemplo, a la que llaman diáspora local los haitianos son más bien viajeros de cierta posición que van y vienen, tienen recursos para moverse y no están fuera por mucho tiempo. Entonces tampoco hay comportamientos y formas de ser diáspora uniformes, y más allá del transnacionalismo que nos lleva a pensar en una participación (así sea desde identidades híbridas) del migrante tanto en el origen como en el destino, aquí vemos una multiplicidad de posibilidades de ser que varían en uno y otro lado y por donde se vaya circulando de acuerdo a la reinterpretación de los valores sociales y culturales por los que se transita, como Handerson enuncia: “No basta saber circular, sino también saber actuar y saber ser diáspora en diferentes contextos (trans)nacionales” (Handerson, 2015: 66). Continuando con la idea de varias diásporas, vemos además que hay diáspora que se encuentra en los “peyi

blan” (países blancos) y otra que no. Sin necesariamente una referencia racial, los países blancos en general son considerados por los migrantes haitianos como aquellos más desarrollados e industrializados donde se puede ganar el “lajan dyaspora”, específicamente dólares y euros, como podrían ser Estados Unidos, Francia y Canadá, lugares idealizados que coincidirían también con la “gwo dyaspora” (diáspora grande), la que confiere prestigio, en contraposición con la “ti dyaspora” (pequeña diáspora), como en nuestro caso sería la migración a República Dominicana u otros destinos que solo se consideran de paso y sirven como trampolín, y cuyos migrantes son menos apreciados en la jerarquía social y siguen encontrándose en una situación precaria. Pero hay matices y no todos concebirían de la misma manera a un destino, por ejemplo, Brasil podría ser caracterizado por algunos como peyi blan por ser un país grande, en el que se puede ganar más que en Haití y también más desarrollado, pero para otros podría no serlo al no poder compararse con los destinos del norte ya mencionados y lo que se puede obtener allí. De manera semejante a la diáspora a la que se le otorga cierto estatus y muchas veces vinculado a ella, lo “blan” suele utilizarse no sólo para referirse a un país de destino o a un tipo de economía bien posicionada, sino incluso para adjetivar dinero, cosas, personas extranjeras o que parecen extranjeras, casas e incluso actitudes o conductas, y aunque muchas veces tiene una connotación positiva respecto a lo venido de fuera, lo lujoso o exitoso, también en algunos casos se vincula negativamente en una suerte de acusación imperialista o colonialista, baste ver esta ambivalencia en una de las situaciones durante nuestro proyecto con los niños haitianos migrantes no acompañados. Recordemos a Paulo cuando nos dijo que teníamos “*mentalidad de blancos*” porque la vez que le ayudamos a conseguir una caja de limpiabotas después de que se la robaron, le propusimos ir a comprarla temprano para que pudiera trabajar todo el día, se recuperara un poco económicamente luego de que estuvo varios días sin laborar, y para que más tarde nos pudiera acompañar más tranquilo a tomar fotos a un festival. Aquella ocasión incluso, después de que nos desconcertamos un poco con su comentario percibiendo algún tono de reproche,

él mismo agregó, quizá para que no nos sintiéramos mal, que estaba bien nuestra propuesta porque *“así es como se puede avanzar en la vida”*.

Y bien, continuamos observando las diversas diásporas y precisamente con esto atestiguamos la complejidad de la movilidad haitiana, añadiendo además, por ejemplo, que las diásporas grandes y pequeñas también llegan a interrelacionarse, no solo siendo estas últimas puentes para las mayores, sino incluso con la existencia de vínculos con familiares o amigos en una y otra, por lo que aunque un migrante no llegue a alcanzar permanentemente un destino “blan”, podría desde su pequeña diáspora lograr visitar un país grande para encontrarse con sus conocidos o seguir moviéndose entre lugares aunque vuelva al “ti peyi”. A esto, nos dice Handerson (2015), se le conoce como diáspora internacional. Finalmente, nos es posible recapitular y subrayar la idea de diásporas más allá de un concepto monolítico y homogeneizante en sintonía con los usos cotidianos del término, y si bien nos encontramos más cercanos a esta consideración de diásporas y su mayor relación con las concepciones de movilidad y las posibilidades de comprensión de los desplazamientos que cada vez se complejizan más, como en el caso que abordamos más allá de la migración, también podemos decir que aunque la realidad de los chicos con los que trabajamos puede entenderse mejor desde este enfoque, ellos mismos no utilizaban la palabra diáspora o migrante para autoidentificarse, aunque en algún momento les hicimos ver que lo eran, y sus prácticas de hecho, más allá del uso o no de un término, denotaban la mayoría de las veces movimiento, una andanza no siempre con rumbo fijo, de allí también lo potente de la consideración en el anterior apartado de las infancias no tanto en tanto niños en situación de calle pues esto suena más a inmovilidad, como si la calle estuviera fijada y los chicos atados a ella, sino de infancias deambulantes.

### **4.3 Educación**

Como ya mencionamos anteriormente, educación e infancias están estrechamente relacionadas pues esta última posibilita la inserción sociocultural, aunque en el ideal moderno pareciera que solo es posible a través de la educación formal, sin embargo vemos que para los niños y adolescentes haitianos migrantes

no acompañados con los que trabajamos, aunque algunos hayan asistido algún tiempo a la escuela, ella no es parte de sus horizontes actuales de posibilidad, y difícilmente futuros, pues antes deben sobrevivir, ganar dinero para el día a día que les permita comer y tener un techo dónde dormir, entre otras cosas. Aún así observamos que aún a falta de una familia que los cobije o instituciones que los asistan, no solo se insertan de alguna manera a la sociedad del país destino, sino que se habilitan en general para la vida diaria en un lugar ajeno, en el que son extraños, constantemente estigmatizados y no siempre aceptados, con todos los riesgos además que la calle les implica.

### **La apuesta indisciplinada, lo comunitario y la formación**

Durante los tres meses de interacción con los Black Fotógrafos, recordaba uno de los primeros textos con los que me acerqué al campo de la pedagogía, *“El cambio educativo: del control disciplinario al encuentro comunitario”* (Najmanovich, 2016), que me parecía en un primer momento en general una crítica a la forma en la que hemos aprendido, pero que ya en campo posibilitaba además pensar cómo era posible que chicos fuera de la escuela aprendieran y se formaran en la calle a partir de una suerte de “aprendizaje colectivo” y “prácticas colaborativas”, como Najmanovich caracteriza más que a un modelo educativo disciplinario e instituido como en el que nos formamos convencionalmente, un modelo comunitario. La autora, que escribe desde el pensamiento complejo, señala entonces que no hay una sola forma de conocer, criticando el modelo único de aprendizaje y producción de conocimiento en aislamiento, circunscrito a cuatro paredes y cada vez más alejado de las prácticas. Esto me parecía que ocurría precisamente con los niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados, quienes desde el inicio, al proponerles participar en un taller de fotografía en un lugar y horario específico, aunque querían aprender a tomar fotos justamente rehuían de todo lo que se semejara a una escuela y su disciplina, pues no tenía mucho sentido para ellos separarse de su práctica cotidiana que a través del trabajo diario les posibilitaba el sustento, así sea precario, y quienes habían pasado por un aula como Paulo, no siempre la consideraban de gran utilidad para la vida diaria, como cuando me

refirió: *“en la escuela no aprendí nada, solo estudiaba”*. Más aún, recordemos que suelen asociar tanto a la escuela como a otras instituciones con la autoridad que muchas veces los persigue, los señala y los castiga, por lo que siguiendo a Najmanovich en la crítica a la disciplina tanto en el sentido de campo acotado de conocimiento, como al aprendizaje cercado o las disposiciones de corrección que obligan a una persona para conducirse de tal o cual manera en determinado ámbito, podemos remontarnos al origen de la palabra disciplina y al látigo utilizado para flagelar, y vemos que en efecto hay un irremediable vínculo de dominación y sometimiento.

Como ya vemos, y dado que esta investigación se relaciona con la formación<sup>95</sup> más allá del aula y de modelos educativos prefijados en la institución escolar, y también desde lo ya retomado de Najmanovich, podemos señalar que algunos temas importantes desde esta perspectiva son el de las prácticas y lo que identificamos como una suerte de aprendizaje que se desarrolla de forma colectiva o en comunidad. Antes de ahondar en ellos podríamos adelantar de primera instancia y desde nuestro proyecto, una concepción de prácticas relacionada con las maneras concretas en que los niños participan y aprenden. Por otra parte, abordaremos la segunda temática relacionada a ellas desde el concepto de comunidades de práctica de Wenger (2001). Pues bien, desde un enfoque de la psicología cultural, en el que es central la comprensión no solo de la conducta humana sino del desarrollo del sujeto y sus procesos cognoscitivos en contextos socioculturales e históricos específicos, Cole (2003) identifica las prácticas en el marco de una concepción más amplia donde ellas se entienden mejor de forma

---

<sup>95</sup> Ferry (1994:103) apunta que “el trabajo de la formación consiste fundamentalmente en ampliar, enriquecer, en elaborar las experiencias y acceder a través de la desviación de la teoría, a nuevas lecturas de la situación”. Este trabajo intelectual y de vida, va delineando la identidad de los sujetos. Y es que históricamente “aparece la idea de formación como un proceso dinámico de construcción de identidades de los sujetos” (Mier, 2006:13). Mientras tanto, para Honoré (1980) la formación es un proceso de diferenciación y activación intencional. Yurén, por su parte, (2000:29) señala que “la formación es un proceso cuyo movimiento se asemeja a una espiral. El sujeto recibe de la sociedad y la cultura los elementos que le permiten desarrollarse y configurar su personalidad. A su vez el sujeto actúa consciente, crítica y creativamente sobre su entorno social y cultural para transformarlo y transformarse. Es, en suma, el movimiento del para sí”. A partir de las experiencias, el sujeto, mediante actos reflexivos realiza un proceso de significación y/o resignificación de la realidad, acción que va constituyendo su identidad. Es entonces la formación una experiencia plena y de búsqueda.



sistémica, es decir tomando todos los elementos de su propuesta teórica como los artefactos, modelos, esquemas, guiones, prácticas, contexto, etc. Desde nuestro particular interés de investigación, una forma de acceder a este abordaje es pues a través de las prácticas sin olvidar por supuesto los demás elementos. Entendiendo los artefactos como los mediadores entre seres humanos y naturaleza en diferentes niveles, como por ejemplo el lenguaje, y las prácticas como la forma en que se concretizan estas mediaciones, es decir, al uso de los artefactos desde el hacer y la experiencia, se podría ver a la práctica como la unidad de análisis de la cultura puesto que ahí se juega el significado y el sentido. Además en su carácter relacional nos permite ir más allá de oposiciones binarias como individuo/sociedad y captar el contexto de una manera amplia superando una concepción simplista en tanto sólo exterioridad o en términos puramente físicos o escenográficos, es decir, más que lo que rodea, lo que atraviesa.

Por tanto, me parece que es posible incorporar la noción de práctica a este trabajo sobre los procesos formativos de los niños haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana porque tomando en cuenta esta unidad de análisis, podemos mirar de una manera más rica la forma en que se concretizan las mediaciones culturales de estos sujetos en una situación literalmente límite, más allá de consideraciones muy simples como verlos sólo en tanto víctimas de un sistema e irremediablemente condenados por la sociedad, o en el otro extremo, como individuos aislados dueños absolutos de su destino. Igualmente en este tema la consideración del contexto es central en tanto que no se puede ver solo como el escenario sobre el que sucede algo o se dan las prácticas pues justo en los nuevos enfoques sobre migración, como ya vimos, tiene también una dimensión relacional y la propia frontera no sólo es un límite geográfico sino lo que continuamente atraviesa al sujeto, así vemos pues a lo largo de nuestro trabajo con los chicos, que es muy importante el contexto de movilidad y continuo desplazamiento en el que se encuentran, que por lo demás no es un escenario fijo, y que específicamente, y esta es nuestra tesis, la calle es para ellos un espacio formativo fundamental.

Como ya decíamos entonces y considerando lo anterior, aquí entendemos las prácticas como las formas concretas en las que los chicos participan y aprenden, y esto sucede en un contexto límite, el de la calle y en situación de movilidad, por lo que su formación se da fundamentalmente en estos espacios, donde la participación cotidiana es el centro del aprendizaje, como adelanta Wenger (2001) desde el concepto de comunidad de práctica. Si bien como ya hemos comentado, nos inclinamos más por la consideración de infancias deambulantes antes que por la utilizada con mayor frecuencia en espacios académicos recientemente, la de niñas y niños en situación de calle, pues nos parece que para nuestro caso da mejor cuenta de la movilidad y va más allá de la calle como etiqueta o escenario fijado, es cierto que abordamos a esta última como un espacio central de convivencia, aprendizaje y formación, importante entonces para esta comunidad de niños haitianos migrantes no acompañados, pues como ellos mismos refieren, aunque regularmente duermen en una pensión, viven en la calle. Entonces y aunque la calle es fundamental en este trabajo, no solo nos limitamos a ella, y en una consideración amplia y compleja que la comprende en la movilidad más allá de lo estático o del solo estar atados a ella, tomamos en cuenta otros espacios importantes como la pensión o el barrio, que finalmente se articulan a la calle donde transcurre su día a día. De esta manera consideraríamos esta comunidad de práctica más allá de un espacio con límites bien determinados, en el que la calle juega un papel preponderante pero con otros enclaves a considerar como el propio barrio, desde donde comenzaremos en términos generales a caracterizar una comunidad de práctica para luego volver a las calles con los chicos.

Recordemos entonces que los Black Fotógrafos pasan la mayor parte de su tiempo en las calles, donde trabajan como limpia botas con el fin de conseguir diariamente dinero para sobrevivir, particularmente, para lograr pagar lo básico como comida y techo. Aunque como ya nos decía Paulo, consideran realmente que viven en la calle pues es ahí donde transcurre buena parte de su vida, es importante para ellos lograr ganar lo suficiente en el día para pagar una habitación de pensión, y si no logran juntar todo, por la mitad les permiten dormir en los pasillos sobre cartones. En esta pensión suelen pernoctar todos los niños y

adolescentes del grupo de limpiabotas con los que trabajamos, pero también otros chicos más o menos de su misma edad, además de jóvenes mayores y adultos, la mayoría de ellos también haitianos. Y no es casualidad, pues aunque los Black Fotógrafos casi nunca hablaban de su barrio por el nombre más conocido, y antes se referían a él por la denominación de la calle, “La Benito”, o el sector, “San Carlos”, la pensión se encuentra precisamente en el “Pequeño Haití”, en la zona céntrica de Santo Domingo. Partamos de aquí entonces para empezar a vislumbrar una comunidad de práctica.

### **"Bonswa, ¿koman nou ye?"<sup>96</sup> ": Del "Ti Ayiti" como comunidad de práctica a la comunidad de los Black Fotógrafos**

Comencemos entonces a explorar un espacio de interacción ubicado en Santo Domingo, la capital de República Dominicana, que se encuentra más allá de la geografía instituida y del trazo urbano con su nomenclatura oficial, a la luz del concepto de comunidades de práctica de Wenger (2001). Se trata de “El Pequeño Haití” / “Le Petit Haïti<sup>97</sup>” / “Ti Ayiti<sup>98</sup>”, un barrio sobre todo comercial localizado en el corazón de la capital dominicana, en el sector San Carlos, justo detrás del Mercado Modelo, otrora un punto obligado de visitantes y turistas que llegaban para apreciar y comprar las artesanías del país. Si bien en República Dominicana existen tensiones a todos niveles entre dominicanos y haitianos derivados de una crisis migratoria aún sin resolver y remontándonos más atrás, a lo que puede considerarse un anti haitianismo histórico que nos lleva a la época de las independencias de ambos países, llama la atención que este punto es un espacio un tanto diferente y singular donde ambos, pobladores y migrantes, suelen convivir de forma un poco más armónica y donde estos últimos llegan a ser mayoría. Resulta incluso interesante que este tipo de comunidades se replican en otros puntos de nuestro continente, y que a semejanza de lo que ocurre con los barrios chinos alrededor del mundo, es posible encontrar “The Little Haiti” en Miami, “La Pequeña Haití” o “Pequeño Puerto Príncipe” en Tijuana, o bien “La Pequeña Haití” de la capital

---

<sup>96</sup> Significa: Buenas tardes, ¿Cómo están ustedes? en Creole haitiano.

<sup>97</sup> “El Pequeño Haití” en Francés, uno de los idiomas oficiales de Haití.

<sup>98</sup> Significa: “Pequeño Haití” en Creole haitiano.

chilena de Santiago, donde los haitianos sin cerrarse a la comunidad de destino, conservan, recrean y resignifican sus prácticas al tiempo que adquieren otras en contacto ya con dominicanos, estadounidenses, mexicanos o chilenos, vendiendo sus propios productos y alimentos, manteniendo su música, colores, lengua creencias, pero también sobreviviendo en los nuevos espacios a pesar de las adversidades del entorno y la pobreza que en muchos casos los ha motivado a desplazarse, y adoptando también nuevas prácticas, las del destino: no es difícil observar pues a los haitianos en el “Pequeño Haití” dominicano preparando mangú, moro, tostones o pollo guisado<sup>99</sup>, a un pastorero haitiano de la “Pequeña Haití” tijuanaense trabajando en una típica taquería mexicana, a otro en las inmediaciones del muro fronterizo vendiendo elotes, esquites totis y chicharrones, o bien, el “Little Haiti” atravesado por tranvías turísticos que muestran, al puro estilo norteamericano, el vecindario como uno de los atractivos del paradisíaco Miami, e incluso el barrio mismo, con su mercado con artesanías y productos típicos, sus cocinas haitianas y bares donde ahora suena jazz haitiano o punk argentino, como la puerta de entrada a una de las ferias internacionales de arte más importantes del mundo: el Art Basel Miami. En Santiago, por ejemplo, entre peluquerías haitianas, centros de servicio para realizar llamadas internacionales a Haití, y tiendas que ofrecen leche de coco, pelucas y demás artículos que suelen adquirir los caribeños, vemos a los niños haitianos asistiendo a las escuelas regulares donde aprenden en español, pero que por la fuerza y la creciente importancia de la comunidad en algunos sectores, ellos y sus demás compañeros chilenos, cuentan con una asignatura de Creole, así como se imparte el inglés en cualquier escuela pública.

Pues bien, el “Pequeño Haití” dominicano surgió alrededor de un barrio comercial muy próspero en el centro de la ciudad de Santo Domingo, al que solían llegar los típicos y coloridos camiones de carga haitianos para abastecerse periódicamente de mercancía para distribuir en su país. En ellos llegaban, por supuesto, los comerciantes de la vecina nación que buscaban los productos que venderían y pernoctaban por una o dos noches hasta regresar de vuelta a su lugar de origen,

---

<sup>99</sup> Alimentos típicos de República Dominicana: el mangú es una especie de puré elaborado con plátano verde, el moro es arroz con frijoles y los tostones son rodajas fritas de plátano verde.

pero poco a poco algunos fueron quedándose por más tiempo hasta que hicieron de aquella zona su centro de operaciones, negocios y residencia, y fue tomando forma el “Pequeño Haití” como un barrio de inmigrantes procedentes de aquél país, mientras la tradicional migración rural del siglo XX que se mantenía contenida en las comunidades alrededor de los campos de caña de azúcar, iba mutando, desbordando las ruralidades y diseminándose hacia las ciudades cuando entra en crisis la economía de plantación en los 80's y poco a poco la principal actividad económica se vuelca al sector secundario y de los servicios. Finalmente incluso el “Pequeño Haití” queda desbordado cuando llegan miles y miles por sucesivas migraciones alimentadas, además de por la pobreza e inestabilidad política que se vive en Haití desde fines del siglo XIX, por la agudización de la crisis alimentaria, el terremoto de 2010 que dejó más de 200,000 personas muertas, sequía, un deterioro ambiental generalizado y más recientemente incluso la violencia. Llegan entonces tantos haitianos al país<sup>100</sup> que no se establecen en un solo punto y el “Pequeño Haití” queda como un vestigio de su presencia sí, pero en otros términos, menos conflictivos quizá, porque aquí si bien llegamos a encontrar que se reproduce el discurso de ciertos sectores de la población que incluso corre en medios de comunicación y en los pasillos de las instituciones públicas donde se opina que los haitianos le quitan a los dominicanos oportunidades de trabajo, o se difunde y exagera la idea de los haitianos como criminales y/o responsables de la descomposición social, encontramos también otras posturas, como nos dice un dominicano entrevistado en el “Pequeño Haití”: “Ellos no se meten con nadie aquí, ellos están viviendo por vivir... ¿Se tratan mejor? Oh a los turistas es a los que se trata mejor, ellos son los que traen su dinero, el Haitiano a lo que viene es a buscar... a comerse lo que uno tiene”. Aquí entonces, si bien hay este tipo de opiniones ambiguas que por un lado se desvían del estereotipo criminalizador, pero por otra parte sí muestran cierto malestar, la interacción no es tan tensa.

Actualmente en el “Pequeño Haití” encontramos peluquerías atendidas por dominicanos y haitianos, cocinas, incluso al aire libre, en las que se preparan

---

<sup>100</sup> Como ya hemos mencionado, se calcula que de los aproximadamente 10 millones de habitantes en República Dominicana, hay alrededor de 1 millón de migrantes haitianos.

alimentos típicos de ambos países con cocineras igualmente de las dos naciones, vendedores de flores, fruta, verdura, pollo y productos haitianos, comerciantes de ropa usada, muchas veces de pacas de tercera<sup>101</sup> provenientes de Estados Unidos, niños limpia botas y personas que venden o cambian artículos desechados o de uso que pueden tener un segundo aire, sean computadoras usadas, celulares, relojes, pelucas, controles remoto o algunos otros electrónicos o electrodomésticos mezclados en el mismo puesto callejero con una que otra artesanía e incluso libros viejos y hasta animales vivos. Aquí también hay pequeñas viviendas acondicionadas para familias enteras en pequeños cuartos de edificios sin mantenimiento ni servicios suficientes como agua o luz; posadas, y algunos hoteles pequeños o pensiones, como en la que pernoctan los Black Fotógrafos. Cuando acaba la jornada laboral haitianos y dominicanos que comparten espacio de trabajo y la misma idea de buscar el sustento y la sobrevivencia diaria en las calles del “Pequeño Haití”, cierran sus negocios, ya sea bajando las cortinas de los locales establecidos, o bien recogiendo su mercancía del piso en las lonas que sirven a la vez de exhibidor y bolso donde transportan sus productos, otros más guardan sus carritos y se relajan con la música de alguna rocola de un colmado<sup>102</sup> cercano con un vaso de cerveza en mano, o bien, “los negocios se transforman en pequeños bares donde se expenden bebidas alcohólicas a ritmo de gagá”<sup>103</sup>.

“Bonswa, ¿koman nou ye?”, “Dímelo mijo KLK<sup>104</sup>” “¿Koman sava manín?”<sup>105</sup>, es así, entre Creole, español, argot dominicano, o bien “Creoñol” (la combinación de

---

<sup>101</sup> Las pacas de ropa que se comercializan desde Estados Unidos suelen clasificarse en tres categorías. A República Dominicana y Haití llegan en su mayoría pacas de tercera porque son las más baratas para un mercado empobrecido.

<sup>102</sup> Parecidos a las tiendas de abarrotes mexicanas, pero donde la gente puede sentarse y quedarse a conversar e incluso bailar mientras bebe la cerveza que compró.

<sup>103</sup> Información tomada de una nota de un periódico dominicano, disponible en <http://elnacional.com.do/pequeno-haiti/>. El gagá consiste en una serie de rituales acompañados de música y danza, con elementos del vudú y el catolicismo, celebrado en Semana Santa, que tuvo su origen en la música “rará” llevada por los inmigrantes haitianos que trabajaban en los cañaverales del este dominicano, y aunque ahora es parte innegable de la cultura dominicana, sobre todo de las zonas cañeras, sigue siendo estigmatizado por algunos sectores de la sociedad, e incluso prohibido en 2022 en San Pedro de Macorís por una orden del Consejo Provincial.

<sup>104</sup> Los dominicanos suelen usar esta frase para preguntar a una persona cómo está o qué desea.

<sup>105</sup> Una de las tantas frases en las que se combina el Creole y el argot dominicano (el “Creoñol”), significa: ¿Cómo estás hermano?

ambos) como cordialmente podemos ser recibidos en algunos casos, y como haitianos y dominicanos han aprendido a vivir entre sus prácticas diversas en el “Pequeño Haití”, una interacción y un aprendizaje fundamentalmente social, más allá del aprendizaje moderno entendido como un proceso individual y separado de otras actividades y de lo cotidiano o confinado únicamente en cuatro paredes. Y desde la teoría social del aprendizaje propuesta por Wenger (2001), vemos aquí que conocer efectivamente implica participar y que dominicanos y haitianos pueden tener otro tipo de interacción pues han aprendido a convivir produciendo significados compartidos a partir de la práctica cotidiana y de experimentar el mundo codo a codo. En “El Pequeño Haití”, “Le Petit Haïti”, o “Ti Ayiti”, encontramos entonces una comunidad de práctica donde la participación es el centro del aprendizaje y donde efectivamente ha operado una transformación, así sea tenue, revirtiéndose algunas de las tensiones derivadas del conflicto migratorio que experimenta la República Dominicana.

Y en este contexto, es en el que los chicos se encuentran en la tensión entre la relativa protección del barrio, la comunidad haitiana, los demás compañeros y habitantes de la pensión por un lado, y por otro en la calle con sus riesgos donde están buena parte de su día limpiando zapatos, intentando conseguir dinero de alguna otra forma, e incluso simplemente moviéndose, pasando el rato o teniendo momentos de esparcimiento. Podemos decir que en el caso de los Black Fotógrafos, quienes duermen en la misma pensión y suelen agruparse también mientras se encuentran en la calle, protegiéndose de esta manera unos a otros, que la comunidad se extiende más allá de una demarcación fija atravesándolos en la movilidad permanente, y es que son ellos mismos, en el barrio, la pensión o la calle, quienes conforman una comunidad de práctica, pues como apunta Wenger (2001) al caracterizarla partiendo de que somos seres sociales, que el conocimiento es un asunto de competencia alrededor de determinadas empresas que se valoran, que conocer implica participar de forma activa y comprometida con el mundo en relación con los logros de dichas empresas, y que el aprendizaje produce significado, es decir, nos permite experimentar el mundo, “Sobrevivir conjuntamente es una empresa importante, independientemente de que sobrevivir consista en la

búsqueda de alimento y refugio o en la búsqueda de una identidad viable.” (Wenger, 2001: 23), esto al referirse a la familia como una comunidad de práctica, y continúa aún más cercano a nuestro caso al resaltar que estas comunidades están por todas partes y son parte de nuestro día a día: “En la calle, los jóvenes se agrupan para configurar su vida y su sentido de sí mismos.” (Wenger, 2001: 24).

Desde esta perspectiva entonces, el aprendizaje es parte de nuestra vida cotidiana, es social, y en el centro de éste encontramos a la participación más allá del conocimiento fragmentario o el almacenamiento de información. De esta manera, el aprendizaje que más nos transforma como personas sería el derivado de estas comunidades de práctica, por lo que es fundamental la activa participación en ellas. Es así como en efecto vemos que en la comunidad que conforman los Black Fotógrafos, los chicos aprenden en la práctica y al experimentar el mundo codo a codo, en su día a día en la pensión, el barrio, y sobre todo en las calles y en su andar permanente, donde es crucial la sobrevivencia (búsqueda de alimento, techo, procurar la comunicación, sortear los riesgos de la calle, hacer frente o rehuir a la autoridad ante la etiqueta de ilegalidad que les imponen, sobrellevar el racismo, la racialización del control<sup>106</sup> y de la vida misma, y el estigma de ser haitiano ante la sociedad dominicana), por lo que es quizá la empresa más valorada, pero también la búsqueda de sentido y de hacerse a sí mismos al ser niños y adolescentes migrantes no acompañados, baste recordar una vez más a Paulo cuando comentó que decidió ir a República Dominicana pensando que así “iba a poder tener un valor”. Y en este punto podemos enlazar también la cuestión de la identidad que desde este enfoque es un componente fundamental del aprendizaje como participación social junto con el significado, la práctica y la comunidad, como ya lo hemos visto. De esta manera y siguiendo a Wenger cuando ya nos anticipa sobre empresas valoradas de diversas comunidades de práctica como la búsqueda de una identidad viable, del sentido de sí o los jóvenes que se agrupan en la calle para

---

<sup>106</sup> Trabalón (2021) aborda migraciones como la dominicana y senegalesa a Argentina, y específicamente la haitiana, desde la racialización del control, es decir, en referencia a las políticas migratorias, mecanismos y prácticas del Estado argentino que excluyen a ciertos grupos a partir de marcadores no solo raciales, sino a partir de la consideración de la raza articulada con el origen nacional, la clase social o el género, con lo que las alteridades afro, indígenas y negras quedarían relegadas.



configurar su vida, vemos con los Black Fotógrafos esa búsqueda constante y un afán incesante de ser y pertenecer a algo, recordemos las numerosas presentaciones de Paulo como *“Paulo Robinson Fotógrafo”*, del propio Chiquito cuando expresó en una postal en la que aparece tendiendo ropa con una mujer: *“Yo soy el chiquito fotógrafo ayudando a la señora”*, la presentación de Elson que en su postal donde se le ve pidiendo dinero escribe: *“esta es mi foto, soy fotógrafo, tengo 17 años, me llamo Elson, estoy viviendo en Santo Domingo”*, o en la que aparece posando junto al chiquito: *“Yo estoy con el Chiquito, somos dos fotógrafos”*, o bien expresando también su sentido de pertenencia al gremio de boleros o ambos, tanto a lo que quisieran ser parte mientras aprenden fotografía como a lo que ya pertenecen, la comunidad de limpiabotas: *“Hola, yo soy Paulo, tengo 17 años, yo vivo en Santo Domingo, yo soy limpiabotas y fotógrafo”* (Paulo), *“Somos limpiabotas, somos de la Benito RD, somos fotógrafos”* (Elson), *“Yo soy el Chiquito, yo vivo en Santo Domingo, yo tengo 12 años, soy limpiabotas”* (Chiquito). Entonces si bien no niegan su identidad nacional, el ser haitianos, o sus orígenes afro asumiéndose con orgullo “negros” (recordemos que se autonombraron Black Fotógrafos porque “somos toíto negro”) a diferencia de los dominicanos, antes se presentan ante el otro como parte de la comunidad con la que se identifican, la de los limpiabotas: *“yo siempre ha hecho limpiabota y nunca ha trabajado menos cosas, a veces consigo trabajo pero al día otro, pero mi profesión ha hecho limpiabota desde 2014 hasta 2019”* (Paulo), o a la que quisieran pertenecer o están en proceso de pertenecer, la de fotógrafos, así sea estratégicamente para ser tratados mejor o más valorados, o por poder dedicarse a algo diferente, con mejores perspectivas y que les implique un trabajo menos arduo: *“Yo cuando empecé ya a decirle a las personas que yo soy fotógrafo, algunos burlan mucho de mi, y al final después que ven mi trabajo me felicitan”*, o *“Mi peor trabajo ha sido trabajando en un almacén que levantaba sacos de harina de 120 libras y cuando me di cuenta que una cámara pesa menos que un saco de harina, y decidí tomar un nuevo decisión de hacer fotógrafo”* (Paulo).

***“En la escuela no aprendí nada, solo estudiaba”.* La calle como espacio formativo para niños y adolescentes haitianos migrantes no acompañados en República Dominicana**

Entonces si bien hay chicos que sí han pasado por la escuela tanto en Haití como en República Dominicana como Paulo y Elson, y si bien en ella pudieron aprender cosas fundamentales, o al menos las básicas como leer y escribir y seguramente hacer cuentas, según sus testimonios la escuela no les representó algo tan importante, pues además de que no todos pudieron estar tanto tiempo escolarizados, en el momento presente y en su andar permanente consideran que no les significó mucho y antes deben valerse de otro tipo de aprendizaje, cotidiano y participativo, que ubicamos en las comunidades de práctica. En el caso de Paulo, por ejemplo, que llegó hasta séptimo grado en Haití y estudió dos años más en República Dominicana cuando fue llevado a un centro de acogida del Consejo Nacional para la Niñez y la Adolescencia (CONANI) al poco tiempo de llegar a suelo dominicano, al preguntarle al principio por lo que aprendió en la escuela haitiana nos respondía: *“Nada, yo nada más estudiaba”*, aunque bien en otros momentos también se notaba cierta ambigüedad hacia la institución escolar porque con cierta añoranza mencionaba que le gustaba más la escuela en Haití, o en términos generales que lo que la escuela le había aportado era *“el conocimiento para comenzar”*, sin embargo también le parecía haber estado demasiado tiempo en ella, pues cuando le preguntaba cuánto tiempo había asistido a las aulas, contestaba: *“Muchísimos (años), desde que nací”* y al querer indagar sobre si había aprendido mucho en la escuela dominicana del CONANI y en el propio CONANI, él mismo afirmaba: *“No tanto, aprendí a leer y escribir y hablar (español)...”* Es decir, aunque no negaba su paso por la escuela, como ya decíamos minimizaba su paso por ella y no le daba tanta importancia a haber aprendido ahí a leer, escribir y hablar español, para el caso de CONANI, pues incluso en una charla posterior aclara que más bien había aprendido el español mientras se encontraba en CONANI pero no lo atribuía tanto a la escuela o la institución sino a él mismo que necesitaba darse a entender y no quedar atrás pues él *“era el único negro”*. Finalmente tanto Paulo como Elson que estuvieron en CONANI terminaron escapando, pues aunque

expresaron que no los trataban mal y tenían alimento y techo seguro, además de educación y esparcimiento, aprovecharon una excursión para huir con otros chicos pues de alguna manera se sentían encerrados o limitados, no podrían estar ahí toda la vida ya que en algún momento serían mayores de edad y querían seguir andando. Después de ello Paulo pudo ir a la escuela en otra oportunidad porque una persona que quería ayudarlo lo inscribió, pero no duró mucho porque peleó y lo corrieron. Si bien Paulo y Elson eran de los chicos que mejor hablaban español, probablemente por haber estado en CONANI y en la escuela dominicana, pero también porque eran de los que llevaban más tiempo en el país, vemos que el propio Paulo lo atribuía a un esfuerzo personal para no sentirse tan excluido y darse a entender, y Elson pese a que estuvo poco tiempo ahí incluso escribía también en español y comentaba que sabía porque se fijaba, pero igualmente nos dimos cuenta con los demás que estando en la calle y sin tener tanto tiempo de haber llegado a República Dominicana, como en el caso del Chiquito o Sosoki, cada vez iban aprendiendo más la lengua y se comunicaban mejor. Por ejemplo, pasaba un tiempo sin ver a algunos de los chicos, desaparecían y volvían a aparecer, y poco antes de volver a México encontré a Sosoki, quien además de haber crecido, entendía y hablaba mejor el español pues al principio era de los chicos a los que más se le complicaba, y me comentó que “se había puesto en eso” pues veía que los demás se comunicaban y a él se le hacía más difícil.

A parte de aprender la lengua mientras se encuentran en movilidad y durante su andanza en las calles de República Dominicana, los chicos han aprendido a trabajar<sup>107</sup>, de lo que sea, pero sobre todo en este caso específico aprendieron el oficio de limpiabotas que es a lo que principalmente se dedican, lo que les procura el sustento. Pero igualmente saben hacer prácticamente lo que sea para ganar dinero en las condiciones en las que están, sea pedir dinero en la calle, lavar autos, vender dulces, ser cargadores, y quizá incluso realizar actividades que rayan en la clandestinidad. También han aprendido a moverse solos, en palabras de Paulo: *“Aprendí... el territorio que yo me lo sé ya”*, pueden ubicarse en la ciudad capital

---

<sup>107</sup> A la pregunta: ¿Qué has aprendido en República Dominicana y para qué te ha servido?, Paulo me responde: “Ahh... aprendí a hablar”, yo quiero aclarar: “A hablar... ¿español?”, y él añade: “Sí... y aprendí a trabajar”.

pero también andar en otros lugares del país como los sitios turísticos de Boca Chica y Bávaro, saben igual moverse en las autopistas y en los campos y a qué furgón subirse sin que los vean para llegar desde Haití a República Dominicana o a otros sitios, o incluso de regreso por la frontera que más les convenga: Jimaní, Dajabón o Pedernales. Han aprendido a defenderse para sobrevivir a la calle donde lo menos que les puede pasar es que les lleguen a robar sus cajas de limpiabotas, y por ejemplo más de una vez Paulo me manifestó que sabía ser “tíguere” con los “tígueres”, se agrupan para protegerse unos a otros, sobre todo a los recién llegados, e incluso en situaciones de peligro o cuando expresaba sentirme en riesgo, Paulo me aseguraba que no me pasaría nada estando él cerca, pero también saben que es mejor no hacer nada cuando es preciso, como las numerosas veces que atestiguamos agresiones verbales contra ellos e incluso la vez que un hombre los pateó sin razón y no se inmutaron. Si bien en la pensión están rodeados por jóvenes mayores y adultos con los que llegan a convivir y en determinado momento pueden ayudarlos o darles un buen consejo, también ahí mismo la compañía adulta no siempre es tan amistosa y puede representar un riesgo, como el hombre al que conocían como “rastas” que fue quien terminó robando la tableta al chiquito y quien ya había robado a otros en la pensión, por lo que incluso ahí tenían que estar alertas. Igualmente en el barrio podía haber figuras amistosas y solidarias, como la vendedora de café a la que Paulo regaló una foto que él le tomó, “Team Vakam”, el joven mayor que hacía videos con ellos, o Rubén Black, el peluquero y rapero que no solo les llegaba a cortar el pelo, sino con el que podían tener una buena charla, pero también fue ahí, en el barrio, donde una noche apedrearon a Paulo mientras caminaba hacia la pensión, donde se encontraba un punto de distribución de droga, donde vivía el hombre que una vez intentó extorsionarnos, donde se congregaban cerca de la pensión para beber, apostar e incluso consumir otras sustancias incitando incluso a los chicos, como en el periodo en el que el Chiquito se veía muy demacrado y estaba en problemas pues no podía dejar de jugar y apostar, no dormía y le debía dinero a todo el mundo. Entonces deben también aprender a sortear los riesgos en todo momento y en todas partes, por lo que han adquirido conocimientos, habilidades y estrategias que les permiten seguir a flote, y si bien no

todo el entorno es hostil pues incluso también fuera del barrio se encontraban con personas espontáneas que los ayudaban así sea con comida o ropa, en este aprendizaje constante también sabían de sus derechos básicos como que por ser menores de edad si la policía los detenía no podían ser retenidos por mucho tiempo por cualquier cosa o faltas no graves. Además de estar agrupados se acercaban también de cuando en cuando a algunas figuras adultas en las que llegaban a confiar que pudieran aportarles incluso fuera del barrio y de la comunidad haitiana, así por ejemplo conocimos al amigo de Paulo, Eddy, un dominicano que trabajaba en un centro de copiado, le llevaba ropa, lo aconsejaba y a veces le invitaba algo de comer, o al venezolano que en la recta final de nuestra estancia también ayudaba con ropa, algo de comida, llevaba a Paulo a la pensión e incluso le ayudó a fabricar una paleta para que pudiera vender dulces, nosotros mismos con nuestras clases de fotografía y algunas gestiones para apoyarlos, la persona que Paulo nos contó que lo quiso ayudar y lo inscribió a una escuela, la mujer policía que llevaba ropa y se endeudó ayudando a uno de los chicos que frecuentaba el Malecón, o la pastora extranjera que logró liberar a Paulo pagando incluso una fianza cuando lo acusaron por narcomenudeo.

## Conclusiones

Aunque seguramente quedarán cuestiones pendientes, ángulos por explorar, historias no contadas, imágenes no vistas, y podría quizá extenderme aún más en esta experiencia con los Black fotógrafos, quienes se autodenominaron así porque según sus palabras *“somos toíto negro”* y para compartir sus imágenes colectivas pues muchas veces contando solo con una cámara no podíamos identificar la autoría exacta de todas las fotografías, me aventuro a concluir esta cartografía a manera de un mapa de ruta en el que aún faltan por trazarse y recorrerse varios caminos, pero del que puedo adelantar algunas reflexiones. Y es que desde la apuesta inicial de realizar una investigación colaborativa a partir de un taller de fotografía con el que también pudiéramos aportar algo a niños y adolescentes migrantes no acompañados, puedo decir que quizá no entendíamos del todo lo colaborativo hasta que llegamos al terreno, y más allá de llevar o acercar el “arte” o la “cultura” a los rincones más alejados, pudimos darnos cuenta antes que nada que sobre nuestra propia práctica también cuando pretendemos “enseñar” o compartir algo los otros nos enseñan. Con los Black fotógrafos comprendimos, con los pies en la tierra, que más que intervenciones son necesarios los proyectos colaborativos, que más que imponer podemos compartir y también aprender (en una especie de espacio co-formativo), que preferimos que nos cuenten su historia si así desean como ellos quieran y hasta donde ellos quieran desde su propio sitio, a seguirlos por todas partes invadiendo espacios íntimos que no siempre se está dispuesto a compartir, que no todo es color de rosa y no deseamos romantizar nada y que todos tenemos también nuestros límites. Es así como en un primer momento nos pararon en seco cambiando unas reglas sin sentido para ellos: la idea de un taller fijo con un horario fijo en un sitio especial para ello al estilo de una escuela con su disciplina, y adaptándonos más bien nosotros a su dinámica cotidiana en la que antes que nada es fundamental conseguir el sustento y en la que prefieren estar lejos de la autoridad, las instituciones y lo que ellas representan, incluso extendiéndolas muchas veces al mundo adulto. Aprendimos que hay muchas infancias más allá de la idea generalizada de la “minoría de edad” en la que tendemos a creer que siempre hay un adulto responsable que decide las cosas importantes, que los guía, los

orienta, los protege o los enseña, pues muchos de ellos llevando años sin sus padres se han hecho cargo como pueden de sí mismos, se agrupan para protegerse unos a otros, incluso llegando a protegerme a mi al menos en un par de situaciones de peligro, y que han aprendido cosas que les ayudan en el día a día y en su sobrevivencia en la calle más allá de la educación formal. Por ejemplo, han aprendido a trabajar, a moverse por toda la isla, conocen las rutas migratorias, y al llegar solo con su lengua materna, el creole, han ido aprendiendo el español, y aquí podemos pensar en conceptos ya revisados como los de comunidad de práctica de Wenger, o aprendizaje colectivo y prácticas colaborativas en comunidad de Najmanovich. Y no somos ingenuos, es una vida dura y deben recurrir a muchas estrategias, a todo, literalmente, por ejemplo, uno de ellos desapareció por un tiempo porque la policía lo había encerrado por unos días y nunca supimos por qué. Otro nos contaba que antes de conocernos había sido detenido presuntamente por drogas, que aunque no estaba muy lejano de la mayoría de edad sabía que debía seguir diciendo que era menor porque legalmente así no podrían tenerlo detenido por mucho tiempo, y vimos que no solo se ganan la vida limpiando zapatos, a veces también piden dinero en la calle, venden dulces o se emplean en lo que sea, como la vez que Paulo intentó ser cargador en una harinera documentándolo magistralmente con la cámara que le prestamos, o la triste ocasión que descubrí que podrían estar inmersos en prácticas de prostitución y que quizá alguno de ellos los instaba a hacerlo. Con lo que nos quisieron decir, mostrar y compartir conocimos su barrio, cómo viven, la pensión en la que pasan la noche, cómo son sus pequeñas habitaciones cuando tienen suerte de dormir en una, o el pasillo cuando no, cómo lavan su ropa, cómo cocinan cuando se puede, quiénes viven en su entorno e incluso quién es el que les roba o dónde se encuentra el punto de distribución de droga. También conocimos contrario a lo que se suele pensar de la infancia, que en este caso ellos viven sobre todo de tarde y de noche y que sus ratos de esparcimiento son nocturnos, pero que también como otros niños y adolescentes, les gustan los juegos mecánicos de feria, jugar videojuegos, escuchar música y ver películas en dispositivos móviles, que les encanta la tecnología y cuando pueden les gusta interactuar en Facebook o Instagram o subir una buena selfie.

Recapitulando y concluyendo, a partir de un taller de fotografía como dispositivo mediador, nos acercamos a parte de la historia de seis niños y adolescentes haitianos limpiabotas en Santo Domingo, quienes en el transcurrir de las sesiones no sólo aprendieron a tomar fotos, sino que nos enseñaron cómo se cuentan y se nombran, cómo aprenden y se relacionan con otros, cómo el tiempo y el espacio tienen otro valor y sobre todo cómo sobrevivir a la calle en las condiciones límite en las que se encuentran. De esta manera, los Black Fotógrafos, nos hacen replantear la idea de un taller y de estrategias pedagógicas y metodológicas inamovibles o fijadas, nos hacen ir más allá del estar ahí de la etnografía tradicional, valorar la oralidad y la charla informal, hacer de nuestro taller de fotografía un espacio ambulante participativo y a veces estratégico que se vuelve central para la resolución incluso de problemas inmediatos, nos enseñan otras formas de vida y otras infancias, nos permiten mirar una migración que se complejiza con sujetos distintos a la tradicional óptica del hombre adulto en edad laboral y más allá del binomio origen-destino para reflexionar también en la movilidad y la diáspora, y como nos dice uno de los chicos: *“en la escuela no aprendí nada, solo estudiaba”*, vemos para estos sujetos la importancia de la educación no formal, cómo se habilitan más allá de la escuela y cómo la calle se convierte en un espacio formativo fundamental. Pero también nos muestran una realidad preocupante y muchas veces invisible, pues si se pudiera decir, entre la subalternidad son de lo más subalterno, sin un registro en su país y menos en República Dominicana, acaso existen como espectros nocturnos para los pocos que los han visto deambulando por las calles. En estas condiciones, no estoy tan segura cuánto puede aportar la fotografía a su vida o si pueda ser una tabla de salvación, lo mismo me preguntaba cuando colaboraba con una ONG con adolescentes reclusos a partir del teatro del oprimido, ojalá y sí pudiera provocar algo, y si la fotografía es escribir con luz, espero que aunque sea estos fragmentos de historias en imágenes contadas por ellos den luz sobre situaciones tan apabullantes y que los Black Fotógrafos no queden tan invisibles al nombrarse y contarse.

Antes de volver a México imprimí las fotos que tomaron para que se quedaran con las que quisieran mientras ellos nos dejaron algunas sobre las que escribieron a



manera de postales, intentaba mantener el contacto por las pocas y esporádicas vías que teníamos: Instagram y WhatsApp, y ocasionalmente lograba comunicarme con Paulo cuando él podía conectarse y conseguir algún dispositivo para ello. Hace más de un año que no sé de ellos, en la antesala de prepararnos para el encierro debido a la pandemia, Paulo vivía con un hombre mayor, dejó de ver a los demás, después desapareció y aunque le dije que seguiríamos pendientes, no he vuelto a tener noticias ni de él ni de los otros. Espero que estén bien y aquí queda su testimonio a través de imágenes, a manera de huella, del rastro de estos niños haitianos migrantes no acompañados que tienen un rostro, un nombre y una voz.

Ahora bien, esta experiencia nos marcó profundamente e intentábamos que no quedara solo ahí. Como ya decía, la pandemia nos alejó aún más, pero en este tiempo de incertidumbre, pensaba en lo que quedó por hacer, contar e investigar, y una y otra vez resonaban en mi las historias y también las ausencias. A manera de pendiente, quedaba por profundizar en la perspectiva de género y mientras le daba vueltas a esta cuestión me preguntaba por las mujeres en mi investigación (no solo por mi papel como mujer investigadora). Me repetía que la migración haitiana en el vecino país ha sido y es sobre todo masculina aunque ha tendido ligeramente a la feminización, que había más niños migrantes no acompañados varones, que las niñas se encontraban en el núcleo familiar y las que no, habían sido inaccesibles para mi pues podrían estar rodeadas por redes de trata, pero además, allí donde sí podía acceder, como con los Black Fotógrafos, habían surgido historias donde ellas, mujeres y madres, aunque ausentes, estaban en las narraciones de sus hijos. Así, “El flaco”, contaba que había llegado a los 8 años con su madre quien había continuado su camino a Brasil perdiendo prácticamente el contacto; y Paulo, quien igualmente llevaba varios años solo en República Dominicana, refería que había regresado a esta parte de la isla tras un intento de volver a su país y descubrir que su madre había muerto. Queda pues, como una investigación futura que ya empieza a vislumbrarse, continuar ya no sobre una cartografía perfectamente trazada, sino a partir de una cartografía de la búsqueda, internarnos en esta migración sur-sur, pero aún más sur, si se quiere hablando metafóricamente, pues además de una migración interregional o entre países tradicionalmente considerados periféricos,

interesaría también buscar más abajo, más al sur, ahí en los rastros de quienes no están y ahora sólo aparecen en las historias y recuerdos de sus hijos, niños haitianos migrantes no acompañados que acaso aparecen en algún registro, y cuya suerte quizá habría sido distinta de estar ellas. Nos referimos a las madres, y es que en el caso de niños solos que deambulan en las calles de un país ajeno, cabría preguntar ¿dónde están ellas? De esta manera habría que buscarlas, desempolvar las historias, las huellas, hallar los rastros, los espectros de ellas.

## **Bibliografía:**

Ahearn, L. (2001). Language and Agency. *Annual Review of Anthropology*, (30), pp. 109-137.

Ardoino, J. (1988). *Las ciencias de la educación y la epistemología de las ciencias del hombre y la sociedad*. México. (mimeo).

Ariza, M. (2004a). Familias y pobreza. Menores deambulantes en República Dominicana. *Nueva Sociedad*, No. 129, 1, 90-103.

Ariza, M. (2004b). *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Editorial Plaza y Valdés.

Bauman, Z. (2001). *La globalización. Consecuencias humanas* (2da ed). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Berger, P., y Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 9 (19), 49-74.

Bourdieu, P. et Al. (2004). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XXI.

Castles, Stephen, Mark J. Miller. (2004). *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Segob, Fundación Colosio, Miguel Ángel Porrúa.

Cole, M. (2003). *Psicología cultural* (2da ed.). Madrid: Ediciones Morata.

1er Coloquio en Sociedades Sudentables, México: UAM-Xochimilco, 4 y 5 de octubre de 2016. (Ponencias de Carlos Walter Porto Gonçalves, Gian Carlo Delgado, Carlos Rodríguez Wallenius y Víctor Toledo)

Conferencia Regional Sobre Migración. (2002). *Menores migrantes: Derechos Humanos, protección y servicios en los países miembros de la Conferencia Regional Sobre Migración*. México, Canadá: CRM, Acción Canadá para la Población y el Desarrollo, El Colegio de Michoacán.

Confiant, R. (2016), *El batallón créol (1914-1918)*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.

Corvalán, F., Aranda, L., y Morello, J. (2020). Estrategias metodológicas e infancias latinoamericanas. Educación, salud y cultura en mundos posibles. En M. Plascencia, M. Bueno, M. Pantevis y F. Corvalán, *Infancias: contextos de acción, interacción y participación* (pp. 93-132). México: Universidad Autónoma de Chiapas, Universidad de Brasilia, Universidad Surcolombiana, Universidad Nacional de Rosario.

De León, J. (2015). *The Land of Open Graves*. University of California Press.

De Tapia, Stéphane (1996). Echanges, transports et communications : circulation et champs migratoires turcs. *Revue Européenne des Migrations Internationales*. Vol.12. n.2. pp. 45-72

Depestre, R. (1978). *Problemas de la Identidad del Hombre Negro en las literaturas antillanas*. México: UNAM.

Diamond, J. (2007). *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. México: Random House Mondadori.

FAO. (2015). *2015 Panorama de la Inseguridad Alimentaria en América Latina y el Caribe*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).

Ferrándiz, F. (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. España: Anthropos.

Ferry, G. (1994). *El trayecto de la formación (Los enseñantes entre la teoría y la práctica)*. Barcelona: Paidós.

Forselledo, A. (2001). Niñez en situación de calle. Un modelo de prevención de las fármacodependencias basado en los derechos humanos. *Boletín del Instituto Interamericano Del Niño*, (236), 49-80.

Foucault, M. (2003). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI.

Franco, M. (2009), *Formación y Cruces de Frontera de Jóvenes Migrantes*. Tesis de Doctorado en Pedagogía, México: UNAM Facultad de Filosofía y Letras.

Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

Glissant, E. (2002). *Introducción a una poética de lo diverso*. Barcelona: Ediciones del Bronce.

Glissant, E. (2006). *Tratado del Todo-Mundo*. Barcelona: El Cobre Edicions.

Handerson, J. (2015). *Diaspora. As dinâmicas da mobilidade haitiana no Brasil, no Suriname e na Guiana Francesa* (Tesis Doctorado). Universidad Federal de Río de Janeiro, Museo Nacional, Programa de Posgrado en Antropología Social.

Honoré, B. (1980). *Para una teoría de la formación*. Madrid: Narcea Ediciones.

Jabardo, M. (2012). Introducción. Construyendo puentes: en diálogo desde / con el feminismo negro. En S. Truth, I. Wells, P. Hill Collins, A. Davis, C. Stack y H. Carby et al., *Feminismos negros. Una antología* (pp. 27-54). Madrid: Traficantes de Sueños.

Jaham, S. (2015). *Informe sobre Desarrollo Humano 2015*. Nueva York: Programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo.

Köpen, E. (2005). El ojo sociológico: una mirada a la sociología visual. *Acta Sociológica*, (43).

Levitt, P. y Glick-Schiller, N. (2004). Perspectivas internacionales sobre la migración: conceptualizar la simultaneidad. En *Migración y Desarrollo* (N.003). Red Internacional de Migración y Desarrollo, pp. 60-91.

Ma Mung, E. (2004). Dispersal as a Resource. En *Diaspora: a journal of transnational studies*. 13:2/3. 211-226.

Melnitzky, R., y Trevisan, F. (2014). Conversando con Denise Najmanovich. *Diagnosis: Publicación Científica de Fundación PROSAM*, (11), 115-127.

Mier, R. (2006). Prólogo. Para una reflexión sobre la imaginación teórica en la acción formativa. En M. Jiménez García, *Los usos de la teoría en la investigación* (1ra ed.). México: Plaza y Valdés.

Najmanovich, D. (2016). El cambio educativo: del control disciplinario al encuentro comunitario. En Finocchio, S., Najmanovich, D., Warschauer, M. En *Diversos Mundos en el mundo de la Escuela*, Barcelona: Gedisa.

OCDE/Interuniversity Institute for Research and Development. (2017). *Interactions entre politiques publiques, migrations et développement en Haïti* (p.p. 35-64). Paris.

OIM, INM-RD. (2017). *Perfil migratorio de República Dominicana 2017* (p. 1-384). Santo Domingo: Organización Internacional para las Migraciones (OIM) e Instituto Nacional de Migración de República Dominicana (INM-RD).

Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). (2018). *Segunda Encuesta Nacional de Inmigrantes en la República Dominicana (ENI-2017)*. Santo Domingo, República Dominicana: ONE.

Oficina Nacional de Estadísticas (ONE). (2013). *Primera Encuesta Nacional de Inmigrantes en la República Dominicana (ENI-2012)*. Santo Domingo, República Dominicana: ONE.

Plascencia, M., Bueno, M., Pantevis, M., y Corvalán, F. (2020). Investigaciones con y por las infancias en Latinoamérica. En M. Plascencia, M. Bueno, M. Pantevis y F. Corvalán, *Infancias: contextos de acción, interacción y participación* (pp. 11-19). México: Universidad Autónoma de Chiapas, Universidad de Brasilia, Universidad Surcolombiana, Universidad Nacional de Rosario.

Ramírez, M., Cardona, L., y Pantevis, M. (2020). La experiencia educativa con infancias en los recorridos por el territorio. En M. Plascencia, M. Bueno, M. Pantevis y F. Corvalán, *Infancias: contextos de acción, interacción y participación* (pp. 305-329). México: Universidad Autónoma de Chiapas, Universidad de Brasilia, Universidad Surcolombiana, Universidad Nacional de Rosario.

Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica: Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

Simon, Gildas. (2008). *La planète migratoire dans la mondialisation*. Paris: Armand Collin.

Solimano, Andrés. (2003). Globalización y migración internacional: la experiencia latinoamericana. *Revista de la CEPAL*. (núm. 60), pp. 55-72.

Stephen, L. (2007). *Transborder lives. Indigenous oaxacans in Mexico, California and Oregon*. Durham: Duke University Press.

Tapia, M., Liberona, N., y Contreras, Y. (2017). El surgimiento de un territorio circulatorio en la frontera chileno-peruana: estudio de las prácticas socio-espaciales fronterizas. *Revista de Geografía Norte Grande*, (66), 117-141.

Tarrius, A. (2000). Lire le mouvement: un paradigme de la mobilité. En *Les nouveaux cosmopolitismes. Mobilités, identités, territoires*. Paris: Éditions de l'Aube, pp. 38-44.

Trabalón, Carina. (2021). Racialización del control y nuevas migraciones: procesos de ilegalización durante la última década en la Argentina. *PERIPLOS, Revista de Investigación sobre Migraciones*. Vol. 5, Núm. 1, pp. 207-234.

Villa, Miguel y Jorge Martínez Pizarro. (2001). Tendencias y patrones de la migración internacional en América Latina y el Caribe. *Notas de Población*.

Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica. Aprendizaje, significado e identidad* (1ra ed.). Buenos Aires: Paidós.

Woods, P. (1998). *Investigar el arte de la enseñanza. El uso de la etnografía en la educación*. Barcelona: Paidós.

Yurén, M. (2000). *Formación y puesta a distancia su dimensión ética*, México:



Paidós.